
EL
DIAMANTE
RUSO
PHAVY PRIETO



# EL DIAMANTE RUSO

PHAVY PRIETO

*Alla mia cara Federica.*
*Gracias por estar siempre que lo necesito.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Diciembre 2024

**ISBN:** 9798302625465

**Sello:** Independently published

*“Crucé océanos de tiempo para encontrarte”*

*Bram Stoker*

Phavy Prieto. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, a esta joven andaluza siempre le han apasionado los libros.

En 2017 decidió probarse a sí misma en una plataforma de lectura, comenzando a publicar sus obras de diversos géneros y adquiriendo un público que hoy día supera los doscientos setenta mil seguidores.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Saga Ordinales iniciando con *La novena hija del conde*. Entre sus publicaciones *La Perla rusa* de género erótico o *De plebeya a princesa por una noche en las Vegas*, de humor, ha conseguido posicionarse entre los libros más vendidos de Amazon, situándose como una de las escritoras emergentes del momento.

Su best seller de cuentos clásicos *La belleza de la bestia,* ha generado más de veinte millones de lecturas.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones, rostros de sus personajes o contenido inédito, visita sus redes sociales:



phavyprieto



Phavy Prieto



www.phavyprieto.com

ANTECEDENTES
LA PERLA RUSA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
POV ANDREI
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47

CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
CAPÍTULO 63
CAPÍTULO 64
POV ANDREI
EPÍLOGO
SI TE HA GUSTADO, NO PUEDES PERDERTE…
PARADIGMA. EL ARTE DE SEDUCIR

# ANTECEDENTES

## LA PERLA RUSA




Irina Luciana Komarova es una brillante joven con un futuro prometedor, puesto que algún día heredará el imperio de negocios que creó su padre. Deseosa de demostrar su valía, abandona su Rusia natal para realizar unas prácticas en la sede Española que empresas Komarov tiene en la capital, aunque comete el error de enviar una imagen poco adecuada a la persona menos indicada.

Alejandro Álvarez es socio minoritario de empresas Komarov. Su vida gira en torno a su trabajo, ya que es el director de la sucursal con sede en España y si ha llegado hasta ese puesto es gracias a su dedicación y constancia, sin embargo, todo cambia cuando recibe un mensaje en su teléfono, lo que ven sus ojos hará que ponga todo su empeño en encontrar a la propietaria de ese contenido.

Ambos ocultan grandes secretos. Los dos esconden sus sentimientos. Y la pasión que sienten el uno hacia el otro es innegable, hasta el punto de hacerles perder la cordura para dejarse arrastrar por el instinto más fuerte; el deseo.

Sumérgete en el mundo de Alejandro e Irina, acompáñales a través de las tres fases de su vida; La dominación de Alejandro, la seducción de Irina y la rendición de ambos al más absoluto e inaudito placer que sienten el uno hacia el otro.




Crucé la doble puerta que separaba el edificio de estilo moderno completamente acristalado del finger que llevaba directamente al avión con destino Madrid, cuando escuché por megafonía la voz de la azafata que acababa de augurarme un buen viaje.

—Última llamada para los pasajeros del vuelo AG-405 con destino Madrid, diríjanse a la puerta de embarque H37.

Desde que comencé la carrera en medicina, mis viajes se habían visto limitados al volcar todo mi tiempo en el estudio. Aun así, era contadas las ocasiones en las que había tenido que coger vuelos comerciales, puesto que mi padre poseía un avión privado perteneciente a la compañía y solíamos desplazarnos con una mayor intimidad. Ahora era altamente probable que no volviera a coger un avión privado en mucho tiempo, no al menos con mi sueldo de médico residente y más aún, cuando mi padre me había cancelado todas mis cuentas por tomar decisiones propias que iban en contra de las suyas.

*Me daba absolutamente igual.*

Desde un principio había creído que mi vocación por la sanidad era solo un pasatiempo, que tarde o temprano acabaría, me casaría con un hombre de rango y posición elevados y que, me dedicaría a tener hijos como una yegua de cría, pues esa debía ser mi función. A pesar de que mi propia madre se divorció de él por esas creencias arcaicas, veinte años después la cosa no había cambiado en absoluto.

Mis dos maletas debían estar a estas alturas en la bodega del avión, de ese modo viajaba ligera de equipaje y sólo llevaba conmigo lo esencial en un bolso amplio. Tal vez mi tranquilidad

se debía a que mi mejor amiga me había dado las llaves de un lujoso apartamento en el centro de la ciudad en el que seguramente habría un armario lleno de ropa suya que encajaría perfectamente con mi cuerpo.

Irina. ¿Qué sería de mí sin ella? Es más que una hermana, podría decirse que nacimos para encontrarnos y ser eternamente leales la una hacia la otra. Si creyera en ese mito de las medias naranjas, sin duda, Irina, sería mi otra mitad. No existen los secretos, ni los tabúes, ni las medias tintas. Entre ella y yo todo es transparencia y encontrar una amiga en la que confiar tu propia vida, vale mucho más que la mayor de las fortunas.

Cuando la llamé para advertirle que me habían ofrecido una oportunidad única para ir como médico interno residente a uno de los hospitales más prestigiosos de la capital, no le conté que en realidad me marchaba de Moscú porque mi padre estaba tratando de frustrar mi carrera a través de sus contactos. Lo que comenzó siendo excusas para no permitirme entrar en quirófano o negarme pacientes, acabó por ser algo muy descarado cuando mis horarios laborales comenzaron a limitarse a cuatro horas a la semana.

El director del hospital acabó confesando que sería mejor que me marchara del país si deseaba realmente ser cirujana y al menos tuve que agradecer su carta de recomendación que logró abrirme las puertas al extranjero.

Llevaba estudiando castellano las últimas dos semanas con intensidad y todavía no era capaz de pronunciar *zapato* o *jamón* en condiciones aceptables, pero esperaba que, en un inicio, el inglés fuese bastante manejable en el hospital.

Vi el hueco de mi asiento cuatro filas antes de llegar, siempre me gustaba entrar la última en el avión porque era absurdo y desesperante, esperar en aquel minúsculo espacio apretujada por otros pasajeros más de cuarenta minutos hasta que dieran el visto bueno de salida. Eso sin contar que no hubiera retraso, por supuesto.

Sonreí al hombre de mediana edad cuyo asiento correspondía junto al mío para indicar que debía levantarse para dejarme pasar. Instintivamente lo hizo con tanto ímpetu que su cabeza chocó contra el techo de por sí bajo. Evité reírme de ello, pero era innegable pensar que todo allí dentro estaba ridículamente estrecho solo para aumentar la capacidad de pasajeros.

Me coloqué rápidamente en mi sitio y dejé el bolso entre mis piernas, aproveché para sacar el teléfono y enviar un mensaje a Irina, le había prometido mantenerla informada en tiempo real, después hice lo mismo con mi madre, aunque fui mucho más escueta. No es que me llevase mal con ella, de hecho, tenía una relación bastante buena si comparaba la que tenía con mi padre, pero tampoco había recibido por su parte un apoyo muy grande cuando le advertí de lo que estaba haciendo su exmarido. Ahí comprendí que no iba a arriesgarse a perder la compensación

económica que recibía por su parte solo por una discusión en la que no le haría cambiar de opinión y de la que no lograría nada ventajoso para ella.

Aun así, era la única de los dos que aceptaba mi decisión de tener una profesión vocacional e incluso me alentaba a lograrlo, eso sí, con estilo y elegancia propios de una Ivanova.

El ruido de motores me indicó que debía faltar muy poco para el despegue así que saqué los AirPods del bolsillo interno que tenía el bolso y me los coloqué con toda la intención de escuchar durante el vuelo un podcast sobre cirugía de reemplazo total articular y unicompartimental que había dejado a medias.

El destello de una figura masculina que llegaba por el pasillo ahora desierto al estar todos los ocupantes en sus asientos atrajo mi atención, no solo porque saltaba a la vista que no era un miembro de la tripulación, ya que estaba carente del uniforme rojo que utilizan. Torcí la mirada del todo para ver solo por curiosidad quien llegaba considerablemente tarde y sentí que el ardor carcomía mis entrañas.

«No puede ser. ¿En el mismo jodido avión?, ¿Y encima comercial?»

Aparté tan rápido la mirada hacia la ventanilla que recé porque no me hubiese visto de ninguna forma. Era técnicamente imposible que supiera que yo viajaba en ese avión, con suerte se sentaría en la cola y con tanto bullicio a la salida ni tendría la posibilidad de cruzarlo de vista para un saludo forzoso.

—Disculpe caballero, ¿Podría cambiar su asiento por el mío que da al pasillo si no le importa? —exclamó la voz inconfundible de Andrei, el repelente primo de mi mejor amiga.

—¡No! —exclamé repentinamente antes ni siquiera de pensar que me estaría delatando por tratar de esquivarle a toda costa.

¿Acaso me importaba?

Nunca he soportado a Andrei. Y no porque no tenga atributos físicos para detestarle, que para mi infortunio carece completamente de un sólo matiz que reprocharle, siempre lleva el cabello rubio perfectamente cortado y peinado, igual de pulcro que su estilo a la hora de vestir, incluso sus facciones masculinas son del tipo que realmente me atraen, así como su formidable escultura atlética. Lo que no soportaba de él, lo que verdaderamente crispaba cada célula de mi ser, era su actitud sobrada, machista y déspota de la que siempre se había jactado de tener.

Aunque en ocasiones fingiera o hiciera creer que es un encanto de hombre cuando si se lo propone. No. Conmigo no funcionaban esas artimañas por más buenorro que esté el primo de mi mejor amiga.

—Nadia… —Su tono parecía más una riña hacia una niña pequeña que una advertencia.

¿Quién se ha creído este que es?

Evité recordar el único momento en el que había tenido a Andrei más cerca de lo que deseaba y me reprendí por dejar que el alcohol hubiera hecho estragos en mis convicciones durante la boda de Alejandro e Irina.

—No soy ninguna niña a la que debas reprender, ya te dije la última vez que te alejaras de mi —advertí justo antes de que la azafata se acercase para indicarle a Andrei que debía tomar asiento, puesto que el avión había comenzado a moverse y en breve despegaría.

Escuché como él maldecía en voz baja y vi de perfil como colocaba su maletín en el hueco que había bajo el asiento y doblaba con rapidez su gabardina para hacer exactamente lo mismo.

—Para no ser ninguna niña, tienes el comportamiento exacto de una —dijo sentándose en el asiento que le correspondía y que daba al pasillo.

Al menos tenía a aquel hombre entre nosotros que servía de escudo para no verle.

—No tengo la culpa de que tengas un ego tan grande que no te permita aceptar que una mujer te rechace —contesté sin dignarme siquiera en mirarle.

—Y yo podría recordarte que en una ocasión no me rechazaste, más bien parecías muy dispuesta a aceptarme —ironizó con su habitual tono de sarcasmo engreído que me enervaba.

Me incliné para verle por delante del pasajero que había entre nosotros y que evidentemente estaba desconcertado ante la situación, pero me importaba muy poco que se enterase de toda la conversación y menos aún, pensaba permitir que Andrei se sentara a mi lado.

Tenerle cerca me enfermaba y no a nivel de repulsión o asco, sino más bien todo lo contrario, eso me recordaba que era débil, como lo había sido la única vez que le permití acercarse demasiado.

*Cosa que no volvería a pasar bajo ningún concepto.*

—Ni siquiera todo el alcohol que ingerí hizo que cayera en tus redes, *payaso* —concluí con una arrogante sonrisa.

Aunque en realidad lo que había evitado que me acostara aquel día con Andrei había sido un lapso de lucidez cuando el rasgo de soberbia y presunción que habitan en él, habían hecho un comentario que yo debía considerar como un halago.

«Idiota»

Si había algo que detestaba con todas mis fuerzas era que precisamente él pusiera mi nombre en su larga lista de mujeres con las que se había acostado y que, en tantas ocasiones se había vanagloriado de presumir. Esa fue la razón por la que hace seis años le mandé al diablo

cuando lo intentó y que, volvió a repetirse en la boda de mi mejor amiga.

¿Cómo era posible que hubiese pasado un año desde la boda de Irina? Aún no podía creer que mi mejor amiga estuviera casada y con una hija. Desde pequeña pensé que lo haríamos todo al mismo tiempo, incluso el matrimonio y tener hijos, así crecerían a la vez como lo hicimos nosotras, ahora sé que ese tipo de vida no es para mi, que mi carrera profesional y a dónde quiero llegar es mucho más importante que tener mi propia familia.

Hubo un tiempo en que pensé que también lo sería para Irina cuando decidió tomar las riendas de la empresa de su padre, pero encontrar a Alejandro le cambió la vida, y a pesar de que me alegro infinitamente por ella, tengo muy claro que ningún hombre me apartaría del camino que he decidido elegir.

En la vida todo son decisiones y sacrificios, quizá yo había tomado el mío cuando convertí mi vocación en el único modo de existencia, aunque es posible que no haber crecido en un núcleo familiar unido tuviera también mucho que ver en ello. Aun así, la idea de no tener un marido y una casa llena de hijos de los que serían mi único motor de vida como deseaba mi padre, no suponía una renuncia, sino una elección.

Mi vida. Mi carrera. Mi futuro.

Mío. Y de nadie más.

—No parecías opinar lo mismo cuando te metí la lengua hasta la campanilla —advirtió en un tono de voz bajo, pero no lo suficiente para que el pasajero que se hallaba entre nosotros e incluso las personas de los asientos delanteros y traseros lo escucharan.

La descripción gráfica de aquel beso sobre el capó de su coche con la determinada intención de no ser el único para el resto de la noche, regresó a mi mente.

El muy capullo besaba bien. ¿Qué digo bien? Puede que se hubiera ganado uno de los primeros puestos de mi lista de amantes, para que negarlo, de hecho, auguraba que Andrei tenía que ser un verdadero portento en la cama y eso me fastidiaba aún más, porque de no ser por su cretina y miserable forma de ser, hacía tiempo que lo habría comprobado.

*Y verificado, constatado, reafirmado y escrutado hasta la extenuación.*

Por suerte el avión comenzó a elevarse y decidí que toda conversación con Andrei había finalizado durante el vuelo. Ya tenía suficiente con su simple presencia a un palmo de distancia y la certeza de que aquella no sería la última vez que tuviera que sentarme cerca de él. Por más que reiterase a mi mejor amiga que evitara a toda costa que ambos pudiéramos coincidir en su casa, sabía que de un modo u otro, sería inevitable.

Si Andrei hizo algún comentario más durante el vuelo, no lo oí, puesto que elevé el audio del podcast al máximo y cerré los ojos como si fingiera dormir el resto del viaje. No dormí, pero

solo los abrí cuando sentí que las ruedas del avión chocaban contra el asfalto de la pista de aterrizaje en el aeropuerto de Barajas de Madrid.

Mi nuevo hogar por los próximos tres años, al menos eso es lo que esperaba.

Me habían ofrecido una residencia como cardióloga, era mi segunda opción y la había aceptado rápidamente solo para salir de Moscú cuanto antes, prefería cambiar de especialidad y empezar de cero antes que ver destruidos mis sueños por completo. Por suerte, hace dos semanas me habían llamado para advertirme que podía tener acceso a neurología, que es lo que realmente deseaba y en lo que me había estado formando en Moscú, eso me alentó tanto, que ahora estaba convencida de conseguir todo cuanto me propusiera.

No vi a Andrei cuando descendió del avión, tal vez porque fui la última en bajar precisamente para evitarlo en la recogida de equipaje, pero las maletas tardaron más en salir de lo esperaba y su inconfundible figura junto a la tez clara y el cabello rubio le hacían destacar de entre todos los pasajeros a pesar de tener rasgos similares.

Y es que Andrei llamaba la atención de cualquiera. Todo en él clamaba dinero y poder solo con verle, carente por completo de humildad, aquello era algo de lo que él se vanagloriaba y yo, a pesar de haber crecido en un ambiente similar, lo detestaba con todas mis fuerzas.

Admitía que el dinero podía ofrecer comodidad y confort, pero no necesitaba grandes lujos o postularme por encima de los demás para sentirse bien como estaba claro que Andrei necesitaba hacer. Quizá mi carrera profesional me había dado grandes lecciones de humildad, pero tenía muy claro que no deseaba a alguien así en mi vida.

Observé como él miraba con repugnancia la ristra de maletas que salían por la cinta, evidencia de que estaba poco acostumbrado a viajar en vuelos comerciales. Su maleta, negra y de tamaño medio estaba ligeramente sucia y a pesar de encontrarme a una cierta distancia, le oí maldecir por este hecho. Seguramente aquella maleta costaba mi actual sueldo anual como residente en el hospital.

—¿Necesitas que te lleve? —exclamó sorprendiéndome.

No había alzado la vista hacia mi, pero parecía ser consciente de donde me hallaba en todo momento.

—Cogeré un taxi, gracias —contesté escuetamente y rechazando su oferta.

No volvería a meterme en un coche con Andrei Komarov ni aunque me pagaran.

—Allá tú. Mujer terca —graznó pasando por mi lado para marcharse.

—Habló el autócrata necio —bufé alejándose más de él para recoger mis maletas.

Cuando me giré y comprobé que él se había esfumado, respiré con tranquilidad.

Estar en presencia de Andrei significaba estar en tensión todo el tiempo, como en una batalla de la que no se podía bajar la guardia en ningún momento. Crispaba mis nervios, me hacía enfurecer y sacar lo peor de mí misma y para colmo, no me sentía satisfecha a pesar de soltarle a la cara toda ristra de insultos que me vinieran a la mente.

E Irina me pedía llevarme bien con él. ¡Ja!, ¡Ni en las siguientes siete vidas lograría tener una conversación pacifica con ese pedante insolente!




No era la primera vez que estaba en la ciudad, como tampoco en aquel edificio de estilo barroco que había sido reformado con una fachada espectacular. Era un privilegio que mi mejor amiga me hubiera prestado el apartamento en el que ella se alojó tiempo atrás. Me habría encantado que en mi primera noche ella hubiera podido estar conmigo, pero lamentablemente Irina no se encontraba en la ciudad, aunque ahora que viviríamos a corta distancia, nos veríamos con mucha mayor frecuencia que los cuatro mil kilómetros que nos separaban anteriormente.

Sonreí al conserje que esperaba mi llegada y me facilitó las llaves del apartamento. No era la primera vez que estaba en ese lugar, pero aún así me dio instrucciones precisas y colocó mis maletas dentro del ascensor con una afabilidad sorprendente, repitiéndome encarecidamente que si necesitaba cualquier cosa solo debía avisarle.

«Tengo que comprarle una caja de bombones» pensé en cuanto se abrieron las puertas del ascensor que daban al antiguo piso de Irina y que ahora me pertenecía.

Los secretos que aquel apartamento guardaba respecto a la vida sentimental de mi mejor amiga me hizo pensar si aquel lugar me traería el mismo tipo de suerte que a ella. Cierto es que no había sido un comienzo fácil, de hecho, su relación había sido desastrosa y tortuosa desde sus inicios, pero si algo habían tenido esos dos que ahora formaban una familia ejemplar y preciosa, es una comunicación sexual que había sido capaz de solventar todo lo demás hasta el punto de abandonar sus propios prejuicios y abandonarse a lo que realmente sentían.

Yo no buscaba el amor. Ni lo quería, pero me gustaba el sexo, así que tener a alguien con esa atracción bestial que ellos sentían era algo que si envidaba de mi mejor amiga.

«Solo espero que esa persona no se encuentre en el reparto de mi unidad, porque me negaba rotundamente a acostarme con alguien que trabajase en el hospital»

No quería privilegios y menos aún que pudieran verme de un modo que no fuera el de una neurocirujana seria y formal en su trabajo, así que el sexo en el hospital estaba completamente vetado para mí.

Esa mi primera y única norma respecto al sexo opuesto.

Giré la llave y abrí la puerta. Las luces estaban apagadas y sólo se podía apreciar un minúsculo espacio gracias a la luz que provenía del pasillo exterior, así que tanteé en la pared hasta dar con el interruptor y en el momento que las luces se propagaron, la visión de colores dorados, rosas y negros me llenaron por completo.

Irina había invadido la casa de globos y no solo eso, había un cartel que colgaba del techo con «Bienvenida a tu nueva casa» en ruso. Ni siquiera sé de dónde diantres lo habría sacado. La isla de la cocina estaba llena de un bufé variado de platos salados y en medio una botella de champán sumergida en un cubo de hielo del que colgaba un sobre blanco con mi nombre.

Solté las maletas, cerré la puerta y sonreí mientras me acercaba para coger aquella nota preguntándome como demonios lo habría hecho si ni siquiera estaba en la ciudad y además con una niña pequeña que absorbe la mayor parte de su tiempo.

«Debe ser maga o no me lo explico»

Abrí el sobre, estaba escrito de su puño y letra, eso provocó que sonriera con mayor fuerza.

“Me habría encantado estar aquí para recibirte, pero a pesar de que no pueda estar en tu primer día, soy feliz de saber que te tendré desde ahora muy cerca. Espero que este lugar te traiga la misma suerte que tuve yo, sabes que todos los gastos corren por mi cuenta y no acepto ninguna contraoferta, pues tengo pensado muy bien como vas a saldarme la deuda. Me he permitido el atrevimiento de dejarte algunas cosas que descubrirás muy pronto, la casa me parecía demasiado desolada si no lo hacía. Nos vemos en unos días, hermana. Te quiero infinito. Pd: Llámame en cuanto estés instalada”

Mis ojos brillaron a la par que paseaba la vista por todos aquellos platos, abrí el frigorífico y estaba a rebosar de alimentos. En el congelador había helado y más hielo. Todo estaba decorado al mínimo detalle con menaje, cuadros, espejos e incluso mantas y cojines a juego. Tal como imaginaba, Irina no solo me había llenado la nevera, sino también el armario e incluso los cajones de lencería intima aún con la etiqueta puesta.

«No se si matarla o adorarla»

Toda la casa olía a Ylang Ylang, mi olor favorito y de esa misma fragancia había elegido

todo el surtido de jabones y geles de baño. La precisión al detalle era tal, que hasta había colocado la cosmética y champú de nuestras marcas rusas favoritas.

Este sería mi nuevo hogar durante los siguientes meses, quizá años si todo marchaba como esperaba y a pesar de que estaba completamente sola en un sitio donde ni siquiera conocía bien el idioma y donde no tenía más familia que a una amiga que consideraba como mi hermana, no estaba asustada, sino todo lo contrario, quería comerme el mundo y demostrar de lo que era realmente capaz.

«Ninguna marioneta de nadie. Ninguna muñeca a la que decir lo que debe hacer según la opinión de otros»

Irina respondió al tercer tono y a la par de oír su voz, también escuché la de la pequeña Zafiro lloriqueando.

—Si te pillo en un mal momento no te preocupes, solo quería darte las gracias por el recibimiento —dije antes de que ella pudiera siquiera responder.

—Tranquila. Solo está inquieta por los dientes, está por salirle el primero y nada le consuela. —Su voz denotaba cansancio, ni siquiera sé como lograba compaginar el trabajo con la niña a pesar de tener una niñera.

Escuché como llamaba a Alejandro y el gimoteo de la pequeña se alejaba.

—¿Cuánto dura esta etapa? Porque estoy por tirarme del balcón y no es broma…

Me mordí el labio, no me hacía falta ser pediatra para saber que duraría bastantes meses, aunque todo dependía de cada niño, algunos ni siquiera mostraban molestias por la dentición.

—Prueba a meter los mordedores en el congelador un par de minutos, el frío la consolará.

—Pienso hacerlo ahora mismo. ¿Qué tal el vuelo? Lamento no haber podido recogerte en el aeropuerto, me habría gustado acompañarte a tu nueva casa, pero la situación aquí se ha complicado y no regresaremos hasta pasado mañana.

Podía oír como al mismo tiempo que hablaba conmigo escuchaba el sonido del agua.

—Demasiado has hecho ya prestándome el apartamento y llenándolo de globos —admití —. No era necesario tanto, como no lo es que no me permitas pagar nada.

—Lo que hizo tu padre es injusto y sabes que el dinero nunca ha sido un problema, eres como una hermana para mi. Tu sueldo de residente es una miseria, así que bajo ningún concepto pienso permitir que pagues nada, no insistí en que te quedaras con nosotros porque la casa está lejos del hospital y aunque es grande, sé que la niña sería una distracción para tu tiempo de estudio, pero dejarte el pequeño apartamento es lo mínimo que podía hacer por mi mejor amiga.

Me metí un bocadito de hojaldre relleno de foie y arrastré una maleta hasta la habitación

para comenzar a sacar mis cosas.

—Me extraña que Andrei no te hubiera pedido las llaves teniendo en cuenta lo bien posicionado que está de todos los lugares de interés. Por cierto, hemos coincidido en el avión ¿Cómo es que ha venido en un vuelo comercial?

La tos al otro lado de la línea hizo que cogiera el teléfono con las manos y pulsara el altavoz.

—¿Qué Andrei ha hecho qué?

Imaginé que no sabía nada.

—Pareces igual de sorprendida que yo. Además, quería cambiar su asiento con el del hombre que había a mi lado, lógicamente le he mandado a freír espárragos.

Estalló en risas.

—Andrei no ha pedido las llaves del pequeño apartamento porque Alejandro le ofreció su antigua casa, el lugar en el que vivíamos antes de mudarnos. Está vacía y no nos apetecía venderla por los recuerdos que guardamos de ahí, igual que el apartamento en el que estas ahora, así que cuando se ofreció a ocupar el puesto de director general para sustituirle, Alex le dijo si estaba interesado en quedarse con la casa. Es bastante más grande que el tuyo… lo que no sé es porque viajaba en el mismo avión que tú, en nuestra última conversación me dijo que necesitaba el jet en unos días para el traslado, incluso mencioné que tu llegarías hoy a Madrid y si podía modificarlo para facilitarte a ti el traslado con el avión privado, pero me dijo que era imposible. No sé porque ha decidido ir en el mismo vuelo comercial… ¿Pasó algo entre vosotros dos que yo deba saber?

«No»

—¿Algo entre Andrei y yo? A ti no dormir te está dañando las neuronas, ni siquiera toleramos pasar cinco minutos uno al lado del otro sin discutir, así que lo único que puede pasar entre ese degenerado y yo es que nos matemos a insultos.

Oí como Irina resoplaba.

—Sois adultos, ¿No podríais simplemente toleraros? No voy a pedir imposibles, pero al menos tener una conversación civilizada… —Su voz comenzó a perderse por el gimoteo de la niña que se acercaba de nuevo a ella.

Evidentemente ni siquiera Alejandro habría podido consolarla.

—Pides demasiado. Te dejo, tienes una pequeña que te necesita más que yo. Nos vemos a tu regreso.

—Buena suerte mañana, aunque no la necesites. Sabes que eres la mejor.

Colgué la llamada antes de que la conversación pudiera regresar a Andrei. ¿Para que narices ha cogido el mismo vuelo en el que venía yo si no estaba programado?

No iba a darle vueltas, lo más probable es que algún tema relacionado con la empresa Komarov le había hecho tener que partir de Moscú con urgencia, estaba claro que de otro modo no se habría metido en un vuelo comercial y menos aún en uno en el que viajaba yo.

Eso le daba cierto sentido a que hubiera sido el ultimo pasajero en subir al avión. Aún así, pensar en Andrei continuaba sacando el lado más perverso y caótico que existía en mi. Era como si él representara todo lo que detestaba en un hombre, pero al mismo tiempo me reprochaba la ineludible atracción que era inevitable fingir. Y mi cerebro parecía estar de acuerdo con ello, porque desde aquel encuentro en la boda de Irina donde nos habíamos besado, de forma no intencionada había terminado por invocarle cuando dormía.

Y eso me irritaba aún más.

Con todos los hombres que hay sobre la faz de la Tierra, ¿Por qué tenía que ser precisamente él el que se colara en mis sueños más húmedos?




Aquella mañana me levanté temprano, quería darme una ducha antes de salir y maquillarme de forma sutil. Había elegido a conciencia la ropa para mi primer día en el hospital, daba por hecho que solo sería una presentación al equipo de neurología y una visita guiada por la unidad y zonas comunes del hospital.

Dudé si elegir zapatos de tacón o no, dado que no formarían parte de mi uniforme habitual, preferí cambiarlos por unos mocasines, quizá daría un aspecto demasiado arreglado para alguien que iba a batallar a diario con pacientes vestida de uniforme. Me miré al espejo y di un último sorbo al café recién hecho. Tenía aspecto relajado, había dormido a las mil maravillas en aquella cama y durante más de ocho horas seguidas para estar descansada en mi primer día, dudaba que eso se repitiera de nuevo en mucho tiempo. Cogí el bolso, las llaves, comprobé que el teléfono estaba cargado y salí de casa.

Lo que más me iba a costar era adaptarme al idioma, una lengua muy distinta a la materna, por suerte hablaba inglés con fluidez, pero ya me había advertido Irina que no todo el mundo en este país lo distinguía con facilidad, por lo que preguntar por indicaciones podría llegar a ser complicado, así que mi móvil era indispensable si no quería verme a la deriva el primer día en la capital española.

Madrid me recordaba por su nivel frenético de vida a Moscú, salvando las distancias, sobre todo porque la calidez de la temperatura era abismal si la comparaba con mi país natal. Aún así estaba contenta, mi mejor amiga estaba allí, mi oportunidad laboral también y aunque no tenía el apoyo de mis padres que me habría gustado, estaba haciendo lo que realmente quería.

Tenía que coger tres líneas de metro interconectadas para llegar a mi destino, no estaba a acostumbrada a coger de forma habitual transporte público, siempre había un chofer dispuesto a llevarme donde quisiera en casa, pero aquello me parecía divertido y curioso. Las estaciones estaban abarrotadas, era hora punta de trabajo, por lo que cuando me metí en el primer vagón, pude comprobar que había todo tipo de personas. Ejecutivos, gente que vestía más casual, estudiantes con sus mochilas abarrotadas, algunos escuchaban música, otros leían en silencio y otros, como yo, observaban.

Me encontré con varias miradas de algunos ejecutivos que no tenían ningún impedimento en devorarme con los ojos. Estaba acostumbrada a ese tipo de hombres, de hecho, había aprendido a interpretar lo que significaba y ni siquiera me molestaba la falta de decoro. Si mantengo la mirada o les sonrío, se acercarán para que les dé mi teléfono o concretar una cita, es como darles una invitación. En cambio, si aparto la mirada o finjo que no existen, entenderán que no estoy interesada en absoluto, a pesar de eso, algunos persisten, esos son los peligrosos, porque se vuelven pesados e intensos y más difíciles de hacerles entender que no me interesa su atención.

La suerte de que el vagón fuera tan lleno, es que si uno de esos tipos era ese perfil, ni siquiera podría acercarse entre tanta gente, así que me limité a ponerme los cascos para escuchar una clase de castellano para principiantes.

Tenía que aprender el idioma y rápido. Al menos lo indispensable si quería tratar con pacientes.

Llegué diez minutos antes de la hora prevista, así que me dirigí hacia la cafetería y solicité un café para llevar. Era muy distinto al policlínico en el que había estado trabajando los últimos años, el Gregorio Marañón, del que aún no sabía ni pronunciar bien su nombre en su idioma original, era el hospital más grande de Madrid y con una unidad de neurología destacable a nivel europeo, así que suponía una oportunidad única para mi futuro profesional.

Tardé varios minutos en interpretar los carteles de indicaciones y terminé preguntando en administración, fueron muy amables al explicarme que ascensor debía coger para llegar a la quinta planta. Me recibió un residente de ultimo año, Hector Salazar, un poco más bajito que yo, con gafas y de complexión gruesa, con un inglés muy fluido que se encargó de explicarme que me acompañaría las primeras semanas para hacer de traductor. Agradecí que no fuera mi tipo, iba a pasar demasiadas horas junto a él para que encima me resultara atractivo.

Hector me llevó por toda la unidad presentándome al equipo, al menos a todos los que trabajaban en ese turno y que no permanecían en consulta. Pasamos por la sala de juntas, dirección, archivo, enfermería y la zona de ingreso.

—Tu tutor es Marco Cedrini, jefe de unidad, se encargará de tu formación y será él quien decida en qué intervenciones podrás participar, le conocerás mañana, hoy pasará reunido toda la mañana —mencionó mientras tomaba nota mental del nombre —, la jefa de enfermería te dará el contrato para que lo firmes y tu cuadrante, recuerda pasar por administración para entregarlo firmado antes de mañana. Salvo en cirugía, no se requiere uniforme, pero deberás llevar bata blanca y como acabas de iniciar, tus turnos aún no serán dobles, pero espero que estés acostumbrada —sonrió.

—Lo estoy, la cafeína es mi mejor amiga.

Hector era muy simpático, terminamos hablando de cómo habíamos descubierto nuestra vocación y qué nos había arrastrado hasta ese hospital. Evité mencionar el origen de mi familia, o la vida de lujo a la que estaba acostumbrada, en su lugar, me inventé que siempre había deseado hacer experiencia fuera de mi país y que la oportunidad de trabajar en un hospital como ese, era única.

Salí poco antes de la hora de almuerzo, me habría quedado a comer allí si no fuera porque dentro de poco convertiría ese lugar en mi primera casa, sabía de sobra que pasaría más horas en el hospital que en el apartamento de Irina, por lo que preferí aprovechar el día para conocer un poco la ciudad.

Visité el museo de Doña Sofía, El Prado y Sorolla esa misma tarde, e incluso tuve tiempo de pasear por la puerta del Sol y ver como la ciudad se iluminaba mientras la temperatura descendía ligeramente.

Pronto llegaría la primavera, mi estación favorita del año, tal vez porque era mi cumpleaños, aunque esta vez lo celebraría lejos de familia o amigos y pensé que ese hecho me entristecería o que una vez asentada lejos de mi hogar y mi ciudad natal, lo echaría demasiado en falta, pero asombrosamente me sentía pletórica, llena de una sensación extraña, como si algo en mi supiera que aquél era el lugar donde debía estar y que mi vida a partir de ahora iba a cambiar.

Escuché mi teléfono sonar y lo saqué del bolso, sonreí al comprobar que era Irina, cuando descolgué no escuché el llanto de Zafiro, así que supuse que estaba dormida o que el frío de los mordedores le habrían dado alivio.

—¿Llamas para darme las gracias? —exclamé encaminándome hacia la estación de metro que había en Sol.

—Eso también, pero en realidad te llamaba para saber si el jueves puedes venir a cenar a casa, tengo ganas de verte.

Visualicé rápidamente el cuadrante que me había dado la enfermera y no tenía ningún turno más tarde de las ocho.

—Esta semana no tengo ningún turno de noche, debo darle las gracias a ser la nueva de la unidad, así que no hay problema.

—¡Genial! ¡Le diré a mi primo que pase a recogerte!

¿Qué?, ¡Ni hablar!

—¿De verdad tiene que estar tu primo Iri? ¿No puedes invitarle otro día? —gemí con absoluto pesar.

—No, ya entenderás mis razones en la cena del jueves. Sabe tu dirección, así que le pediré que te recoja a las siete, hay casi una hora de coche hasta nuestra casa.

Una hora metida en el mismo habitáculo que Andrei. Más la cena. Más la hora de regreso, claro.

*Me corto las venas.*

—¿Cuatro horas al lado de tu primo entre viaje de ida, cena y viaje de vuelta? Ni siquiera el alquiler es tan caro…

—En transporte público tardarías dos horas y no tiene sentido cuando él tiene que venir de todos modos. Ponte uno de tus podcast si tanto fastidio te da.

No es mala idea, aunque eso no cambia el hecho de que estuviéramos en el mismo coche.

—¿Y se lo has dicho a él? —exclamé porque tal vez, se negará a ir sabiendo que tendría que recogerme.

—Si, sorprendentemente ha puesto menos pegas que tú —comenzó a reír—. Le llamé para saber porque había viajado en el mismo vuelo y dijo que se presentó un problema en la empresa, ni siquiera recordaba que volabas ese día, al parecer fue casual.

Una casualidad muy extraña me parece a mí, pero no cabía otra explicación porque de lo contrario Andrei no volaría en un vuelo comercial y menos sabiendo que yo estaba en mismo avión.

—Está bien —refunfuñé—. Llevaré el postre —afirmé descendiendo las escaleras—. Te dejo que estoy entrando a la estación de metro y me quedaré sin cobertura.

Al día siguiente la jornada en el hospital fue bastante buena, con Hector a mi lado el tema del idioma casi no parecía un impedimento, aun así, esa tarde me apunté a un curso presencial para principiantes y al gimnasio que tenía al lado de casa. Si no comenzaba a desfogar unas cuantas feromonas con ejercicio intenso, iba a subirme por las paredes por la falta de sexo.

Soy activamente sexual, es lo único que consigue hacer que me concentre en el estudio y en el trabajo, así que esperaba que el gimnasio no solo fuera liberador de feromonas en ese sentido, sino la fuente que me proporcionase sexo en abundancia.

Necesito un follamigo a la de ya, o más de uno puestos a pedir. Alguien sin compromiso y que tenga muy clara la finalidad de ese tipo de encuentros.

En Moscú tenía una lista de recurrentes que iba renovando, todos advertidos de que no quería buscaba nada serio, por suerte ellos tampoco. No es que tuviera nada en contra de una relación, es que no tenía tiempo para dedicárselo a un tío y ahí es cuando comenzaban las discusiones y malos rollos. El problema de partir de cero es que encontrar a alguien compatible y que te satisface en la cama no es tan fácil como parece y eso es lo que más pereza me daba.

Empezaría tanteando el lugar ese fin de semana, por suerte estaba libre, así que podría pasar unas cuantas horas entre las pesas y máquinas.

El jueves por la tarde me hice ondas en el pelo y me coloqué un lazo de terciopelo negro para apartarme algunos mechones de la cara. Había elegido un conjunto de minifalda y chaqueta a juego en tonos beige con el filo negro, acompañado de una blusa de color marfil de la que se transparentaba la ropa interior y como complementos unos zapatos de tacón en color negro y un mini bolso. Ni siquiera me preocupé de buscar alguna joya, me dejé los pendientes de perlas que llevaba siempre y me eché un poco de perfume antes de escuchar como llamaban al portero.

Vi por la tele cámara que era Andrei, así que ni me molesté en contestar, solo cogí las llaves y el teléfono antes de cerrar con un portazo y comenzar a bajar. En cuanto abrí la pesada puerta de hierro y cristal, él se apartó ligeramente para dejarme pasar y comprobé como su mirada me devoraba con intensidad.

No me importaba que me mirasen de ese modo, estaba acostumbrada, pero que lo hiciera Andrei me molestaba, me irritaba, era como si odiase que él me deseara.

*Porque yo también le deseaba a él.*




No esperaba ningún tipo de galantería por parte de Andrei y en efecto, se limitó a señalar el vehículo y abrir la puerta del conductor para sentarse. No me importó a pesar de estar acostumbrada a que ese tipo de gestos los hacía siempre el chofer, pero el primo de mi mejor amiga no podría definirse como detallista o romántico, aunque teniendo en cuenta que nos llevábamos a matar, casi era un milagro que no se hubiera negado a llevarme en su coche.

—Bonito coche —me limité a decir solo por ser cortés.

Era un modelo de la casa Audi, seguramente reciente por el color negro que relucía en su exterior y el interior beige absolutamente inmaculado. Tenía una pantalla integrada táctil que se encendió al contacto con el motor emitiendo música en castellano, eso me sorprendió y fruncí el ceño.

—Solo es un modelo deportivo, tengo mejores coches en Moscú —contestó con un tono despectivo. Ese que odiaba con todo mi ser, porque Andrei era prepotente hasta la exageración y su humildad rallaba la inexistencia total. Solo es un maldito coche, no sé que tiene de importante que sea de una marca u otra, te lleva al destino del mismo modo que un Fiat Panda.

Me limité a guardar silencio durante varios minutos y a recrearme en la vista de la ciudad mientras Andrei sorteaba el tráfico. Era un silencio incomodo, demasiado incomodo para que durase casi una hora, en ese momento me dieron ganas de matar a Irina por dejarme engatusar.

—Puedes cambiar la música si quieres, tengo por definición una lista de reproducción de música en castellano porque es el mejor modo de aprender el idioma de manera inconsciente —dijo sorprendiéndome que tuviera un gesto que no fuera condescendiente.

—La música está bien —gemí maldiciendo que se me hubieran olvidado los AirPods,

porque en su lugar tendría la excusa de estar escuchando un podcast para el trabajo. El GPS indicó que debía incorporarse a la autovía y Andrei pisó el acelerador provocando que tuviera que reajustarme el cinturón, eso hizo que la falda se subiera un poco más a pesar de ser corta, pero ni me molesté en intentar tapar algo más de pierna. Andrei me había visto en bikini todos los veranos en casa de Irina, no es que pudiera ver algo nuevo—. ¿Has estado alguna vez en la casa nueva? —pregunté solo por cortesía.

Mi última visita a España había sido cuando nació la pequeña Zafiro para conocerla y ahí todavía no se habían mudado, por lo que solo la había visto por fotos y videollamadas. El resto de las ocasiones que había visto a mi amiga era porque solía ir a Moscú cada dos o tres semanas, ahora que estaba en Madrid, imaginaba que nos veríamos cada pocos días y eso me entusiasmaba, sobre todo porque no quería perderme ni un momento de la hija de mi mejor amiga.

—Si, estuve poco tiempo después de que se mudaran, vine para sustituir a Alejandro y tuve ocasión de ver la casa, aunque es moderna, no encaja con mi estilo, prefiero la ciudad.

Rodé los ojos y emití un bufido, volví a mirar por la ventana viendo como nos alejábamos del núcleo central de la capital.

—No creo que a nadie le importe tu estilo, Andrei. Está claro que buscaban algo tranquilo teniendo en cuenta el ritmo de vida que llevan por la expansión del consorcio, lo único que desearán cuando regresan a casa es tranquilidad, no un ritmo incesante como tendrían en la ciudad. Te recuerdo que tienen a una niña pequeña…

—¿Siempre tienes que estar a la defensiva? Solo era una apreciación.

—No tengo la culpa de que seas un absolutista que solo piensa en sí mismo —respondí alzando la voz.

—Si pensara solo en mi, te aseguro que no habría dejado Moscú para ser el director de una sede en la que ni siquiera sé hablar la lengua del país. ¡Créeme, era más cómodo para mi quedarme en Moscú! —exclamó con furia.

—¡Pues te hubieras quedado!, ¡Te aseguro que a mi me habrías hecho un grandísimo favor! —grité sintiendo como mi pulso se aceleraba.

Pensé que continuaría con la discusión, incluso creí que me enviaría al diablo, se saldría en el primer desvío y me dejaría allí tirada, pero para mi sorpresa se limitó a guardar silencio el resto del recorrido hasta que llegamos a la casa.

Lo agradecí enormemente.

En cuanto bajé del coche me fundí en un enorme abrazo que duró al menos un minuto con Irina, mientras podía ver a Alejandro que llevaba en brazos a Zafiro alzando las manos hacia

ella. Acabé soltándola cuando protestó demasiado, pero me adelanté a cogerla en brazos antes de que lo hiciera mi mejor amiga, aunque lloriquease porque solo quería a su madre.

—¿Como es posible que hayas crecido tanto en solo tres semanas?, ¡Si ya eres toda una mujercita! —exclamé llenándola de besos entre protestas y pequeñas risas por las cosquillas—. Aún no me creo que ya tenga siete meses…

—Yo tampoco —advirtió Alejandro mientras me daba dos besos.

—¿Que te parece la casa?, ¿No es preciosa? —Mi vista se fue instantáneamente a Andrei, que permanecía con las manos dentro de los bolsillos sin darse cuenta de que le miraba.

—Es encantadora y la zona parece tranquila, nada que ver con el centro de Madrid desde el que venimos. Igual me arrepiento de haber rechazado tu oferta para vivir aquí… —sonreí mientras pasábamos dentro.

Andrei y Alejandro se quedaron en la enorme cocina descorchando un vino, Irina aprovechó para llevarme aparte y mostrarme la casa mientras llevaba a Zafiro en brazos.

Más que una casa era una mansión de grandes dimensiones, tenían más espacio del que necesitaban y una enorme pradera al lado, con piscina, jardín e incluso se habían hecho su propio gimnasio. Un verdadero retiro para los días que pudieran permanecer tranquilos.

—¿Que tal te encuentras en el apartamento? Sé que es un poco pequeño, pero a mi me encantó vivir allí… —preguntó cuando regresamos del pequeño tour y Alejandro nos ofreció una copa de vino a ambas.

—Es estupendo, no necesito más espacio, además, con el poco tiempo que dispondré cuando comience a hacer turnos dobles o de veinticuatro horas, te aseguro que lo que menos me apetecerá es limpiar y recoger una casa enorme —reí mientras brindaba uniendo mi copa a la suya, después lo hice con la de Alejandro y cuando miré a Andrei este fijó sus ojos en los míos provocando un leve escozor en mi estómago.

Antes de que pudiera decidirme, fue él quien unió su copa a la mía para después llevársela a los labios.

—¿Hay alguien interesante en la unidad? —preguntó con retintín Irina.

—Lo hay —admití después de beber un sorbo—, pero no tengo ninguna intención de mezclarme en ese sentido con un compañero, después vienen los malos rollos dentro del equipo y lo que menos busco en estos momentos es una relación sentimental, pero me he apuntado al gimnasio —sonreí—. Al menos si no tengo sexo, podré liberar endorfinas con un saco de boxeo —ironicé y vi de soslayo como los ojos azules de Andrei se ensombrecían.

Alejandro indicó que pasáramos al salón donde la mesa estaba dispuesta y la conversación se centró un tiempo sobre el consorcio Komarov, el estado en el que Andrei había

encontrado la sede en Madrid y después sobre la expansión a América, mientras ellos hablaban yo jugaba con Zafiro, que se encontraba en su silla entre Irina y yo, mientras jugaba con un bollito de pan que le habían ofrecido, aunque había más migas en el suelo que sobre la mesa.

—No continuemos aburriendo a Nadia, ya lleva tres copas de vino por falta de conversación —sonrió Irina.

—Por mi no os preocupéis, entiendo que tengáis que hablar de estos temas, además, puedo entretener a Zafiro mientras tanto, ¿Verdad que sí? —sonreí mientras la pequeña daba pequeños saltitos de alegría sobre la trona.

Era una niña preciosa, con el cabello oscuro y los ojos enormes de un color azul zafiro, igual que su nombre.

—En realidad, quería entregaros esto, que es la razón principal de esta cena, aparte de veros y daros la bienvenida como se merece, por supuesto.

Irina me entregó un sobre en color dorado, exactamente igual que el que le entregaba a Andrei, pero en el mío estaba escrito mi nombre. Dudé por un instante que podía ser, pero rompí el sello y me encontré con una tarjeta que podía ser perfectamente la invitación a una boda, solo que eso no tenía sentido, ellos ya estaban casados. El interior del sobre estaba forrado de un papel ornamental con fondo blanco y dorado, saqué la tarjeta de color crema y las letras en cursiva llenaron mis ojos, estaba escrito en mi idioma natal y sentí como la emoción me embriagaba mientras leía su contenido.

*«Que Dios te de tanto amor como gotas de lluvia, tanta salud como granos de arena en el desierto y tantas bendiciones como estrellas en el cielo.*

*Zafiro Komarova Álvarez.*

*Mi próximo bautizo tendrá lugar el 15 de Mayo en la misma iglesia donde mis papás se juraron amor eterno y es también su deseo junto al mío, que formes parte de ese día, pero también, que seas mi madrina para toda la vida»*

Durante un segundo me quedé releyendo las últimas cinco palabras; madrina para toda la vida. Había dado por sentado que si alguna vez bautizaban a Zafiro, la madrina sería Margarita, la hermana de Alejandro, así que ahora ni siquiera era capaz de reaccionar.

—Seréis los padrinos de Zafiro —sentenció Irina para terminar de creérmelo—. Los dos —añadió—. Juntos —insistió—. Para siempre.




Alcé la vista para ver a Andrei y como si me hubiera leído la mente éste proyectó sus ojos azules sobre los míos y para mi asombro hizo una mueca de diversión, como si la situación resultara cómica o graciosa.

Lo era, para que nos vamos a engañar. Dos personas que se detestan, se odian y no soportan estar dentro del mismo lugar sin discutir, formarían parte de algo que les uniría para siempre. Aunque la pequeña Zafiro tuviera a sus padres, ser elegidos como padrinos significaba mucho en nuestra cultura, no solo acompañar durante toda su vida a la pequeña, sino ser un ejemplo a seguir y en el caso de que a alguno de ellos pudiera ocurrir cualquier cosa, que desde luego no iba a suceder, ser quienes actuaran en su lugar como padres.

Que Irina y Alejandro nos hubieran elegido para cuidar de su propia hija si algún día ellos no estaban, significaba mucho para mi, aunque el idiota de Andrei se lo tomara como una broma macabra.

—Es la cosa más bonita que me han pedido en la vida —admití.

Probablemente jamás tuviera hijos debido a mi carrera y el sacrificio tampoco me suponía mayor dilema, para tener unos padres ausentes como yo los había tenido, prefería simplemente no tener hijos, que mi mejor amiga me eligiera como segunda madre para su pequeña, llenaba ese hueco que nadie más ocuparía.

—Parece ser que no te librarás de mi tan fácilmente, querida… —susurró Andrei en nuestro idioma y le miré de forma furiosa.

Eso hizo que él estallara en carcajadas.

—¿De verdad tenía que ser él el padrino? Alejandro tiene muchos amigos con cualidades

mucho más apropiadas para el puesto.

Irina le echó una mirada de reproche a su primo y después se levantó ante las protestas de Zafiro para sacarla de la silla en la que estaba atada.

—Os elegimos a los dos por muchas razones que no voy a mencionar, pero tal vez sea la ocasión perfecta para que enterréis el hacha de guerra y dejéis de comportaros como dos adolescentes con las hormonas revueltas. Nadia —dijo dirigiéndose a mi—, eres como una hermana para mi. Y tú —se volvió hacia Andrei—, eres y serás siempre mi familia. Así que ambos vais a tener que acostumbraros a veros con frecuencia y más ahora, que el azar os ha traído a este país para estar cerca de nosotros.

Irina echó una mirada a Alejandro que asintió y se levantó dejando la servilleta de tela que tenía en su regazo sobre la mesa.

—Volvemos en seguida, vamos a acostar a Zafiro —dijo mientras los tres se marchaban con una excusa absurda, simplemente querían que Andrei y yo nos quedásemos a solas.

¿Enterrar el hacha de guerra? No había ninguna guerra que lidiar, simplemente éramos dos personas que no se soportan. Punto final.

Cogí la copa de vino y me la llevé a los labios fingiendo indiferencia. ¿De verdad Irina pretendía que nos lleváramos bien después de años odiándonos? No se deja de detestar a una persona así porque sí. Andrei tenía un comportamiento natural que detestaba y cada frase, gesto o particularidad me crispaba los nervios hasta el punto de no poder controlarme.

—¿Que es exactamente lo que hacemos, Nadia? —preguntó mientras aún tenía la copa en mis manos y le daba vueltas solo para matar aquel silencio extraño.

¿Que clase de pregunta era esa? O mejor dicho, ¿Con qué finalidad?

—No sé a qué te refieres…

—Lo sabes perfectamente. ¿Que es esto? —exclamó señalándonos a ambos.

—¿Te refieres a que nos odiamos?, ¿Que no nos soportamos?, ¿Que no podemos estar en el mismo lugar sin discutir o insultarnos? Está claro que tú no me soportas como yo no te soporto a ti, siempre ha sido así —aclaré volviendo a sorber un trago de vino.

El que conducía a la vuelta era él y el hecho de pensar en estar de nuevo sentada a su lado dentro de un espacio tan reducido se me revolvía el estómago.

—¿Nos odiamos?, ¿De verdad lo crees? —gimió él con una mueca de ironía—. Yo diría que te gustaría odiarme con todas tus fuerzas porque la realidad es otra muy distinta.

Mi vista volvió hacia él como si me hubiera profesado algo realmente insultante. Andrei parecía relajado, muy seguro de sí mismo y de lo que decía.

—No pienso continuar escuchando estupideces —agregué mientras me levantaba con la

copa en la mano y le dejaba solo en la mesa para dirigirme hacia otra parte del salón, donde tenían una enorme librería.

¿Como se atrevía a decir que fingía odiarle solo para esconder que me gustaba?, ¡Es absurdo! Pero ¿Como va a creer don Andrei Komarov, el hombre que tiene a cualquier mujer rogando a sus pies que pueda existir una capaz de resistirse a sus encantos? Su orgullo ni siquiera le permite creerlo, así que por supuesto que va a buscar una excusa para mi desinterés hacia él.

Pedante misógino de mierda…. ¡Es que no le aguanto!

—Bueno, al menos no han roto ningún plato. —La voz de Alejandro llegó hasta mis oídos mientras trataba de descifrar algunos títulos. La mayoría de los libros estaban en castellano, aunque había bastantes en inglés y muy pocos en ruso.

—A mi no me miréis, yo he intentado hacer las paces… —oí a Andrei alzar las manos y resoplé no pudiéndome creer su desfachatez.

Volví hasta la mesa vaciando de un trago lo que quedaba de vino en la copa y la dejé con cuidado para no romperla, aunque la ira se arremolinaba en mi interior amenazando con escupir fuego, probablemente es lo que Andrei buscaba, hacerse el mártir y salir victorioso, no lo iba a lograr conmigo.

—Si tengo que soportar a este ped… tu primo —cambié con una sonrisa de condescendencia—. Lo haré, a fin de cuentas, llevo haciéndolo veinte años, creo que ya le ha quedado suficientemente claro que no tengo ningún interés en él. Puedes estar segura de que, por mi parte, no habrá más discusiones —sonreí como una niña dulce.

Ni siquiera había mirado a Andrei mientras decía aquello, me limité a fijar la vista en el plato ahora vacío y me marché a la cocina con la excusa de traer el postre.

El resto de la cena fue tranquila. Alejandro se quedó conversando durante un buen rato con Andrei mientras Irina me llevaba a su vestidor para enseñarme unos cuantos vestidos y camisas que ya no le quedaban bien por aumentar la talla de pecho con el embarazo. No le bastaba con llenarme el armario de ropa, aún quería darme otra maleta entera, ya pesar de mis negativas diciendo que ni siquiera tenía espacio donde meterla, la maleta de tamaño medio acabó en el maletero del coche de Andrei a nuestro regreso.

Si la ida fue tensa, la vuelta procuraba serlo aún más, sobre todo después de que Andrei dijera que escondía mi deseo con odio. ¿Por qué me molestaba tanto que lo hubiera dicho? La verdad es que era algo propio de él, no admitir que no podía tener lo que quisiera como un niño caprichoso, pero en el fondo, muy en el fondo, sí que existía una atracción innegable hacia él, un deseo que ahogaba, pisoteaba y enterraba con todas mis fuerzas para que no asomase en ningún momento. Solo una vez había flaqueado rindiéndome ante el, y las consecuencias fueron catastróficas porque me di cuenta que para Andrei solo suponía un juego, una cuenta pendiente

que saldar desde hacía años. Sentía que yo solo formaba parte de un nombre más que quería añadir a su lista y aunque el sexo ocasional era algo que a mi jamás me había importado, me negaba rotundamente a ser ese triunfo propio de alguien como él.

Su brazo rozó el mío cuando lo colocó sobre el reposabrazos y me aparté rápidamente hacia la puerta del copiloto solo para no sentir su contacto.

—No muerdo —dijo sin apartar la vista de la carretera—. A menos que me lo pidan, claro —continuó.

Todo el interior del coche estaba a oscuras, igual que la carretera, la única luz que lograba hacer de nosotros simples sombras era la pantalla que mostraba el mapa con la dirección que debía seguir.

—Seguro que no tienes problemas en encontrar a alguien que esté dispuesta a cumplir tus fantasías más perversas —deduje cruzándome de piernas.

—A lo mejor quiero que seas tú quien cumpla esas fantasías —contestó logrando que me estremeciera y que la punzada entre las piernas fuera real—. Seguro que todo ese odio que auguras profesarme sería puro fuego mientras te foll…

—¡Olvídate! —grité sin dejarle acabar—. Ni en tus mejores sueños acabaríamos tú y yo en una misma cama.

—¿Por qué? Tu misma acabas de reconocer esta noche que no tienes tiempo de buscar a nadie. —Su voz parecía tranquila y su mirada seguía fija en la carretera—. Yo estoy demasiado liado en la empresa para salir cada noche —continuó como si tuviera lógica su explicación—. Hablamos solo de sexo sin compromiso, ¿Que puede pasar? Peor no nos vamos a llevar.

¿Es que se había vuelto loco?

—Y por fin logras acostarte conmigo como llevas queriendo hacer media vida, ¿no?, ¿Que soy exactamente?, ¿Un reto?, ¿Una apuesta personal?, ¿Un desafío que quieres lograr? Sea lo que sea olvídate, das por sentado que siento atracción hacia ti y es evidente que lo único que me provocas es repulsión.

Andrei se limitó a guardar silencio durante el resto del viaje, ni siquiera sé que le podía haber dicho con aquello para que no me soltara alguna de las suyas, pero preferí no continuar con aquella conversación absurda e inverosímil. ¿Acababa de proponerme sexo sin compromiso, así como así? Definitivamente se le había ido la olla.

Bajé del coche en cuanto aparcó frente al portal de mi edificio, escuché como bajaba para ayudarme a sacar la maleta, pero se la arranqué de las manos advirtiéndole que no necesitaba su ayuda.

—Puedes fingir todo lo que quieras si es lo que conviene, Nadia, pero eso no cambia el

hecho de que tu cuerpo ardiese con fervor cuando lo toqué aquella noche. Me deseas lo quieras o no y hasta que los dos no sucumbamos a esta tensión sexual que te empeñas en negar, nos llevaremos a matar.

El deseo en su mirada era plausible, así como su boca entreabierta que gritaba querer poseer la mía.

Si. Tenía la promesa de un buen polvo escrita en la cara y quizá por eso me apremié a empujar la maleta para huir de él.

—Te puedes ir al cuerno, Andrei.




No dejaba de dar vueltas sobre la cama a pesar de ser casi las dos de la mañana. En tres horas tendría que levantarme para prepararme ya que el turno comenzaba a las siete en punto de la mañana y a pesar de estar acostumbrada a tener jornadas dobles o dormir pocas horas, lo cierto es que me estaba poniendo de mala leche la falta de sueño por culpa de ese mequetrefe.

No sé que me molestaba más, la absurdez de su propuesta en la que él se acostaba conmigo o el modo en el que lo había hecho como si me estuviera haciendo un favor.

No le mato porque va en contra de mis principios, pero ganas no me falta. ¿Como se puede ser tan petulante y engreído? Y ni siquiera daba por válido su argumento, puede que me resultara atractivo, que mi cuerpo no fuese inmune al deseo que me provocaba, pero mi parte racional se negaba por completo a saciarse de esa innata atracción y desde luego, sucumbir a la pasión para acabar con aquel odio mutuo me parecía una auténtica majadería.

Aunque debía darle la razón en que terminar peor de lo que nos llevábamos es imposible, pero ya podía disfrutar de orgasmos conmigo en sus sueños, porque este cuerpo Andrei no lo va a catar.

Terminé levantándome sin dormir ni diez minutos y decidí rebuscar entre la ropa de deporte unas mallas ajustadas con un top a juego y una camiseta holgada. Metí un vestido y mocasines en la mochila de gimnasio y me fui directamente aprovechando que no encontraría a nadie a aquellas horas. Eran pocos los sitios de deporte que abrían muy temprano o permanecían abiertos las veinticuatro horas, pero tener uno cerca de casa era una auténtica suerte, así que hice la inscripción a las cinco de la mañana y pasé a la zona de máquinas.

Apenas había movimiento, solo un par de chicos en la zona de pesas que no dejaban de mirarme preguntándose quien demonios era para estar allí a aquellas horas. Me centré en el podcast que estaba escuchando y salí del gimnasio tras darme una ducha viendo por la hora que no me daba tiempo a dejar la mochila en casa.

El jefe de unidad Marco Cedrini se sorprendió al verme llegar y me maldije a mí misma por usar un vestido tan corto para ir al hospital. Quería mantener un perfil bajo, nada llamativo y no porque no me gustara vestir de aquel modo, sino porque no me apetecía dar pie a ningún tipo de propuesta por parte de mis compañeros de unidad. Ni siquiera del buenorro de Cedrini, porque aquel hombre de origen italiano con ese cabello castaño del mismo color que sus ojos era muy atractivo y un peligro para mi prohibición de no liarme con nadie de la unidad.

—Es un placer tenerte en nuestro equipo, doctora Ivanova, ¿Lo he pronunciado bien? —exclamó en un perfecto inglés.

—Casi, puede llamarme Nadia, será más cómodo para todos —sonreí tratando de ser amable, pero sin dar pie a malas interpretaciones.

—Estupendo Nadia, si no te importa, me gustaría verte trabajar a mi lado antes de asignarte tus propios pacientes. Solo es protocolo del hospital, para asegurarnos de que el método de su país es equiparable al nuestro, no debe preocuparse —dijo Cedrini sin dejar de pasear su cuerpo, sobre todo hacia las piernas.

—Claro. No hay problema. Salazar nos acompañará en todo momento, ¿no? —gemí sin demasiada sorpresa.

—No hace falta, puedo hacer de intérprete yo mismo —concluyó cruzándose de brazos, de ese modo él podrá atender a sus propios pacientes, ¿No le parece? —exclamó.

Me mordí el interior de la boca para no reírme de la situación. Si él no fuera el jefe de la unidad de neurología, podría enviar al mismísimo carajo todo por un buen polvo con ese italiano de aspecto bronceado. El fulgor entre mis muslos fue apremiante y no por el bombón que tenía delante, sino porque de algún modo, el rostro de Andrei se había formado en mis pensamientos al rememorar su propuesta de la pasada noche.

No me lo puedo creer…

Lo deseché rápidamente mientras aceptaba que Cedrini me invitase a un café en la cafetería mientras me hablaba sobre cómo hacían las cosas en su unidad y como le gustaba llevar la dirección del equipo. El hecho de que se centrara en la parte técnica y no personal me resultó cómodo, incluso logré que aceptase mi participación en la cirugía que iba a llevarse a cabo a final de semana por él mismo. Una compleja intervención craneal.

Mi teléfono comenzó a sonar mientras estaba en el despacho con Cedrini y un paciente,

lo saqué del bolsillo de la bata y al ver que era Andrei, colgué directamente. ¿A ver que quiere este ahora aparte de amargarme la existencia? Ni diez segundos después volvía a llamar y de nuevo colgué. Lo mismo así se cosca de que no quiero saber nada de él, pero lo hizo una tercera y eso me mosqueó, así que pedí disculpas y salí de la consulta.

—¿Que demonios quieres ahora?, ¡Estoy en consulta! —exclamé apartándome de la puerta para que no pudieran escucharme.

—Irina se ha roto el brazo esta mañana al caer por las escaleras, ¿Te parece conveniente que te llame para informarte? Porque si quieres no lo hago, Alejandro me ha llamado para que me encargue de la reunión que tenía justo ahora y me ha pedido que te informase de que van de camino al hospital en el que estás. —Se apresuró a decir y me llevé una mano a la cabeza.

—¿Ella está bien?, ¿Seguro que solo ha sido el brazo? —Insistí ahora mucho menos agitada.

—No lo sé Nadia, no la he visto, solo sé lo que Alejandro me ha dicho, imagino que tu tendrás acceso a ella cuando la ingresen. Va en ambulancia, él está llevando a Zafiro a casa de su hermana y luego se encontrará con Irina en el hospital. Tengo que dejarte, la reunión comienza en dos minutos.

No esperó a que contestase, sino que colgó de inmediato y me dirigí hacia el mostrador donde estaba la enfermera encargada de la unidad.

—¿Puedo pedirte un favor? —exclamé, pero me miró con cara de circunstancia, al parecer no dominaba demasiado el inglés.

—Dímelo a mi, yo me encargo —dijo la enfermera más joven que tenía al lado.

—Una amiga entrará en urgencias por una fractura de brazo, se llama Irina Komarova, ¿Podríais averiguar cuando realizan el ingreso y avisarme?

—Por supuesto doctora Ivanava —contestó la joven pronunciando mal mi apellido.

—Puedes llamarme Nadia, gracias —advertí guiñando el ojo y volviendo al despacho de Cedrini con una ligera opresión en el pecho.

Veinte minutos más tarde, la joven enfermera me avisó de que Irina estaba en siendo evaluada en traumatología de urgencia, así que me fui de la unidad de neurología para ir a la planta correspondiente y me encontré a mi mejor amiga en pijama de seda.

—¡Lo sé!, ¡Sé que me vas a decir que debo mirar por donde piso! —exclamó llevándose el brazo en buen estado a la cabeza—. No vi el escalón, ¿Vale? Pensé que estaría más adelante. También reconozco que no había dormido demasiado, pero eso no lo justifica.

Mientras ella hablaba me aseguré de que no tenía contusiones en la cabeza y le observé detenidamente los ojos para ver si había alguna señal de traumatismo. No lo parecía.

—¿Te has dado algún golpe en la cabeza? —preguntó a pesar de que no lo parecía.

—No. Ya les he dicho a los de la ambulancia y a los médicos que me han atendido que solo me he golpeado el brazo al caer, según parece, me he roto el radio y necesita operación, aunque necesitan confirmarlo con la radiografía —gimió y conociéndola sabía que tenía más pesar por permanecer en el hospital que por el dolor en sí del brazo.

—En tres días estarás en casa, tómalo como una advertencia para dormir y descansar. Tu cuñada se encargará de la pequeña, así que debes estar tranquila —advertí apretándole la mano.

—Margarita se va mañana de Madrid, es un viaje que tienen programado hace tiempo y no se podrá quedar con Zafiro —afirmó con cierta desesperación—. Y la niñera nos llamó ayer para decirnos que tiene gripe, no puede quedarse con la niña, por eso yo me iba a quedar con Zafiro estos días mientras Alejandro se encargaba de unas reuniones en Alemania, pero con el brazo así y estando aquí ¿A quién le voy a dejar la niña?

—Tal vez Andrei pueda sustituir a Alejandro y…

—No —negó—. Desconoce los términos del acuerdo en los que hemos estado trabajando durante meses Alejandro y yo y no puedo pedirle a mi primo que me salve el culo cada cinco minutos, además, bastantes problemas tiene con ponerse al día en la sede de Madrid.

—Si solo son un par de días yo puedo intentar cuadrar mi horario para librarme haciendo doble turno más adelante. Podría quedarme con la pequeña el tiempo que tarda Alejandro en regresar de Alemania —dije a pesar de que apenas acababa de llegar a ese hospital y tendría que estar pidiendo favores.

Aunque con Cedrini como jefe de unidad, probablemente no me pondría ningún tipo de conveniente cuando le explicase las circunstancias.

—¿De verdad? No quiero meterte en ningún compromiso, además Zafiro puede ser muy demandante y sin Alejandro o yo, o Clara, su niñera, es probable que esté muy inquieta.

Nunca he estado con un bebé más de ¿Cuánto?, ¿Diez minutos? Pero tampoco podría ser tan difícil…

—Voy a ser su madrina, ¿no? Yo me encargo, tú solo debes preocuparte por descansar y que el brazo se recupere pronto.

—Eres la mejor. Llamaré a Alejandro y le pediré a mi primo que se aloje en la casa estos días, aunque es segura, estaré más tranquila sabiendo que no estás sola con Zafiro, así puede ayudarte con la niña—. ¿Qué? No… una cosa es convertirme en niñera y otra aguantar al tontolaba de turno día y noche. —No me mires así, es por Zafiro —advirtió por la mirada fulminante que debí poner.

¿Que probabilidades había de que terminase clavándole un cuchillo de cocina en el

pecho? *Muchas… había muchas.*

—Que conste que es la última vez que accedo a hacer algo junto al idiota de tu primo. Sé que es tu familia, como un hermano para ti y que te gustaría que nos llevásemos bien o, al menos, nos tolerásemos, pero créeme, lo he intentado, es superior a mi. No le soporto… me enerva la sangre cada vez que dice una de sus sandeces o salta con su sobrada petulancia hasta lograr que mi poca paciencia se vaya al traste —arremetí—. Hago esto por Zafiro y por ti, pero no vuelvas a pedirme estar a solas con Andrei porque terminaremos aún peor que de lo que estamos.

Irina colocó sus labios en forma de pez, como si boqueara pretendiendo decir algo que finalmente era incapaz de decir. La enfermera me avisó que se la llevarían a radiología y me quedé hasta que llegó Alejandro exhausto, llevaba el bolso con todos los documentos de ella bajo el brazo.

—Tranquilo está bien, si es una rotura del radio requerirá operación, pero estará en casa dentro de dos o tres días, en unas horas lo confirmarán. —Su semblante parecía algo relajado—. Tengo que volver a mi unidad, necesito cambiar algunos turnos, pero estaré al pendiente de los resultados. No te preocupes, ya he solucionado todo con Irina para que puedas hacer el viaje a Alemania, me quedaré con Zafiro estos días.

Alejandro me estrechó entre sus brazos, imaginé que estaba asustado por la caída de su esposa, preocupado por cómo iban a gestionar lo de Alemania sin niñera y con ella en el hospital, teniendo en cuenta las ojeras de ambos, llevaban unas cuantas noches sin dormir demasiado, así que el cansancio comenzaba a hacer mella en ambos.

—La verdad es que podría retrasar el viaje un día o dos al máximo, pero dudo que Irina esté en condiciones de quedarse sola con la pequeña con el brazo así, nos harás un favor muy grande quedándote con Zafiro.

Me marché para volver a la unidad, donde hice un despliegue de carisma emocional con Cedrini, como preveía, no puso ningún tipo de objeciones a cambiar mis turnos de los siguientes días para hacer dobles de tarde y noche cuando volviese. Imaginaba que lo bueno de todo aquello, sería no ver al jefe de unidad durante al menos una semana, ya que solía fijar sus turnos por la mañana, pero él mismo había mencionado que me acompañaría en el primer turno de noche para enseñarme por sí mismo el funcionamiento nocturno de la unidad.

Mierda.

Si supiera que mi paso por el hospital sería breve, me importaba muy poco las consecuencias que pudieran derivar de aquella aventura, pero lo último que me apetecía es que se corriese el rumor de un posible affair con el jefe de unidad para que dieran por sentado que solo buscaba favoritismos.

*Tengo que buscarme un prometido de pega a la de ya.*

Aquella tarde regresé a casa, dormí un par de horas, lo justo para cargar energía y me di una ducha. Preparé la mochila del gimnasio con cuatro básicos, teniendo en cuenta que iba a alojarme en casa de Irina, sabía que podría cogerle prestada ropa, es más, mi amiga se ofendería si viera que me estaba llevando mis propias cosas. Regresé al hospital cuando me confirmaron que había salido de la operación, le habían colocado una fijación y si todo avanzaba según lo previsto, le daban el alta en cuarenta y ocho horas. Alejandro se marchó en busca de Zafiro a casa de su hermana, Andrei me observaba sin decir nada y fijando su vista en la bolsa del gimnasio que había dejado sobre uno de los asientos en la habitación asignada, mientras Irina mantenía una videollamada con su madre.

Alejandro intercambió las llaves de su coche con el de Andrei. De ese modo, podríamos llevar a Zafiro en el coche, incluidas las veces que viniéramos a visitar a Irina. La idea de dejarla sola en el hospital a pesar de que podía valerse por sí misma no me agradaba, pero se quedaba junto a una enfermera privada que le hacía compañía permanente además de las propias enfermeras del hospital. Nos quedamos un par de horas más después de que Alejandro se marchase directo al aeropuerto para coger el vuelo a Alemania.

Fue extraño viajar en el asiento de atrás junto al sillín de la pequeña mientras Andrei conducía. Me mordí el labio cuando le vi pelearse con las correas del asiento para ajustarla al sillín, pero de un modo u otro, consiguió ceñirlas a su cuerpecito y se durmió a los pocos minutos de emprender la marcha.

—Esta situación me apetece tan poco como a ti, pero será mejor que lleguemos a un entendimiento si debemos convivir los próximos dos días juntos —dijo Andrei rompiendo aquel silencio que había en el interior del coche familiar de mi amiga.

Quisiera o no reconocerlo, tenía razón, no podía estar con la escopeta cargada todo el tiempo, aunque me hubiera visto envuelta en aquella situación sin comerlo, ni beberlo. Para ser sinceros, no sé porque él tenía que estar allí, pero por otro lado y dada mi nula experiencia con bebes a cargo, el compartir aquella carga con alguien, aunque tuviese serias dudas de que él fuera capaz de cuidar a Zafiro, el nudo se hacía mas soportable.

—Nos limitaremos a hablar únicamente de Zafiro y el resto del tiempo cada uno obrará por su cuenta. Supongo que si nos ignoramos puedo llegar a tolerar tu presencia. Además, la casa es lo suficiente grande para no encontrarnos —admití.

Solo obtuve un gruñido por su parte, así que supuse que mi idea le parecía bien.

Andrei tenía una copia de las llaves de casa, Irina me había facilitado las suyas. Nada más salir, la pequeña se despertó, así que aproveché para ir a la cocina y calentarle la comida que la cocinera había dejado debidamente preparada para el resto de semana, aunque su principal fuente

de alimentación siguieran siendo los biberones, así que eso me aliviaba bastante. Andrei apareció unos minutos después, pero tal cual entró y vio que había más comida sobre la ropa que la que habría ingerido se marchó diciendo que prepararía el baño. Estaba claro que no sólo era nuevo para mi, sino también para él, tal vez por eso ambos terminamos salpicados de agua y Andrei no tuvo ningún reparo en quitarse la camisa para quedarse completamente desnudo de cintura para arriba.

Un nudo en mi estomago se hizo plausible cuando comprobé la fuerte musculatura de la que gozaba. Hacía tiempo que no coincidía con él en una piscina o en el yate de su prima para recordar esos abdominales, pero ahora que mi cuerpo reclamaba colmarse de placer porque ni siquiera recordaba cuando había tenido mi último orgasmo, el hecho de tener al lado un espécimen como Andrei, solo provocaba que mi deseo aumentara.

*Y dentro de aquel baño hacía demasiado calor para soportarlo.*

—Tú la duermes y yo me encargo de nuestra cena —dijo cuando sacó el cuerpecito de Zafiro desnudo del agua y me la entregó con las piernas encogidas por el frío para que la envolviera en una toalla.

Le dije que estaba de acuerdo para apremiarle a marcharse, no estaba segura de poder fingir mucho más con su cuerpo desnudo estando tan cerca del mío.

Es Andrei. Que esté bueno no implica que tenga que desearle, es un capullo. Le odio. Le detesto. No puedo sentir ningún tipo de atracción hacia alguien que ni siquiera soporto.

Bajé casi una hora más tarde encendiendo el monitor de videovigilancia por si la pequeña se despertaba, vi las dos copas de vino sobre la isla de la cocina y solo un instante después a Andrei, que continuaba desnudo de cintura para arriba moviendo una sartén sobre el fuego.

¿Desde cuando sabe cocinar? Habría jurado que él era incapaz de mover un solo dedo.

—¿Es que no hay ningún restaurante cinco estrellas por aquí cerca? —exclamé al comprobar que no se había percatado de mi presencia.

—No lo he comprobado. Tal vez sí —admitió cogiendo la botella de vino abierta y vertiendo un poco sobre la sartén. Hubo una fuerte llamarada y después se quedó en nada mientras con una maestría que me resultó desconcertante hacía que el salteado de gambas se moviera—. Prefiero cocinar si tengo la oportunidad.

¿Qué? Eso si que no me lo esperaba.

—¿Cocinar tú?, ¡Venga ya! —exclamé cogiendo la copa de vino y visualizando en el monitor que Zafiro seguía profundamente dormida.

Me había cambiado la ropa mojada por un pantalón de algodón bastante cómodo y un jersey fino lo suficiente ancho para que no se apreciara que no llevaba sujetador.

—Ese es tu problema, Nadia —contestó Andrei vertiendo el contenido de la sartén en un plato y acercándolo a la isla donde me había dejado caer con la copa en la mano—. Crees que me conoces y ni siquiera sabes algo de mi o lo que me apasiona hacer.

*Olía muy bien, eso tenía que reconocerlo.*

—¿Lo que te apasiona? —exclamé y me mordí el labio para no reír a carcajadas—. Por favor…

Lo único que a Andrei le importaba el consorcio Komarov en el que él tenía un porcentaje alto como socio capitalista y desde luego tener una amante diferente cada noche podría entrar en esa categoría. Algo a lo que no tendría ningún inconveniente si no se pavonease de ello engordando su de por sí magnánimo ego.

—Me gusta la cocina, los coches y el buen sexo —dijo acercándose peligrosamente hasta posicionarse frente a mí, nuestras copas estaban juntas, pero sin llegar a unirse del todo—, aunque esto último diría que es algo que tenemos en común.

Sus ojos se habían puesto un poco más oscuros de su matiz azul habitual y la evidencia del deseo solo provocaba que mi ropa interior se humedeciera. Podía soportar al Andrei egocéntrico y soberbio, pero no al buenorro sin camiseta y demasiado servicial que tenía frente a mí.

Mi carne es débil, más débil de lo que imaginaba.

—No lo voy a negar —admití cogiendo una gamba con los dedos. Estaba caliente, pero no para quemarme las yemas, y me la metí en la boca mientras la mezcla de sabores explosionaba en el interior haciendo que me sorprendiera por la sorpresa.

Fui a coger otra cuando sentí como su mano me detenía.

—¿Y bien? —inquirió esperando una adulación por mi parte.

Pero por mucho que me sorprendiera que Andrei fuese un buen chef, no pensaba dejar que se vanagloriase.

—Sabes que moriría de hambre antes de hacerte un halago —admití importándome muy poco confesar entre líneas que me había equivocado.

—Lo sé —afirmó llevándose mi mano a su boca y cuando comprendí sus intenciones fue demasiado tarde. Introdujo uno de mis dedos impregnados en la salsa de aquellas gambas envolviéndolo con su lengua, un pequeño gemido se escapó de mis labios y el ardor de mi entrepierna comenzaba a ser algo febril, con latigazos que vaticinaban su desesperación por la falta de aquel deseo insaciado—. Como también sé que jamás admitirías que desearías fervientemente que te suba sobre esta mesa, te abra las piernas y te penetre tan fuerte que logre arrancarte un orgasmo que sólo lleve mi nombre.




¿Su nombre? Muy propio de Andrei.

—Sigue soñando —increpé en lo que me habría gustado que fuese una voz mucho más decidida que el susurro casi apagado por el estremecimiento.

Hice ademán de soltar mis dedos de su boca, conocía las intenciones por su mirada, el deseo despierto de sus ojos que brillaban con aquel matiz oscuro garantizándome un placer carnal eterno y aún así, me resistí con todas mis fuerzas al hacer presión en su mano para que me soltara.

No lo hizo, contrariamente a mis deseos se acercó un poco más y mordió sutilmente la yema de mis dedos. Mis labios se entreabrieron y maldecí el espasmo de mi entrepierna anticipándose a la emoción del deseo.

—Por una vez quiero que el sueño sea realidad —dijo antes de lanzarse a atrapar mi boca con tanta fuerza que fue imposible impedir que sus labios atraparan los míos con una intensidad feroz, propia de un león salvaje clavando sus colmillos en su víctima sin permitirle alguna escapatoria.

Su lengua se unió a la mía formando un estallido de mil estrellas, un torrente arrollador de emociones que se desataban en un instante fugaz pero eterno. Era el choque de dos mundos opuestos, dos personas que se detestaban hasta un profuso y angosto odio pero que a su vez el deseo y la pasión se entrelazaban en un baile de fuego y éxtasis.

Mis labios respondieron de pura inercia ante el candor de los suyos, admitiendo el placer que su lengua, unida a la mía en una danza atrevida le otorgaba y de mi garganta salió un gemido

de absoluta conmoción provocando que él uniera su cuerpo al mío, percibiendo el calor que emanaba de su piel desnuda, haciendo que mis yemas quemasen ante la rebeldía de prohibirme tocarlo.

En el momento que una de sus manos se coló bajo el jersey, envié al infierno todas mis prohibiciones y mis manos se colocaron tras su nuca, permitiendo que ahondase en aquel beso, que le confiriera tanta pasión y desenfreno como el fuego que aguardaba dentro de mi, amenazando con incendiar todo a su paso. La protuberancia de su entrepierna en mi muslo provocó que mordiese su labio con fuerza y me agarró con firmeza de la cintura para apretarme aún más contra él, clavándome su polla a través del pantalón para que fuese plenamente consciente de que era la única culpable de que estuviera tan firme.

Mi jersey voló en un instante y antes de que terminase en el suelo, Andrei ya tenía su boca sobre uno de mis pechos, acogiendo todo el pezón de un mordisco, succionándolo hasta ponerse erecto y haciendo que me arquease por y para él mientras me mordía el labio sucumbiendo a ese instinto carnal… al único y verdadero placer real.

Por un momento me importó una mierda que fuese el mismísimo Andrei Komarov quien tenía su boca en mis tetas y las manos apretando con firmeza mis nalgas. Quería aquello, quería más, quería todo.

*Dios mío, ¿Que estoy haciendo?*

Pero antes de protestar una de sus manos se había colado bajo la cintura, abriéndose paso a través del elástico del pantalón, navegando bajo la ropa interior y llegando hasta los pliegues de mi entrepierna, tan húmeda y cálida que gemí ante el roce por su contacto.

*Ay que joderse…*

Y tuve que apretar los dientes con fuerza cuando aquellos dedos se abrieron paso a través de mi interior conforme su lengua recorría mi esternón hasta llegar al cuello y darme un beso húmedo que me excitó aún más de lo que de por sí estaba.

Si alguna vez había tenido una ligera duda sobre las cualidades de Andrei en cuanto a complacer a una mujer, se habían disipado por completo.

El roce de su pulgar en mi clítoris era una sincronía perfecta con el ritmo de sus dedos en mi interior y la conmoción del momento me hizo aferrarme con fuerza a él siendo más consciente que nunca de su olor, de la embriaguez con la que perforaba todos y cada uno de mis sentidos.

Iba a correrme allí mismo, en su boca, en sus labios, en sus manos. Estaba a punto de alcanzar un orgasmo que me arrastraría al mismísimo paraíso sin importarme absolutamente nada de lo que sucediese después, podía sentirlo, predecirlo, anticiparme al momento en el que

esas oleadas de fuego me abrasarían sin piedad y justo ahí, antes de que lograse la plenitud de mi deseo, el llanto de Zafiro se hizo eco en el silencio de nuestros besos.

Como un águila rapaz cogí la pantalla y vi que se había despertado y lloraba desconsolada, así que aparté a Andrei y me bajé de la isla de la cocina sin importarme caminar por la casa desnuda de cintura para arriba.

En el momento que tuve a la pequeña entre mis brazos, era consciente de que mi corazón palpitaba desbocado y no precisamente por subir las escaleras a la velocidad de la luz, sino por lo que había estado a punto de suceder en esa cocina si ella no hubiera llorado. Habría dejado no solo que Andrei me concediera un orgasmo, sino probablemente mucho más, indudablemente muchísimo más.

¡Malditas hormonas y maldito el momento en el que Irina ha tenido que romperse un brazo!

No quería ser consciente de mi debilidad, ni mucho menos de volver a caer en la tentación que él suponía. ¡Joder!, ¿Como he podido dejar que me afecte tanto? Debía ser la falta de sexo, no me cabía duda, de lo contrario no habría permitido que Andrei se acercase tanto y, menos aún, extralimitarse como lo había hecho al chuparme los dedos.

Pero quisiera o no reconocerlo, que besara con aquella desesperación, que me tocase de ese modo en el que lograba vibrar… ¡Joder!, ¿Cuánto hacía que no me sentía de ese modo con un tío?

Vi que la puerta se abría y él entraba con sigilo. Zafiro se había calmado entre mis brazos al colocarle de nuevo el chupete que se le había caído, pero no quería soltarla de nuevo en la cuna, no por temor a que se despertase, sino de mi misma y mi traicionero cuerpo.

—¿Está bien? —preguntó acercándose en la penumbra.

Solo había una pequeña luz encendida, lo justo para que si ella despertaba no sintiera que estaba sola y a oscuras.

—Si —afirmé sin mirarle, pero percibiendo la mirada fija de él sobre mi pecho desnudo —. Ayer dormí muy poco, estoy cansada, me quedaré en esta habitación con ella el resto de la noche.

Ni siquiera le miré cuando dije aquello, pero percibí como su rostro miraba hacia otra parte, evidentemente había captado el mensaje.

—Estaré al final del pasillo —dijo él—. Por si cambias de opinión.

Tras marcharse, Andrei cerró la puerta y yo me senté sobre la cama aún con la pequeña en brazos.

¿Por qué narices si le detesto tanto, una parte de mi se muere por aceptar su invitación?

¡Joder!, ¡Por qué tiene que estar tan jodidamente bueno!

# CAPÍTULO 8



A las seis de la mañana escuché como la puerta principal se cerraba, ni siquiera había sido fuerte, pero había pasado toda la noche en un duermevela constante sin llegar a coger el sueño profundo. Primero porque era incapaz de dormir, segundo porque Zafiro estuvo inquieta en un par de ocasiones y tercero porque tenía un calentón de los mil demonios que acabe por darme una ducha templada para ver si se me pasaba del todo.

No fue así.

Cierto pesar se evaporó al saber que Andrei acababa de salir, afirmando que de ese modo no tendría reprimir aquel ardiente deseo con el que mi propio cuerpo sería capaz de traicionarme si le veía. No tenía la menor idea de si se había ido hacia el trabajo teniendo en cuenta que tardaba una hora en llegar o cual había sido su intención, pero el que no estuviera bajo el mismo techo era todo un alivio para esa quemazón que amenazaba con fundirme y me quedé profundamente dormida, hasta que el llanto de la pequeña me despertó.

Tenía tres llamadas perdidas de Irina y otras dos de Alejandro, decidí llamar a la primera conforme entraba en la cocina con Zafiro en brazos para prepararle un biberón.

—Perdona, me había quedado dormida —dije en cuanto descolgó.

—Lo imaginaba, pero no te preocupes, llamé a Andrei y aún seguía en casa, me confirmó que estabas durmiendo y la pequeña también. ¿Acaba de despertarse? —Saber que Andrei había entrado a la habitación mientras dormía provocó que mi pulso se acelerase.

¿Aún estaba en casa?, ¿Cuándo volvía?

—Si —afirmé—. En un rato la visto y vamos a visitarte —dije haciendo cucamonas al mismo tiempo a la niña, que sonreía por escuchar la voz de su madre.

—No hace falta —contestó rápidamente—. La operación fue bien y todo está en orden, he firmado el alta voluntaria y como tú estás en casa hasta que regrese Alejandro, todo está controlado. Andrei me recoge en un par de horas. ¿Contenta de no tener que soportar más a mi primo? —gimió—. ¿Qué tal la noche? Casi me sorprende que no os hayáis lanzado cuchillos.

No. Precisamente eso, no hicimos.

—Nos limitamos a evitarnos —mentí—. ¿Por qué nunca me has dicho que le gusta cocinar? —pregunté recordando que había preparado la cena y apenas probé bocado.

—¿Y cuando te lo iba a decir? Odias a Andrei, eso incluye vetar cualquier información que tenga que ver con él.

Es cierto, era escuchar su nombre y mi oido cambiaba de frecuencia como en una radio para desconectar.

—Bueno, no importa. Estaba tan cansada que ni cené —afirmé colocando a la niña en la sillita para tener las dos manos libres—. Así que, si trataba de envenenarme, no le funcionó.

Las risas de Irina sirvieron para cambiar de tema y al final terminamos la conversación cuando la enfermera llegó para cambiarle el vendaje.

Me había preparado para enfrentar a Andrei cuando llegase a casa con Irina, pero ni siquiera se detuvo a entrar, se limitó a dejarle el bolso en la puerta y despedirse fríamente con la excusa de tener demasiado trabajo en la empresa. No volví a verle ni saber nada de él durante los días siguientes. Irina solo le mencionó de forma casual como solía hacer siempre.

¿Me evitaba? Aquello no era una novedad, siempre nos habíamos evitado mutuamente, pero nunca habíamos estado tan cerca de acostarnos como aquella noche y mi cerebro no dejaba de darle vueltas repetitivamente por más que quisiera acallarlo y convencerme de que todo se arreglaría acostándome con un tío cualquiera cuanto antes.

Tal vez por esa misma razón acudí al gimnasio tras un turno doble cuando debería marcharme a dormir al menos siete horas antes de empezar otro turno también doble.

Llevaba corriendo casi veinte minutos sobre la cinta cuando un chico se colocó a mi lado. Bajé el ritmo a los pocos segundos para caminar de forma ligera y me quité los cascos, vi que él me observaba y sonreí sin mirarle, pero girando parcialmente el rostro hacia él.

Me dijo algo que no entendí, así que le respondí que solo hablaba inglés.

—¿Eres nueva? —preguntó en esa lengua.

—Si. Aún no domino el idioma, aunque espero hacerlo.

—Podría darte clases, si quieres, claro —contestó rápidamente.

—Me vendrían muy bien —dije girando mi rostro por completo para verle bien.

Alto, cabello oscuro, ojos marrones profundos, piel bronceada, cuerpo atlético y fornido,

ausencia de barba y con unos hombros anchos que aseguraban poder cargar con mi peso.

*Me servía perfectamente.*

—Qué rapidez haciendo amigos —oí en un ruso marcado y perfecto que provocó que mi columna vertebral se pusiera completamente recta.

¿Que demonios hace él aquí?

—¿Que haces tú aquí? —exclamé con evidente conmoción.

—¿Lo mismo que tú? —preguntó aumentando el ritmo de la cinta y comenzando a correr.

—Oye —dije en voz alta para que Andrei me escuchara, pero dirigiéndome al otro chico —. ¿Te apetece ir a tomar algo ahora? —pregunté con descaro y el chico del que ni siquiera sabía su nombre asintió con tanta rapidez que casi tropieza con sus propios pies en la máquina.

—Me doy una ducha y te veo en la puerta —afirmé deteniendo la cinta y recogiendo el móvil y mis cascos.

—Alguien diría que estás desesperada —mencionó Andrei en nuestra lengua para que nadie se percatara de sus palabras—. El problema es que no va a funcionar, ninguno lo hará.

—Déjame adivinar… ¿Por qué ninguno eres tú? —gemí con la risa ahogándome la garganta.

—Podría, pero no —negó—. Ninguno sabe darte lo que buscas —afirmó manteniendo el ritmo de carrera conforme me hablaba.

Yo habría perdido el aliento hace ya un buen rato.

—¿Y qué es lo que busco según tú? —pregunté y después me arrepentí, ¿Por qué le daba coba? Debería largarme sin más.

—Buen sexo, sin compromiso, sin nadie que te agobie, ni te presione, ni te coloque en una situación que no quieres estar. Alguien disponible cada vez que quieras, que te complazca y te lleve al límite, que finja que no le importas, pero que te haga gritar de placer cada vez que te toca.

El nudo en la garganta bajo hasta el pecho y comencé a sentir como mi corazón latía con tanta premura que amenazaba con dividirse en mil partes. ¿Como es posible que alguien que me odia, que me detesta, que lleva años evitándome…sea capaz de saber lo que quiero mejor que yo misma?




Aquel era el tercer margarita que llevaba a mis labios mientras el tío del gimnasio no dejaba de hablar de inteligencia artificial y todo lo que se podía conseguir con ello. En el momento que le advertí de que era residente de neurología, pareció encontrar la veda hacia una conversación interesante para ambos, así que mientras él hablaba de chips cerebrales que lograrían dar un avance a la humanidad y provocaría la revolución del mundo tal y como lo conocemos, yo solo era capaz de pensar en las últimas palabras de Andrei justo antes de perderle de vista.

«Nadie que te presione, que te agobie, que te coloque en una posición incómoda. Alguien que te complazca hasta límites inalcanzables, que finja que no te importa, que esté cada vez que le llames, que te haga gritar de placer cada vez que te toque…»

*Alguien que no era el tío que tenía delante.*

Sentí la presión en mi pecho ahogándome a la par que una brutal y apabullante percepción de vacío inmenso. No era que Andrei tuviera razón, que la tenía, sino que llevaba años negándome a aceptar que eso era lo que quería y él, precisamente él, había tenido que decirlo para que me diera cuenta.

¿Como era posible que me conociese de ese modo? Nunca le he permitido acercarse lo suficiente, de hecho, ni siquiera sabía que le gustaba cocinar o que tenía alguna inquietud que no fuera él mismo, la empresa familiar o los coches de lujo.

¿De verdad creía conocer a Andrei como pensaba?

Mi teléfono vibró con la entrada de un mensaje, vi en la pantalla que era Irina, pero aquello me dio la excusa perfecta.

—Lo siento muchísimo, creo que tendremos que continuar otro día, hay una urgencia en el hospital y tengo que ir enseguida, pero ha sido un placer conocerte —dije levantándome mientras cogía la bolsa del gimnasio.

—Vaya… es una pena, supongo que te veré por el gimnasio —mencionó desconcertado.

—Por supuesto —sonreí—. Espero que la próxima vez no nos interrumpan —agregué acercándome para darle un beso en la mejilla—. A la siguiente invito yo —afirmé antes de alejarme y salir del local que no estaba demasiado lejos del gimnasio y, por tanto, del apartamento de Irina.

Con el móvil en mano abrí el mensaje de mi amiga en el que me preguntaba simplemente que tal estaba y si los turnos dobles estaban acabando con mi vida porque apenas le había hablado desde que me fui de su casa.

«Estoy acostumbrada, no te preocupes. Por cierto, ¿Puedes darme la dirección de Andrei? Me dejé una cosa en su coche y necesito recuperarla»

Mi excusa era absurda, pero suponía que Irina no sospecharía nada teniendo en cuenta lo mal que nos llevábamos. Antes de coger el ascensor que me llevaba hasta el piso donde residía el apartamento tenía la dirección en mi teléfono.

Ni siquiera sabía que estaba haciendo, ¿De verdad pensaba plantarme en el apartamento de Andrei, así como así? Tampoco tenía la menor idea de que pensaba decirle o qué excusa iba a usar, pero no pensaba quedarme con aquella sensación de opresión en mi pecho que me estaba ahogando y que sólo existía un modo de solventar.

Elegí una falda plisada de color crema que llegaba a medio muslo y la acompañé con una camisa del mismo color y un jersey turquesa. Cogí la gabardina en lugar del abrigo ya que no hacía tanto frío y metí las llaves en el bolso de Versace a la par que el teléfono antes de calzarme los zapatos de tacón. Apenas tardé dos minutos en coger un taxi que me llevase a su dirección y tuve la suerte de que el portero me abrió antes de tener que llamar al apartamento. La decisión y tenacidad que me había llevado hasta allí se había esfumado por completo cuando hice el amago de llamar al timbre, ¿Qué estaba haciendo?, ¿Qué narices iba a hacer?

Di un paso atrás con la intención de marcharme y después apreté los puños. No iba a lograr nada hasta que no terminara aquello así que pulsé el botón y escuché el sonido en el interior.

La puerta se abrió en apenas un instante y Andrei me observó con unos ojos que evidenciaban sorpresa. Llevaba el pelo algo mojado y revuelto, vestido completamente de negro, incluso el delantal que tenía puesto y antes de que dijera algo entré decidida abriéndome paso por el hueco de la puerta.

—Ni siquiera sé porque demonios estoy aquí y seguro que me voy a arrepentir enormemente de esto, pero necesito una respuesta —dije abruptamente mientras mi vista se fijaba en el salón minimalista perfectamente amueblado y decorado con gusto.

El chisporroteo de algo cociéndose en la cocina me hizo ver que estaba preparando la cena y tenía varios utensilios por medio.

—Para tener una respuesta deberías formular una pregunta, ¿No te parece? —dijo cerrando la puerta y dirigiéndose hacia la cocina mientras apartaba la sartén del fuego.

Dejé el bolso sobre la esquina del sofá y me quité la gabardina para dejarla en el mismo lugar, mientras lo hice, Andrei se había acercado hasta mi quedándose solo a un par de pasos de distancia.

—Todo lo que me has dicho antes de marcharme del gimnasio. Cada jodida palabra que has soltado, ¿Por qué? —Era consciente de que su respuesta sería determinante y que podría cambiar todos esos años de resentimiento para siempre.

—¿Has venido hasta aquí sólo para saber por qué? —exclamó quitándose el delantal lentamente y guardé silencio—. Los dos sabemos que conoces la respuesta a tu pregunta, así que no, no has venido aquí para saber la razón de cada palabra que he mencionado, estás aquí para saber si necesito lo mismo y si estoy dispuesto a ser quien te complazca, ¿Me equivoco? —preguntó acercándose hasta colocar una mano en mi cintura sin que yo me apartase—. Y en lugar de follarte al idiota ese que acabas de conocer porque sabes que no logrará saciarte, has venido para que sea yo quien te haga gritar de placer, porque eso es lo que necesitas, ¿no?

Mi mirada estaba perdida en la suya y en mi garganta había un nudo que apretaba de forma constante y no lograba que pudiera escapar ni un simple quejido ante la veracidad de sus palabras.

Andrei me alzó rápidamente para colocarme sobre la parte alta del sofá donde había dejado el bolso y la gabardina haciéndose hueco entre mis piernas, sus manos subieron desde mi cintura hasta mi rostro, donde me colocó el cabello hacia atrás sin dejar de mirarme, sin que yo lograra decir nada. Era la primera vez que me fijaba en cada fibra de su piel, en la perfección de sus rasgos, en la atracción que irremediablemente sentía por él.

Atrapó mis labios con tanta rapidez que apenas reaccioné, pero mi lengua supo reconocerle enseguida y respondió a su beso con avidez, siendo salvaje, atrevida, demostrando una sensualidad hasta ahora contenida. Andrei metió sus manos por debajo de mi falda y me apretó las nalgas contra él, logrando que gimiera ante su contacto, deseando anular cualquier minúsculo espacio y con un deseo ferviente de que me poseyera, de que colmara aquel fuego incandescente que refulgía en mi interior.

Me alzó en el aire y solo un instante después sentí la dureza de la pared contra mi espalda

mientras me aplastaba con su cuerpo y nuestras bocas se volvían aún más indómitas.

Dios de mi vida… estaba ocurriendo, ¡Estaba rindiéndome a Andrei Komarov! Definitivamente había perdido el juicio, pero que me pudra en el infierno si no es lo que deseo ahora mismo.

Su boca se apartó de la mía para dirigirse hacia mi cuello y jadeé deslizando mi mano sobre su pecho, palpando por encima de su ropa cada músculo y descendiendo hasta tocar su entrepierna, dura como una piedra.

Su boca volvió a apresar la mía y mordí su labio provocando que él emitiera un sonido gutural de absoluta rendición y deseo. En el momento en que estiré de su cinturón, tuve la apremiante necesidad de tocarle, de apresar en mi mano la dureza de su entrepierna y con esa intención deslicé mis dedos por el breve espacio que me permitía la cinturilla del pantalón hasta rozar con la punta de mis dedos la tibieza de su carne.

El graznido de su garganta me volvió febril, saber hasta que punto era débil entre mis manos me empoderaba y aquello provocó que descendiera aún más hasta coger todo su miembro entre mi mano.

¡Joder!, ¡Menudo tamaño!

La quería dentro de mí, bombeando sin parar, haciéndome arder de puro deleite y cuando pensaba confesar mi necesidad ante lo evidente, ante el hecho de que necesitaba urgentemente que Andrei me follase sin pudor, sin devoción, sin ser ni siquiera suave, sino salvaje, estremecedor e indómito, el timbre de la puerta retumbó por todo el salón desconcertándome.

¿Esperaba a alguien? Mi mano comenzó a salir de sus pantalones y él me detuvo.

—No te detengas ahora —gimió tratando de volver a besarme y el timbre se oyó de nuevo.

—¿Es que no piensas abrir? —gemí en su oído.

—Se irá… —En cambio el timbre se escuchó por tercera vez y Andrei emitió una mueca de fastidio.

De pronto mi vista se fue hacia la mesa de la cocina donde había dos copas vacías y una botella de vino por descorchar, entonces me volví hacia la mesa del salón y vi que estaba dispuesta para dos servicios.

Esperaba a alguien para cenar y la certeza de que era una mujer era tan obvia que toda la calentura del momento se esfumó en un segundo.

—¿Tan rápido esperabas que fuese para despacharme antes de que llegase tu cita? —exclamé apartándome de él y cogiendo el abrigo ahora arrugado sobre el sofá sin intención de ponérmelo.

—¡Ni siquiera sabía que ibas a venir! —Su contestación solo constataba lo que imaginaba, aunque eso no podía rebatírselo.

—Efectivamente y sabía que me arrepentiría en cuanto salí de casa. —Hice además de ir hacia la puerta, pero él me detuvo.

—Te fuiste con el tipo del gimnasio, ¿Que esperabas que hiciera? —contestó él como si fuese una defensa para algo que ni siquiera le había echado en cara.

—No te estoy pidiendo explicaciones de nada, porque te recuerdo que tú y yo no somos nada —advertí soltándome de su mano y abriendo la puerta para ver a una chica joven, de piel bronceada, bastante más bajita que yo y con el cabello oscuro. Tenía el teléfono en la oreja, evidentemente estaría llamando a Andrei viendo que él no le abría la puerta y cuando sus ojos marrones se entrelazaron con los míos pude notar su sorpresa—. Disculpa, ya me marchaba —afirmé con un gesto poco agradable a pesar de que ella no tuviera la culpa.

Me dirigí hacia el ascensor, con suerte estaría en la misma planta si nadie lo había usado desde que ella llegó.

—¿Ocurre algo? —preguntó ella en un inglés muy pobre.

—Un momento —oí a Andrei y supuse que no me lo decía a mí cuando no era nuestro idioma.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré, pulsando repetidamente el numero cero, pero antes de que comenzasen a cerrarse Andrei se coló en el interior y después nos quedamos encerrados.

—Tú y yo no somos nada y jamás seremos nada, pero has venido hasta aquí por algo y lo sabes tan bien como yo. Puede que no tengamos nada en común y que no encajemos en muchos sentidos, pero lo hacemos en el único que a ambos nos importa. Quédate y podremos descubrirlo —dijo mientras veía como el número descendía rápidamente.

Una parte de mi lo deseaba, ¡Joder si lo deseaba! Pero mi orgullo valía mucho más que la insaciable necesidad sexual de mi cuerpo hacia Andrei.

—A estas alturas, deberías saber que no me van los tríos. Si en algún momento había dudado, el destino me ha hecho recordar que eres un completo gilipollas. Que te vaya bien con tu cita, parece dispuesta a complacer tus fantasías.

Ni le miré, porque ver aquellos ojos fijos en los míos me provocaba un revoloteo interior que no aceptaba, así que me limité a salir del ascensor cuando llegó a la planta baja sin detenerme a ver si él me seguía o tenía algo más que añadir a su discurso.

Fuese como fuese, continuaba sintiéndome como una imbécil, una completa e insuperable imbécil redomada. ¿Por qué mierdas he tenido que ir a su casa? La cuestión no era

que me sentía peor que antes, sino que encima había esperado que de algún modo él se presentara más tarde en mi casa. Que hubiera dejado a su cita tirada y llamáse a mi puerta con alguna excusa barata o sólo para decir le importaba una mierda lo que dijera, pero que deseaba acabar con aquel fuego que nos consumía a ambos.

Ni yo me entendía… y quizá por eso me había zampado una tarrina entera de helado de chocolate con galleta.

Si es que me tenía que haber tirado al tío de los chips cerebrales, un polvo sin más, quizá algo insatisfactorio, pero que no me daría el quebradero de cabeza que tenía ahora. ¿Y qué era lo peor? Que ni siquiera podía confesarlo a Irina, ¡Me cago en mi puta vida!, ¡Si es que no tenía que haber pisado ese jodido gimnasio para empezar!




No supe nada de Andrei durante la siguiente semana, ni siquiera Irina le mencionó las veces que hablamos en referencia a qué hacer para celebrar mi cumpleaños. No me apetecía ninguna fiesta, tal vez porque estaba demasiado cansada y sólo quería algo tranquilo, a ser posible íntimo y sin interrupciones de ningún tipo; hospitalarias o gente indeseada. La cuestión es que ella estaría fuera y yo trabajaba, así que decidimos hacer una escapada durante el fin de semana las dos solas a la casa del lago que tenía Alejandro y que aún no conocía.

Miré el reloj del teléfono por tercera vez, como si pretendiera que de ese modo no avanzara o llegaría demasiado tarde a la primera clase de español. No había podido comenzar antes porque mis turnos coincidían con el horario, pero era la única academia que estaba lo suficiente cerca de casa para poder ir andando y que aceptaban alumnos en cualquier época del año.

Tenía una llamada perdida de mi padre que no pensaba responder, al menos no hoy, quizá tampoco en los próximos días, pero conociéndole, estaba segura de que me llamaba con la excusa de felicitarme y encontrarnos. No me apetecía terminar el día discutiendo por diferencia de opiniones en cuanto a lo que era más conveniente para mi carrera.

Decidí dejar los tacones y calzarme unos mocasines, así podría caminar más rápido y salí disparada de casa con lo imprescindible en el bolso y una carpeta llena de folios. El clima era realmente cálido para lo que estaba acostumbrada, ni siquiera me había puesto medias bajo el conjunto de falda y blazer en tonos azulados. Llevaba una camisa blanca sencilla para no ir demasiado arreglada y cuando llegué al edificio en cuestión que solo estaba a cinco calles, la

puerta estaba abierta.

Seis minutos tarde. Tampoco ha sido para tanto, pero evidentemente ya habían comenzado.

Había realizado la inscripción online, así que la identificación solo era una mera formalidad, la secretaria, una chica de veinte pocos años con rostro entrañable, me acompañó hasta el aula donde se impartía la clase. Eran grupos reducidos de seis personas, todos pares, para formar parejas y aprender con mayor rapidez el idioma.

—Casualmente entró un alumno hace pocos días, así que podrás formar pareja con él hasta que el profesor evalúe vuestro nivel —dijo mientras yo asentía.

Me pidió que la siguiera por el pasillo, el apartamento era enorme, tal vez habían juntado dos pisos y los techos eran tan altos que parecían propios de un antiguo palacio. Ella irrumpió la clase y mencionó en inglés que ingresaba una nueva alumna mientras yo me quedaba en la puerta, dando mi nombre, luego me hizo pasar y me presentó al profesor, un hombre de aproximadamente cincuenta años con gafas de pasta que no dejaba de sonreír tras verme.

Volví mi vista hacia los alumnos de la clase, eran apenas cinco por lo que fue muy rápido darme cuenta de la cara conocida.

*Y el muy capullo se reía.*

Esta maldita ciudad tiene más de tres millones de habitantes. ¿Como es posible que me lo tenga que encontrar en cada jodido lugar al que voy? Y el único hueco vacío es el que hay junto a él.

*Tócate las narices.*

El profesor me indicó que me sentara y no dije nada, me limite a fingir que no le conocía en absoluto.

—Cállate —susurré en cuanto sentí la rigidez de la silla bajo mis nalgas.

—No he dicho nada —contestó él bajando la mirada.

Lo último que necesitaba es que Andrei pensara que le estaba siguiendo o algo así, cuando en realidad, huía de él como la peste. Mientras el profesor hablaba solo en castellano y yo no comprendía ni una octava parte de lo que decía, comencé a buscar un bolígrafo por todas partes, pero rápidamente me di cuenta de que se me había caído por el camino o lo había olvidado. Vi como a mi izquierda él me pasaba uno.

—Gracias —mencioné en nuestro idioma.

Sentí como su pierna rozaba la mía y sin saber porqué, no me aparté como habría esperado que reaccionase mi cuerpo ante su tacto.

Durante los cincuenta minutos que duraba la clase traté de prestar atención a pesar de

sentir el calor de Andrei a mi lado o de los veinte últimos minutos en los que el profesor nos obligaba a realizar una conversación ya establecida para trabajar la pronunciación.

—¿Por qué estás en esta ciudad? —Me preguntó Andrei con un acento tan marcado y una pronunciación tan nefasta que, de no ser rusa, no le habría entendido.

—Por placer —contesté según decía el texto.

—¿Y qué es lo que más te gusta más de la ciudad? —volvió a preguntar él.

—La comida y los espectáculos.

Después debíamos hacerlo al revés y una vez finalizado se dio por concluida la clase hasta el próximo día.

El profesor me detuvo para saber que tal me había encontrado y si veía que era un nivel demasiado avanzado. Me comentó que no debía preocuparme si al principio no lograba entender todo, pero que pronto lo haría, no debía desesperarme. Cuando salí, pensé que Andrei se habría marchado, pero me lo encontré hablando por teléfono en la misma puerta del edificio.

Colgó en cuanto me vio y la situación era tan extraña, que ni siquiera sabía que argumentos podíamos tocar sin llegar a discutir.

—Es tarde, tenía pensado coger algo para cenar en casa, pero no esperaba encontrarme con algún conocido y me preguntaba si te apetecía tomar algo por aquí cerca. A menos que tengas planes, claro.

En esos momentos agradecería tener un plan para no inventar una excusa absurda, pero lo cierto es que mis planes también eran coger comida para llevar a casa y cenar completamente a solas.

¿Podría ser demasiado malo cenar con Andrei? Sería un lugar público, rodeados de personas, aunque eso no había importado en otras ocasiones cuando habíamos comenzado a discutir.

—Mañana entro a primera hora, no puedo entretenerme —mencioné sin creerme que estuviera aceptando.

Entramos en un restaurante de lujo un par de calles en dirección a mi casa, me sorprendió que lo tuviera en consideración, así como el hecho de apartar la silla para que me sentara. Mientras nos atendían y leíamos la carta hubo un silencio plausible entre nosotros, hasta que ambos pedimos la comanda y Andrei decidió elegir el vino sin consultarme.

De alguna forma tenía que salir a relucir su ser egocéntrico.

—Irina me comentó que mañana es tu cumpleaños, ¿Tienes pensado hacer algo? —preguntó colocándose la servilleta de tela en las piernas y bebiendo un sorbo de agua.

—Trabajaré todo el día, así que lo único que pienso hacer es tirarme en el sofá cuando

regrese a casa —mencioné sin darle importancia.

Andrei no contestó y yo respiré hondo mientras dejaba salir lentamente mi respiración. La situación era absurda, ni siquiera debía haber aceptado una cena con él por más que no se tratara de una cita, era evidente que ninguno tenía argumentos de conversación.

Vi como sacaba un sobre y lo arrastraba por encima de la mesa.

—Pensé en dárselo al portero de tu edificio cuando regresara a casa, obviamente no creí que coincidiríamos en la misma academia, pero no tiene sentido usar un intermediario cuando te tengo frente a mí —decretó apartando su mano del sobre—. Felicidades.

Fruncí el ceño e hice un gesto de completo desconcierto mientras cogía el sobre.

—¿Esto es tuyo o de tu prima? —exclamé abriendo la solapa.

—Puedes decidir de quien quieres que sea siempre y cuando lo aproveches —dijo antes de que sacara un documento doblado en el que se leía claramente que era una reserva para un hotel no muy lejos de allí donde incluían los servicios de spa, masaje de una hora y varias terapias de relajación corporal.

—Es para dos —contesté al ver que la reserva estaba a mi nombre y al de un acompañante.

—Pensé que podría acompañarte Irina cuando hice la reserva, pero surgió un imprevisto y estará fuera de la ciudad. No creo que tengas problema en convencer a alguien del trabajo para que te acompañe.

Guardé el documento en el sobre y lo metí en mi bolso.

—Me sorprende que no te ofrezcas voluntario —dije casi asombrada.

—Para eso tendríamos que compartir la misma cama —contestó y comprobé que se formaba un nudo en mi estómago.

—Nunca ha supuesto un impedimento para ti. —Me atreví a decir alzando la mirada hacia él y observé el fulgor en aquellos ojos azules que me observaban.

—Y hasta hace una semana tampoco parecía serlo para ti.

—Tenemos una definición distinta de lo que pasó —logré decir antes de que trajeran la botella de vino que Andrei había pedido para servirla.

Vi como el camarero le servía la copa y aguardaba paciente a que él aprobara la degustación, observé como mareaba el líquido, lo olía y finalmente lo probaba antes de asentir y que sirviera en primer lugar mi copa y después terminara de llenar la suya. Nos dejó la botella sobre la mesa y se marchó dejándonos de nuevo a solas.

A pesar de no ser los únicos en el restaurante, no estaba lleno, por lo que nos daba cierta intimidad, pero teniendo presente que hablábamos en ruso, dudaba que alguien nos pudiera

entender.

—Siempre hemos tenido definiciones distintas, de lo contrario, hace mucho que habríamos dejado de discutir —arremetió dando un sorbo a su copa.

Puede que tuviera razón, nuestro punto de vista había sido siempre muy distinto a pesar de provenir del mismo ambiente y que nuestras familias se conociesen.

—Aún seguimos discutiendo, hasta resulta extraño que no lo estemos haciendo ahora —atajé deslizando la servilleta hasta mis piernas mientras el camarero nos dejaba el pan y un pequeño kit para condimentar la ensalada.

—¿Y no te has preguntado por qué? —inquirió mareando la copa sin llegar a probar otro sorbo.

Eran muchos años para saber que aquel tono de diversión enmascaraba algo más, quizá fuese picaresca o la típica sorna que solía emplear cada vez deseaba conquistar a una mujer, indiscutiblemente trababa de hacerlo conmigo del mismo modo.

Y asombrosamente no me molestó, tal vez porque no funcionaría.

—¿Porque le prometimos a tu prima tratar de no hacerlo? —debatí llevándome las manos al cabello para echarlo hacia atrás.

—Irina no ha conseguido que nos llevemos bien en veinte años, ¿Y lo va a conseguir en dos semanas? Diría más bien que has empezado a darte cuenta de que nuestras diferencias no son por incompatibilidad, sino todo lo contrario. ¿Has pensado en mi propuesta? En realidad, sé que has pensado en ella o no habrías venido a mi apartamento la semana pasada, la cuestión es si habías decidido aceptarla.

—No voy a aceptar nada que venga de ti, Andrei. Y como bien has mencionado, has tenido veinte años para entender que no lo haría.

—La insólita terquedad Ivanov —comenzó a reír.

Afortunadamente llegó el primer plato. Pasta para Andrei, ensalada de marisco para mí y la conversación pasó a un plano mucho más superficial sobre los lugares de ocio de Madrid o las diferencias más obvias que habíamos encontrado respecto a nuestro país de origen.

Andrei me acompañó hasta la puerta de mi edificio donde residía el apartamento de Irina. El conserje se había marchado así que saqué las llaves para abrir la puerta.

—Espero que si decides ir mañana al spa, te relajes y disfrutes del momento. Si necesitas compañía, estaré libre toda la tarde y toda la noche. Aunque sólo sea para hablar —Andrei se acercó y me dio un beso en la mejilla de forma suave.

¿Solo hablar?, ¿Andrei?, ¿Que bicho le ha picado a este?

—Lo tendré en cuenta, pero no esperes mi llamada —advertí metiendo la llave en la

cerradura y entrando en el edificio sin mirar atrás mientras comenzaba a subir la escalera.

Eso ha sido raro. Demasiado raro para provenir de Andrei Komarov y aunque me moría de ganas por contárselo a Irina, lo cierto es que no podía hacerlo sin confesar que una semana atrás había estado a punto de acostarme con su primo.

*Va a ser que no.*

Dejé las llaves en la mesa de la entrada, me quité los mocasines y la chaqueta y decidí descorchar una botella de vino blanco que tenía en la nevera mientras sacaba del bolso el sobre que me había regalado.

Allí estaba la hoja con la reserva que decía claramente que era para dos y lo peor es que una parte de mí, deseaba, anhelaba, enfebrecía porque él estuviera allí conmigo.

*Y por eso pensaba emborracharme.*

No tuve tiempo de lamentarme por el leve dolor de cabeza cuando sonó el despertador a la mañana siguiente. Tenía doble turno y además bastante intenso, así que salí con la hora justa de casa para coger el metro y me tomé una aspirina cuando me cambié de ropa en el hospital. Cedrini continuaba soltando indirectas demasiado directas para no percibirlas, pero las sorteaba como una serpiente escurridiza y esperaba que pronto se diera cuenta. Era mi superior, por lo que ser demasiado borde o darle a entender que aceptaba sus atenciones, podría suponer un error. Eso sí, en el momento que intentara excederse de lo verbal, iba a conocer el carácter Ivanov de verdad.

Miré a algunas de mis compañeras de unidad en la sala de reuniones, entre el idioma y que llevaba poco tiempo, apenas tenía confianza para proponerle a alguna de ellas que me acompañara, de hecho, nadie sabía que era mi cumpleaños y no tenía ninguna intención de mencionarlo.

Mi madre me llamó a media mañana y hable escasos cinco minutos entre un turno y otro. Mi padre lo hizo hasta en cinco ocasiones y no respondí a ninguna de ellas.

A primera hora de la tarde, la enfermera me llamó para que acudiese a la recepción de entrada a la unidad, un chico llevaba un enorme ramo de rosas rojas que debía entregarme en persona y cuando firmé la consigna, imaginé que provenían de Irina.

La voy a matar. Saqué el sobre pegado al envoltorio y vi que el contenido era bastante escueto.

«Espero volver a verte pronto. A»

Sentí un principio de cosquilleo en la parte alta de mi estómago, pequeñas pompas de jabón que explotaban en mi interior de forma incesante. ¿Qué significaba esa A? Y solo un segundo después comprendí que estaba escrita en ruso y que por eso la había leído tan

fácilmente.

¿Andrei me manda flores?, ¿Se ha vuelto loco?

—¿Algo que celebrar? —exclamó Cedrini con el ceño fruncido.

—Son de mi prometido —solté rápidamente con una sonrisa mientras fingía felicidad extrema y me las llevaba a la cara para olerlas.

Al menos me servirían de excusa para todos los componentes masculinos de la unidad.

—Vaya… ¡Enhorabuena entonces!

Funcionó, porque durante el resto del día, Cedrini ni se me acercó.

Cuando llegué a casa casi a las nueve, coloqué el ramo sobre un jarrón en la isla de la cocina, me di una ducha y metí cuatro cosas en la mochila del gimnasio antes de irme andando hacia el hotel donde tenía la reserva. Había intentado enviarle un mensaje a Andrei hasta en seis ocasiones, solo iba a darle las gracias por las flores, nada más, pero cada vez que comenzaba el mensaje, un simple gracias me parecía escueto y añadir algo más era darle pie a que me acompañara esa noche con las consecuencias que eso podría tener.

Me dieron un masaje relajante de más de una hora y seguidamente una cena privada dentro del propio spa en la sección más exclusiva donde estaba completamente sola. Me senté en el borde de la piscina de agua caliente y me dejé caer hacia atrás sintiendo que todo mi cuerpo se relajaba y liberaba del estrés que llevaba acumulando varias semanas. Ni siquiera había sido consciente de cuanto necesitaba aquello y me mordí el labio al pensar que estaba allí gracias a un detalle del capullo de Andrei al que tanto detestaba.

Mi teléfono estaba en la habitación y tal vez era mejor así para no caer en ninguna tentación, pero a pesar de que disfrutaba del tiempo a solas, sabía que aquello no sería lo mismo si lo compartiera con otra persona.

*O más bien con él.*

—Diría que pareces muy relajada —Oí detrás de mí y me di la vuelta repentinamente para ver a Andrei en un bañador ajustado con el que se le marcaba absolutamente todo.

Si es un monumento cuando va con traje, sin él es un jodido Dios viviente.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamé sin moverme.

—Tal vez olvidé mencionar que hice una reserva también para mí —concluyó metiéndose en la piscina y refunfuñando por la temperatura del agua—. ¿No tienes la sensación de que en este país les gusta todo demasiado caliente?

Debería estar enfadada o cabreada, en cambio lo único que sentía es un calor abrasador que descendía a mi entrepierna y amenazaba con fulminarme allí mismo.

—Dicen que tienen sangre caliente, tal vez se deba a eso —afirmé encogiéndome de

hombros y metiéndome en el agua, aunque no me aparté del borde.

—¿Y nosotros fría? —dijo él comenzando a acercarse a mi.

—Supongo que si. —Vi como avanzaba sin prisa, pero sin dejar de mirarme.

—En este momento puedo afirmar que mi sangre está realmente caliente.

¡Joder!, ¿Por qué tiene que ser tan condenadamente guapo?, ¿A quién quiero engañar? Me muero de ganas de besarlo.

—Hay una piscina de agua fría al lado —decreté dejando que se acercara lo suficiente para apenas rozarnos.

—La cuestión es que no deseo enfriarme, sino que deseo arder y que tú lo hagas conmigo.

*A la mierda con todo.*

Me lancé hacia su boca con tanto ímpetu que casi nos hundimos en el agua cuando Andrei perdió parcialmente la estabilidad, pero me sujetó con firmeza mientras sus labios respondían a los míos con absoluta destreza.




La intensidad de aquel beso lograba mermar todos mis sentidos hasta el punto de no recordar que estábamos en un lugar público. Puede que no hubiera nadie en aquellos momentos aparte de nosotros, pero el personal o cualquier otro cliente podría entrar y descubrirnos.

No importaba.

La magnitud con la que Andrei lograba arrollar mi lengua contra la suya era tal, que dar un espectáculo público se convertía en una nimiedad. Tal vez por eso no me importó que camináramos por el agua lentamente hasta que la pared fría de la piscina, en contraste con el agua y el candor de nuestros cuerpos se ajustó a mi espalda. Rodeé con mis piernas su cuerpo y él se frotó contra mí, pudiendo apreciar el bulto entre sus piernas rozando mi muslo, apretándose a la vez que hundía las yemas de sus dedos en mi piel.

Gemí, mordí su labio inferior y sentí el sabor de su sangre mezclado con la esencia a menta que solía desprender de su boca. Aquello enfureció mis sentidos, provocó que deseara todo de él y lo quería ahora, pero no parecía ser la única que lo anhelaba, la boca de Andrei abandonó la mía para dirigirse a mi cuello y dejar un rastro de besos que terminó sobre mi pecho izquierdo, lo mordisqueó lentamente sobre la tela del bañador hasta que deslizó el pequeño triangulo y lo introdujo por completo en su boca.

No sabía si era por la falta de sexo en las últimas semanas, por el apetito que Andrei despertaba o por el hecho de que podían entrar en cualquier momento y vernos, pero me sentía completamente extasiada y no deseaba que se detuviera, no hasta obtener aquello que deseaba.

Sentí como al mismo tiempo su mano derecha se colaba por debajo de la braguita del bañador bajo el agua, entre su cuerpo y el mío, con la maestría hábil de un amante experto y

rápidamente encontraba la entrada a través de los pliegues de mi carne para colarse hacia el interior con dos de sus dedos.

Gemí conforme mi cabeza caía hacia atrás, reposando en el suelo de mármol que bordeaba la piscina, igual de frío que la pared en la que yacía mi espalda y en el momento que sus dedos retrocedieron para hundirse con mayor vigor, jadeé con fuerza.

Unas voces se oyeron entrando en la sala en la que nos encontrábamos y aparté rápidamente a Andrei mientras salía de la piscina. Sentí como él lo hizo cuando su brazo rozó el mio al coger el albornoz. En mi visual, dos chicas que trabajaban en el hotel nos saludaron mientras entraban en otra sala adjunta. Cogí el pase de mi habitación y me encaminé hacia la salida siendo consciente de que Andrei me seguía, no me molesté en decir nada, únicamente continué caminando hasta ascensor, bajamos una planta y pasé la tarjeta por la habitación setecientos cuatro que me habían asignado. La puerta se abrió al primer intento y metí la llave en la ranura provocando que la luz de la habitación iluminase todo.

Caminé varios pasos y me di la vuelta comenzando a deshacer el nudo del albornoz, Andrei me devoraba con la mirada y yo mordí mi labio adelantándome al placer que sentía por el hecho de que me poseyera allí mismo. Me imitó, su albornoz terminó arrullado en el suelo conforme caminaba hacia mí y desabroché la parte de arriba del bañador antes de que su mano acogiera mi nuca para volver a fusionar su boca con la mía.

Deslicé la braga por mis piernas hasta que cayó al suelo e hice lo mismo con el bañador de él dejándonos completamente desnudos, Andrei me alzó e hincó una rodilla sobre la cama antes de notar como mi espalda daba contra el colchón, pero mis piernas permanecían enroscadas a su cintura. Mi mano se coló entre nuestros cuerpos, logrando coger entre mis dedos aquella pronunciada erección y le oí gemir, pero la dirigí hacia la entrada correcta y él solo empujó, hundiéndose tan dentro de mí que contuve la respiración.

¡Joder!, ¡Joder!, ¡Joder cuánto necesitaba esto!

Comenzó a salir lentamente y alcé las caderas para encontrarle a medio camino cuando comenzó a unirse de nuevo. La fricción que sentía era única y el ritmo de sus embestidas colmando aquel placer comenzó a volverse más intenso, pero aun así necesitaba más, quería más, anhelaba más, así que tomé impulso y le hice caer sobre la cama para colocarme a horcajadas sobre él que se deleitó en agarrarme con firmeza para impulsarme con su inmensa fuerza y hacer que entrase aún más profundamente dentro de mí.

Comencé a cabalgar sobre el cuerpo de Andrei con movimientos cada vez más salvajes, sintiendo como perdía el control, como me desinhibía por completo hasta que el fuego se extendió a todas las extremidades de mi cuerpo y sentí como la intensidad de aquel orgasmo se habría paso haciendo que nada más importara, que mis sentidos quedaran anulados salvo por la

magnitud de aquel éxtasis que me consumía.

Mi pecho subía y bajaba con intensidad debido a la respiración agitada y entonces observé aquella mirada satisfactoria de Andrei que aún me observaba. Evidentemente le había dado lo que tanto deseaba y para empeorar la situación no habíamos usado ningún tipo de protección.

¿Como he podido ser tan descuidada?

—Dime que usas protección con todas las chicas con las que tienes relaciones —Ni formulé la pregunta, solo quería reafirmar un hecho.

—No soy tan descuidado para no hacerlo —admitió sin mover un solo músculo.

—Conmigo lo has hecho…

—Contigo pierdo cualquier control, así que no cuenta. —Si esperaba que fuese un halago, no iba a tomarlo en tal consideración.

Deslicé una pierna y sentí como salía de mi interior al bajar de la cama. No le miré, simplemente me dirigí hacia el baño sin preocuparme de cerrar la puerta y abrí el grifo de la ducha.

Para ser sinceros, habría esperado que se marchara. Habíamos tenido sexo, algo que Andrei llevaba buscando desde hace años y ahora que se lo había ofrecido en bandeja de plata probablemente desapareciera, quizá, por eso me resultó extraño sentirle detrás de mí, cuando el agua comenzó a bañar mi cuerpo.

—Tomó la píldora y me hago análisis cada año, así que no te preocupes —inquirí antes de sentir el roce de su entrepierna en mi trasero y estrecharme contra él.

La sensación era demasiado agradable para no reconocerlo y tuve que cerrar los ojos cuando se limitó a abrazarme de ese modo.

—Si me pides que me vaya, lo haré, pero lo único que quiero ahora es volver a follarte con más intensidad que antes.

Me giré lentamente entre sus brazos, con el único ruido del agua caer como compañía. Sus ojos azules me observaban, parecía aguardar pacientemente mis palabras y todo en mí, decía que era mejor si él se marchaba, que ya la había cagado lo suficiente para seguir empeorando la situación.

—Deberías irte —susurré colocando mis manos en su pecho desnudo y continuaron ascendiendo—. Ni siquiera debería estar planteándome el hecho de que quieras follarme de nuevo —continué hasta rodear su cuello—, pero puede que acalle todos mis pensamientos por esta noche.

Andrei emitió una leve sonrisa.

—¿Sólo esta noche?

—Únicamente esta noche.

—Muy bien —contestó Andrei alzándome de nuevo para que su boca quedase a la misma altura que la mía—. Lo discutiremos cuando acabe la noche.




La ducha. El sillón. La cama. El escritorio. El armario. Frente al espejo. La moqueta. El lavabo. La ducha de nuevo.

Diez polvos en una noche habían puesto el listón muy alto. Tal vez era una señal clara de que no había que repetirlo. Y no dejaba de decirme eso mientras me colocaba el sujetador deportivo a toda prisa antes de que Andrei pudiera regresar, ya que había ido a por sus cosas o a vestirse a su habitación con la intención de volver.

Igual me estaba preocupando por nada, conociendo a Andrei, lo más probable es que fuese una excusa para desaparecer a pesar de que hubiera mencionado que discutiríamos una vez acabada la noche lo volver a acostarnos una vez que saliéramos de aquel hotel.

¡Joder!, ¡Me he acostado con el maldito Andrei!, ¿Como narices miro ahora a Irina a la cara sin decírselo? Mejor aún, ¿Como voy a mirarme en el espejo después de recriminarme más de media vida que jamás me acostaría con semejante cretino? Lo mejor ahora era no pensar, sino salir de allí como si sólo fuera un mero recuerdo que no volvería a suceder. Así que metí toda la ropa revuelta, incluyendo el bañador aún húmedo en la mochila de deporte y abrí la puerta sin siquiera repasar si me estaba olvidando algo en la habitación, me daba igual, lo único que pretendía en ese momento era fugarme como un ladrón que escapa antes de que lo encuentren.

Mi huida terminó en el momento que vi clavado a Andrei en la puerta con la intención de llamar conforme yo trataba de meter la mano por la chaqueta, al mismo tiempo que cogía la tarjeta de la habitación y no se me caía la bolsa con la ropa.

—A menos que tengas el pensamiento de alojarte en un hotel, sé dónde vives. Sé dónde trabajas. Sé dónde encontrarte. No puedes huir de mí, ni de esto, eternamente.

Maldecí en mis adentros y deje de luchar contra la cazadora dejando que se quedase a medio camino entre el codo y el hombro conforme jugaba con la tarjeta que habría la habitación entre mis dedos.

—No hay ningún "*esto*" —indiqué a Andrei —sin dejar que entrara—. Mira —continué —. Ha estado muy bien, los dos lo hemos pasado bien, pero no va a llevar a nada, así que sería mejor si fingiéramos que no ha sucedido, que es como si hubiéramos pasado la noche con alguien desconocido del que se nos ha olvidado su nombre y hemos perdido su número.

Vi como Andrei alzaba una ceja y daba un paso hacia mi.

—Has tenido diez orgasmos esta noche gracias a mí y te aseguro que puedo darte el undécimo antes de que cruces el umbral de esta puerta. Si un desconocido te hiciera eso, te aseguro que no olvidarías jamás su nombre.

*Creído de mierda… pero tenía razón, demasiada razón, aunque no pensaba reconocérselo.*

—No eres especial, Andrei —contesté tirando el macuto al suelo de la habitación—. Puede que lo de anoche estuviera bien, pero tampoco para ser memorable…

Percibí su respiración como si estuviera tratando de controlarse y las aletas de su nariz, al igual que la vena de su cuello, indicaban rabia. Puede que para otra persona pudiera pasar desapercibido, pero no para mí.

Por un momento pensé que se adentraría en dos zancadas en mi habitación arrastrándome con él hacia adentro, que le daría una patada a la bolsa y cerraría la puerta de un manotazo mientras se abalanzaba contra mis labios devorando mi boca, me desgarraba las medias y después escupía en su mano para frotarme con rudeza la entrepierna comprobando que aún estaba mojada. Y al comprobarlo, al comprobar que mentía con aquellas palabras me empalaba fuertemente con embestidas tan potentes que clavaban cada uno de mis huesos en aquel muro haciéndome gritar de frenesí como esas diez veces que había alcanzado un orgasmo aquella noche.

—Muy bien —dijo él dando un paso hacia atrás—. Por mi parte jamás ha sucedido.

Ver como Andrei se marchaba sin mirar atrás, no aminoraba el pesar que sentía en mi pecho. Volví a entrar en la habitación siendo yo quien le daba una patada al macuto para dejarme caer sobre la puerta en aquella penumbra.

¡Maldita sea!, ¡No puedo pasarme toda mi vida odiando a Andrei y ahora repentinamente cambiar de opinión sólo porque me lo he tirado! Sigue siendo un imbécil. Un capullo. Un idiota viviente…

*Un idiota que sabe follar como un puñetero dios.*

La alarma de mi teléfono comenzó a sonar, avisándome que era la hora de ponerme en marcha, así que me coloqué bien la chaqueta, cogí la bolsa y salí de la habitación con la seguridad de que no iba a olvidar lo que allí dentro había ocurrido, pero sí con quien había sido.

Nadie iba a saber que Andrei y yo nos habíamos liado, ni siquiera mi propia conciencia, menos aún, Irina.

Puede que después de aquello, nos limitáramos a ignorarnos, a pasar el uno del otro y, por tanto, a mantener una apariencia serena. Además, después de lo de esa noche, era más que evidente que nos limitaríamos a evitarnos todo lo posible.

Metí el contenido de la bolsa en la lavadora tras llegar a casa y le di un programado rápido mientras me hacía un café rápido y salía en dirección al hospital, tal vez una jornada intensa de trabajo me hacía olvidar el hecho de que esa noche regresaría a casa sola y a pesar de que jamás de los jamases, había considerado que volver a un apartamento vacío me hiciera sentir de algún modo solitaria, tuve que apretar con fuerza las llaves para que el dolor metálico en mi piel erradicara ese débil pensamiento.

¿Qué demonios era aquello?, ¿Es que esos diez orgasmos me habían absorbido el cerebro? Puede que me costara un poquito más que una jornada de trabajo, erradicar al "*Andrei empotrador*" porque todo lo que no tenía que ver con él en cuanto al sexo se refiriera, podría erradicarlo por completo.

Tuve varias llamadas de Irina a lo largo del día que no pude responder y alrededor de la media tarde, cuando faltaba poco para salir de mi turno doble, Cedrini me retuvo al interceptarme por uno de los pasillos.

—Irina Ivanova. Se dice así, ¿no? —exclamó y asentí solo para no rectificar la pronunciación, probablemente no la diría correctamente, aunque insistiera varias veces—. He recibido una notificación por parte de la junta directiva… —El silencio tras aquellas palabras me hizo prestar más atención a aquello que tuviera que decirme, estaba claro que no sabía cómo plantearlo y por un momento me temí lo peor.

Mi padre. ¿Era posible que su influencia pudiera llegar hasta aquí? No. Era imposible. Seguro que se trata de otra cosa.

—¿Hay algún problema con mi documentación? —pregunté siendo la opción más factible.

—No. No. Está todo correcto —avisó con cierto nerviosismo—. Verás… el hospital ha recibido una generosa donación de… alguien que dice ser tu padre.

¡No me lo puedo creer! ¡Lo está haciendo de nuevo!

Traté de mostrar un rostro inescrutable, como si el hecho de que mi padre estuviera

tratando de manipular de nuevo mi vida no me afectase.

—Entiendo —dije sin sorprenderme, pero sin querer mostrar que aquello me complacía —. No quiero favoritismos, ni que me traten de un modo diferente. No tengo nada que ver con ello —afirmé dejando claro que mi padre y yo, no parecíamos estar de acuerdo.

—Me complace saberlo, pero lo que venía a comentarte es que la junta directiva ha insistido en que hagas acto de presencia el próximo fin de semana en un evento de recaudación de fondos para la investigación de enfermedades neurodegenerativas —dijo con cautela—. A este tipo de eventos no acuden los residentes, ni la mayoría de adjuntos, solo los jefes de servicio y la dirección del hospital, por eso es importante que no lo comentes con nadie más, a menos que quieras hacer público el donativo.

—No hay problema por eso. Nadie lo sabrá —afirmé siendo la primera interesada en mantener mi anonimato como hija de un millonario.

Cedrini parecía conforme e hice un gesto con la intención de dar media vuelta y marcharme. La falta de sueño empezaba a pasarme factura y mi jaqueca iba en aumento con el paso de las horas. Esa noche me iría directamente a casa, pediría algo de comida y dormiría al menos doce horas.

—¡Ah!, ¡Una cosa más! —alzó la voz para que me detuviera y me giré para verle.

—Sería conveniente que fueras acompañada de tu prometido.

Abrí la boca para protestar, buscando una excusa que no llegaba a salir de mis labios.

—Claro —dije mientras mi cerebro trabajaba a marchas forzadas para buscar una excusa.

¡Mierda! ¡Mierda!, ¡Y mierda otra vez! Estaba claro que tenía que asistir a la maldita recaudación y necesitaba un acompañante que se hiciera pasar por mi prometido o iba a tener a Cedrini pegado a mi trasero todo el puñetero día mientras continuara en la unidad de neurología.

¿No tenía Alejandro un porrón de amigos? Hice un repaso mental del día de la boda, había un par que no estaban mal… quizá no era tan disparatado pensar en que alguno de ellos pudiera fingir ser mi prometido.




Le sugerí mi idea de llevar a algún amigo de Alejanro a la fiesta.

—No va funcionar, Nadia. Lo mires como lo mires, no servirá —mencionó Irina mientras bebía un trago de su cosmopolitan y yo cambiaba el cruce de piernas conforme me ponía en una posición más próxima a ella.

¿Quién demonios le mandaba a mi padre hacer una donación?, ¿Esperaba de ese modo arreglar las cosas?, ¿Creía que le iba a responder las llamadas? Lo único cierto es que había empeorado con ese detalle nuestra relación.

Y empezaba a estar harta.

—¿De verdad me vas a decir que ninguno tiene buen nivel de inglés? Sólo necesito uno, me da igual si es alto, bajo, gordo, flaco, ojos marrones o naranjas. Por mi puede ser hasta extraterrestre mientras tenga la apariencia de un hombre —solté con cierto nerviosismo.

—Los únicos con los que podrías mantener una conversación decente tienen pareja, sinceramente no me siento en la comodidad de pedírselo o rogarle a Alejandro que interceda. Te diría que te llevases a Alejandro, nadie se enteraría de que realmente no es tu prometido, pero ese fin de semana estaremos fuera. Como no te lleves a Andrei, no se me ocurre a quien más podrías pedírselo…

—¡No!, ¡Tu primo ni hablar! —exclamé como si esa opción no pudiera ni plantearse.

Irina volvió a dar un trago a su copa y la dejó sobre la mesa.

—Es ruso. Habláis el mismo idioma. Os conocéis. En realidad, sería el único que podría pasar realmente como tu prometido, pero si insistes en que no es una opción, tendrás que buscar

a un actor o modelo que interprete el papel y que lo haga a largo plazo si piensas quedarte un tiempo en este país… —Su tono era suave, como si llamara a la lógica y apelara a mi conciencia para que cediera a su coherencia.

Reconocía que ella tenía razón, que Andrei suponía la mejor opción, el problema es que después de lo que había ocurrido en ese hotel, me negaba por completo a volver a verle, a volver a interactuar con él y mucho menos a tener que rogarle y pedirle un favor.

¿Suplicar a Andrei? Antes me tiro de un puente.

—Me inventaré una excusa, diré que ha tenido un viaje de negocios o que le ha surgido un imprevisto en el último momento —decreté siendo esta mi mejor baza para deshacerme del compromiso.

—Si consideras oportuno que es mejor así, a mi parecer te vendría bien aparecer con alguien para deshacerte de Cedrini, pero eso es asunto tuyo. Por cierto, ¿Sería posible que tuvieras el segundo fin de semana de abril? Es el único que hemos conseguido cuadrar Alejandro y yo para ir a Moscú y dejar arreglado todos los asuntos referentes al bautizo. Mi madre está gestionando los preparativos, con suerte se podrá realizar en junio, pero aún no está fijada la fecha, ¿Crees que podrías estar libre?

Preferí no pensar en lo que suponía aquello, que sería volver a ver a Andrei y fingir que entre nosotros no había ocurrido nada, que no me había dado diez orgasmos y que mi cuerpo reclamaba más cada vez que inconscientemente lo evocaba.

—Claro. Ningún problema —sonreí.

—¡Estupendo!, ¡Y ahora bailemos! —exclamó conforme cogía mi mano y nos dirigíamos a la pista.

Mi plan de celebrar mi cumpleaños en la casita del lago estando a solas y completamente tranquilas se había ido al traste cuando tuve que cubrir varios turnos de algunas compañeras, algo que a Irina pareció agradarle porque llevaba demasiado tiempo sin salir de fiesta y desmelenarse.

Hubo chicos que se acercaban a pesar de que no les hiciéramos caso, pero, sobre todo, me di cuenta de que, a pesar de no tener preferencias, ninguno tenía el cabello rubio, ni los ojos azules de Andrei, como si por inercia los buscara entre todos ellos.

¿Qué demonios me estaba pasando?

Eran casi las seis cuando regresamos a mi apartamento e Irina se quitó los zapatos para después lanzarse al sofá y quedarse completamente dormida. No sabía si era el cansancio del trabajo, la pequeña Zafiro o el compendio de ambos, pero yo me fui al baño y alargué demasiado aquella ducha, conforme el agua caía sobre mi rostro, el cabello y cada pequeño hueco de piel que habitaba en mi cuerpo, no dejaba de pensar en aquella noche con Andrei donde reclamó que

hablaríamos cuando acabase la noche antes de volver a dejarme seducir por sus manos.

Y ahora mi cuerpo estaba febril, ansioso, ardiente y excitado sólo con su recuerdo, pero lo peor es que no sentía la misma necesidad de otras veces en las que cualquier hombre podría suplir ese deseo.

—Mierda. ¿Qué cojones me ha hecho?

Mis dedos tecleaban el teléfono cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo y retrocedí. No podía escribirle. Yo misma había decidido ponerle fin. Y, además, ¿Con qué excusa?, ¿Qué leches voy a decir?, ¿Reconocer que no me había bastado?, ¿Qué mi cuerpo estaba aún insatisfecho? Porque desde luego no tenía ningún tipo de sentimiento hacia Andrei, bueno, el rechazo a su prepotencia podría considerarse, pero nada que no fuese negación ante alguien como él.

Acudir a Andrei no era una opción, y en cambio, era la solución a mis dos problemas; la puñetera gala y la carencia de buen sexo.

En la pantalla del teléfono apareció su nombre y mi corazón comenzó a batir extremadamente rápido conforme mi pulso temblaba. ¡No me jodas que le he enviado el mensaje por error! No estaba borracha, pero mis sentidos estaban algo mermados por todas esas copas que habíamos bebido y ya no estaba segura de nada, ni siquiera de esos pensamientos a los que mi cerebro se dirigía por su propia cuenta.

—¿Si? —contesté poniendo voz de dormida.

—Alejandro dice que mi prima está contigo. ¿Puedes pasarle tú teléfono? No contesta a mis llamadas. —Mis pulmones se llenaron de nuevo al saber que no le había enviado ningún mensaje erróneo.

—Está dormida —afirmé y pensé en el tono tan serio y formal que había utilizado conmigo, pero era lo que le había pedido, lo que yo quería.

Y bajo los efectos del puñetero alcohol, no me satisfacía.

—Si no fuese urgente, no te estaría llamado. —No parecía enfadado, al menos no lo percibía así.

Irina no tardó en despertarse, probablemente estaba acostumbrada a los desvelos con Zafiro, porque apenas le rocé el hombro dio un salto y se quedó durante unos segundos desorientada, hasta que le entregué el teléfono y me marché a la habitación para colocarme el pijama.

—Andrei vendrá en un momento, espero que no te importe su presencia durante diez o veinte minutos, ha habido un problema bastante urgente y requiere un plan de estrategia, creo

que voy a darme una ducha antes a ver si me despejo un poco…

—Claro, hay toallas en el baño y usa lo que necesites. Además, es tu casa —incidí ya que ni me dejaba pagar un simulacro de alquiler.

—Bueno, ahora es tuya mientras decidas quedarte. ¡Dios!, ¡Me he quedado realmente frita para no sentir ni las llamadas!

Andrei llego en menos de diez minutos, evidentemente no había demasiado tráfico a esas horas y cuando llamó al interfono, Irina aún continuaba bajo la ducha. Estaba visiblemente nerviosa, incluso valoré cambiarme de ropa y quitarme aquel camisón de dormir, pero lo deseché. Abrí la puerta y me marché a preparar café sin prestar atención si entraba o no en el apartamento, solo cuando escuché como se cerraba la puerta me giré.

Cruzarme de nuevo con sus ojos azules implicó que tuviera un estremecimiento en mi entrepierna, una punzada tan severa y caliente que me hizo recordar todos y cada uno de los placeres carnales que me había causado aquella noche que pasamos juntos.

—¿Y mi prima? —exclamó confuso.

—Saldrá en un par de minutos de la ducha.

Asintió sin contestar, ni formular alguna pregunta de cortesía. Simplemente se quedó de pie, cerca de la puerta sin dar ningún paso más.

—¿Café? —pregunté de espaldas a él.

—No —negó a secas dando a entender que no deseaba conversación alguna conmigo.

Era la primera vez que aquel silencio resultaba realmente incomodo. Antes, solíamos tratarnos como desconocidos, se percibía a distancia nuestro odio mutuo, pero ahora no lograba sentir el rechazo que deseaba. Si, es cierto que le detestaba, pero físicamente sentía una apremiante necesidad por acercarme a él y tocarle de nuevo.

Irina apareció un instante después y sentí que llenaba de nuevo mis pulmones. El apartamento era demasiado pequeño, así que la mayor parte del tiempo en la que estuvieron reunidos repasando algunos documentos y el ordenador que Andrei había traído consigo, me perdí por la habitación fingiendo que tenía algo mucho más importante que hacer, aunque en realidad solo estuviera ordenando el armario ya de por sí ordenado.

—¡Nadia!, ¿Puedes venir un momento? —La voz de Irina me hizo reaparecer en el salón y vi que Andrei estaba de pie, con el maletín en la mano a punto de marcharse.

—¿Sí? —dije tratando de evitar mirarle.

—La recaudación de fondos esa a la que debes acudir, ¿Sabes donde se celebra? —preguntó mi amiga.

—No lo sé, supongo que mañana me darán la invitación formal y pondrá el lugar, ¿Por qué?

—Nada. Es que Andrei me estaba comentando si podía asistir a una recaudación de fondos que tenemos el próximo fin de semana en representación de las empresas Komarov y pensé que quizá podría tratarse del mismo evento. Alejandro y yo estaremos fuera de la ciudad, pero así podríamos darte el cheque en nuestro nombre.

—Mañana te lo confirmo, si es así, no me importará entregarlo.

—O podría acompañarte Andrei, ¿no? —insistió Irina con un gesto cómplice.

—No… no creo… que

—Imposible —bramó Andrei—. Ya tengo planes para ese fin de semana.

Estupendo. Su respuesta no me sorprendía, pero dejaba claro que había tardado muy poco en olvidar nuestra noche. ¿Acaso había algo que recordar? Ni siquiera sé porqué no me había liado con el primer tío que se me hubiera cruzado en el camino solo para confirmar que Andrei no era un dios del sexo.




Me observé por última vez convencida de que, si el atuendo era impecable y lucía un aspecto formidable, nadie se daría cuenta de que acudía sola en lugar de acompañada. Barajé la posibilidad de pedirle al primer tío dispuesto en la aplicación de Tinder que me acompañara para fingir ser mi prometido, pero iba a ser un catastrófico error por no decir que demasiado arriesgado llevar a alguien que no había visto en mi vida, así que simplemente me pasé toda la semana fingiendo normalidad y la noche de la gala presentaría una excusa banal. Dudaba que se presentara otra ocasión similar en la que debiera ir acompañada, por tanto, solo pensaba estar una hora, hacer acto de presencia y evaporarme de la fiesta sin que nadie me viera.

El vestido negro se ajustaba a cada centímetro de piel, preferí escoger un color nada destacable, pero al mismo tiempo sobrio, pasaría desapercibido y si tenía suerte, sería un color muy demandado entre las asistentes.

Miré el teléfono y faltaban dos minutos para que llegase el coche privado que había reservado a través de la aplicación, era mucho más cómodo y me evitaba llevar dinero en el minúsculo bolso donde solo me cogían las llaves y un pañuelo doblado. Me acerqué para comprobar que el labial seguía en su sitio y esa fue la última vez que vi mi reflejo en el espejo antes de salir de casa.

Irina no me había enviado el cheque, probablemente no había tenido tiempo después de cogerse dos días libres para celebrar mi cumpleaños o que el evento no era el mismo, así que tampoco insistí en nimiedades como aquella, seguramente su secretaria lo habría hecho llegar de algún modo. Mi padre había vuelto a insistir en sus llamadas repetidas veces y como en las

precedentes, no respondí a ninguna de ellas, aún continuaba demasiado enfadada por lo que había hecho o pretendía hacer, hasta el punto de colgarle a mi madre la última vez que hablamos cuando trató de interceder.

¿Tan complicado era que me dejase vivir mi vida como me plazca? No le pedía nada a cambio. Nada. Y sin embargo su ambición por controlar cada aspecto de mi vida continuaba. A veces habría preferido ser familia numerosa solo para que toda la atención no recayera sólo en mí y en los propósitos como su única heredera, los cuáles no casaban en absoluto con mis propias metas.

Tenía algunos mensajes sin leer de mis compañeras de universidad, todas continuaban en Moscú haciendo residencia en diferentes hospitales y solíamos hablar más sobre medicina que sobre nuestras vidas privadas, pero de vez en cuando, como en aquel momento, la atención se centraba principalmente en el terreno personal.

Ekaterina acababa de enviar una foto de su mano con un anillo de compromiso y el chat se había llenado de mensajes con felicitaciones y emoticonos de corazones. Comencé a escribir un texto de felicitación que evidenciaba una emoción poco realista, me alegraba por ella si es lo que la hacía feliz, pero al mismo tiempo me hacía ver que aquello no lo era para mí y si realmente estaba satisfecha con mi propia vida.

Me había centrado tanto en mi carrera y en mis metas que había olvidado lo que era vivir una vida real. Incluso había olvidado lo que era tener una pareja estable porque estaba destinada al fracaso. No me importaba renunciar al matrimonio o tener una familia, aquello no eran mis ambiciones, pero la idea de compartir con alguien algo más que sexo, comenzaba a inquietarme como no había sucedido antes. Quizá el hecho de que Irina se hubiera casado y tuviera una hija había despertado ese sentimiento de nostalgia cuando regresaba a una casa desolada.

El coche aguardaba en el portal del edificio, al verme, el conductor bajó para abrirme la puerta y le di las gracias en castellano a pesar de no pronunciar demasiado bien las eses finales. Aún así fue muy amable y el trayecto hasta el lugar de la gala benéfica muy relajante a pesar de continuar sumergida en aquellos pensamientos que probablemente solo eran de efecto pasajero. Estaba claro que, si iniciaba una relación con una persona más allá de una noche, terminaría agobiándome y enviándola a paseo cuando comenzasen las demandas que sería incapaz de satisfacer.

Convencida de este hecho, entré en el precioso edificio del Westin Palace donde tenía lugar el evento y del que no dejaban de llegar coches de lujo. Afortunadamente para mi, no conocía a nadie y entre los asistentes no vi a Cedrini que seguramente era la única persona invitada a la que poner rostro, así que estuve paseándome entre el coctel de bienvenida sin

molestarme algunas miradas inquisitorias, pero en mi tercera copa de vino blanco, mi superior me encontró.

—Debo reconocer que ese vestido te sienta increíblemente bien, aunque la bata blanca también —dijo nada más verme.

—Lo tomaré como un cumplido —sonreí sin enseñar demasiado los dientes y di otro sorbo a la copa.

—Ven, te presentaré a toda la junta directiva. Están impacientes por conocerte y darte las gracias por venir en representación de tu padre.

Lo cierto es que no estaba allí en representación de nadie, sino porque básicamente me había constreñido a acudir, pero agradecía que no me hubiera preguntado por mi acompañante. Le seguí mientras me fijaba en los pequeños grupos conformados por pocas personas y finalmente Cedrini se detuvo en uno más grande que hablaban entre sí.

—¿Dónde está tu prometido? —exclamó Cedrini cuando se detuvo y fijó de nuevo su vista en mí.

—Ha tenido un problema con su empresa de última hora y le resultaba imposible acudir… —La excusa era vaga, insustancial y puramente falsa, pero a fin de cuentas podía tener un atisbo de realidad si pensaba en Andrei.

En ese momento, como si el susodicho hubiera entrado en sus pensamientos y cobrado vida, vi que Andrei pasaba al lado de Cedrini y me miraba fijamente sin ningún tipo de expresión. A diferencia de todos los presentes, llevaba un traje blanco que le hacía destacar entre el resto de invitados, sin pasar desapercibido y para su absoluto desconcierto, se detuvo entre nosotros.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en ruso.

—Mis planes se cancelaron y no tuve nada mejor que hacer —contestó escuetamente—. Andrei Komarov —Se presentó a Cedrini que nos miraba extrañado.

—¿Es tu prometido? —preguntó mi superior, pero no me miraba a mi, sino a Andrei.

En ese momento vi como Andrei me miraba a mi e hizo una mueca de diversión.

Mierda. No podía arriesgarme a que dijera que no existía ningún prometido y quedar como una completa mentirosa.

—¡Si! —exclamé colocando mi brazo alrededor de Andrei—. Nuestras familias se conocen y hemos crecido juntos. —Al menos eso era cierto.

Vi la mueca inexpresiva en su rostro y algo me auguraba que nada de aquello iba a salir bien, pero no pensé en las consecuencias o en lo que Andrei podría pedirme por el ínfimo favor

que me estaba haciendo. A fin de cuentas, ¿Qué probabilidad existía de que necesitara de nuevo un prometido falso?

—Tu padre está aquí —dijo Andrei en un tono tan firme que me quedé completamente inmóvil.

*Debe ser una broma…*

Al parecer mi progenitor, le vio antes a él que a mi y parecía bastante complacido de que me encontrase a su lado.

—Maldita sea —gemí antes de que se acercase lo suficiente para escucharnos.

—Y yo que pensaba que iba a ser aburrido… ¿Tu prometido?, ¿En serio, Nadia? La última vez que nos vimos creí que no deseabas que me acercase a ti de nuevo.

—¡Cállate! —exclamé en voz baja y agradecí enormemente que Cedrini no comprendiera nada de nuestro idioma natal.

El abrazo de satisfacción que mi padre le otorgó a Andrei no fue en absoluto igual de efusivo que los dos simples besos que me dio a mí, pero teniendo en cuenta lo distante que estaba nuestra relación, me habría marchado de allí antes de dirigirle la palabra si no fuese por el escándalo que suponía.

—He tenido que venir a España para lograr hablar contigo —dijo sin importarle que Andrei nos escuchara.

—Te podrías haber ahorrado el viaje, no tengo nada que decir salvo que dejes de entrometerte en mi vida. Te lo dije la última vez que nos vimos, pero parece que no te ha quedado suficientemente claro. ¿Qué pretendes, padre?, ¿Crees que comprar a la junta directiva del hospital en el que trabajo te da algún poder sobre mi? Puedo volver a cambiar de hospital y ni siquiera tu fortuna es tan grande para comprar todos.

Vi como la vena de su cuello se hinchaba, pero si en algo conocía a mi padre es que jamás levantaría la voz en un acto social que le hiciera destacar sobre los demás. Él era el gran Ivanov y su apellido estaba por encima de sus sentimientos. Puede que ese fuese el gran problema.

—Eres mi única hija, puedo aceptar que no quieras tener nada que ver con el negocio familiar, pero no que te niegues a tener una familia. Malgastarás tu vida, tu tiempo y tu energía en algo que no te aportará nada. Si tengo que gastar toda mi fortuna en que te des cuenta de ello, lo haré. —Su tono de voz era serio, pero rara vez le había visto sonreír o parecer alegre si se trataba de mi.

Ni siquiera se alegró cuando acabé la carrera de medicina, para él era un capricho que

había dejado que satisficiera.

Cedrini no dejaba de observarnos con cara de circunstancia por no comprender nada y de pronto un par de personas más se posicionaron a nuestro alrededor, algo que a mi padre no parecía importarle, pero a mí sí, porque era yo quien trabajaba en ese hospital y no pensaba dar un espectáculo del que hablar.

—Discúlpenlos —dijo Andrei—. Son asuntos familiares —añadió provocando que mi padre dirigiera toda su atención a la gente que nos miraba.

—Por supuesto —mencionó Cedrini—. Ella es nuestra recién incorporada al hospital Nadia Ivanova, su prometido Andrei Komarov y supongo que…

—¿Prometido?, ¿Cómo que prometido? —exclamó mi padre en un perfecto ruso.

—Sorpresa…. —gimió Andrei en un tono que casi rozaba la burla.

Pero la sorpresa fue la mía cuando mi padre estalló en júbilo y comenzó a reír mientras daba palmadas en el hombro de Andrei tan complacido que yo solo quería cavar un foso y que me enterrasen dentro.

¿Cómo mierdas salgo yo de este marrón? Y peor aún… ¿Cómo demonios explico que encima la culpa la he tenido solo yo?




Por algún inexorable misterio, Andrei siguió la corriente a todos fingiendo ser realmente mi prometido, incluido mi propio padre que estaba indudablemente tan satisfecho de la noticia que no se había percatado de mi cara de circunstancia.

—Debemos celebrarlo. Retrasaré mi vuelo unas horas y almorzaremos mañana —dijo mi padre con la mirada fija en Andrei.

—Seguro que Andrei está ocupado y yo tengo turno de tarde, además no es necesario…

—Claro. Sin problema —contestó Andrei rodeándome con su brazo la cintura—. Así podrás contarle a tu padre lo que me costó que aceptaras…

Retuve la idea de darle un pisotón, o mejor aún, una patada en sus mismísimos testículos, así que solo sonreí mientras me llevaba una mano al rostro para apartar el pelo de forma disimulada.

—No tengo duda, ¿Por eso no llevas el anillo? —inquirió mi padre y me fijé en las manos desnudas.

—Lo están ajustando en la joyería. —Se adelantó Andrei.

Definitivamente su capacidad para mentir era tan habitual, que incluso tenía salida para la improvisación inmediata.

—Si —afirmé por decir algo—. Ha sido todo bastante reciente en realidad.

—Ahora entiendo que no fue fruto de la casualidad que ambos terminarais en España. Ni siquiera yo mismo podría haber tenido una mejor elección para mi hija. —Se complació en decir sin importarle demasiado si era o no feliz, pero para alguien como mi Gregory Ivanov, los negocios y el placer estaban por encima de cualquier otra cosa.

Si no fuera porque estábamos en una gala benéfica y tenía tanto a la junta directiva como a Cedrini presentes, me encantaría quitarle la perfecta cara de satisfacción afirmando que nada era cierto, pero apreté los dientes y sentí como Andrei hundía sus dedos en mi cintura para estrecharme aún más hacia él y que el gesto no pasara desapercibido a mi padre.

Durante las dos horas que aguardamos hasta que finalizó a gala, viví un trance constante en el que agradecí no ser el centro de atención. Mi padre había comenzado a hablar sobre negocios y las complicaciones que se estaban presentando a nivel diplomático en Rusia, por otro lado, la junta directiva del hospital se había dispersado y Cedrini iba y venía de vez en cuando.

Lógicamente, salí del evento junto a mi padre y Andrei, que se ofreció a llevarle guardando la apariencia de que ambos habíamos llegado juntos. Por fortuna, el chofer de mi padre estaba a la salida y no fue necesario, pero volvió a insistir en el almuerzo al día siguiente y sentí cierto alivio cuando se adentró en su coche para marcharse.

—¿No podías haber puesto una excusa para no tener que almorzar con él mañana? —exclamé en cuando comenzó a alejarse el coche privado de mi padre.

—Te he dado la oportunidad perfecta para que le digas mañana que todo es una invención tuya —concretó comenzando a caminar hacia el lugar donde tenía aparcado su propio vehículo.

Abrí los labios para decir algo y de pronto los cerré rápidamente. Quizá tenía razón, lo mejor era acabar con esa farsa cuanto antes.

—¿Y por qué me has seguido la corriente en lugar de dejarme en ridículo? Podrías haberlo hecho, es más, casi me sorprende que no lo hicieras.

—¿Cambiaría en algo mi respuesta? Es evidente cuál es el concepto que tienes de mi y desde luego me quedó muy clara tu postura la última vez que nos vimos.

Me detuve en seco y Andrei continuó caminando algunos pasos más hasta darse cuenta de que no le seguía.

—¿Has decidido compadecerte de mí solo porque me he acostado contigo?, ¿Es eso? —exclamé alzando la voz y comprobé como él retrocedía hasta acercarse.

—Fuiste tú la que mencionó que fingiéramos que no había ocurrido, pero ya que lo menciones, que nos hayamos acostado no tiene nada que ver con lo que ha pasado ahí dentro. Me divertí esa noche, de hecho, me habría gustado seguir divirtiéndome, pero eso no implica que desee algo más contigo. Simplemente he actuado a tu favor por conveniencia, ahora me debes una —concluyó haciendo una mueca de diversión y agitando las llaves de su coche en la mano.

¡Maldito cabrón!

—Bueno, estamos de acuerdo en algo. Yo jamás querría algo contigo.

—¿Me sigues por alguna razón especial? Porque te recuerdo que tu padre ya se ha ido. —En ese momento me sentí una idiota por creer que me llevaría a casa, al dar por hecho que se comportaría como cualquier persona decente y se ofrecería a acompañarme.

—En absoluto, solo voy en dirección a coger el metro —afirmé porque estaba alejándome de la avenida principal donde sería más apropiado parar un taxi.

Andrei no dijo nada, se limitó a girar a la derecha y yo continué de frente para perderle de vista. Sabía que mi excusa no había servido de nada y que había quedado como una imbécil al pensar que iríamos juntos, pero lo peor de todo es que de nuevo, no podía culparle porque yo le había echado de mi vida fingiendo que lo que había ocurrido no había sido transcendental.

Me detuve en la esquina para mirar el teléfono, al menos para ubicarme del lugar en el que me encontraba y pedir un vehículo privado o dirigirme hacia la estación de metro más cercana. Vi como salía de la calle el coche oscuro de Andrei, me observó unos segundos y después aceleró para marcharse sin detenerse. Fue la primera vez que no me dio igual, que no sentí desinterés y desde luego, sí una inquietud extraña.

En ocasiones, las malas decisiones no se toman de una en una, sino en una sucesión múltiple de la que estás convencida que son necesarias para proseguir.

*O más bien olvidar.*

Pero lo único que tuve claro cuando abandoné aquel hotel a las seis de la mañana dejando el cuerpo de un tío semidesnudo en la cama es que a ese desconocido le olvidaría antes de llegar a casa, de hecho, ni recordaba su nombre, pero al puñetero egocéntrico de Andrei le tenía ardiendo bajo mi piel.

Y sólo porque el tío con el que me había acostado esa noche *no era él.*

En cuanto cerré la puerta del apartamento y dejé las llaves en la mesita de la entrada, comencé a desnudarme mientras avanzaba hacia la ducha, no me importaba dejar un reguero de ropa conforme caminaba, lo único que me importaba en aquel momento era escuchar el sonido del agua y aclarar de una puñetera vez mis pensamientos.

¿Qué demonios me pasaba?, ¿Por qué no era capaz de olvidar simplemente esa noche? Lo había intentado, ¡Joder!, ¡Había probado todas las formas posibles para fingir que no había sucedido! Y lo cierto es que no le soportaba, no le quería, no me gustaba, no me caía bien, ¡Ni siquiera le toleraba! Y aún así… le deseaba con un ímpetu que hasta sentía el resquemor en mis entrañas.

—Me estoy volviendo loca. Si. Es eso. Debo tener un tumor cerebral que afecta a mis células cognitivas y me hace pensar cosas tan fuera de lógica como que quiera volver a acostarme con Andrei. Pienso hacerme un TAC hoy mismo.

Cinco horas más tarde y después de dormir al menos cuatro por puro cansancio, escuché que el teléfono sonaba por alguna parte de la habitación mientras me abrochaba los últimos botones del vestido. Me alegré al ver el nombre de Irina en la pantalla.

—¿Me explicas como es posible que mi madre me haya llamado indignadísima por no contarle en primicia tu boda con mi primo?

No. No. No no no no no no no no y no. ¡Esa noticia no puede haber llegado hasta Moscú!

—Dime que es una broma —dije sintiendo como la sangre se evadía de mis venas.

—¡Pues eso mismo esperaba que me dijeras tú!, ¡porque ni siquiera sabía que decirle a mi madre que no fueran evasivas! Si no es porque sé de primera mano que no os aguantáis mutuamente y que no hay vez que no terminéis discutiendo, podría considerarlo, pero ¿Que demonios habéis hecho?

—Joder… joder…. —empecé a decir entrándome un temblor en la pierna—. ¡A ver porqué leches tuvo que aparecer tu primo anoche! —exclamé sabiendo que esa excusa no evadía que todo este follón lo había conspirado yo misma.

Bastaba con decirle a Cedrini que Andrei no era mi prometido, que simplemente era un amigo de familia, pero no. Quise quedar como espléndida y el karma me ha jodido a base de bien.

—¿Fue? Si dijo que tenía un compromiso… —comentó Irina extrañada—. Bueno, no sería la primera vez que cambia de opinión, pero ¿Que tiene eso que ver con el hecho de que todos piensen que estáis comprometidos?

—Pues que el subnormal de Cedrini pensó que tu primo sería mi prometido al verme hablar con él y le dije que si, pensé que la historia terminaría ahí, pero no imaginé que mi padre se dignaría a aparecer al saber que yo estaría allí y lógicamente, se enteró por Cedrini de mi supuesto compromiso. —Irina estalló en carcajadas—. ¡Si!, ¡Estupendo!, ¡Tú ríete!, ¡Ten amigas para que se rían de tus desgracias!

—Vale. Vale. Ya paro —La oí decir aún entre risas—. Es que me imagino la cara de Andrei y no puedo —volvió a estallar en risas—. ¡Oh dios! Esto es mejor que ver una telenovela.

—Se supone que almorzamos con mi padre en media hora y yo iba a decirle que todo era un montaje. ¿Que cojones hago ahora si le ha contado a todo el mundo que Andrei y yo vamos a casarnos? Esto es ridículo…

—¿No has pensado que igual te viene bien que crea que estas prometida? Te dejaría en paz al asumir que tendrá un yerno que puede encargarse de sus empresas y tú podrías continuar con tu carrera de neuróloga —comentó Irina como si diera rienda suelta a sus pensamientos—.

Es cierto que para mi primo no hay un gran beneficio y dudo que aceptase, pero teniendo en cuenta que los dos estáis lejos de Moscú, ¿Quien iba a enterase de que es mentira? Además, en unos meses dices que no os entendéis y se acabó.

El teléfono comenzó a emitir un pitido y comprobé que tenía otra llamada entrante, esta vez de Andrei.

—Tengo que dejarte, el taxi que he pedido está en la puerta. Hablamos luego —dije conforme colgaba la llamada y deslizaba el dedo para coger la del primo de mi mejor amiga.

—En dos minutos estoy en tu puerta. Baja. Tenemos que hablar. —Ni pude contestar, Andrei simplemente había colgado la llamada para evitar que pudiera rebatirle o ponerle una excusa de protesta.




La expresión taciturna de su rostro me advirtió de que la conversación que íbamos a mantener no era agradable y el hecho de que ni siquiera girase la vista para comprobar si estaba o no en la puerta aguardando su llegada tampoco.

No esperé a un vago intento por bajarse del vehículo para abrir la puerta, estaba claro que no iba a hacerlo si estaba enfadado y creía conocer la causa de dicho enfado. Si la madre de Irina conocía el asunto del supuesto compromiso, los padres de Andrei también.

—En cuanto lleguemos le diré a mi padre que no existe ningún compromiso y que todo era una invención —dije nada más cerrar la puerta antes de ponerme el cinturón, pero Andrei pisó el acelerador y me vi inmersa en el asiento con el cinturón bloqueado antes de reaccionar.

—Una idea estupenda solo que demasiado tarde. ¿No crees? Ahora toda mi familia está planificando una boda inexistente y nuestros padres frotándose las manos por la unión de patrimonios. ¡Maldita sea, Nadia! ¿Con que cara les digo que ha sido un mero capricho de tu invención?

—¡Yo no tenía ni idea de que mi padre iba a venir a la fiesta! —grité alzando la voz aún más que él.

—¡Me importa una mierda lo que creyeras! ¡Tú nos has metido en esto y no pienso quedar como un imbécil en Moscú por tu culpa!

Andrei giró el volante y se incorporó a una gran avenida con varios desvíos a la ciudad. Me extrañaba que no siguiera el navegador del coche ¿Tan rápido se había aprendido el mapa de la ciudad?

Terminé de colocarme el cinturón ya que ambos le habíamos hecho caso omiso al pitido de alerta que indicaba que no lo llevaba puesto y el coche se convirtió en un lugar demasiado pequeño para cobijarnos a ambos.

—¿Qué sugieres entonces? —exclamé con un tono de voz mucho más cercano.

Ciertamente yo le había metido en aquello y lo menos que podía hacer es escuchar su propuesta.

—Les haremos creer a todos que es cierto. Solo mi prima y Alejandro pueden saber la verdad y no nos delatarán. La historia será plausible por el hecho de que ambos hayamos decidido venir a este país a la vez, así nadie sabrá nada. Pondremos como excusa que debes terminar la residencia para aplazar la ceremonia y en unos meses, anunciaremos que hemos cancelado el compromiso de mutuo acuerdo.

—¿Quieres que finjamos estar comprometidos delante de mi padre? —pregunté no muy convencida pero tampoco me oponía por completo.

—Te aseguro que lo que yo quiero es otra cosa muy distinta a esto, pero respondiendo a tu pregunta, sí. Fingiremos, así que te aconsejaría guardar tu reticencia y aparentar que estás locamente enamorada, al menos durante la hora que dure el almuerzo.

No quise preguntar que es lo que quería, probablemente la respuesta era retorcerme el pescuezo por meterle en este berenjenal, pero teniendo presente que toda su familia y la de mi padre debían saber a estas alturas del compromiso, la idea de Andrei no me parecía tan descabellada.

¿Estaba de acuerdo con él en algo? A este paso terminaré desquiciada antes de tiempo, pero no tenía precisamente argumentos para rebatirle. Me había acostado con él, le había dicho que fingiéramos que no había pasado para restarle importancia y apartarle de mi vida y ahora, le condicionaba precisamente a estar ligado a mí.

Me encantaría culparle, pero en esta ocasión el marrón me lo había buscado solita y lo cierto es que debía estar agradecida de que Andrei no me hubiese dejado en ridículo frente a todos.

—Gracias —admití—. No tenías por qué estar haciendo todo esto, de hecho, podrías salir fácilmente de esta situación y echarme toda la culpa a mí.

Andrei disminuyó la velocidad del coche debido al tráfico y casi se detuvo, así que giró su rostro y me observó unos segundos, con esa intensa mirada que recorría mi cuerpo cada vez que me veía.

—No hago esto por ti, así que no me des las gracias —afirmó volviendo la mirada al tráfico y pulsó el botón de la música para rellenar el ambiente y quizá, dar por terminada la

conversación.

Mi padre permanecía sentado cuando entramos y me detuve junto a la mesa, sentí como Andrei rodeaba con su brazo mi cintura. Ni me había detenido a darle la mano, cogerle del brazo o simular algún gesto cariñoso, eso me recordó que debía actuar como si realmente estuviéramos juntos. Se acercó para apartar la silla e invitarme a que tomara asiento aproveché para darle un beso muy cerca de la comisura de los labios. Mi intención había sido parecer natural, algo que soliera hacer siempre pero que no pasara desapercibido para mi padre, pero lo que se suponía que era puro teatro, logró incitarme un sentimiento de cercanía extraño.

—Nunca creí que pudiera ver con mis propios ojos este momento —decretó mi padre con una sonrisa plena—. ¡Que orgullo!, ¡Que magnificencia que nuestras familias se unan a través de vosotros!, ¡Mi patrimonio junto al de los Komarov!, ¡Es todo un sueño, hija!, ¡Que feliz me has hecho!

Decir que estaba adelantándose demasiado a algo que no había sucedido y que, no iba a suceder, aunque él no lo supiera, era exagerado, pero mi padre hablaba como si Andrei y yo ya estuviéramos casados, aunque apenas habían pasado unas horas desde que se enteró del supuesto compromiso.

No era de extrañar que medio Moscú ya lo supiera.

—Tampoco hay que precipitarse demasiado papá… —comencé a decir y sentí como Andrei cogía mi mano y depositaba un suave beso en el dorso.

—Déjame disfrutar del momento hija. Llevo años pensando que jamás te casarías o, si lo hacías, sería con alguien de tu mismo sector laboral. Si a Andrei le parece bien tu profesión y quiere que la desarrolles, yo estoy completamente de acuerdo. Eso si, ¡Dadme al menos un nieto!

Andrei comenzó a reír y alzó la mano para que vinieran a tomar nota.

Preferí no entrometerme cuando Andrei afirmó que le parecía muy honorable mi profesión y que respetaba mi vocación. Aquello fue suficiente para que todos los años en los que había encontrado reticencias sobre mi elección, se convirtieran repentinamente en un halago.

La comida transcurrió apacible, quizá la más tranquila que había tenido en los últimos años desde que decidí entrar en medicina. Jamás había visto a mi padre sonreír tanto, brindar con una felicidad extrema y darme un abrazo antes de despedirnos. Sentí realmente tristeza de que se sintiera más orgulloso de mi por el “marido” que había cazado para heredar su empresa que por la satisfacción de los logros que podía obtener en mi carrera.

—Supongo que nos veremos mañana en clase de castellano —dije cuando Andrei me dejo en mi puerta.

—He cambiado de academia —respondió Andrei sin mirarme—. Y de gimnasio —

añadió para enfatizar que tomaba distancia de cualquier lugar en el que pudiéramos encontrarnos.

—Bien —dije sin encontrar algo más que añadir—. Supongo que ya nos veremos cuando…

—No me interesa. Si quieres sexo, tienes mi número.

—Por un momento había olvidado lo imbécil que puedes llegar a ser —afirmé bajando del coche y dando un portazo—. Un perfecto capullo —refunfuñé.

—¡Si! ¡Un perfecto capullo que sabe como darte placer, pero te agradecería que llamaras, no te presentes en mi casa sin avisar, porque pienso permanecer muy ocupado!

Ni me molesté en darme la vuelta, simplemente saqué las llaves y entré en el portal con una ira que carcomía mis entrañas.

¡Púdrete en el infierno Andrei Komarov! Lo peor de todo no es que fuera un imbécil, eso lo llevo viendo media vida. Lo insufrible. Lo que me hacía hervir la sangre es que tuviera razón en decir que sabía cómo darme placer.




—Espera. Espera. Espera ¿Qué mi primo ha sugerido qué? —Irina parecía en shock al otro lado del teléfono mientras vigilaba el pasillo del hospital para percatarme de que nadie me escuchara.

Las posibilidades de que alguien entendiera mi idioma eran escasas, aun así, hablar de aquel tema tan peliagudo a pesar de la seguridad que me ofrecía la barrera del lenguaje hacía que me sintiera incomoda.

—Nadie va a saberlo salvo vosotros, lógicamente. Nadie puede enterarse estando a kilómetros de distancia y si visitamos Moscú, lo haremos por separado con la excusa del trabajo.

—Ya. Salvo que es el bautizo de Zafiro, sois los padrinos y tendréis que simular durante varios días que sois pareja. ¡Por favor! Si no sois capaces de aguantar una cena sin discutir…

Mierda. El puñetero bautizo. Hasta se me había olvidado con todo este lío que seremos los padrinos.

—Sacaré mis mejores dotes de actriz —fingí sin admitir que, si hubo un momento en el que Andrei y yo no discutimos, pero ni en broma pensaba admitirlo.

Realmente me moría de ganas por confesar a Irina lo sucedido, por decirle a alguien aquella confrontación de pensamientos y sentimientos que no dejaba de albergar, pero sabía que la opinión de mi mejor amiga no podía ser imparcial.

Escuché como Irina refunfuñaba, maldecía y después inspiraba como si necesitara calmarse.

—No quiero que todo esto que os traéis explote de algún modo y se convierta en un campo de guerra mientras se celebra la fiesta, así que ya podéis parecer una pareja real o me

olvidare de que él lleva mi sangre y tú eres mi mejor amiga.

No me sorprendía su enfado y menos aún que se fiara tan poquísimo de nosotros teniendo en cuenta el historial precedente.

—Te aseguro que el bautizo de Zafiro será perfecto y entre Andrei y yo no existirá ni una sola palabra malsonante. —Igual estaba prometiendo demasiado ahora que lo pensaba, pero podría morderme la lengua durante las pocas horas que durase, ¿no?

—Eso espero, porque durará tres días.

¿Tres días?, ¡Ni su boda duró tanto!

—¿Es un bautizo o una boda de reyes? —gemí llevándome una mano a la frente.

—Teniendo él cuenta el poco tiempo que pasamos con mi familia, quería que fuera una ocasión especial para reunirnos todos durante varios días. Era una sorpresa. Reservamos una preciosa casa de campo para alojar a todos los invitados muy cerca De la Iglesia. Habrá juegos al aire libre, cenas y almuerzos de temáticas diversas y finalmente el domingo, el bautizo con un gran banquete en los jardines. Ya sabes que mi familia es muy amplia y son pocas las ocasiones en las que podemos estar todos juntos.

—Ya —dije sin saber que más añadir—. Así que será todo muy… familiar.

—Si. Familiar e íntimo. Y ahora, tus padres también deberán asistir. Es lo que todos esperarán tras el anuncio de compromiso.

«Creo que me voy a desmayar»

¿Qué cojones?, ¡Era mejor haber dicho la verdad!

—¿Nadia? —Mis oídos pitaban, pero aun así logré volver a la conversación.

—Te prometo que Andrei y yo pareceremos una pareja durante esos tres días —afirmé sin creérmelo.

¿De verdad era capaz de simular que soportaba sus parrafadas egocentristas y elitistas? Tres cajas de ansiolíticos no iban a ser suficientes para esos tres días.

Faltaban casi tres meses para el dichoso bautizo, es obvio que, si Andrei y yo no habíamos limado asperezas en veinte años, no lo haríamos en las escasas doce semanas que quedaban hasta la fiesta, pero tal vez los dos podríamos comportarnos como seres adultos y razonables para fingir que, si al menos no nos llevábamos bien, los demás creyeran lo contrario.

Vale. Admito que mi único interés en someterme a aquella pantomima es que toda la parafernalia del supuesto compromiso era íntegramente culpa mía. Eso, y que teniendo presente que Irina era como mi hermana, no pensaba arruinarle la fiesta.

Durante el resto de semana y la siguiente, trabajé de lunes a domingo con algunos turnos

dobles. Lo cierto es que prefería trabajar sin descanso y estudiar en mis ratos libres. Comprobé que Andrei no había mentido. No hubo rastro de él por la academia, tampoco le vi en el gimnasio a pesar de ir a distintos horarios. Y tampoco le seguí la corriente a ninguno de los chicos que se acercaron, por extraño que pareciera, no me apetecía tener sexo con ninguno.

Si. Igual estaba enfermando.

Durante ese tiempo, recibí infinidad de llamadas, desde mi madre hasta primas con las que llevaba años sin hablar. Es absurdo como la noticia del compromiso con Andrei había recorrido todo nuestro entorno y cada vez que pensaba que faltaba poco más de un mes para el viaje con motivo del bautizo, empezaba a sulfurarme.

En el chat de la universidad me habían pedido foto del anillo, aún no había contestado, como tampoco lo había hecho en varios grupos de amigas. Por suerte, no era de subir fotos a redes sociales y eso había hecho que nadie pusiera en duda la noticia. Al contrario, no se sorprendieron teniendo en cuenta que nos conocíamos desde siempre.

Era la primera noche que libraba desde mi cumpleaños e Irina me había invitado a cenar a su casa. Alejandro estaba fuera de la ciudad y estaba sola con la pequeña, así que me llevé un pequeño macuto para pasar la noche con la intención de ayudarla en los preparativos de la fiesta. Debíamos viajar en unos días a Moscú en un viaje exprés para agilizar el papeleo, así que aprovecharía el viaje para dejar algunas cosas listas.

No tener noticias de Andrei, así como no verle o saber algo de él había sido extraño cuando todo el mundo no dejaba de hablarme de él. Tenía que reconocer que me había encontrado en más de una ocasión evocando su rostro, aquella noche pasional o que incluso aguardé cruzarme con su silueta en algún lugar común.

Nada de eso había pasado y en lugar de no importarme como hasta ahora, comenzaba a inquietarme.

No tenía celos. Intuía que Andrei se estaría acostando con una mujer cada noche, era su naturaleza innata y tal vez yo debería haber estado haciendo lo mismo, pero no sentía ni la apetencia, ni la energía necesarias.

El tiempo era cálido, poco a poco se asentaba la primavera dando color y me apeteció dar un paseo hasta la casa de Irina, así que no llamé a un taxi cuando bajé de la estación. Estaba anocheciendo, el bolso pesaba poco y a pesar de que comenzaba a refrescar por oscurecerse el día, mi cuerpo soportaba temperaturas mucho más altas que aquellas.

Mi vida era demasiado frenética en el día a día, turnos largos sin apenas ver la luz del sol, el poco tiempo que me quedaba libre solía ser para estudiar, dormir o comer, necesidades básicas que en un residente de medicina se convierten en privilegios. Siempre supe que sería duro y

nunca me había importado, pero respirar, observar y disfrutar del momento, eran cosas que sucedían contadas veces.

Podría haber elegido un camino distinto, pero mi vida no estaba ligada a las finanzas, reuniones, viajes y fusiones como Irina. No. Mi vida estaba en salvar otras vidas, aunque comenzaba a darme cuenta de la soledad que ello implicaba.

Giré en la última curva según el navegador y vi la parte alta de la casa de mi mejor amiga desde la entrada. Llamé al timbre y la puerta no tardó en abrirse. Mientras recorría el camino de entrada vi el vehículo negro aparcado en la entraba y mis pies se detuvieron.

¿Estaba Andrei allí? Parecía el mismo modelo de coche.

Exactamente el mismo.

Subí los escalones despacio y me encontré la puerta abierta. No se oían voces, solo musica infantil que parecía provenir de la cocina así que dejé mi bolso en una silla del salón y me asomé lentamente.

—He pedido pizza, espero que no te importe, pero esta pequeña diablillo no me deja cocinar —mencionó provocando que Zafiro riese enseñando su único diente y la escena me pareciese de lo más graciosa.

—Por mi no hay problema, aunque si quieres puedo preparar algo mientras tanto. Somos solo nosotras dos, ¿no?

—Si. A menos que haya fantasmas en casa seremos solo nosotras. —Vi como cogía a la pequeña y abría la nevera para sacar una botella de vino blanco.

No pensaba mencionar que el coche que estaba en la puerta parecía el de su primo. No pensaba hacerlo. No. No, no, no, no, no.

Andrei no me importaba absolutamente nada.

—Estupendo, pues déjame a mi que ya abro yo la botella —dije comenzando a abrir cajones para buscar el sacacorchos.

—Genial. Iré a dormir a Zafiro, cuando llegue Andrei, dile que los informes están encima de la mesa del salón, ¿vale? Sale en un par de horas hacia Moscú.




¿Andrei tenía que ir?, ¿Estaba en alguna parte de la casa?

Me limité a asentir con un gemido conforme rompía el precinto de la botella dispuesta a descorcharla. Vertí el vino en las dos copas y terminé la mía de un trago esperando que el alcohol mermara aquel nerviosismo innato.

El timbre se escuchó mientras echaba más vino en la copa ahora vacía y me froté con los dedos la comisura de los labios para eliminar cualquier resto de vino que pudiera haberse quedado. No llevaba carmín, de hecho, no llevaba ni una sola gota de maquillaje en el rostro, aunque eso nunca me había supuesto ningún pudor, por alguna razón en ese momento me importaba la imagen que pudiera proyectar.

Abrí la puerta solo unos segundos después y me encontré la figura de Andrei con ropa casual, algo bastante insólito en él. Llevaba dos cajas enormes que me entregó nada más verme, como si mi presencia no le sorprendiera en absoluto.

No saludó, se limitó a empujar aquellas cajas contra mi estómago para que las cogiese y entró sin decir nada. Básicamente me ignoraba. Si no es porque me había entregado de malas formas aquellas cajas de pizza que aun estaban demasiado calientes, actuaría como si fuera un fantasma.

—¿Dónde está Irina? —exclamó cuando comprobó que su prima no se hallaba en ninguna parte.

—Ha ido a dormir a la niña, me dijo que los documentos que necesitabas están sobre la mesa.

No tuve respuesta, simplemente se dirigió hacia el lugar que había mencionado y vi como cogía las carpetas y tenía toda la intención de marcharse sin decir nada.

No sabía si decir algo y más, ahora que él estaba viajando a Moscú donde todos reiterarían nuestro compromiso falso.

—Tenemos que hablar —dije cerrando los ojos porque me arrepentiría si se marchaba y probablemente la próxima vez que nos viéramos sería demasiado tarde.

Vi como Andrei se detenía casi en el marco de la puerta, pero no se giró para encararme, no hizo ningún amago por enfrentarme.

—En unas semanas será el bautizo de Zafiro y tendremos que actuar como una pareja comprometida. Está claro que tú y yo parecemos cualquier cosa menos eso, pero no seré la culpable de empañar la fiesta de mi ahijada y supongo que tu tampoco —afirmé acercándome al aparador para dejar las dos cajas de pizzas y de ese modo acercarme hasta donde él estaba para no tener que alzar el tono.

—¿Y qué sugieres? —preguntó mirando hacia el exterior de la casa.

—Que nos comportemos como dos personas adultas y actuemos en consecuencia. No debe ser demasiado difícil estar en el mismo lugar sin terminar en una discusión abierta.

Andrei emitió un sonido que me resultó similar al de una sonrisa cínica y entonces se giró sobre sus talones para dirigir su vista hacia mí.

—Solo ha existido una ocasión en la que tú y yo no hemos discutido y fue en una cama. Estamos en esta situación por tu culpa, si quieres que actúe en consecuencia por algo que yo no he decidido y en la que me he visto envuelto, deberás ser más persuasiva y complaciente.

¿Qué? ¿Complaciente? ¿Persuasiva?

—No sé ni para que pierdo el tiempo hablando contigo cuando está claro que sigues siendo un ser mezquino y prepotente…

Tenía toda la intención de darme la vuelta, pero Andrei me agarró del brazo y estiró con fuerza hasta que mi cuerpo se aplastó contra el suyo, sintiendo cada músculo bajo mi ropa, la dureza de su pecho, la virilidad de su entrepierna, el deseo en aquellos ojos azules, aunque no lo dijera.

—Piénsatelo bien, porque solo tendrás una oportunidad —jadeó rozando mis labios—. Si quieres que actúe como un perfecto idiota enamorado, tendrás que darme algo a cambio y ya sabes que es lo único que he querido siempre de ti.

Su mano se paseo de la cintura a la parte baja de mi espalda y se deslizó hasta una de mis nalgas apretándome con más fuerza contra él. El gemido que proferí de forma inmediata fue completamente traicionero y vi como él sonreía complaciente de que mi cuerpo reaccionase a su contacto.

—¿Estás proponiéndome que tenga sexo contigo a cambio de que finjas que estamos juntos? —exclamé aturdida.

—Ah no… —susurró él apartando la mano de mi trasero y dando un paso atrás—. No te he propuesto absolutamente nada, tendrás que ser tú la que deberá rogarme a mi, de lo contrario, no seré responsable de las posibles consecuencias.

Tuve que mirar hacia otro lado para no soltarle una bofetada por semejante descaro.

—Te puedes ir al mismísimo…

—Infierno. Si —dijo él antes de que pudiera acabar la frase, pero mejor nos vamos los dos y así ardemos. —Comenzó a bajar las escaleras con los documentos en la mano y la intención de montarse en su flamante coche—. Regreso el próximo lunes a primera hora, si no tengo noticias tuyas antes de que acabe el día, sabré cual es tu posición y actuaré en consecuencia.

Quería gritar, pero en lugar de eso acabé dando una patada al suelo y apretando los dientes con fuerza para no correr hasta él y clavarle las uñas en su perfecta cara de facciones perfectas.

¡Puñetero maniaco de mierda! ¿Rogar?, ¿De verdad ha dicho que tengo que rogarle?

—¡Dios!, ¡Que hambre tengo! —bramó Irina llegando al salón dos minutos más tarde y supuse que el olor a pizza le había hecho saber que su primo había estado allí. Eso y que los documentos ya no estaban sobre la mesa.

Nos sentamos de manera informal en la isla de la cocina donde fue inevitable recordar que la última vez Andrei me había metido mano allí mismo y que habríamos tenido sexo de no ser por la interrupción de Zafiro, pero le di un gran mordisco a la pizza con salami picante y me conformé con el ardor que provocaba en lugar de satisfacer el otro que ansiaba.

—¿Has hablado con Andrei sobre el bautizo? No quiero ser pesada, pero sois los padrinos y no puedo prescindir de ninguno de los dos, así que necesito que tengáis un supuesto compromiso ejemplar.

A veces me preguntaba si era vidente o si era capaz de intuir algo… quizá solo se debía que nos conocía demasiado a ambos.

—Tranquila —dije con una serenidad que no poseía—. Todo está bajo control.

No lo estaba. Distaba mucho de estarlo, pero tenía tres días para planificar qué demonios pensaba inventarme para convencer a ese inútil con patas de que cooperase. Porque Andrei a las malas era el peor enemigo que pudiera echarme a la cara, pero de ahí a rogarle… ni en sus mejores sueños.

—Me acabas de quitar un peso de encima, por un momento pensaba que estabais aún peor que antes después de lo sucedido.

—¿De lo sucedido? —exclamé casi atragantándome con la pizza y tratando de apaciguarlo con el vino.

Irina me observó confusa, como si estudiara mis movimientos tratando de averiguar algo.

—Vuestro falso compromiso, ¿Qué iba a ser sino? —inquirió y volví la vista nerviosa hacia la pizza—. ¿Es que hay más entre vosotros que yo desconozca? —inquirió y di un gran bocado solo para evitar responder mientras negaba con el rostro.

Aun así ella no me quitó la vista de encima como si esperase realmente una respuesta.

—¡Por favor!, ¿Tu primo y yo? No aguantamos ni un minuto sin discutir…

—Por eso mismo me sorprende que digas que lo tienes bajo control, ¿No deberíais pasar tiempo juntos para saber actuar en público? Saltará a la vista de todos que no podéis soportaros, menos aún será creíble que vais a casaros.

—Mi padre se lo ha creído, seguro que también lo cree el resto de la familia.

Irina suspiró.

—Bueno, supongo que podréis mostrar vuestras dotes de interpretación las próximas semanas, hay varios asuntos de la organización y documentación para el bautizo en la que necesitaré vuestra ayuda.

Por suerte, la conversación entre Andrei y yo pasó a un segundo plano cuando comenzamos a supervisar todo el material que Irina debía elegir para la fiesta y que le había hecho llegar la planificadora de eventos. Desde flores, textiles, colores, elementos, menús, animación, música… me desvelé casi a las cinco de la mañana en el sofá rodeaba de composiciones florales y fotografías. No había rastro de Irina, debía haberse marchado hacía un buen rato a la habitación y cuando miré el teléfono tenía un mensaje sin leer.

Era de Andrei.

Se trataba de un archivo para visualizar una única vez y lo presioné conforme toda la pantalla se inundaba de una foto en la que aparecía una cajita de terciopelo abierta con un anillo de pedida precioso. Bajo la foto había un texto corto.

«Tienes hasta el lunes a las 23.59»




Noté como mi pulso se aceleraba conforme aquella imagen continuaba acaparando toda la pantalla y ese mensaje residía al pie de la fotografía. Lo primero que pensé es que la había sacado de internet, no era posible que hubiera comprado un anillo real solo para fingir un compromiso inexistente, pero mis neuronas comenzaron a funcionar instantes después y vi que la foto estaba hecha en la mesa plegable de un avión privado, incluso se veía un ápice el asiento vacío al otro lado y gran parte de la ventanilla.

«Joder»

Tiene un anillo real. ¡El tío ha comprado un anillo de compromiso! No era por el dinero, eso era algo que a Andrei le sobraba, casi tanto como a mi padre. Era el que hubiera pensado en darme ese anillo para continuar con aquella farsa y tomarse la molestia de elegirlo.

Bloqueé el teléfono sin cerrar la fotografía y me quedé tumbada un buen rato observando el techo, aunque en realidad lo único que hacía era poner a trabajar mi cerebro a marchas forzadas porque necesitaba que se me ocurriese una brillante idea que no fuera arrodillarme ante Andrei y pedir clemencia.

*Eso no ocurriría jamás.*

Diez minutos después y sin lograr conciliar el sueño, me fui al gimnasio privado de Irina y Alejandro para desfogar toda aquella adrenalina interna que coexistía en mi cuerpo. A ver por qué de todos los hombres que hay en el mundo, —que no son pocos—, se me tuvo que ocurrir decir que era Andrei mi prometido.

¡Maldita sea mi estampa! No sólo no había encontrado un modo de salir de aquel embrollo, sino que encima le había prometido a mi mejor amiga que sí lo había hecho.

No contesté aquel mensaje en todo el fin de semana, ni durante el lunes, que muy a mi pesar, llegó demasiado rápido a pesar de que rogase a todos los dioses habidos y por haber que detuvieran el tiempo.

Eran las once en punto de la noche. Exactamente cincuenta y nueve minutos para mi autodestrucción de un modo u otro, pero allí estaba yo, frente al armario, decidiendo que debía llevar puesto para hacer lo que toda mi vida consciente llevaba prometiendo que no haría.

*Sumisión.*

Reconocer que Andrei se estaba saliendo con la suya —porque al final era así lo mirase como lo mirara—, era como recibir una patada en el estómago y aún así, no tenía otra opción más que ir a su jodido apartamento y someterme a su juego. Eso sí. Si ha creído que las condiciones las puede poner él, que se quede sentado.

Al final arranqué de la percha la única gabardina que tenía en el armario y me recogí el cabello en un moño deshecho antes de llamar a un vehículo privado. Dos minutos después salía por la puerta subida a los zapatos de tacón más altos que había llevado conmigo a Madrid y reprimiendo mis deseos de darme media vuelta y volver.

Cuando pulsé el botón del apartamento de Andrei, la puerta se abrió instantes después, era como si predijera mi llegada o tal vez, esperaba a alguien como la última vez. Me importó muy poco. Entré y me dirigí directamente hacia el ascensor. Al llegar a la última planta caminé hasta su puerta, estaba abierta, en el interior había musica jazz y el olor a especias se dispersaba por todo el salón.

Miré hacia la cocina y allí estaba él. Completamente desnudo de cintura para arriba y de espaldas a mí. Sobre la encimera de la barra americana que diferenciaba la zona del salón de la cocina había un pequeño estuche de terciopelo azul, estaba cerrado, pero era evidente que contenía una joya dentro.

Cerré la puerta de un portazo esperando que él se diera la vuelta. No lo hizo. Así que me crucé de brazos y esperé, viendo como salteaba almejas en una sartén acompañadas de una salsa y finalmente las vertía sobre dos platos ya preparados de pasta.

Solo ahí se dio la vuelta y la pasmosa tranquilidad que irradiaba me hacía querer saltar a su yugular y estrangular ese perfecto cuello.

—¿Tan seguro estabas de que vendría? —exclamé aún de brazos cruzados.

—¿Te molesta ser predecible? —contestó con el mismo tono de desdén que yo misma había empleado—. No me apetece discutir con el estómago vacío, así que tienes toda la cena para ser lo más complaciente y persuasiva que quieras.

—Pues espero que tengas hambre, porque será una cena eterna si esperas tal cosa —

advertí viendo como dejaba los platos al lado de aquel cofrecito de terciopelo.

Andrei chasqueo la lengua emitiendo un sonido de advertencia y abrió un cajón donde estaban los cubiertos.

—¿Y puedo preguntar para que has venido entonces? —proclamó dejando los tenedores al lado de cada plato y se dirigió a por las copas.

Me acerqué al sofá y dejé el bolso, deshice el nudo de la gabardina y comencé a desabotonarla poco a poco. Debía estar loca para hacer aquello. Definitivamente había perdido el juicio por completo.

—Para negociar —dije dándome la vuelta y exhibiendo un conjunto de lencería conformado por un body en color negro que estaba lleno de transparencias junto a dos ligueros.

Andrei alzó la mirada y vi como su boca se entreabría, apreciando cada curva de mi cuerpo y cuyo deseo se reflejaba en su rostro al contemplar que le gustaba lo que veía.

—¿Quieres negociar un acuerdo sexual?

—Puedes llamarlo así —dije dando un paso hacia él y haciendo alusión a la idea de dar otro, pero dejé que el zapato de tacón bailara entre ese espacio.

—Estarás dispuesta para mi dónde y cuando yo quiera —dijo dando un paso hacia mí y deteniéndose en el acto.

—Sólo si no estoy de turno en el hospital y nunca dormiremos en la misma cama —dije dando medio paso hacia él.

—Está bien, pero no hablaremos nunca de trabajo, ni de gente conocida. Nada personal —agregó él dando otro paso hacia en mi dirección.

—Me parece bien, pero tampoco haremos planes juntos más allá de “esto” —afirmé quedándome quieta.

—Quiero tu exclusividad —dijo acercándose otro paso más—. Que solo estés conmigo y dispuesta para mí.

Alcé una ceja extrañada, pero en realidad, tampoco es que tuviera mucho tiempo o ganas de buscar a otros.

—Sólo si tu también te sometes a acostarte únicamente conmigo —contesté de igual modo y él no pareció rebatirlo.

—Nos limitaremos solo al sexo y no nos meteremos en la vida del otro —dijo volviendo a dar un paso más y rozando sus dedos con los míos.

—Irina no puede enterarse jamás de esto, aunque finjamos ser una pareja real durante el bautizo.

Andrei se lanzó a mis labios poseyéndolos con tanta furia que tuvo que agarrarme para que no trastabillase y cayera sobre el sofá. Sentí como me alzaba y unía a su cuerpo mientras caminaba hasta sentir que mi espalda se aplastaba contra el muro.

¡Joder! Había estado rememorando ese mismo placer desde el día que nos acostamos y a pesar de martillearme diciéndome que no era para tanto, lo cierto es que sí. Lo era.

*Un jodido dios del sexo.*




Nadia era la mujer más atractiva y sensual que conocía.

Y conocía a demasiadas mujeres, por suerte.

A diferencia del resto, la belleza que irradiaba no era solo física, sino que emanaba una seguridad en sí misma y en sus creencias tan innata, que eso la hacía parecer inalcanzable. Para alguien como yo, acostumbrado a obtener todo lo que deseaba, ella era una posesión que anhelaba tener, la más preciada de las joyas; un diamante.

No me bastaba con tenerla una sola vez, probablemente tampoco dos, ni tres. La quería hasta agotarme, hasta decir basta, hasta que mis músculos terminasen tan engarrotados que ya no pudiera mantenerme en pie. Si. Deseaba a Nadia como jamás había deseado a ninguna otra mujer, pero no estaba dispuesto a dejar que me dominara, puede que sintiera un frenesí de fervor cada vez que ella estaba cerca, pero tenía muy claro que no volvería a tratar de seducirla, no me dejaría avasallar por lo que en mí provocaba.

Control.

Esa era la primera parte que había debido dominar para estar cerca de ella sin que percibiera lo que realmente sentía cada vez que estaba cerca. Y es que a diferencia de todas las mujeres con las que había tenido el placer de cruzarme, ella era la única capaz de provocar sugestión en mis emociones, la única por la que mi sangre bullía y atenazaba con quemarme cada vez que su mirada impactaba en la mía.

La ausencia de un director general en la sede de Komarov en Madrid, me había dado la excusa perfecta para aceptar el puesto. No me habría importado mudarme de ciudad unos meses, en mi mente era algo que tenía pensado sin un destino determinado solo para adquirir mayor experiencia y lenguajes, pero en el momento que supe que ella se trasladaría a la ciudad, no me plantee otra opción que no fuera la de estar en el mismo lugar.

La conocía lo suficiente para saber que su rechazo solo era apariencia, que aquel muro infranqueable que había levantado entre nosotros se tambaleaba por la expresión corporal que mostraba cada vez que discutíamos, cada vez que me acercaba lo suficiente a ella para percibir el aroma de la lujuria que desprendían sus labios.

Y la conocía lo suficiente para saber que todos los hombres se doblegaban a sus pies, pero yo no sería como el resto. Yo no quería ser uno más, quería que ella terminara suplicando mi nombre cada vez que la hiciera mía. Quería que descubriera el verdadero placer, uno que estaba seguro de que aún no había descubierto.

Lo tendría todo o no tendría nada, pero con una mujer como Nadia, solo existía esa posibilidad y ahora que su cuerpo me pertenecía pensaba saciarme de aquel apetito hasta la extenuación.

Nuestros cuerpos eran como dos almas gemelas que se acababan de reconocer, encajábamos en una simbiosis perfecta y, por más que ella no lo admitiera jamás, era consciente de que algo así es casi imposible de encontrar, por eso estaba allí, por eso gritaba cada vez que la embestía y por eso iba a someterse al éxtasis que le ofrecía.

Sabía que aquella urgencia por poseerla era mutua, podía percibir la reacción de su cuerpo expectante porque me zambullera en su interior y sus gemidos de placer deleitaban mis oídos con cada embestida, haciendo que el furor de mi sangre enervara mis sentidos y sintiera mi instinto más salvaje.

Solo me había sentido de ese modo con ella, haciendo que perdiese por completo ese control del que me vanagloriaba y logrando perder la cordura hasta un punto de no retorno en el que podría arrepentirme de mis actos.

Porque cada palabra, acción y hecho estaba sumamente calculado.

Conocía lo suficiente a esa mujer para saber lo que necesitaba escuchar, lo que necesitaba tener y lo que necesitaba sentir en cada momento. Conocía cada detalle, cada paso y cada momento de su vida.

Lo sabía todo de ella.

Y aun así, no me era suficiente.

Quería más. Quería su completa entrega. Lo quería absolutamente todo para llenar esa

parte inequívoca que me aceleraba el pulso y transformaba mis instintos cada vez que detectaba su presencia.

Observé los rasgos delicados de su rostro, unos ojos azul grisáceo rasgados cuyas pestañas se curvaban para enmarcarlos, la nariz erecta y algo puntiaguda, unos labios carnosos que clamaban ser poseídos y aquellos pómulos altos que de forma singular arqueaban a la perfección su belleza. Si. Definitivamente era la mujer más bella que había contemplado.

Esa mujer dominante, altiva, agresiva, preponderante y que jamás se dejaba avasallar finalmente me pertenecía, aunque solo tuviera su cuerpo, pero estaba decidido a romper aquel muro impenetrable y descubrir lo que se escondía bajo aquella capa de hielo en la que nunca me había permitido adentrarme.




Entreabrí la boca ligeramente y aprecié como su lengua avasallaba mi cavidad con alevosía y premura. Impaciente por explorar todo a su paso, con un auténtico frenesí de entrelazarse junto a la mía en una danza sensual. Sentí la protuberancia de su entrepierna firme en la parte baja de mi vientre y la sensación enloquecedora que me advertía del placer que podía aguardar, obnubiló por completo mi juicio.

Gemí cuando sus manos apretaron mis nalgas con el ansia depredadora de un animal salvaje y comprendí que él estaba aún más exaltado por aquella necesidad carnal que yo.

Sus labios aminoraron el ritmo y sus dientes acogieron mi labio inferior mordiéndolo suavemente a la vez que estiraba de él apartándose de mi rostro. En aquel momento mis ojos vislumbraron los suyos fijamente, apreciando sutilmente el azul que solía ver en ellos ya que estaban tan oscurecidos por la pasión que emitían un brillo incandescente.

Se acercó de nuevo, pero esta vez su boca no devoró la mía, sino que mordió con mayor bravura mi barbilla y comenzó a descender por mi cuello. Emití un gutural gemido de satisfacción que fui incapaz de reprimir y escuché el ronroneo de satisfacción conforme se acercaba a mi escote.

Mis dedos acariciaron su nuca sintiendo como el fino cabello de Andrei era suave entre mis dedos. Clavé los tacones de mis zapatos en la parte de atrás de sus piernas y escuché como jadeaba antes de meterse uno de mis pechos en la boca por encima de la única prenda que llevaba puesta.

—Tu olor es jodidamente adictivo —replicó segundos después conforme se apartaba y deslizó una de sus manos desde mi glúteo hasta la entrepierna—. Y que estés mojada para mí lo hace aún más exquisito.

Apreté mis dedos entre sí para estirar de su cabello y obligarle a mirarme. Conseguí el efecto que deseaba de forma inmediata porque Andrei alzó su rostro hacia mí desde una altura más baja, de forma inmediata sentí que tenía el poder, que tenía su sumisión al rendirse ante el placer y aquello excitó todos mis sentidos.

—No quiero que hables. Quiero que me folles. Y que lo hagas ahora.

De un movimiento rápido y nada sutil, sentí como me dejaba en el suelo y me daba la vuelta contra la pared mientras oía el ruido de la cremallera de su pantalón.

—¿Esto es lo que quieres? —gimió recogiendo mi cabello suelto con una mano y agarrándolo con fuerza mientras que con la otra apartaba hacia un lado el body por la parte de mi entre pierna.

No respondí, me mordí el labio cuando sentí como rozaba su polla contra mi carne, impaciente por acogerle, porque me embistiera.

—Responde —dijo jugueteando y me incliné hacia atrás con la intención de que se adentrara, con una desesperación innata porque me poseyera como no lo había sentido antes.

«Definitivamente estaba desquiciada»

—¡Sí! ¡Joder! ¡Sí! —grité inclinándome aún más para subir mis nalgas contra él unos centímetros y complementarnos a la misma altura.

Sentí como se adentraba y exclamé un aullido de placer inconfundible. Andrei estiró de mi cabello hacia atrás y noté su aliento cerca de mi boca.

—A partir de ahora me vas a rogar que te folle cada maldito segundo —jadeó antes de besarme y me alzó una pierna para tener un mayor acceso provocando que sus embestidas ahondaran aún más profundo.

Su aroma se mezclaba con el olor de especias que había en el ambiente y el sudor que emanaban nuestros cuerpos, era una simbiosis perfecta a la vez que ambos nos sincronizábamos en cada embestida que me hacía gemir de puro deleite.

Era jodidamente exquisito. Un amante perfecto. Un dios del sexo que sabía tocar y darme exactamente lo que quería. Sentía como aquella oleada de una inigualable sensación de explosión llegaba. Andrei giró de nuevo mi rostro para besarme con una pasión desmedida a la vez que me alzaba sobre él con un completo dominio de su fuerza y yo me dejé arrastrar por el orgasmo que me invadía y atravesaba cada fibra de mi cuerpo mientras gemía en su boca tras sentir los

espasmos que dejaba a su paso el efecto de aquella liberación.

—Ahora soy el dueño de tu cuerpo. Y solo vas a obtener placer gracias a mí. ¿Queda claro? —Su voz sonaba grave y algo agitada, ni siquiera me había soltado aún o había tenido tiempo de asimilar lo que acababa de suceder.

—Tan prepotente que resulta predecible —conteste de forma insolente apartándome de él.

No me retuvo.

—Puedes llamarme como quieras, pero ese ha sido nuestro acuerdo.

—¿Y se supone que yo soy la dueña de tu cuerpo? ¿Qué solo vas a obtener placer gracias a mi, incluyendo tu propia mano? —inquirí alzando una ceja.

—No tendré ganas de darme placer a mi mismo cuando puedes mamármela en el momento que considere oportuno.

«Es un acuerdo sexual. Puramente sexual» me recordé para no propinarle un insulto y salir de allí sin mirar atrás.

—Tendrás que ponerte de rodillas tú primero —advertí retándole con la mirada.

—Siéntate. La pasta ya estará fría —afirmó colocándose de nuevo los pantalones y rodeando la barra en la que había servido la cena y el vino.

Dude por un momento si quedarme o marcharme hasta que mi vista se centró en aquella cajita pequeña de terciopelo.

Me senté en el momento que vi como él servía el vino en la dos copas que habían permanecido vacías y cogí la mía cuando dejó la botella cerca de nosotros con la intención de llevarla a mis labios.

—Porque los dos consigamos lo que deseamos de este acuerdo —mencionó Andrei dirigiendo su copa hacia la mía.

¿Y qué quería exactamente con ese acuerdo él?

—Tengo muy claro lo que quiero con este acuerdo, pero… ¿Qué quieres tú exactamente? —pregunté volviendo la vista a la puñetera cajita que continuaba cerrada.

—Poseerte. Es lo que siempre he querido de ti, solo sexo. ¿Recuerdas?

Le observé dar un buen trago de vino que hizo dejar casi vacía su copa y la volvió a colocar sobre la mesa para coger los cubiertos.

Siempre he sabido que Andrei quería acostarse conmigo y también, que yo suponía un objetivo personal por ser una de las pocas o quizá la única mujer en rechazarle. Precisamente me martirizaba el hecho de sentir que él se había salido con la suya y le había dado aquello que tanto

anhelaba. Yo era un simple trofeo de su colección y parecía que se lo había puesto en bandeja.

—Por una vez estoy de acuerdo contigo —corroboré —. Cuando todo esto acabe, evitaremos vernos aún más que antes.

—No te precipites. Solo acaba de empezar —dijo cogiendo la maldita cajita y jugueteando con ella entre los dedos—, pero no tendré ninguna objeción en que así sea.

Le observé detenidamente, no sé si suponía un juego para él o quizá estaba pensando el modo de decir aquello que parecía desear decir. Aún tenía mi copa entre mis dedos y di pequeños sorbos alargando el tiempo, no demostrando impaciencia por saber si el contenido de aquella caja era realmente el anillo de la foto y de ser así, que narices pretendía con todo aquello.

Finalmente Andrei dejó la caja entre los dos platos y se dispuso a coger su cubierto para comenzar a comer la pasta. De algún modo intuí que se trataba de una especie de reto, de ver si era capaz de controlarme para cogerla por mi misma por la inquietud que podía suponer o si me daba absolutamente igual lo que allí dentro hubiera.

Me mordí el labio y aparté la vista centrándola en mi copa, vacié el contenido y rápidamente vi como al percatarse, cogía la botella de vino y la llenaba de nuevo.

—Gracias —dije escuetamente sin mencionar que aún me sorprendía ver un gesto gentil por parte de él ya que por norma general pensaba solo en sí mismo.

—¿Prefieres que nuestro acuerdo sea verbal o que lo indiquemos por escrito para que no haya problemas en caso de duda? —Su tono de voz era tan neutral y frívolo que casi me atraganté al pensar que estábamos hablando sobre tener un contrato exclusivamente sexual.

—¿Haces muchos acuerdos sexuales? —pregunté intrigada.

—Hago muchos acuerdos en general, que sean o no de índole sexual es solo un matiz.

—Eso no contesta a mi pregunta —respondí claramente.

—¿Acaso importa?

—Si —afirme rotundamente.

—Nunca he tenido exclusividad como tampoco he tenido la necesidad de tener a alguien disponible para mi cuando quisiera. Así que no.

Su respuesta me complacía, aunque no comprendía exactamente los motivos del porqué me satisfacía.

—¿Y porque conmigo sí? —pregunté mirándole fijamente.

—Llevo demasiado tiempo deseándote, eso no es ningún secreto. Solo quiero cansarme de ti lo suficiente y, aunque todo este tiempo tú te lo hayas negado, también sientes la misma atracción por mi de la que yo siento por ti. O no habrías venido vestida así esta noche —aclaró

cogiendo de nuevo el anillo y esta vez abrió la caja para mostrarme el interior.

—¿Me lo muestras para saber si me gusta? —pregunté mirando la preciosa joya.

Era perfecta, exactamente como yo la habría elegido si me hubieran preguntado.

—No. Para que te la pongas y la dejes puesta.

Alcé una ceja poco convincente.

—Aquí no tenemos que fingir e Irina sabe la verdad —aclamé.

—Te preguntarán. Tendrás que enviar fotos y lo más importante, en tu trabajo creen que estás prometida. Así que limítate a llevarlo siempre y ya está.

Me quedé mirando el estuche varios segundos con la tentación de hacerle caso a pesar de que mi fuero interior decía que debía negarme. Luego le miré y vi como aguardaba un movimiento por mi parte y después, regresé la vista de nuevo al anillo.

—¡Maldita sea, que mujer más terca! —bramó cogiendo el anillo de la caja y atrapando mi mano izquierda para colocarlo en el dedo anular sin ningún tipo de suavidad.

Era mi talla. El maldito anillo era de mi talla.




Me había quitado el anillo y apoyado sobre la mesita de noche consciente del peso en mi dedo mientras trataba de dormir. Era incapaz de conciliar el sueño y esta vez no por un descontrol de turnos, ni por falta de sexo o ansiedad, sino por ese maldito anillo que había dejado sobre la mesita de noche.

Un anillo de compromiso significaba demasiado. Compromiso. Fidelidad. Obligación. Deber. Responsabilidad. Lealtad. Franqueza. Devoción y honradez. Y nada de aquello era real.

*Absolutamente nada.*

Sentía que aquella mentira me iba a explotar en la cara y más aún, cuando nada de todo aquello podía confesarlo a mi mejor amiga. Nunca habían existido secretos entre Irina y yo desde que nos conocíamos y tener que esconder aquello me hacía sentir demasiado culpable a pesar de que solo lo hiciera para no preocuparla o tratase de inmiscuir por estar demasiado implicada emocionalmente hacia Andrei y hacia mi. Tal vez, por muy irreal que fuera el compromiso falso, sería lo más cerca que estuviera de estar prometida.

Cogí la almohada y me la coloqué en la cara para reprimir el sonido del grito y después volví a coger el anillo para colocármelo de nuevo en el dedo.

—Solo es temporal. No es real. Nada es real salvo el sexo —me dije a mí misma como si necesitara recordármelo mientras me abrazaba a la almohada y dejaba que el sueño me venciera. Lo último que vi antes de caer en Morfeo, fue ese perfecto anillo en mi dedo y el rostro de Andrei cuando me lo había colocado unas horas previas.

Me había marchado tras la cena, quizá porque necesitaba digerir aquel acuerdo y poner

cierta distancia entre nosotros. Me gustaba el sexo y con él era... *indescriptible*, probablemente había pasado a ser el número uno en la lista de los hombres que me habían dado los mejores orgasmos de mi vida, pero eso no restaba la indignación hacia mi misma que continuaba sintiendo por rendirme de algún modo ante él y ofrecerle lo que tanto tiempo llevaba deseando.

Siempre había sabido las intenciones de Andrei y lo que significaba para él y por esa misma razón había declinado sus pretensiones hasta el punto de convertirnos en dos seres opuestos incapaces de convivir en el mismo habitáculo sin terminar discutiendo. Aún lo creía así, salvo que en cuestión de compatibilidad sexual —por extraño que pareciera—, nos complementábamos a la perfección. Tenía muy presente que, si él había accedido a este inusual acuerdo, es porque sentía exactamente esa misma conexión que padecía yo.

Existen tres tipos de amantes; mediocres, esos que te gustaría haber rechazado antes de aceptar pasar la noche a su lado. Aceptables, cuyos orgasmos no son memorables pero que tampoco te apetecería repetir. Y luego están los notables, que hacen que te olvides hasta de tu propia existencia y que dar con uno de ellos es similar a encontrar un diamante real entre millones falsos.

Casi habría preferido que Andrei fuera de los mediocres en lugar de un notable tan alto que aspiraba a matricula de honor, de ese modo, no pensar en volver a tenerle entre mis piernas sería mucho más fácil. Escuché el pitido agudo que indicaba el aviso de un mensaje, pero no me molesté en cogerlo, sino que finalmente perdí la consciencia en un sueño profundo.

Abrí los ojos desorientada y escuché un sonido del que no comprendía la procedencia hasta que logré desvelarme lo suficiente para entender que provenía de la puerta de entrada al apartamento.

Tenía los ojos medio cerrados, el pelo enmarañado por habérmelo dejado suelto y lo único que vestía en ese momento era un camisón fino sin nada debajo.

Me pasé una mano por los ojos tratando de eliminar cualquier resto de legañas que me impedía abrirlos por completo conforme giraba la llave de la puerta y el timbre volvió a escucharse. En el momento que estaba bajando la manivela para abrir, me percaté que ni siquiera había ojeado la mirilla para ver de quien se trataba, pero aún estaba demasiado dormida para pensar con coherencia así que cuando abrí unos milímetros sentí el impulso de la persona que había al otro lado empujando la puerta, haciendo que un miedo atroz se apoderase de mi cuerpo hasta que me percaté de quien se trataba.

Andrei parecía enfurruñado, como si estuviera realmente enfadado y sin pronunciar palabra comenzó a mirar hacia todas partes buscando algo.

—¿Qué demonios haces aquí? —bramé por el susto que acababa de darme, aunque el error había sido mío al no mirar de quien se trataba.

—Te envié un mensaje anoche —contestó asomándose a la habitación y finalmente regresando hasta donde me encontraba para detenerse en recorrer mi cuerpo con su mirada y sonreír cuando vio que llevaba el anillo en el dedo.

—No leí ningún mensaje —dije tapándome el anillo con otra mano.

—Mal. Muy mal —susurró comenzando a aflojar su corbata y dar pequeños pasos hacia donde me encontraba.

Llevaba uno de sus inmaculados trajes, probablemente había hecho una parada en mi casa antes de continuar su trayecto a la oficina y cuando comprobé que se estaba desabotonando la camisa comprendí de que se trataba aquello.

—Que tengamos un acuerdo explícitamente sexual no implica que te puedas presentar en mi casa cuando te apetezca —dije observando como se desnudaba de cintura para arriba y dejaba cuidadosamente la camisa y la corbata sobre el sofá.

—Te he avisado con antelación, si no lo has leído, no es mi problema. El acuerdo implica sexo donde quiera y cuando quiera. Tú aceptaste con una única condición, que no estuvieras trabajando en el hospital y esto —advirtió haciendo énfasis en lo que nos rodeaba—. No es ningún hospital.

—¿Y que no te haya respondido al mensaje no te podría hacer pensar que quizá no lo había leído o tenía turno de urgencia en el hospital? —bramé observando como se aflojaba el cinturón del pantalón.

—En primer lugar, te he avisado. Que lo leas o no, es problema tuyo, no mío. Y, en segundo lugar, tengo tus turnos con cambios en tiempo real, así que sé cuando y donde encontrarte cada vez que quiera follarte.

Alcé una ceja.

—Eres un maniaco chiflado —susurré.

—Simplemente nos ahorro tiempo —jadeó—. ¿Quieres seguir discutiendo mientras te follo aquí o prefieres ir a la habitación?

—Lo que prefiero es que te largues y vuelvas cuando esté de humor... —solté aún con la puerta abierta y él me miró extrañado.

—Acepté este acuerdo porque no me apetecía tener este tipo de situaciones. No quiero discusiones, ni malentendidos, ni escenitas de celos. Quiero sexo y lo quiero contigo —dijo empujando la puerta y haciendo que esta se cerrase.

El sonido hizo que le mirase a los ojos y viera su determinación y decisión, antes de poder reaccionar vi como se abalanzaba sobre mi, pero no fue a besarme, sino que me cogió con la facilidad de un guepardo que caza a una liebre y me sentó sobre la isla de la cocina haciendo

que abriera las piernas para colocarse entre ellas, provocando que el camisón se levantase hasta las caderas.

Cuando iba a protestar, él se inclinó y su lengua comenzó a pasearse por mi entrepierna haciendo que cualquier vestigio de control y seguridad sobre la situación se fuera al infierno.

—¿Aún quieres que me vaya? —exclamó justo antes de hundir su boca en mi clítoris y juguetear con la lengua, provocando que tuviera que cerrar los ojos por el placer que ese gesto implicaba.

¡Demonios!, ¡Es un jodido diestro hasta en el sexo oral!

¿Quería que se marchara?

La respuesta fue clara con la segunda succión de su boca, logrando que entrecerrase los ojos y emitiera un profundo jadeo de absoluto fervor.

No. Desde luego que no quería que estuviera en otro lugar que no fuese en mi apartamento, o mejor dicho, en el que mi mejor amiga me había prestado y más concretamente, entre mis piernas.

—No. Por supuesto que no —admitió con sorna mientras sentía como sus dedos se deslizaban hacia mi interior y yo me mordía el labio para reprimir otro profundo gemido.

Ahí estaba de nuevo el Andrei engreído y autoritario que no soportaba y del que había rehuido toda mi vida y que, a pesar de ello, no quería que se detuviera.

«Solo es sexo. Solo es un juego. Solo es durante un limitado tiempo» Me dije a mi misma con templanza para reprimir el hecho de que anhelaba aquello por encima de todo, incluso de su arrogancia.

—¿Has venido para hablar o para follar? —Le solté queriendo reprenderle, pero solo conseguí que mis palabras parecieran una súplica incoherente para que prosiguiera.

—Puedo hacer ambas a la perfección —susurró con esa media sonrisa que no me hacía falta ver para reconocerla y noté como sus dedos salían de mi interior y la ausencia de su roce hizo que abriera los ojos rápidamente y me incorporase para ver porqué demonios se había detenido.

Me observaba con detenimiento, como si esperase a que hiciese algo y paseé mis ojos por cada palmo sin cubrir de su cuerpo. Aún llevaba puestos los pantalones, sus impecables zapatos y el cinturón desabrochado. Todo en él gritaba lujuria, pasión, un deseo carnal tan posesivo que rozaba la locura.

—¿Qué? —exclamé al ver que no se movía, sino que se limitaba a permanecer de pie allí mismo.

—Estoy esperando…

Le miré desconcertada, pude sentir incluso como una de mis cejas se alzaba ante la pasividad que mostraba cuando era evidente su erección a través de aquel pantalón de tejido fino que se ajustaba a sus piernas. Conocía a Andrei desde que era una niña, pero ahora me daba cuenta de que en realidad no sabía demasiado de él, ni cuáles eran sus pretensiones o ambiciones, como también desconocía sus gustos…

—¿A qué? —respondí taciturna.

—A que te arrodilles, por supuesto.

Su voz burlona y medio sonriente me hizo comprender que aquello era un juego para él, uno en el que pensaba divertirse realmente y vanagloriarse. Teníamos un acuerdo tácito, nadie salvo Andrei y yo sabríamos lo que había sucedido entre nosotros realmente así que no debía temer por las consecuencias, además, todos nuestros amigos y familiares pensaban que estábamos prometidos y de pronto la idea de sumergirme en aquella vorágine de pasión con índole sexual no me resultaba nada desagradable. ¿Por qué no seguir con ese mismo juego? Lo único que iba a obtener de todo aquello era mi propio placer saciandome de aquella sed que Andrei colmaba con su cuerpo…

Sonreí y miré hacia otro lado mordiéndome el labio. Unos segundos después me deslicé del filo de la mesa hasta colocar mis pies en el suelo y me acerqué a Andrei, que aún permanecía inmóvil observándome. Podía comprobar sus ojos sobre mis movimientos, pendiente de cada uno de ellos, expectante para ver si realmente pensaba arrodillarme frente a él. Si. Había sido el primero en practicar sexo oral, pero no se había arrodillado precisamente y era muy consciente de eso, el muy astuto no pensaba arrodillarse primero y lo sabía.

*Solo que yo tampoco pensaba hacerlo.*

Paseé una de mis manos por su torso desnudo y pude percibir su latido acelerado. A pesar de su apariencia dura, su corazón ardía con fervor ante mi contacto y eso me excitaba en sobremanera, al igual que su respiración agitada, errática, señal evidente de cuánto deseaba aquello. Deslicé mi mano hacia su hombro y recorrí su brazo hasta cogerle de la mano y estirar de él hacia el salón, Le conduje hasta el sillón y cuando lo coloqué de frente, le empujé obligándolo a sentarse. Desde aquella altura me sentía dominante y sus ojos azules brillaban con intensidad.

Me incliné sobre él mientras le abría las piernas y comencé a desabotonar el pantalón con lentitud, siendo muy consciente de aquella intensidad en sus ojos anticipándose hacia lo que creía que iba a suceder. Se inclinó para que le bajase los pantalones y la ropa interior, haciendo que su polla emergiera en toda su envergadura, ni siquiera me molesté en quitárselos del todo,

sino que se los dejé a medio muslo para colocarme sobre él evidenciando un gesto sorpresivo en su rostro.

—Técnicamente estoy de rodillas —gemí antes de abalanzarme sobre su boca y evitar que protestara.

Mi lengua se entrelazó con la suya y escuché como gemía mientras mi mano conducía su miembro hasta el punto exacto en el que acogerle en mi interior. Cuando comencé a descender sintiendo su polla en mi interior noté como sus manos se ceñían a mis glúteos para empujarme en una fuerte embestida.

Gemí en su boca ante aquella exquisita sensación.

Rodeé con mis manos su cuello mientras le devoraba con ansia, y mis movimientos eran mucho más severos gracias a la fuerza de sus brazos para impulsarme una y otra vez mientras la fruición me enloquecía. Solo podía escucharse el roce de mis muslos contra los suyos y nuestro juego de lenguas conforme me abandonaba a un abismo de agonizante placer, sentía como el cenit se acercaba, aquel culmen cargado de deliciosa ambrosía y me apreté aún más contra su cuerpo jadeante, consciente de que sería capaz de dar mi último aliento por alcanzarlo. La vertiginosa oleada llegó arrasando cada fibra de mi cuerpo convirtiendo los movimientos en espasmos mientras sentía como aquel orgasmo se liberaba, ni siquiera era dueña de mis movimientos, sino del placer que me otorgaba actuando por un mecanismo natural de necesidad carnal.

Volví a la realidad cuando escuché como sonaba un teléfono. No era el mío, sino de Andrei, pero no parecía tener ninguna prisa por cogerlo, sino que más bien permanecía con la respiración agitada bajo mi cuerpo y sus manos aún apretaban mis muslos con firmeza.

Y de pronto me gustó estar así, unidos el uno al otro.

—Tienes que irte —dije siendo consciente de quien era él, quien era yo y lo que significaba aquello.

Iba a alzarme cuando sentí que una de sus manos viajaba hasta mi cuello y me obligaba a besarle de nuevo.

—Me voy —dijo separándose del mismo modo abrupto que me había obligado a besarle —, pero te veré esta noche de nuevo.

—Saldré tarde… —afirmé.

—¿He mencionado que eso suponga un problema?




No estaba demasiado acostumbrada a ese afán de dominación, de posesión y de determinación en una relación, bueno... tampoco es que entre Andrei y yo existiera una relación como tal y tampoco es que yo hubiera tenido relaciones formales en sí, precisamente por eso, porque necesitaba sentirme libre para hacer y deshacer a mi antojo y conveniencia sin dar explicaciones a nadie sobre mi vida.

Aquello era nuevo. Desde el maldito acuerdo, el anillo, fingir un compromiso y el hecho de que me hubiera liado con el único tío al que no soportaba de todo el planeta tierra.

No respondí porque su teléfono comenzó a sonar de nuevo y vi que esta vez buscaba en el bolsillo interior de la chaqueta del traje para cogerlo.

—Irina —respondió al segundo haciendo que un temblor se instalase por todo mi cuerpo.

¿Era una mala amiga por no contárselo a pesar de que solo lo hacía para no preocuparla? Para Irina resultaría inevitable implicarse teniendo presente la relación tan estrecha que mantenía con ambos. No podría posicionarse hacia ningún lado y, al mismo tiempo, se crearía vanas ilusiones respecto a nosotros que serían completamente inexistentes.

Andrei se giró dándome la espalda, se había subido los pantalones, pero aún no los llevaba abrochados y comenzó a pasearse por mi salón mientras podía escuchar la voz lejana de Irina al teléfono.

«Es trabajo. Solo le estará llamando por alguna cuestión de trabajo, es imposible que pueda saber que estamos juntos»

—Estoy de camino, me encargaré de ello en cuanto llegue —escuché conforme me cruzaba de brazos sin saber exactamente qué hacer y observé la camisa bien colocada de Andrei

sobre el respaldo del sofá. Se había arrugado al dejarnos caer sobre ella en nuestro encuentro. Se dio la vuelta y fijó la mirada en mi cuerpo, su rostro parecía impasible para guardar una apariencia seria, pero comenzó a caminar en mi dirección y permanecí inquieta—. No puedo, tengo otros asuntos que atender —agregó alzando una mano y colocándola en mi mentón para alzar mi rostro hacia él. Era más alto que yo, lo suficiente para tener que alzar la mirada cuando estábamos cerca—. Está bien, te veré en la oficina.

Tiró el teléfono a un lado para que cayera sobre el sofá sin preocuparse en que punto acababa y se inclinó lentamente hasta rozarme la nariz.

—¿No tienes que irte? —jadeé antes de que me besara si es que esa era su intención.

—Si, pero aún tengo hambre —susurró forzándome a que me diese la vuelta y me colocase de rodillas sobre el sillón de espaldas a él. Sentí como pasaba su mano por mi entrepierna y me mordí de nuevo el labio—. Por lo que veo, tú también —objetó antes de empujarme hacia delante para que mi trasero quedase expuesto y sentí como me invadía de nuevo aquella imperiosa necesidad conforme se abría paso en mi interior de una brutal embestida.

—¡Joder! —grité sin esperarlo en un esfuerzo sobre humano por mantener la cordura.

Mi camisón voló a alguna parte y sentí sus manos por todo mi cuerpo, incluidos sus dientes en mi cuello y todo mi control se fue al traste, solo era una masa flotante de gemidos, jadeos y gritos de éxtasis con cada embestida que me llevaba un paso más a un mundo etéreo.

Si. Ya no tenía duda que era el sexo más brutal e increíble de mi vida. Tampoco sobre el hecho de que esa misma noche volvería a sucumbir ante aquel placer inigualable.




Dos horas más tarde estaba en un supermercado haciendo algo parecido a una compra, o más bien, un surtido de productos incoherentes y sin sentido; queso fresco, patatas aderezadas con lima y paprika, un bote de cacao en polvo, ensalada de rúcula y canónigos, una lata de mejillones en escabeche y un paquete de pistachos.

Ni siquiera sabía de qué tenía hambre más allá de la ingente necesidad de saciarme con el subnormal de Andrei. ¡Joder!, ¡Es que no podía centrarme en otra cosa que no fuera él desde que se había marchado de casa!

Estaba por desistir y pasar por caja para llevarme aquellas cuatro cosas sin sentido que había metido en el carrito por alguna razón extraña cuando sentí mi teléfono vibrar. Lo llevaba en la mano, así que descubrí rápidamente que se trataba de mi querida progenitora.

Por alguna razón la idea de hablar con Irina me ponía nerviosa y sabía que más pronto que tarde hablaríamos por el tema del bautizo ya que debíamos ir a la gestión de documentación y preparativos en unos días.

—Dime mamá —respondí observando la variedad de pasta que tenía frente a mi y cogí la que tenía forma de animalitos de colores solo por el hecho de llamar mi atención.

—Que me tenga que enterar por terceras personas de que mi única hija va a casarse ha sido suficiente humillación, así que no pienso tolerar que también deba saber los detalles por otros. Yulia y yo hemos contratado a la mejor organizadora de bodas, no ha sido fácil que nos haga hueco y se ajuste a vuestra agenda, pero hemos logrado organizar en una jornada las visitas a las iglesias más emblemáticas de la ciudad y las mejores localizaciones.

¿Qué?

Sentí un nudo en la garganta al punto que era incapaz de poder decir nada.

—Ya sé que soy la mejor madre, pero podrías darme al menos las gracias, ¿no?

—¡Dijimos que queríamos tomarlo con calma! —logré decir, y después me di cuenta de que estaba en un lugar público, aunque francamente, poco me importaba.

¡Que demonios!, ¿Mi madre se había puesto de acuerdo con la madre de Andrei? Porque evidentemente defería referirse a ella cuando había mencionado a Yulia, a fin de cuentas se conocían desde siempre. ¡Esto pintaba mal... realmente mal!

—Sé que para ti es importante todo eso de tu carrera y terminar la residencia, que Andrei respete eso dice mucho de él, pero es un Komarov, Nadia, cuanto antes se celebre esta boda mejor para todos.

¿Que es lo que quiere decir?

—Tenemos una relación con los Komarov desde que tengo memoria, mi mejor amiga es Komarov ¿Que quieres decir con eso?

—Las alianzas con el consorcio Komarov pueden ser muy beneficiosas y...

—¿Y? —Insistí al comprobar que mi madre no decía nada.

—Si alargas demasiado esto puede cansarse de ti, hija. Casi me parece sorprendente que te haya propuesto matrimonio cuando jamás has tomado en serio ninguna relación. Solo estoy considerando lo que más beneficiaría a todos.

No lo podía creer. ¿Ahora iba a entrometerse en mi vida sentimental? No bastaba con que mi padre lo hiciera en la profesional, ¿Es que no podían dejarme vivir mi vida como me diera la gana?

—¿Y qué pasa si se cansa de mí?, ¿Tan malo es que esté sola? No quiero a un hombre a mi lado solo por el soporte económico y tranquilidad que este pueda darme, quiero forjar mi propio camino y si él no está de acuerdo, significa que no me quiere como debería.

Colgué de inmediato porque sabía que podía decir algo que diera al traste con toda la artimaña planificada que habíamos orquestado.

«Aquella mentira se acabaría tras el bautizo de Zafiro» decreté mientras colocaba todos los productos que había en la cesta sobre la cinta y comenzaba a meterlos en una bolsa de tela.

Como una ráfaga instantánea la visión de Andrei y yo en mi apartamento esa misma mañana hizo que me diera un calambre en la entrepierna que me hizo temblar y la idea de romper aquello sin volver a sentirlo nunca más provocó una sensación de ahogo demasiado nueva en mi interior.

¡Joder!, ¡Necesitaba saciarme por completo de él antes de que todo acabara!

Faltaban algo más de tres horas para que terminase mi turno. Había dejado el teléfono en

la taquilla para concentrarme en el trabajo y no en las llamadas de mi madre que, conociéndola serían sucesivas, o peor aún, ésta llamaría a Irina cuando viera que no respondía al teléfono para usarla de mensajera.

—¿Todo bien?

Alcé la vista de la máquina de café para encontrarme con Cedrini. Casi nunca solía estar en el turno de tarde, menos aún en el de noche y normalmente solo coincidía con él si estaba de mañanas, pero desde que anuncié mi compromiso había estado guardando las distancias sin parecer tan directo, aunque aún podía comprobar por su modo de observarme que le gustaba lo que veía.

—Si —afirmé—. Este turno es más tranquilo que el de mañanas.

—Es cierto, aunque a veces prefiero el ritmo frenético que este silencio extraño —comentó acercándose demasiado e invadiendo mi espacio personal.

Con el tiempo había aprendido a percibir las señales y disimular demasiado bien lo que me agradaba o no que hiciera un hombre, así que cogí el café con cuidado y di un paso hacia atrás permitiéndole el acceso a la máquina.

—Un poco de paz en un hospital siempre se agradece entre tanto horror, lamento y muerte. Aunque sepamos que es un espejismo, nos permite continuar.

—También hay formas de encontrar ese espejismo aquí dentro… mucho más placenteras que el silencio —dijo sin mirarme, sino metiendo la moneda en la máquina y pulsando el botón.

Sabía hacia donde iba la conversación y el rumbo que estaba tomando. Quería probar, tentarme, saber hasta dónde estaba mi límite para acercarse.

—Desde luego —contesté y vi cómo se giraba rápidamente hacia mí para verme—. Pediatría es el lugar apropiado para cargarse de oxitocina si no te satisface la que obtienes fuera de este lugar —concreté llevándome el café a los labios y comprobando que estaba mucho más caliente de lo que me gustaba, aun así me lo bebí, sólo porque quería estar lo suficiente despejada cuando llegase a casa de Andrei—. Aún me quedan unos cuantos informes por repasar para las cirugías de pasado mañana, las dejaré en tu despacho antes de irme.

Comencé a alejarme sin esperar una respuesta y deduje que me observaba fijamente a pesar de que había declinado su oferta. Conocía a los tipos como Cedrini, eran de los que picoteaban alrededor de su presa de forma incansable hasta que, en algún momento de debilidad, cedían. En otras circunstancias quizá no me hubiera importado acostarme con él, puede incluso que ni el hecho de estar casado fuese un impedimento si me gustase de verdad, pero no sentía hacia él una atracción que superase el hecho de que él era mi superior y que bajo ningún concepto pensaba estar sometida a su mando en ese sentido. Tal vez debiese responder ante él

como jefe del departamento, pero si esperaba que follásemos de forma silenciosa en su despacho para que nadie se diera cuenta de que teníamos una historia y así enorgullecer su ego de macho ibérico, va a ser que no, suficiente tenía ya con haber caído en la tentación de Andrei y de la que ahora mismo salivaba por volver a probar.

En el momento que me quité la bata para dejarla en la taquilla y recuperar mis cosas, comprobé que tenía más de veinte llamadas perdidas, entre ellas dos correspondían a Irina, Justo después de las dieciocho primeras que pertenecían a mi madre. Había un mensaje de mi amiga.

«Llámame en cuanto puedas»

Eran las tres y cincuenta y seis minutos de la mañana, así que no pensaba llamarla, por lo que me guardé el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón y me crucé con un par de enfermeras mientras me dirigía hacia el despacho de Cedrini. Llamé y no respondía nadie, así que giré el pomo asumiendo que ya se habría marchado para dejar los informes sobre su mesa cuando comprobé que estaba desnudo de cintura para arriba y se colocaba una camisa nueva.

—Lo siento, pensé que no habría nadie.

—Tranquila, pasa. No importa, puedes dejarlos sobre la mesa —dijo sin hacer ademán de colocarse los botones, sino que más bien parecía congratularse con lucir sus pectorales.

Estaba bueno, desde luego no podría decir lo contrario, pero después de ver el físico de Andrei… ni siquiera suponía una tentación para mis sentidos y eso comenzaba a ser un verdadero peligro. No dije nada y me adentré sin cerrar la puerta para dejar sobre la mesa las dos carpetas y evitar mirarle.

—¿Volverás sola a casa? —preguntó a pesar de no haber mencionado palabra alguna.

—Cogeré un taxi, gracias.

No era mentira, pensaba cogerlo para ir a casa de Andrei.

—Te acompaño, a estas horas no hay tráfico así que tardaré lo mismo en llegar a casa que cualquier día normal —insistió y durante un momento no supe que excusa poner para evitar irme con él.

Sabía cuáles eran sus intenciones, pero también que continuar despreciándolo abiertamente podía suponer una situación laboral demasiado rígida para mantenerla durante demasiado tiempo, así que me erguí cruzándome de brazos y le observé fijamente.

—Si no es un problema para ti, por mi está bien.

Pareció sonreír, así que comprobé que se abotonaba la camisa rápidamente y cogía una especie de maletín antes de indicarme que fuese hacia la puerta.

Que condujese un vehículo deportivo no me sorprendió como noté que él esperaba, pero sabía que mi padre era rico, mi supuesto prometido también, así que parecía algo decepcionado

con el hecho de que no hubiera recibido algún tipo de halago por mi parte hacia el coche.

Le di la dirección de la casa de Andrei conforme dejaba mi bolso sobre la alfombrilla del coche entre mis pies y me colocaba el cinturón de seguridad.

—¿Decidiste venir a este hospital para estar cerca de tu prometido? —preguntó espontáneamente.

No me apetecía revelar el verdadero motivo por el que estaba allí, así que preferí que él se hiciera sus propias conclusiones.

—Si. Además, este lugar tenía muy buenas perspectivas de futuro para nuestra carrera laboral.

—Si, es cierto, aunque tuve la sensación de que el compromiso entre ese… ¿Komarov?, ¿Lo he dicho bien? Parecía más bien un acuerdo conveniente para vuestras familias. Al menos es lo que dice la prensa.

¿Prensa?, ¿Que demonios había leído él de prensa?

—¿Has investigado mi vida? —exclamé ahora realmente molesta.

—No. Claro que no —dijo rápidamente a pesar de saber que mentía—. Es lo que me comentaron algunos miembros de la junta directiva, lógicamente debían saber quien era la persona que había transferido la donación para asegurarse de que no podía suscitar motivos que comprometieran el bienestar del hospital dependiendo de su procedencia. Disculpa si te he podido ofender, no era mi intención.

—Mi compromiso con Andrei Komarov no es un acuerdo entre familias —puntualicé para dejarlo bien claro—, pero si lo fuera, tampoco sería relevante.

—Si. Por supuesto —dijo con la vista en la carretera—. Solo quería asegurarme de que te encuentres cómoda en el hospital y si hay algo que pueda hacer para hacerte sentir mejor no debes dudar en pedírmelo. Sea cual sea la índole de esa razón.

Ya estaba de nuevo con sus indirectas…

—Lo tendré en cuenta, gracias —contesté con una antipatía poco propia en mi, ya que solía ser capaz de dominar mis emociones.

Cuando se detuvo frente al bloque de edificios, me despedí rápidamente y bajé con premura para caminar hacia el portal, la puerta se abrió en cuanto llamé al interfono y me sorprendió la rapidez de la respuesta. Salí del ascensor en la última planta y me dirigí hacia el apartamento comprobando que estaba abierto. Se oía una música de jazz no demasiado alta desde algún punto del salón y las luces estaban apagadas, solo se apreciaba la tenue iluminación de unas cuantas velas dispuestas de forma dispersa por el salón. No era capaz de ver donde estaba Andrei, ni qué demonios significaba aquello.

Cuando di dos pasos sentí que la puerta se cerraba a mi espalda y antes de poder girarme él tenía sus manos sobre mi cintura y su boca se acercaba a mi cuello, apartándome el cabello, dirigiéndose hacia mi oído.

—¿Por qué te ha acompañado ese idiota? —gimió aprovechando el gesto para meter sus dedos bajo la camisa que llevaba y hundir las yemas en mi piel, haciendo que me apretase de ese modo contra él.

—¿Importa acaso? —gemí volcando mi peso en su hombro izquierdo.

—Vi cómo te observaba con deseo, te quiere follar y el único que tiene derecho a hacerlo ahora, soy yo.




—Nuestro acuerdo no es eterno, Andrei… —gemí sintiendo como sus dedos ascendían hasta rozarme la parte baja del sujetador con la intención de pasar por debajo y acariciarme un seno.

Me estaba anticipando a ello, él lograba ser esa adrenalina que despertaba mis sentidos y con la que la cafeína no podría competir. Ni las horas despierta, ni el cansancio o tensión acumulada suponía un problema ante la sensación de ardor que comenzaba a vibrar por cada fibra de mi ser ante aquella cercanía.

Sentí como me giró bruscamente del brazo para colocarme frente a él y su mano agarró mi mentón para observar mi rostro. Comprobé que llevaba el pelo despeinado, más relajado que de costumbre y luego me percaté de aquel rostro serio, como si estuviera tratando de controlarse antes de desatar su furia.

—Te riges a mis normas o se acaba ahora mismo. Tú decides.

¿Qué?

Durante unos segundos permanecí muda, quieta, mi cerebro parecía frito porque no sabía que responder.

—¿Un compañero de trabajo me acompaña hasta tu casa y desprendes una actitud de lobo en celo? —decreté sin apartarme, sino manteniendo la mirada fija en él.

—Muy bien. Fuera —dijo soltándome el mentón y dando un par de pasos hacia atrás para abrir la puerta permaneciendo apoyado en la hoja para que me marchara.

¿Era en serio?, ¿Me estaba echando de su casa a las cuatro y media de la mañana solo porque me había acompañado mi superior?

—¡Estupendo! —exclamé sin intención alguna de quedarme ni un segundo más.

¡Al cuerno con todo! Ya sabía desde un primer momento que Andrei era un completo cretino y ahora solo me estaba demostrando la magnitud de cuánto.

Crucé el umbral y no me detuve en mirar atrás, ni siquiera cuando escuché como cerraba la puerta de un portazo. Caminé hasta el ascensor y agradecí la hora porque no debería esperar como una idiota hasta que regresara de otra planta, ya que aún estaría parado donde me había dejado, en cuanto mi vista observó la mano izquierda, el diamante relució con aquella pobre luz que iluminaba el pasillo, en ese momento me di cuenta de toda la situación orquestada, de las llamadas de mi madre esa misma tarde organizando una boda inexistente, de que debíamos parecer una pareja enamorada durante el bautizo de nuestra ahijada en un par de meses y de que no le podía contar nada de aquello a Irina.

Mierda. Mierda. Y mil veces mierda otra vez.

Yo nunca cedía. Jamás rogaba. Y prefería una muerte agonizante antes que suplicarle clemencia o mostrar debilidad ante el capullo de Andrei. Precisamente él, justo él, no.

En ese momento cerré los ojos mientras comprobaba como la puerta del ascensor volvía a cerrarse tras unos segundos en los que no detectaba movimiento ni nadie marcaba un botón de otra planta que no fuera en la que ya estaba. Debería estar dentro de ese habitáculo, poniendo una distancia abismal entre el primo de mi mejor amiga y yo, pero recorrí por tercera vez ese pasillo y llamé al timbre.

Probablemente ni yo era muy consciente de lo que hacía y quería —o más bien necesitaba— decirme a mi misma que aquello no lo hacía por el deseo sexual que él me transmitía, sino porque asumía las consecuencias de mis actos, al menos hasta que todo acabara.

Andrei tardó en abrir la puerta a pesar de que no volví a llamar una segunda vez, quizá podía estar algo desesperada, pero no tanto. Mis ojos se deslizaron por su cuerpo, un pantalón ancho, una camisa desabotonada hasta medio pecho, aquel pelo revuelto que le daba un aire mucho más cercano, pero ese semblante serio de nuevo que me recordaba porque siempre lo había detestado.

—¿Has decidido regirte a mis normas? —exclamó incluso con diversión en su tono de voz.

—No —protesté abriéndome paso hacia el interior de su casa y dejando el bolso sobre la mesa—. Establecimos un acuerdo y hasta donde sé, no incluía que no pudiera socializar con otros hombres, más bien se limitaba a no acostarme con ellos. Esto va a durar hasta que acabe el bautizo, ni un día más. Después fingiremos que jamás ha pasado. ¿Queda claro?

—¿Socializar?, ¿Eso es lo que hacías con ese tío? Te conozco demasiado bien para saber

que solo estás dejando puertas abiertas para lo que pueda pasar según tu conveniencia.

¿Qué me conocía bien? Di dos pasos hacia él para acercarme lo suficiente y le propiné una bofetada que le hizo girar la cara, pero a la que no pareció manifestar sorpresa o enfado.

—¿Crees que me acostaría con alguien solo para obtener favores?, ¿O para crecer como médico? —exclamé realmente ofendida—. Vete a la mierda, Andrei.

Aparté la vista para sacarme el maldito anillo del dedo y caminé de nuevo hacia la mesa donde había dejado el bolso para dejarlo allí mismo, tenía toda la intención de irme en ese momento y esta vez sin pensar en lo que pudiera o no pasar dadas las circunstancias. Agarré el asa del bolso para estirar de él y sentí su mano sobre mi rostro, unos segundos después me besaba con voracidad.

—Me importa una mierda lo que hayas hecho antes de estar conmigo, pero hasta que dure nuestro acuerdo, tu cuerpo es mío, te quiero únicamente para mi, en exclusividad —susurró separando nuestros labios—. Porque con aquello que deseo demasiado, me vuelvo realmente posesivo.

—¿Y qué pretendes?, ¿Que no me acerque a ningún otro tío mientras dure este acuerdo?, ¿Que condicione mi vida a tus caprichos? —exclamé con sorna.

—Lo que no quiero es que no te vuelvas a subir al coche de ese imbécil. Punto.

Por un momento pensé si su actitud solo era soberbia, si predominaba su autoridad para engrandecer su ego o si aquello era un verdadero arranque de celos con un trasfondo que no comprendía. ¿A santo de qué iba a importarle lo que hiciera o no a Andrei? Estaba claro que eso solo era mera posesión, sentir que podía dominarme en todos los sentidos y eso era lo que más detestaba de él.

—¿De él o de cualquier tío con el que me cruce? —pregunté confrontándole.

—A partir de ahora te recogeré yo mismo cuando salgas de tu turno —contestó dando a entender que no era solo Cedrini, sino que parecía molestarle las intenciones que pudieran tener mis compañeros de trabajo hacia mi.

—Te he dicho que no pretendo tener nada con ningún compañero del hospital —insistí.

—Puede que tú no quieras nada, pero está claro que ellos sí —contestó con suavidad y sentí que su mano contorneaba mi cuello para agarrarme firmemente por la nuca—. Ahora me perteneces y yo cuido de lo que es mío.

Sus labios volvían a apresar los míos arrastrándome hacia atrás hasta que el respaldo del sofá se interpuso en el camino y me alzó para sentarme en él reposa cabezas mientras su lengua jugaba a entrelazarse con la mía en una danza frenética.

La adrenalina por esa transmisión de carga sexual volvió a apoderarse de mis sentidos y

conforme nuestras bocas seguían unidas, las manos obraban de forma incesante para hacer desaparecer la ropa que ambos llevábamos puesta.

Puede que mi mente detestara ese afán de posesividad, pero mi cuerpo parecía obviarlo y en cuanto sentí como se adentraba de nuevo tomando posesión completa de mi cuerpo, me desvanecí cayendo hacia atrás, dejándome arrastrar por la inigualable sensación de exuberante placer que él me ofrecía mientras me sostenía en cada nueva embestida.




El olor a café recién hecho hizo que poco a poco fuese abriendo los ojos para acostumbrarme a una penumbra que no me permitía identificar el lugar desconocido en el que me encontraba. Sentí el roce de las sábanas contra la desnudez de mi cuerpo y el ruido que alguien generaba al final del pasillo como pequeños golpes metálicos a los que no encontraba explicación.

Las imágenes del encuentro entre Andrei y yo teniendo sexo en el sofá del salón, después en la ducha y por último en aquella cama vinieron a mi mente tan rápido como el salto que di de aquella cama al saber que me había quedado dormida junto a él. Busqué por el suelo visualmente sin encontrar ninguna prenda que me perteneciera y reconocí una camiseta blanca de algodón sobre una silla, la cogí rápidamente para cubrir mi cuerpo mientras entraba en el baño y miraba en el espejo el reflejo de mi rostro que no mostraba signos de haber dormido apenas un par de horas, tal vez porque había acostumbrado demasiado a mi cuerpo a la falta de descanso.

Me apresuré a salir, en mi mente solo estaba limitar la relación con Andrei al sexo. Nada de dormir juntos. Nada de pasar más tiempo que no fuera el de darnos placer y después desaparecer. Bastante tenía con la devoción que tenía mi cuerpo a su roce como para desear algo más que no fuera su cuerpo.

Vi mi bolso sobre la mesa en el mismo lugar donde lo había dejado y a unos centímetros el anillo de compromiso que él mismo me había dado para hacer más real aquel paripé, inevitablemente me palpé con el pulgar el dedo anular donde debería estar notando su ausencia.

—Buenos días —escuché desde el fondo de la cocina y el olor a huevos revueltos con jamón mezclado con el café recién hecho, hizo despertar un apetito hasta ahora mermado.

—¿Por qué no me has despertado? —exclamé reparando en su presencia.

—Parecías necesitar un descanso, pero si prefieres marcharte sin desayunar es cosa tuya —objetó colocando los dos platos junto al café y tomando asiento él mismo—. Tu teléfono ha estado sonando insistentemente hasta hace poco.

Aquello hizo que me dirigiera hacia el bolso y viera varias llamadas perdidas de Irina, se suponía que debería haberla llamado cuando saliera del hospital, pero era demasiado tarde y ahora comprobaba en el teléfono que casi eran las tres de la tarde.

¿Había dormido siete horas sin enterarme de nada?

—Mierda… —gemí. Alcé la vista y vi que me observaba. —Tengo ocho llamadas de Irina…

—Hablé con ella esta mañana y no tienen ninguna sospecha de lo nuestro, así que no me preocuparía por eso —decretó insertando el tenedor entre el revuelto y llevándoselo a la boca.

—No. Me ha estado llamando porque mi madre y tu madre han planificado nuestra boda y quieren que visitemos varias iglesias para fijar una fecha —mencioné aún con el teléfono en la mano—. Esto tiene que acabarse en cuanto termine el bautizo. Sorprendentemente su reacción no fue ninguna, ni siquiera parecía alterado o asombrado de que estuvieran decidiendo organizar nuestra falsa boda—. ¿Lo sabías? —inquirí dejando el móvil a un lado y acercándome hacia la barra americana que separaba la cocina del salón.

—Esta mañana me llamó Irina porque no lograba localizarte y me comentó algo, pero tampoco le di demasiada importancia —argumentó volviendo a meterse otro bocado en la boca para masticarlo con calma.

—¿No tiene importancia? —exclamé—. ¿Que organicen nuestra falsa boda no tiene importancia? —insistí.

—No sería la primera vez que se cancela una boda con todo preparado, tú querías hacer esto creíble para todos, ¿no? Pues nada dará más credibilidad que la de constatar una fecha.

La pasividad con la que lo decía provocó que sintiera un revoloteo en mi estomago inusual, ¡Ni siquiera estaba inquieto por decir frente a todos que estábamos realmente prometidos! ¿Es que no le importaba mentir a su propia familia y amigos?

—¿Quieres que fijemos una fecha?, ¿Reservar la iglesia y el banquete de ceremonias?, ¿Que repartan las invitaciones?, ¿Y luego qué?, ¿Decimos sin más que nos hemos dado cuenta de que lo nuestro no funciona?

—Es una posibilidad —decretó dando un sorbo al café.

—¿Una?, ¿Es que hay otra?

—En realidad hay dos. La de acabar con esto y fingir que nunca a ocurrido o la de

establecer un acuerdo comercial en el que ambos nos beneficiamos y nuestras familias estarán satisfechas.

Mi cara de incredulidad era un reflejo de que no entendía a qué demonios se estaba refiriendo.

—¿Acuerdo comercial? —exclamé sentándome frente a él y dando un sorbo al café bien cargado que ahora sentía que necesitaba.

—Me consta que no cuentas con el respaldo de tu padre en tu carrera profesional, lo que él desea para ti es muy distinto de lo que quieres tú y por eso decidiste venir a España, dicho de otro modo, no va a permitir que te desarrolles profesionalmente como te gustaría, pero eso es algo que podría cambiar si él dejara de tener ese control sobre ti.

No quería darle la razón, menos aún reconocerlo ante él, pero incluso a kilómetros de distancia, mi padre había sido capaz de meter las narices en el hospital para tratar de controlar mi carrera todo lo que estuviera a su alcance. Me había constreñido a marcharme de Moscú precisamente por su influencia y sería cuestión de tiempo que volviera a hacer lo mismo en el hospital donde ahora estaba.

—¿Y qué propones? —agudicé.

—Una transacción comercial, por supuesto —sonrió—. Tú obtienes tu libertad profesional para hacer cuanto quieras y yo la empresa de tu padre.

Fruncí el ceño.

—Mi padre no va a cederte su amada empresa, es absurdo que hablemos de…

—Lo hará si nos casamos sin posibilidad de divorcio.

¿Atarme de por vida a Andrei?, ¿Al único hombre que he odiado toda mi existencia?




Agradecí estar sentada o habría sentido como mis piernas flaqueaban y perdía el equilibrio para caer al suelo sin posibilidad de frenada.

—Es broma, ¿no? —dije completamente absorta.

No podía ser de otro modo, ¿Como podría siquiera pensar en esa posibilidad? Debía tratarse solo de un juego para él, uno en el que estaba probando mi paciencia.

—Para mí el matrimonio no es más que una transacción comercial por muchos adornos que quieran ponerse sobre amor eterno o complicidad. No quiero perder mi tiempo en una relación infructífera o acabar en un divorcio donde lo único que importará es la cuantía que logre alcanzar en un bufete de abogados. Estoy planteando un acuerdo que nos interese a ambos, nada romántico, ni que implique una relación real. Tú serás libre para proseguir tu vida y yo la mía. Los dos ganamos y los dos obtenemos lo que deseamos. En nuestro círculo social no hay cabida para esas payasadas románticas o creer que encontrarás a una persona con la que compartir el resto de tu vida que te desee de forma incondicional. Tú y yo sabemos lo que queremos y que no habrá terceras personas que nos lo impidan, así que podemos dejarnos de esas pamplinas y beneficiarnos de este pequeño malentendido a nuestro favor.

Le escuché atentamente. Cada palabra y frase adquiría un sentido frívolo respecto al matrimonio, pero también un sentido real de quien había meditado esa observación a fondo.

—¿Desde cuándo te planteas convertir esto en un matrimonio real? —exclamé señalándonos a ambos.

—La idea comenzó a tomar forma cuando tu padre sugirió transferir su empresa a mi nombre y asociarse con Komarov tras la ceremonia.

Respiré hondo y miré hacia otro lado. No podía insultarle y decirle lo que me parecía aquella atrocidad porque estaba siendo completamente sincero. Era Andrei siendo Andrei, un cretino insolente que solo pensaba en sí mismo y en su propio ego. Solo quería la empresa de mi padre, yo le importaba menos que un chicle en el zapato, pero eso había sido así desde siempre por lo que no debería afectarme o enfurecerme. Proponía aquella transacción como algo conveniente para mí, pero ambos sabíamos que realmente mi compensación era mínima teniendo presente lo que él obtenía con aquello.

—¿Así que tu propuesta es pasar por el altar con un acuerdo que impida solicitar el divorcio y nos una de por vida? —gemí—. No gracias, no soy un objeto valioso de intercambio, ni pienso renunciar a mi integridad.

No era una cuestión de creer en el amor, en encontrar a alguien para compartir el resto de mi vida o en que soñara con una boda real junto a alguien con quien crear sueños y anhelos… desde luego aquello no era para mí, cada vez lo tenía más claro, mi dedicación estaba ligada a mi vocación por la profesión que ejercía y eso no iba a cambiar. Puede que una parte minúscula y pequeña creyera que aquella propuesta no parecía tan descabellada solo porque de ese modo obtendría una libertad y posición que hacía tiempo deseaba, la influencia de mi padre sobre mi terminaría, pero en cambio tendría el yugo de la traición sobre mi conciencia.

—No tienes porqué decidirlo ahora, de hecho, puedes pensar en ello y analizar si en tu posición también te convendría. Que tu madre se apresure a organizar nuestra boda no es fruto de la felicidad, sino una clara anticipación antes de que alguno de los dos rompa esto que supuestamente tenemos.

Si. Lo sabía, incluso ella misma lo había mencionado por teléfono y eso hacía que aún le tuviera más rechazo a su propuesta.

—No tengo nada que pensar —dije tomando la taza de café y dando un sorbo que casi acabó con el contenido. No pensaba quedarme allí ni un minuto más, tenía demasiado que digerir y entre otras cosas, una conversación con mi mejor amiga en la que tendría que volver a mentir.

Mi vida se había convertido en una farsa de la noche a la mañana y aunque pensaba que no iba a sufrir las consecuencias por ser algo temporal, lo cierto es que empezaba a pesarme sobre los hombros demasiado. Más aún al ser consciente de que lo quisiera reconocer o no, disfrutaba de aquellos encuentros, aunque solo fueran de índole sexual junto a Andrei.

Y eso me hacía odiarle aún más por ese poder que ejercía sobre mi cuerpo.

—Como quieras… —Su tono era suave, como si le importara un pimiento que aceptase o no su propuesta, él ganaba de todos modos.

—Tal y como dije ayer, teníamos un acuerdo y nos limitaremos a él. Esta farsa acabará en cuanto acabe el bautizo de Zafiro, ni un solo minuto más.

Me aparté sin intención de comer los huevos revueltos a pesar de tener un hambre voraz, pero sentía aún más ganas de salir de allí y poner distancia, quizá para pensar o meditar en lo que acababa de proponer o simplemente reafirmarme en que aquello era disparatado incluso para alguien como él.

—Muy bien —dijo finalmente—. En tres horas salgo hacia Moscú, me quedaré para los trámites del bautizo, así que no volveremos a vernos hasta coincidir. Mientras tanto, pon tu mejor sonrisa para fingir que nuestro compromiso sigue adelante y ve pensando en una excusa válida con la que romper nuestro idílico enlace.

De nuevo no había ninguna emoción en su tono de voz, le daba igual acabar con aquello del mismo modo que unir nuestras vidas de por vida, una razón más para mi convencimiento de que alguien como él solo actuaba por puro egoísmo.

—No te preocupes. Se me ocurrirá. Puedes estar seguro de ello.

Me levanté enérgicamente y cogí el bolso arrastrándolo sobre la mesa con la única premura de salir de allí, pero antes de dar un paso sentí el metal caer al suelo y el anillo rodar por el parquet hasta los pies de Andrei. Observé como se inclinaba hasta cogerlo y con una calma aparente mientras mantenía silencio se levantó para caminar hacia mi.

—Te dije que no te lo quitases en ningún momento —advirtió a un paso de distancia—. Como bien has mencionado, nuestro acuerdo sigue en pie hasta dentro de dos meses, eso significa que aún eres mía, así que te guste o no, vas a llevarlo.

Cogió la mano que tenía libre con destreza y sentí como el anillo se deslizaba por mi dedo de nuevo, después la soltó y me agarró el cuello para obligarme a acercarme a él.

—Soy el único que puede tocarte hasta entonces. ¿Queda claro?

—No seré yo la que rompa nuestro acuerdo, por si no lo recuerdas, tú también eres exclusivamente mío mientras dure nuestro pacto.

Noté una leve sonrisa cínica en su rostro.

—¿Me estás rogando que vuelva a follarte?

—Ni de coña…

—Cariño, ni siquiera eras consciente de que pensabas largarte de mi apartamento descalza y con una camiseta que deja apreciar todo lo que tratas de esconder debajo… —susurró —. Lo quieras reconocer o no, te gusta demasiado lo que te doy —continuó acercando su nariz a mi rostro y jugueteando con ella por los bordes de mi mandíbula—. Y también lo detestas…

Acto seguido volví a sentir que refulgía el fuego en mis entrañas cuando sus labios rozaron los míos, no mostraban impaciencia sino más bien todo lo contrario. Era un reto para comprobar cuando deseaba besarlo de nuevo.

Respuesta; lo deseaba sin moderación.

—Siempre te he detestado —agudicé y traté de evitar a toda costa lanzarme a sus labios.

No lo voy a negar. Andrei era un pecado recurrente al que me permitía sucumbir porque sabía que tenía fecha de caducidad, quizá porque había decidido acallar esa voz que me decía lo mal que obraba por dejarme arrastrar ante la pasión en lugar de la convicción y que posteriormente podría fingir que no había tenido lugar.

Aunque resultaría complicado olvidar esos increíbles orgasmos.

—No... —susurró moviendo su rostro en un amago de sonrisa—. Tu finges desprecio porque no puedes evitar sentir esto —continuó conforme las puntas de sus dedos rozaban la cara interior de mi muslo izquierdo, acercándose peligrosamente a al centro de aquella oleada incandescente que atenazaba con prenderme cada vez que Andrei me tocaba—, siempre lo has sabido por más que te negases a ello.

No acortó la distancia entre nuestros labios, pero sus dedos se apropiaron de la calidez que había en cada pliegue de mi entrepierna y comenzar así un masaje lleno de maestría con la fruición de su pulgar en mi clítoris conforme el dedo índice y corazón tentaban a adentrarse en mi interior.

—Tu falta de magnanimidad es tan plausible que me abruma —conseguí decir antes de morderme el labio cuando noté como sus dedos se adentraban con cierta brusquedad y su otra mano se dirigía hacia mi nalga forzando a abrirme para obtener un mayor acceso.

No era la primera vez que hacía hincapié en su evidente egocentrismo y en que jamás se preocupaba por alguien que no era él. Nunca había mostrado que eso le importara, es más, sus actos no hacían corroborar otra cosa que no fuera precisamente su notoria ausencia de modestia. No iba a culpar su holgada situación económica, comodidad familiar o el hecho de que jamás ha debido esforzarse por lograr algo que deseaba con empeño. Trabajaba en Komarov porque eso le hacía sentirse importante, pero Irina, que poseía aún más derechos que él sobre el consorcio de su padre y procedente del mismo entorno que él, había comenzado como una simple becaria para aprender de verdad el funcionamiento de su empresa, prefirió escalar desde cero precisamente para que nadie pudiera objetarle que no era merecedora de la presidencia.

¿Andrei sería capaz de humillarse de ese modo?

Jamás.

Alguien como él sería incapaz de arrodillarse o pedir clemencia. De reconocer sus errores. De mostrar sumisión o admitir esa carencia de modestia. Podía ser bueno en lo que hacía, mostrar tenacidad y decisión cuando era necesario, pero su alarde de soberbia estropeaba cualquier punto a su favor.

Y eso era lo que fustigaba mi interior. Si se tratara de otro hombre que hubiera pasado por mi vida como un simple amante de una noche me importaría muy poco, pero conocía a Andrei desde la infancia y continuaría estando de forma intermitente en mi vida, más aún ahora que compartiríamos una ahijada. ¿Podría realmente fingir que no habría ocurrido nada sabiendo que le había servido en bandeja aquello que tanto ansiaba?

Quisiera o no, lo había hecho. Y quisiera o no, lo anhelaba.

—Dime, ¿Qué te molesta más?, ¿Que tenga razón en lo que digo o que no puedas evitar estar empapada, receptiva y con ganas de que te posea cada vez que te toco?

Fui incapaz de evitar gemir cuando sus dedos se deslizaron suavemente para adentrarse de nuevo con facilidad.

Si. Estaba empapada. Estaba febril y receptiva a sus caricias.

¡Joder!, ¡Quería sentir de nuevo como llenaba mi cuerpo y lo colmaba!, ¡Necesitaba volver a ese huracán de emociones explosivas al que él me llevaba cada vez que me penetraba!

—Podría sentir lo mismo con cualquier otro —mentí abruptamente y jadeé cuando percibí como apartaba su mano con firmeza y emitía un gruñido de protesta.

La ausencia de su toque otorgándome placer fue una cruda y palpable realidad que no deseaba afrontar, al menos no hasta haber saciado mi apetito despertado también por él. Andrei dio un par de pasos hacia atrás sin dejar de observarme y fui incapaz de moverme, sintiendo que con cada pisada en la que se alejaba, mi cuerpo aumentaba su estado febril por la carencia de su calor.

—Si es lo que quieres creer para calmar tu conciencia, es cosa tuya —mencionó aún con la vista fija en mi rostro—. Tu ropa está sobre el sillón. Nos veremos dentro de unos días en Moscú.

¿Me estaba echando de su casa?, ¿Me había provocado y dejado con un calentón de mil narices para después echarme?

Bueno... que le hubiera dicho que podría ponerme a mil cualquier tío era algo que el ego de Andrei no iba a soportar, pero no habría dicho tal cosa de haber sido cualquier otro hombre. Jamás me he permitido mostrar debilidad con mis amantes, quizá porque siempre he considerado que no estaba preparada para mantener una relación estable o más bien, porque no quería acabar como mis padres. Tal vez eso me había llevado a enfocar mi vida en una carrera profesional, buscar una vocación fuera del plano sentimental, pero a pesar de mantenerme distante en cuanto a las relaciones, tenía que admitir que solo con Andrei mi lengua obraba muy en mi contra porque era incapaz de contenerme.

Reconocer que él me había dado los mejores orgasmos de mi vida era algo que jamás

pensaba confesar, ni siquiera a mi mejor amiga si algún día descubriera la verdad. Admitirlo era reconocer que algo en él me atraía desmesuradamente y que una parte de mi le deseaba con auténtico fervor. Eso era inadmisible. Inaudito. Iba en contra de todos mis principios. Y si Andrei esperaba que le rogase otro polvo antes de marcharme como si estuviera desesperada —aunque todo mi cuerpo enardecía por ser saciado—... prefería consumirme viva antes que arrodillarme ante él para rogar que me hiciera suya otra vez.

¿Como era posible no sentirme saciada después de estar con él toda la noche?, ¿Cuántas veces habíamos tenido sexo? ¿Veinte?, ¿Quizá más?

Joder... es por mayoría el tío con el que más veces me he acostado y solo hemos estado juntos cuatro veces contadas.

Caminé hacia el sillón donde vi mi ropa perfectamente doblada y colocada, no me molesté en quitarme la camiseta que llevaba de él, sino que me puse los pantalones, me calcé los zapatos y me coloqué la camisa abotonada sobre los hombros sin molestarme en ponerme el sujetador.

—Que tengas buen viaje —dije agarrando mi bolso sin detenerme a mirarle demasiado, había regresado a la banqueta en la que permanecía antes de que lanzase el anillo sin querer y tenía la vista en su plato, como si le pareciese aburrida la situación y aquel revuelto de huevos con bacon fuese mucho más apetecible.

Estaba cabreada e irascible, por raro que pareciera no con él, sino conmigo misma por sentir como mi cuerpo me traicionaba de ese modo.

—Recuerda nuestro acuerdo, Nadia —escuché cuando abrí la puerta y el ángulo de visión no permitía que pudiera verme—. Tu cuerpo sigue siendo únicamente mío.

Empezaba a pensar que este inusual acuerdo solo era una forma de joderme, de volverme loca, porque desde luego lo estaba consiguiendo.

—¡Y yo te recuerdo que funciona del mismo modo en ambos sentidos! —exclamé sabiendo que eso en alguien como él iba a suponer un fastidio.

Decidí caminar hasta coger el metro, en realidad mi apartamento no quedaba excesivamente lejos de allí, unas tres paradas según Google maps, por lo que coincidir en el gimnasio y en la academia no resultaba tan inverosímil pese a que Andrei había dejado de ir. ¿Regresaría ahora que teníamos este acuerdo tácito aunque fuese con fecha limitada?

Una parte de mi no quería que lo hiciera. Prefería limitar nuestra relación a esos encuentros sexuales sin la posibilidad de estrechar un vínculo que fuese más allá de la atracción. Aunque eso era técnicamente imposible teniendo en cuenta lo que me sacaba de quicio ese hombre por más que lo compensara con el placer que me otorgaba.

Respiré hondo y me enfrenté mentalmente a la llamada que debía realizar a mi mejor amiga con conciencia. Irina me conocía lo suficiente para saber que cualquier titubeo podría esconder algo y existiendo una transparencia tan clara, la verdad es que me sentía realmente incómoda teniendo que mentirle sobre aquello a sabiendas que debía hacerlo para no condicionarla.

Estaba claro que lo de Andrei y yo tenía fecha de caducidad temprana, no estaba dispuesta a que, durante ese tiempo, Irina pudiera imaginarse cosas que no eran o, tener que posicionarse hacia algún lado por las circunstancias. Si le era desconocido, resultaría más fácil para ambos fingir que entre nosotros no habría ocurrido nada.

Aunque fuese bastante complicado no recordar esos puñeteros orgasmos… pero me bastaba con rememorar las imbecilidades de Andrei para calmar ese apetito carnal que evocaba.

Todavía podía sentir esas ganas irrefrenables que conducen a la anticipación de un placer extraordinario y que él había cortado en seco —no diré que inmerecidamente— pero que me habían dejado con un calentón de narices del que era muy consciente.

¿Se sentiría Andrei del mismo modo? Era evidente que no, de lo contrario ahora estaría sintiendo como bombeaba en mi interior importándole muy poco mis palabras por tal de satisfacer su propio instinto. Seguramente aquello era un juego para él, uno donde buscaba a toda costa mi rendición y la cual no estaba dispuesta a entregar.

¿Por qué si no me habría mencionado la absurda idea de casarnos de verdad? Y además convencido de que era algo aceptable y que a ninguno nos cambiaría la vida, sino más bien todo lo contrario.

Iba por el quinto tono y pensaba colgar al creer que mi mejor amiga no estaría disponible cuando sentí su voz al otro lado del teléfono.

—¡Por Dios! ¡Dime que estás bien! —exclamó agitada.

—Si. Claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Estaba tan preocupada por no tener un mensaje o llamada que llamé al hospital pensando que estarías en algún turno de esos de veinticuatro horas y me dijeron que te fuiste de madrugada. Seguías sin coger el teléfono así que decidí ir al apartamento y cuando comprobé que tampoco estabas me asusté. ¡El conserje me afirmó que no te había visto salir en toda la mañana!

—Lo siento… era tarde y no pensé en enviarte un mensaje sino en llamarte en cuanto despertara. Un compañero decidió acompañarme a casa y… —me quedé en silencio porque evidentemente era a casa de Andrei donde realmente me acompañó Cedrini.

—Y te has liado con él de tal modo que has pasado la noche fuera. Entendido —concluyó

Irina.

Lo había dicho ella, no yo, así que técnicamente no era mentir.

—Necesitaba desconectar un poco del trabajo —respondí con una gran evasiva a pesar de que entre nosotras no existían secretos ni siquiera de índole sexual. Ella misma me había contado en su día como era su relación con Alejandro y desde luego, yo nunca le había ocultado mis encuentros, sobre todo los más bizarros, con algunos tíos con los que quedaba sin conocerlos.

—¿Y qué tal es ese… compañero? Pensaba que tenías muy claro no liarte con alguien del trabajo. ¿No es por eso por lo que te inventaste que estabas prometida?,¿Es que me he perdido algo?

Cerré los ojos y solo se me ocurría hablar de Cedrini, era eso, o inventarme una historia inverosímil, pero es que Irina me conocía demasiado bien para saber de qué pie cojeaba.

—Es solo sexo Irina, los dos lo tenemos bastante claro… pero sí, mi idea era no liarme con nadie del trabajo, aunque esta historia no tiene futuro a pesar de que solo sea de índole sexual.

—Si ya estás pensando en repetir con el mismo significa que no es tan malo. Además, trabajáis juntos, creo que sería muy bueno darte la oportunidad de conocer a alguien por una vez. ¿No crees? Quizás le puedas traer un día a casa, ver cómo sería tener una relación que va más allá del sexo y…

—No —negué en rotundo antes de que creara castillos de arena en el aire que no durarían ni tres segundos—. Está casado.

Silencio.

Más silencio.

—¡Joder Nadia! —exclamó ante la incomodidad que se había creado en esos momentos —. ¿De verdad era necesario liarte con un tío casado? No te estoy juzgando a ti, pero… mira, son cosas tuyas y no pienso meterme en ello, pero ten cuidado, ¿vale? El motivo de mi llamada era otro.

—Supongo que es lo de la organización de la boda que tu tía Yulia y mi madre se traen entre manos. Estoy al corriente.

—¿Y que se supone que vais a hacer? Porque Andrei parecía de lo más impertérrito cuando se lo comenté esta mañana, como si no importase nada.

Respiré hondo y solté el aire de manera suave para que no pudiera oír mi estado de ansiedad y nerviosismo… sobre todo cuando tuviera que fingir ante nuestros padres que todo era real.

No pensaba decirle que su queridísimo primo estaba tranquilo como si la cosa no fuera

con él y que no seríamos los primeros ni los últimos en romper un compromiso con la boda organizada, como tampoco pensaba mencionarle la descabellada propuesta de casarnos de verdad sin posibilidad de divorcio, es que el simple recordatorio de la conversación hacía que se me pusiera la piel de gallina.

—Todo está bajo control, no te preocupes por eso, céntrate en el bautizo. Andrei y yo hemos llegado a una especie de acuerdo y fingiremos el compromiso hasta que pase el bautizo, así tendremos tiempo para buscar una excusa razonable de nuestra supuesta ruptura.

Escuché como Irina suspiraba.

—Resultará gracioso veros fingir que sois una pareja cuando os lleváis a matar, pero tal vez sea la oportunidad perfecta para limar asperezas y que logréis tener una relación cordial. ¿No? Quizá esa pequeña mentira inicial consiga que después de veinticinco años haya una conversación que no acabe en discusión entre ambos.

Mucho estaba pidiendo… aunque desde luego un acercamiento sí había tenido lugar, pero muy diferente al que ella esperaría obtener de nosotros.

—Yo que tú no me haría vanas ilusiones. Tu primo sigue siendo un cretino andante y eso no va a cambiar.

—¡Oh, vamos!, ¿Te recuerdo que está fingiendo todo esto por hacerte un favor? A fin de cuentas fuiste tú la que les dijo a todos que era tu prometido —comenzó a reír—. Mira que yo lo sugerí y te negaste en rotundo… el karma te ha dado en todas las narices —continuó riendo aún más fuerte.

—No tiene ninguna gracia… que te crees, ¿Que no me lo hará pagar de algún modo? Tengo claro que con tu primo nada es gratis, seguro que me tocará hacerle algún favor cuando menos me lo espere.

—Reconozco que Andrei no es un santo, pero tampoco es el ogro en el que le has convertido. No te va a pedir nada que no esté seguro de que puedas hacer sin incomodarte.

«Eso lo dice porque es su primo y no conoce la misma faceta que yo de él»

—Es tu primo y lo entiendo, pero no trates de justificarle o de vender una parte inexistente de él. Puede que le esté agradecida por haberme seguido la corriente y no dejarme en evidencia delante de todo el mundo en la fiesta y que lo siga haciendo cuando todo ha saltado por los aires con la noticia, pero sigue siendo un cretino pedante lo mires por donde lo mires.

«Un cretino muy pedante que sabe llevarte al cielo en repetidas ocasiones, también hay que decirlo»




Irina me conocía lo suficientemente bien para saber cuándo no debía presionar de más y en este caso, cambio de tercio centrándose en el viaje que nos esperaba a Moscú ese fin de semana y acordamos encontrarnos en el aeropuerto para poder ir junto a ellos, en el jet privado de la compañía.

Este hecho me recordó que esa misma tarde Andrei partía e imaginé que lo haría en un vuelo comercial para dejar el avión a su prima. Por inevitable que fuera no dejaba de ir una y otra vez a momentos en los que él había estado, como esa misma tarde en la clase de castellano donde estuve sola y tuve que dialogar con el profesor o al día siguiente en el gimnasio.

Realmente no tener con quien hablar sobre ese acuerdo tácito y como me hacía sentir me tenía trastornada, sobre todo por lo que Andrei era capaz de generar en mí y que, hasta ahora, ningún hombre lo había hecho. Quería creer que solo se debía a que le conocía desde la infancia, al hecho de que quisiera sentir esa repulsa a pesar de ser inevitable sentirme atraída por su físico, de un modo u otro había influido en que tuviera aquella controversia de emociones encontradas.

Entre al turno de mañana algo más despejada tras haber dormido toda la noche, sabía que me esperaba una guardia de veinticuatro horas antes de marcharme todo el fin de semana a Moscú. Por suerte, no había coincidido con Cedrini desde que me acompañó a casa de Andrei y, por tanto, evitarle había sido demasiado fácil, pero sabía que tendría que verle si o si en la cirugía de esa misma mañana en la que entraría junto a él como ayudante. Su sonrisa al verme demostró lo que ya preveía, le importaba muy poco el que estuviera o no prometida o que él estuviese casado, estaba claro que pensaba comportarse persuasivo, paciente y mostrar claras evidencias de sus pretensiones hacia mí, por si me quedaba alguna duda, se esfumó cuando me ofreció un café

guiñándome un ojo y me preguntó qué planes tenía para el fin de semana ya que había comprobado en el cuadrante que estaba libre.

—Viajo a Moscú para la organización de la boda —mencioné sin mirarle, sino con la vista puesta en la cucharilla a la que daba vueltas al café.

Siempre había sido una mujer desconfiada, al punto de no beberme nada que me diera alguien en quien no depositaba mi confianza, pero estaba en un hospital, él era mi jefe, tenía más razones para pensar que no habría vertido nada sobre la bebida por unas consecuencias nefastas. Así que di el primer sorbo.

—Vaya… es una pena. Tenía entradas para un espectáculo formidable y pensé que te gustaría acompañarme.

Quise responder que ya tenía una esposa con la que acudir, pero tampoco iba a inmiscuirme en lugares donde nadie me ha pedido opinión, ¿Quién sabe si está atravesando por un divorcio o separación?

—Lo lamento, tendrá que ser en otra ocasión —contesté tratando de ser lo más amable posible.

Escuché como mi teléfono vibraba en el bolsillo de la bata y me pareció una excusa perfecta para interponer una especie de separación entre ambos manteniendo la atención en mi terminal. Cuando lo saqué comprobé que era un mensaje y que el remitente procedía de Andrei.

«Tu cuerpo es mío. Recuérdalo»

Por un momento no supe reaccionar y miré hacia ambos lados del pasillo como si hubiera algún tipo de cámara grabándome. ¿Es fruto de la casualidad o realmente Andrei es un psicópata que me está espiando?, ¿Como era posible que recibiese ese mensaje con ese texto justo cuando hablaba con Cedrini?

—¿Ocurre algo? —preguntó Cedrini y comprobé que mantenía el ceño fruncido en señal de confusión.

—Nada —sonreí—. Es solo mi prometido deseándome suerte para la primera operación a la que asistiré en este hospital —mentí y volví a meter el teléfono en la bata para dar otro sorbo al café.

—Seguro que irá genial y si estás a mi lado, te aguarda una carrera brillante en este hospital. —Su modo de mirarme y decir aquello no me gustó nada. Absolutamente nada, pero preferí guardarme una respuesta y sonreír porque podía leer entre líneas lo que significaban aquellas palabras.

Cedrini no parecía de esos tipos a los que haya que temer, sino más bien de los que saben que con un poco de presión y cercanía llega su momento. Probablemente se haya tirado a media

unidad de residentes y enfermeras, pero si creía que yo sería la siguiente… es que no me conocía suficiente. Aun así sabía que debía ir con pies de plomo en cuanto a él se refería, no estirar la cuerda y tampoco mantenerla tensa, sino trabajar en ese tira y afloja constante en el que él creyera que tenía posibilidades y al mismo tiempo dejarle claro que no estaba a su alcance.

Cuatro horas más tarde salí de quirófano con la sensación de triunfo y satisfacción que produce esta vocación laboral, como si un chute de adrenalina y oxitocina se hubieran inyectado en mi cuerpo. Era inexplicable, similar a ese momento justo antes de alcanzar el clímax, pero sin los espasmos en el cuerpo y la sensación de que no importa nada más que ese momento. Desde luego aquella pleitesía había mitigado considerablemente ese ardor que arrastraba durante días desde que me marché de casa de Andrei, porque… muy a mi pesar, sentía la falta de sus manos en mi cuerpo, su boca obligándome a enlazar mi lengua con la suya y la vibrante e increíble necesidad de ser colmada cada vez que me llenaba.

—Nada mal, Ivanova —dijo Cedrini conforme ambos nos lavábamos las manos a conciencia a poca distancia y sentí como se inclinaba sobre mi para tocar mi cuerpo con el suyo aprovechando el roce con su brazo como si quisiera darme una gratificación por el trabajo.

No tenía duda sobre lo que hacía, en ese sentido siempre había sido decidida y daba lo mejor de mi en cada momento, pero sentir una gratificación por su parte me hizo recordar que no estaba allí por un mero capricho de niña rebelde, sino porque realmente me gustaba lo que hacía.

—¿Es un cumplido? —exclamé mirándole de soslayo.

—Bueno… no es que tuviera dudas sobre ti si aceptaron tu solicitud, pero es evidente que tienes lo que hay que tener ahí dentro —advirtió señalando el quirófano— y en mi experiencia, no todos son capaces de dar la talla.

—Gracias —afirmé con honestidad.

Tal vez Cedrini no era tan mal tipo después de todo a pesar de su faceta; *quiero tirarme todo lo que se mueve en este hospital*, y sí fuera un médico ejemplar para tener como referencia. Le había visto mantenerse concentrado y lo bastante seguro durante la operación para confirmarlo. Además, al igual que yo veníamos de un país distinto al que ejercíamos y eso no ponía las cosas fáciles en muchos casos.

—Deberíamos celebrarlo a tu regreso —dijo sacudiendo las manos y cogiendo una toalla limpia para secarse—. Solo una copa. Nada más.

Quise reírme en ese momento, pero lo evité bajando la mirada y repitiendo el mismo gesto que había hecho él de sacudir las manos antes de coger la toalla.

—Claro —afirmé y percibí el cambio en su respiración a una mucho más acelerada, clara señal de que estaba encantado con mi respuesta.

No iba a estropear ese momento, ni a hacerle pensar que no pensaba tomarme ninguna copa fuera de ese hospital con él, pero me iba al día siguiente a Moscú y no pretendía dejar las cosas de nuevo tirantes entre Cedrini y yo sabiendo que podía joderme —y mucho—, a mi regreso. Necesitaba las cirugías si quería acabar mi residencia con plena experiencia y él era el era quien podía abrirme camino para estar en todas las que pudiera.

—Buen viaje entonces, Nadia. Nos vemos a tu regreso.

Sonreí vagamente y me quedé allí durante un momento viendo cómo se marchaba. En otro momento y circunstancia, ese juego de seducción y palpable atracción me habría complacido hasta el punto de querer continuar más allá de simple palabrerío, incluso estaría pasando por mi mente la idea de tirarme a Cedrini sin importarme su situación personal, pero por increíble que parezca no tenía ninguna apetencia a pesar de que era un tío más que aceptable para mi gusto.

No era que me hubiera privado de acostarme con un compañero de trabajo. Ni el hecho de que Cedrini fuera un mujeriego. Eso no habría evitado que fantaseara con la idea, porque reconozcámoslo, está bastante bueno. El problema es que mi mente no era capaz de recurrir al deseo de otro hombre que no fuera el puñetero de Andrei y peor aún, es que ni siquiera sentía que ese ardor y falta de sexo no consumada desde que me marché de su casa pudiera colmarlo cualquier otro.

¡Me cago en mi puta vida!, ¿Qué me está pasando? Lo único que mi cuerpo y mi mente exclamaba a gritos es que necesitaba con urgencia volver a acostarme con ese hombre infernal al que detestaba. La sola idea de pensar en Andrei tocándome de nuevo me excitaba hasta tal punto que mis pezones se erizaban y dolían de un modo deleznable.

¿Podría ser remotamente posible que él se sintiera igual?

Imposible. Estamos hablando del puñetero Andrei Komarov.




El vuelo entre Madrid y Moscú era de casi nueve horas en un vuelo comercial, eso, sumado a la antelación para ir al aeropuerto, las colas de facturación y de recogida de equipaje, convertía el traslado de una capital a otra en una auténtica odisea. El jet privado de la compañía Komarov llegó en apenas seis horas y media, sin colas, sin retrasos y sin necesidad de esperar al equipaje. Si no fuese porque Zafiro había tenido un episodio de llanto incontrolable que había durado casi una hora, podría haber sido un vuelo en el que habría dormido seis horas, pero lo cierto es que la mayor parte del tiempo que pase despierta, no dejaba de pensar en lo que me aguardaba al llegar y, sobre todo, la farsa que iba a tener que interpretar.

No había tenido ningún tipo de comunicación por parte de Andrei desde que me fui de su casa con aquel calentón de mil narices y la verdad es que no sabía que esperar. ¿Qué comportamiento se supone que íbamos a tener frente a nuestras familias?, ¿Tenía algún plan?, ¿Cómo pensaba actuar? No saber nada me inquietaba casi tanto como querer saberlo y quizá, por eso, había sido incapaz de coger el teléfono y enviarle un mensaje o directamente llamar para preguntarle.

No estaba acostumbrada a ser yo la que diera un paso hacia delante, nunca había tenido la necesidad de hacerlo, para que engañarnos. Eso, sumado a mi propio orgullo hacían que estuviera en una especie de limbo en aquellos momentos.

*Y me molestaba.*

Me irritaba profundamente que estuviéramos en esta situación, que más aún fuese por mi culpa y que Andrei siguiera comportándose como un capullo, pero quizá lo que más me cabreaba en el fondo, es que tenía un profundo apetito sexual tan descomunal que no era capaz ni de

aguantarme a mi misma.

Y no me servía un tío cualquiera. Le quería a él. No por ese maldito acuerdo tácito en el que los dos habíamos dado nuestro consentimiento para ser monógamos. No. Es que deseaba revivir de nuevo esos orgasmos apoteósicos que él me concedía.

La veracidad de este hecho hacía que se me creara un agujero en el estómago y con toda seguridad, crearía una úlcera por ese resquemor que sentía de forma constante. Era una sensación inaudita entre el deber y el placer. El orgullo y la satisfacción. La testarudez y el deleite. ¿Por qué precisamente tenía que desearle a él?, ¿Por qué demonios mi cuerpo sufría escalofríos con solo recordar nuestros encuentros? Aquello no era amor, ni apego, ternura o cariño de ningún tipo. Entre Andrei y yo no existían los sentimentalismos sino la pura obsesión del instinto primitivo de unir nuestros cuerpos en un placer carnal que rozaba lo salvaje.

—¿Te alojaras en casa de tu madre o de tu padre? —preguntó Irina haciendo que mi distracción momentánea mientras observaba la ciudad desde la altura que me permitía la ventanilla de mi asiento, finalizara.

Les había concedido su espacio la mayor parte que había durado el vuelo porque tenían asuntos de trabajo que atender. Por suerte la niñera viajaba con nosotros así que se había ocupado de Zafiro la mayor parte del tiempo que no había estado dormida y eso les había permitido avanzar lo suficiente para estar libres los próximos días.

Su pregunta me hizo reflexionar. No me apetecía quedarme con ninguno de los dos y tampoco quería gastarme los ahorros que había conseguido acumular en una habitación de hotel, pero suponía que, puestos a elegir, prefería alojarme con mi madre antes que con mi padre.

—No avisé a ninguno de ellos para que no se molestasen, pero supongo que me quedaré en casa de mi madre.

—Puedes quedarte en casa de mis padres si es tu deseo, sabes que allí siempre habrá una habitación disponible para ti.

De algún modo supuse que Irina comprendía mi situación y lo agradecía, ciertamente no me disgustaba esa idea, pero imaginaba que sus padres desearían disfrutar de ellos y la pequeña, así que no quería ser alguien que se siente fuera de lugar en un ambiente familiar por más que considerase a mi mejor amiga de la familia.

—No te preocupes, estaré bien.

En cuanto el avión comenzó a hacer el descenso pensé que quisiera o no, tendría que enviar un mensaje a Andrei para vernos antes de que comenzase toda aquella pantomima. Al menos para establecer unas reglas básicas y ponernos de mutuo acuerdo, algo que no habíamos logrado hacer en veinticinco años y que se suponía que debíamos lograr en ¿Cuánto?, ¿Diez

minutos?

Aquello iba a ser un desastre de dimensiones gigantescas.

Un vehículo negro aguardaba a unos cuantos metros del estacionamiento del avión y pensé que sería el coche privado de Alejandro e Irina que les llevaría a casa, aunque era un cinco plazas y ellos, contando a Zafiro ya eran cinco si sumaba el chofer que lo conducía. En ese momento vi la puerta del conductor abrirse y la silueta inconfundible de Andrei descender del coche sin alejarse demasiado.

¿Había venido él en persona para recoger a su prima? Es cierto que les había acompañado algunas veces al aeropuerto por comodidad, pero no sabía que ejercía de chofer particular tan a menudo.

Otro vehículo llegó en ese momento, esta vez si se trataba de un chofer como tal y supuse que tal vez Irina le había pedido el favor de venir porque era imposible que todos entrásemos en un mismo vehículo. ¿Tan considerado había sido en referencia a mi? Podría haber decidido que cogiera un taxi para llegar a casa sin la necesidad de molestarse en venir y perder su valioso tiempo.

Fue inesperado que la primera reacción de Andrei fuese hacia la pequeña Zafiro con unas cuantas carantoñas, después saludó con un ligero abrazo a Irina, Alejandro y sus ojos se posaron finalmente sobre los míos como si me estuvieran retando. ¿Tal vez recordaba tan bien como yo nuestro último encuentro?

—Imagino que vosotros dos tendréis asuntos de los que hablar, ¿Puedes acompañar a Nadia? Recordad que tenemos cita mañana a las diez en punto en la iglesia. No lleguéis tarde. Ninguno. Y por favor… si vais a discutir que sea cuando haya terminado dicha reunión —dijo conforme entregaba al chofer su maletín con los documentos para que lo metiera junto al resto del equipaje.

—Por mi no hay problema —contestó en un tono de sequedad.

—Por mi tampoco —respondí sin mirarle y centrando toda la atención en mi mejor amiga.

Irina hizo un gesto de incredulidad y después refunfuñó con algo que fui incapaz de comprender aún porque lo mencionó en español, pero que provocó la sonrisa en Alejandro. Ambos entraron en su vehículo y a mi no me quedó más remedio que seguir a Andrei, quien abrió la puerta del maletero del coche, pero no hizo ni un solo gesto para ayudarme a meter la maleta dentro.

Tampoco esperaba un gesto caballeroso por su parte, para que mentir.

En cuanto me senté en el asiento de copiloto y él encendió el motor, sentí una turbación

inmensa. Estábamos solos, dentro de aquel pequeño habitáculo y lo único que mi cuerpo deseaba era que él me tocara, que me hiciera enardecer con sus dedos justo como lo hizo la última vez cuya liberación no logró acontecer. Era como si sintiera que volvía a estar en ese momento, anticipándose al placer que la persona que tenía a mi lado podía darme, reconociéndolo y sintiendo una carga de electricidad entre mis muslos constante.

—Dime. ¿Cuántas veces te has masturbado desde que te fuiste de mi apartamento? —preguntó tras pisar el acelerador del coche conforme mantenía la vista fija al frente.

Tuve que girar mi rostro hacia él para parpadear un par de veces y dar consistencia a su pregunta. ¿De verdad me había preguntado cuantas veces me había masturbado? Claro, imaginaba que lógicamente él creería que lo habría hecho pensando en él.

—¿Ninguna? —exclamé a modo de pregunta.

—Disminuyó lentamente la velocidad porque debíamos pasar por una barrera de control de vehículos, así que detuvo el coche y entonces se volvió hacia mi, que aún lo observaba.

—Preciosa, te dejé con un calentón de narices y deseando que te follara tan duro que no pudieras caminar durante días. Solo quiero saber cuantas veces has intentado quitarte ese fuego que te consumía y que no has conseguido hacerlo.

«Cerdo ególatra de mierda. Lo peor de todo es que el muy capullo tiene razón»

—¿Tan seguro de ti mismo estás para creer que tienes ese poder sobre mi?

La barrera se alzó y apartó la vista para continuar conduciendo.

—No es seguridad, es una convicción.

Protesté con un bufido y miré hacia el lado opuesto donde él se encontraba para distraerme con el panorama que me ofrecía mi ciudad a través de la ventanilla.

—¿Hacia donde se supone que vas? Porque no te he dicho donde me pienso alojar —dije cuando tomó el desvío hacia la parte norte de la ciudad.

—Se ve que no has hablado recientemente con tus padres, ¿no? —comentó de forma irónica—. Al parecer han comprendido que, si estamos prometidos, lo más lógico y sensato es que nos alojemos en el mismo lugar, así que tus padres y tú estaréis temporalmente en la mansión familiar de mis padres. Eso hará que la planificación de la boda sea más fácil para nosotros.

Esta de coña. ¡Debe ser una jodida broma!

—Si esto es una broma o algún tipo de diversión para ti, no tiene ninguna gracia.

—¿De verdad crees que vendría a recogerte al aeropuerto porque sí?, ¿O que me molestaría en inventarme que vas a vivir todo el fin de semana en casa de mis padres? No tengo tiempo para esas payasadas. Lo decidieron en el último momento sin preguntarme.

—¿Y cuando demonios pensabas decírmelo? —grité entrando en pánico.

—¡Te lo estoy diciendo ahora! —soltó él indignado—. ¿Te recuerdo que todo esto es cosa tuya? Si no te hubieras inventado que yo era tu prometido, ¡Nada de esto estaría sucediendo! No tengo necesidad ninguna de aguantar toda esta pantomima y menos aún, que me vengas con reproches de algún tipo.

Vale. En eso por mucho que me pese, tengo que darle la razón.

Inspiré profundamente y me callé todo lo que deseaba soltar por mi garganta, incluido un grito de auténtico pavor.

—¿Y qué demonios vamos a hacer? —gemí en un sollozo—. Tú y yo no somos capaces de permanecer en un mismo lugar sin discutir más de dos minutos.

—Bueno… en la cama somos capaces de durar más de dos minutos, eso seguro —comentó él en un tono más relajado.

—¡Esto es serio, Andrei! —exclamé—. ¡Vamos a pasar todo el jodido fin de semana juntos con nuestros padres! —grité.

—Piénsalo de este modo… es como un ensayo previo al bautizo, ¿no? Además, tampoco es que pasemos el fin de semana íntegro en casa, serán cuatro momentos en los que tendrás que guardarte para ti misma tu orgullo y fingir que estás enamorada hasta la médula de mí. Algo que para cualquier mujer sería de lo más sencillo.

Bufé asqueada.

—¿Enamorada de ti? —volví a bufar—. Eso es como intentar que tú dejes de ser un imbécil, técnicamente imposible. —Noté como apretada el volante del coche con cierto enfado —, pero lo intentaré.

¿Intentarlo? Si. ¿Logarlo? Lo dudo.

—Es evidente que me deseas, así que no te resultará tan difícil.

—Hablas como si hubiera estado pensando en ti desde que me marché de tu casa cuando está claro que ni siquiera me importaba en qué momento volveríamos a encontrarnos… —mentí descaradamente.

Escuché una especie de carcajada irónica por parte de él y me volví de nuevo hacia él.

—Bueno… será interesante entonces.

¿De qué demonios habla?

—¿El qué?

—No pienso tocarte hasta que no me implores de rodillas que te folle esa boca que no para de decir sandeces… y cuando lo haga, me suplicarás que te empale una y otra vez mientras gritas mi nombre.

Pude sentir como mis bragas se mojaban ante la seguridad de sus palabras, con cada sílaba en la que mi mente no dejaba de evocar imágenes mientras sucedía.

—Ni en tus mejores fantasías…

En ese momento sentí como detenía el coche y su mano acogía mi cuello para forzarme a inclinarme hacia él mientras su boca poseía con voracidad la mía. Su lengua penetró mi cavidad con tanto furor que apenas fui consciente de que su otra mano se coló por mi cintura hasta que sus dedos se deslizaron bajo la ropa interior, palpando lo excitada que estaba en ese momento.

Sentí la sonrisa de satisfacción en mi boca y como se apartaba lentamente tras aquel fulgente beso.

—Tan excitada como la última vez que nos vimos, preciosa… —susurró sin dejar de mirarme—. Veremos quien es más fuerte; tu agonía porque te posea o tu obcecación por no admitir que me deseas.




Nunca había estado en la casa de Andrei, tampoco había tenido motivos para acudir a aquella casa teniendo presente que no nos soportábamos, tenía más que suficiente con las ocasiones en las que coincidíamos a través de Irina y las fiestas, cenas de gala y reuniones benéficas a las que asistían nuestras familias. Algo que había tratado de evitar a toda costa desde que comencé la universidad.

A diferencia de otras casas de la zona, el acceso era una puerta gigantesca de hierro opaco que no dejaba ver que se encontraba al otro lado. La importancia de proteger la privacidad era algo relevante en las altas esferas, pero existían muchas casas de la zona que deseaban mostrar esa ostentación que poseían las familias más ricas de la ciudad. No parecía ser el caso de los padres de Andrei, aunque siempre había percibido todo lo contrario viniendo de él. En cuanto el coche traspasó la puerta, un camino de gravilla nos conducía a una casa de estilo neoclásico con enormes columnas que circundaban el portón de madera. Era imponente, a pesar de estar habituada a casas del estilo, no podía menospreciar la belleza de su arquitectura y la sensación de magnanimidad que desprendía.

—¿Aún vives aquí? —pregunté tras un silencio prolongado que habíamos mantenido desde que él me metiera mano en el coche jactándose de estar lubricada y posteriormente volver a continuar la marcha. No había respondido, sabía que cualquier cosa que hiciera o dijera empeoraría mi situación porque era irrefutable que estaba realmente excitada por él, pero ni iba a reconocerlo, ni pensaba suplicarle como él fanfarroneaba que haría.

¿Rogar yo?, ¿Implorar? Podría decir que prefería arder en una pira como una bruja que admitir tal derrota, pero lo cierto es que mi cuerpo no parecía estar muy en concordancia con mi

juicio mental.

—Hace años que me mudé a un ático del centro —comentó tras apagar el motor—. Solo vengo de visita o algún fin de semana esporádico si hay algún evento familiar.

—¿Y por qué has accedido a que nos quedemos aquí? Podrías haber mencionado que nos quedábamos en tu apartamento y yo me habría ido a un hotel.

Andrei hizo un mohín y bajó del coche, recogí mi bolso y le seguí, un empleado de la casa se dirigía hacia nosotros conforme él abría el maletero.

—Cuando entres en esa casa entenderás que no me dejaron otra opción.

Le miré con cierta incredulidad, ¿Él no había sido capaz de imponer su decisión?

—Estás disfrutando mi martirio, ¿Verdad? No me creo que hayas sido incapaz de imponerte a tus padres o a los míos.

Quise ver la duda en su rostro, un momento de debilidad o algo que me mostrara que tenía razón, que Andrei solo había accedido a aquello o incluso orquestado solo para someterme a una situación peliaguda por su propio placer. ¿Era uno más de sus juegos?, ¿Otro como el de suplicarle que me follara y gritase su nombre?

«Algo que ni de lejos iba a suceder por muy excitada que estuviese»

—Podría decir que lo disfruto. Si —contesto evocando una débil sonrisa y su mano se ciñó a mi cintura para rodearla hasta dejar la palma en la parte baja de mi espalda—, pero no fui yo quien nos metió en esta situación, así que tus quejas te las lanzas a ti misma. A mí no. Su rostro se acercó lentamente al igual que su mano descendía hacia mi nalga apretándome con sus dedos—. Nos miran, así que actúa como lo haría mi prometida.

Sus labios se posaron con delicadeza, nada de ese arranque brutal que arrasó mi boca unos minutos atrás en el coche. Esta vez Andrei me besaba con una dulzura cuya existencia desconocía en él, era tan suave que me estremecí entre sus brazos y me quedé deseando mucho más cuando finalmente se apartó con una sonrisa.

Mi maleta la recogió uno de los empleados de la casa y Andrei se apartó para coger mi mano conforme entrelazaba nuestros dedos guiándome hacia la entrada. Allí estaban aguardando nuestras madres cuyo reflejo de satisfacción por lo que estaban viendo, era notorio.

—¡Querida! —exclamó Yulia—. ¡Que alegría verte de nuevo!, ¡Y más aún ahora que vamos a ser familia!

Sonreí con cierta timidez porque no era capaz de responder a aquella verborrea. Todos daban por hecho que nuestra relación era real, aunque jamás hubiésemos dado muestras de ello y asumían que nuestro compromiso era verídico y que más pronto que tarde existiría una boda tangible, no suposiciones vagamente inventadas, de hecho, la idea era planificar esa maldita boda

en aquel fin de semana aprovechando que coincidíamos para las gestiones del bautizo.

«No podré volver a mirarles a la cara cuando acabe esto»

Sentí el abrazo de Yulia, la madre de Andrei tan efusivo que fui incapaz de no responder y después mi propia madre se avanzó hacia mí con un gozo de felicidad pleno.

—Vamos, pasad. Hemos organizado un pequeño cóctel de bienvenida, así lograremos que Konstantin y Gregory dejen de hablar de negocios durante un momento —sonrió Julia y Andrei continuó sin soltar mi mano, algo que me hacía sentir momentáneamente segura. Si él era capaz de fingir aquello ante nuestros padres, ¿Por qué yo no podría hacerlo?

Mi padre exclamó con júbilo un saludo al verme. Percibí la alegría en su rostro, algo que llevaba tiempo sin ver o quizá quedaba obnubilada por su empeño en hacerme cambiar de carrera o lograr un compromiso apropiado. Ahora que había logrado uno de sus objetivos, podía notar su semblante relajado.

—Tan preciosa como siempre —mencionó Konstantin, el padre de Andrei—. Mi hijo es realmente afortunado —añadió tras saludarme y palmeó el hombro de su hijo.

—Ahora que estamos todos, ¡Hay que celebrar este magnífico compromiso! —bramó mi padre y comprobé que las copas ya estaban servidas previamente, así que Yulia actuó rápidamente para asegurarse de que todos tuviéramos una en la mano y comenzaron los reclamos de fortuna y felicidad para nosotros.

La tensión se acumulaba en mis hombros, mucho más intensa que en las horas previas a una cirugía, era como un peso muerto incapaz de soltar y que Andrei no dejase de tocarme, ya fuera la cintura, la mano, el brazo, la nuca o rodease con su brazo mis hombros para acercarme a él cuando nos sentamos en el sofá, no ayudaba en absoluto.

—¿Y qué tal por el hospital? —preguntó mi padre sorprendiéndome.

Casi nunca mostraba interés por mi trabajo, ni por el desarrollo de este o mis funciones, así que me pareció insólito. ¿Lo haría solo por guardar apariencias hacia su futura familia política? Mejor dicho supuesta, porque los Komarov y los Ivanov no seríamos nunca familia.

—Muy bien. Esta semana intervine en una derivación ventriculoperitoneal de forma exitosa, así que asumo que pronto me mi superior me dará más cirugías en las que intervenir como primera cirujana —contesté con una sonrisa y muy satisfecha de mi labor.

—¿Es ese que estaba en la recaudación de fondos? —preguntó mi padre.

—Si. El doctor Cedrini es mi superior, un neurocirujano de bastante éxito y buena reputación —contesté a la par que sentía como Andrei apretó con su mano mi muslo para que no se me pasara desapercibida la opinión que tenía él sobre mi jefe.

Podría haberme pedido que no me subiera a su coche, ni al de ningún compañero del

hospital, pero no podía erradicar a Cedrini de mi vida porque a pesar de que tampoco era santo de mi devoción, tenía que lidiar con su autoridad.

—¿Y tú qué opinas sobre su carrera? —preguntó mi padre directamente a Andrei.

—Creo que, si es importante para ella, lo es también para mi —respondió sin tener que pensarlo y su mano acogió la mía para depositar un beso.

—Además, la formación en el extranjero le vendrá muy bien a su regreso, ¿No es cierto? Porque asumo que ambos pretendéis regresar a Moscú en un tiempo.

No lo tenía claro. En realidad, no tenía nada claro.

—Si —afirmó Andrei—. En cuanto Nadia acabe su residencia regresaremos y nos estableceremos aquí de nuevo.

—¡Y nos daréis nietos! —clamó mi madre secundada por Yulia provocando algunas risas, incluidas las de Andrei.

A mi todo aquello no me hacía gracia, era como si una pequeña mentira piadosa se hubiera vuelto tan voluminosa que sus dimensiones me asfixiaban.

—Relájate —susurró Andrei pasando su mano por mi cuello y obligándome a mirarle.

—No sé mentir como lo haces tú —contesté en un hilo de voz.

—Pues no mientas… —jadeo antes de acortar la distancia y volver a darme uno de esos besos tiernos que me robaban el aliento—. Creo que Nadia necesita descansar del viaje y darse una ducha, le haré un pequeño tour por la casa y nos veremos para la cena.

No aseguré ni desmentí su afirmación, sino que todos parecían coincidir en ello y no les pareció inoportuno que nos desmarcáramos de la reunión, de hecho, podía sentir sus risas de júbilo conforme nos alejábamos del salón.

—¿A qué ha venido eso? —mencioné cuando subimos las escaleras que llevaban a la planta superior.

—¿Qué exactamente? Porque han pasado muchas cosas ahí abajo.

—Me has dicho que no mienta, ¿Quieres que les diga que todo esto es una pantomima? —exclamé.

—¿Lo es? —preguntó él—. A nuestros padres no les importa si nos queremos o no, su felicidad reside en la unión de nuestros apellidos y en los beneficios que se obtendrán hacia ambas partes de la fusión. La única que no parece querer darse cuenta de ello eres tú.

¿Estaba proponiéndome de nuevo que llegásemos hasta el final con ese matrimonio absurdo?

—Puede que a vosotros no os importe, pero a mí sí —respondí altivamente.

—¿En serio?, ¿Ahora me vas a decir que no te casarías conmigo porque esperas que

llegue tu príncipe azul?, ¡Por favor! Los dos sabemos que el matrimonio no entra en tus planes y menos aún compartir tu estilo de vida con alguien que sea capaz de ponerte límites. Yo te ofrezco la libertad que no obtendrías con ningún otro.

—Lo que yo espere o deje de esperar no es asunto tuyo —dije sin admitir que había sido la primera vez que percibí en mi padre un interés relacionado con mi profesión, como si el hecho de que Andrei lo aprobase hacía que él también lo hiciera.

Eso me había dejado un sabor de boca agrio, una sensación extraña en la que no quería indagar porque sabía que no me iba a gustar lo que descubriría.

Siempre había resultado más fácil pensar que no me importaba navegar a contracorriente a pesar de la tormenta, pero ahora que había visto un pequeño hilo de sol radiante, reconocía que era demasiado reconfortante y relajante para dejarlo pasar.

Andrei no se detuvo en la primera planta, sino que buscó otra escalera al fondo del pasillo algo más estrecha y escondida que la anterior para comenzar su ascenso sin soltar mi mano. ¿Por qué mantenía sus dedos aún entrelazados con los míos? Realmente no tenía necesidad de hacerlo, nadie nos estaba viendo. Aun así no dije nada, ni me detuve, sino que permanecí curiosa hacia el buen gusto con el que había sido decorada la casa. No era excesivamente recargada, sino más bien clásica y minimalista. Cuadros sobre flores y arquitectura inundaban casi todo, hasta que subimos a la última planta y todo daba la sensación de estar en un bosque monzónico rodeado de naturaleza, sonido de agua y vegetación. El pasillo tenía un papel pintado que imitaba un bosque con una cascada de piedra natural al final donde el sonido del agua era evidente. La iluminación tenue resultaba agradable y desde allí solo se apreciaba una puerta doble como única estancia que daba cobijo a ese lugar.

¿Me estaba llevando al spa? Porque todas las vibras me conducían a que aquello se trataba de un lugar relajante buscando el remanso de paz que no se obtenía fuera de allí.

Cuando le vi abrir una de las puertas, vislumbré una cama de dimensiones grotescas en una habitación tan amplia como lo sería tres veces el apartamento que me había prestado Irina. La habitación tenía el baño y un vestidor separados, zona de descanso, librería y una terraza que daba a la piscina con varias tumbonas y mesa para el desayuno.

—Habrán colocado tus cosas en el vestidor y el baño —comentó soltando mi mano y acercándose hacia un mando que había en la pared y las persianas de la habitación comenzaron a descender.

—¿Esta es mi habitación? —pregunté inspeccionando cada hueco.

Era un lugar sobrio, elegante, sin nada común a lo que consideraría habitual en una habitación de invitados, sino que allí se apreciaba cierto gusto primando el relax y la comodidad.

—Esta es mi habitación —respondió en tono relajado—. Y, por ende, la tuya mientras permanezcas aquí.

¿Esa era la habitación de Andrei?, ¿Donde él ha pasado toda su vida? No la imaginaba así, tal vez porque no esperaba que alguien como él buscara algo así en la intimidad. De pronto le miré y por inercia él pareció sentir que le observaba así que nuestras miradas se cruzaron en lo que pareció una eternidad, sin decir nada, sin comunicar nada, tal vez esperaba ver algo que desconocía en él, como si hubiera vivido toda mi vida engañada sin saberlo ante una fachada oculta.

¿Qué bobadas estoy diciendo?

—¿Vamos a dormir juntos? —pregunté apartando la vista de él.

—A menos que prefieras dormir en el sofá, si. Aunque te auguro que la cama es realmente placentera.

Probablemente sus palabras llevaban doble intención y no solo en referencia a lo cómoda que fuera, sino al placer que me podría aguardar enredada en su cuerpo.

—Creí que mencionaste que debía implorar o de lo contrario no me tocarías —le recordé como si fuera un reto.

Andrei ladeó la cabeza como si evitara reír y comenzó a desabotonarse la camisa, dejando todos sus abdominales bien formados y contorneados a la vista.

—Lo reitero. Por una vez mis palabras no tenían dobles intenciones. No a menos que tú quieras, por supuesto.

Mis ojos volaron a la cinturilla de su pantalón, la misma hacia donde se dirigían aquellas dos hendiduras a sus costados que marcaban el abdomen.

¡Joder!, ¡Aquel cuerpo escultural no ayudaba en nada a mi excitación de por sí acrecentada por la anticipación de saber lo que él podía ofrecerme!

—¿Y desnudarte forma parte de tus *no intenciones*? —proclamé como si fuera una especie de juego al que no sabía exactamente donde me llevaría, pero sin duda, deseaba quemarme, abrasarme y derretirme en las cenizas a toda costa.

Tenía muy claro que no pensaba rogar un ápice, pero eso no estaba ligado al hecho de que pudiera turbar los sentidos de Andrei hasta la extenuación. ¿Él creía que no sería capaz de resistir y terminaría implorando? Muy bien… veremos quien tiene su límite del control más alto.

—Desnudarme forma parte de que no suelo hacer ejercicio en traje, pero podría ejercitarme de otro modo si lo prefieres. La moqueta de la habitación es muy cómoda para tus rodillas. —El tono de ironía en su voz fue notorio, así como la diversión que había en sus ojos al disfrutar de irritarme.

—Prefiero la ducha —admití comenzando a desnudarme y me deshice de los pantalones en primer lugar, sobre todo porque llevaba un tanga de encaje que dejaría mis nalgas a la vista cuando me diera disimuladamente la vuelta para quitarme la camisa.

Conocía lo suficiente a Andrei para saber que le gustaba lo que veía y que, si estaba la mitad de excitado de lo que estaba yo, le costaría un infierno autoimponerse un límite cuando todo su ser le pedía —como a mi— sucumbir al placer que nos otorgaba el cuerpo del otro.

Éramos química en estado puro, una combinación perfecta por más que al resto de niveles no nos aguantáramos. Resultaba irónico que precisamente la persona que menos quería en mi vida era la que mayor placer me concedía.

«No se puede tener todo en la vida»

—Una cosa no quita la otra. —Su tono de voz estaba ligeramente ronco.




Me di la vuelta para dejar a la vista mis glúteos y puse especial atención a mi oído para percibir como se intensificaba su respiración. No logré apreciar nada, así que me quité la camisa sin siquiera desabotonarla, era lo suficiente amplia para sacármela por arriba y agradecí haber elegido uno de esos sujetadores balconette que tienen más tejido porque me resultaba entre otras cosas cómodo a la vez que elegante. Aquel conjunto de un azul celeste con flores en tonos rosas no me lo había visto nunca y al juzgar por como sus ojos recorrían mi cuerpo, deduje que le gustaba lo suficiente para estar en el punto exacto que deseaba.

—¿No te ibas a hacer ejercicio?, ¿Quién te detiene? —exclamé con una voz de inocencia poco habitual.

Andrei se desabotonó los pantalones, bajó la cremallera y dejó que la prenda se deslizase por sus piernas para después tirarlos a una de las butacas que tenía cerca. Podía ver a través de sus bóxer toda la envergadura de su empalme, eso me excitaba aún más y sentía calambres en mi entrepierna que aclamaban ser deleitada con ese placer. La verdad es que podría haber promocionado alguna marca de lencería si quisiera, tenía potencial para hacerlo por su físico, aunque lógicamente no lo necesitara, pero no pensaba vanagloriar su ya de por si ego haciendo algún tipo de halago a su belleza.

Sus pasos acortaron la distancia que nos separaba y creí realmente que enviaría al infierno sus amenazas de hacerme implorar y rogar antes de tocarme, pero cuando pensé que sus labios me arrancarían uno de esos besos voraces, ladeó su rumbo para rozar su mano con la mía y dirigirse hacia el vestidor de la habitación.

¿Qué?, ¡Joder!, ¿Iba en serio?, ¿Quería que me humillara ante él suplicando que le necesitaba? La impotencia me llevó a entrar en el baño y dar un portazo del que después me arrepentí, porque acababa de mostrarle que estaba realmente molesta con su desprecio.

¡Mierda!, ¡Es que ni siquiera puedo pensar racionalmente con él cerca! Y quizá ese había siempre el problema con Andrei, que perdía el control.

*Por completo.*

Me di una ducha lo suficiente larga esperando que se mitigara mi rabia. No fue así. Cuando salí tenía aún más coraje por no encontrarle en su propia habitación y por constatar que debería compartirla con él durante los tres días y dos noches que estuviera allí.

Decidí no descansar, tal vez así dormiría profundamente y me evitaría dar vueltas en la cama sabiendo que él estaba al lado. O mejor me iba directamente al sofá porque comenzaba a estar en un punto en el que no era dueña de mí misma ni de mis pensamientos.

«Contrólate Nadia. Contrólate de una maldita vez. Es Andrei. ¡Es el puto Andrei que tanto detestas!»

Y como si de una llamada se tratara, apareció por la puerta completamente empapado justo cuando acababa de vestirme dispuesta a salir. No esperé ni a escuchar el ruido de la ducha, me marché a toda velocidad de allí a pesar de que no sabía si era peor el martirio de estar cerca de Andrei o de nuestros padres.

Mi madre y Yulia habían tenido la maravillosa idea de planificar hipotéticamente nuestra boda perfecta. Lógicamente habían insistido que solo era una probabilidad que se adaptaba muy bien a la ingente cantidad de invitados y teniendo en cuenta la privacidad que se requería. Como propuestas estaba la iglesia del signo de la santísima virgen María, ahora declarada patrimonio cultural, pero que con los contactos adecuados podríamos celebrar sin ningún problema la celebración. Su aspecto de palacete tan peculiar y ubicación, la hacían idóneas para la importancia de la unión de nuestras familias y tenía que reconocer que de entre todas las propuestas, si aquello fuera real, sería por la que me inclinara.

Durante unos segundos me vi recorrer la escalinata que conducía a la entrada y aparté de mi mente dicha idea de inmediato.

—¿Que te parecen? —Insistió Yulia como si tuviera especial interés en contentarme con las distintas opciones.

No sabía que decir, ni cómo responder hasta que el susurro de Andrei un par de horas atrás sobre no mentir perforó mi recuerdo.

Tal vez no debía mentir como tal, sino dejarme de llevar como si la situación fuera real, —o decididamente lo más hipotéticamente real—, a fin de cuentas, solo serían tres días y

después regresaríamos a Madrid.

—Creo que mi primera opción sería esta —admití señalando de la santísima virgen maría por su particular arquitectura.

—¿Ves? —exclamó mi madre—. Ya te dije que a ella le encantaría y podríamos organizarlo a primeros de septiembre para aprovechar el tiempo cálido antes de que bajen demasiado las temperaturas. Hay margen más que suficiente.

¿Septiembre?, ¡Eso son cuatro meses!

—No sé si sería demasiado precipitado teniendo en cuenta que no estamos en Moscú, Andrei y yo decidimos tomar todo esto con calma y…

—¡Andrei! —alzó la voz Yulia y me percaté en ese momento que se había duchado y cambiado usando ropa mucho más cómoda que sus habituales trajes inmaculados—. ¿Qué te parece septiembre como fecha de boda?

El aludido pasó la vista de su madre hacia mí y después emitió una gran sonrisa.

—Sería perfecto —soltó sin un atisbo de duda—. Cuanto menos tiempo duren los preparativos y acortemos las distancias, mejor. ¿No crees, princesa?

Sentí un pequeño hormigueo en el pecho al referirse hacia mí con aquel termino. Me había llamado preciosa, pero eso sin duda era algo que esperaba que se lo dijera a cualquier mujer. En cambio, referirse a mi como princesa implicaba más, mucho más que un simple halago, era un modo de indicar de forma indirecta que le importaba.

«Y estaba claro que yo a él no debía importarle absolutamente nada»

Debía estar actuando. Es más que evidente que se dirigía hacia mí con aquel apelativo para no levantar ninguna sospecha sobre nuestra supuesta relación, pero lo cierto es que tampoco hacía falta que sobreactuara de esa manera, el afán por creer que nuestro compromiso era real, iba a camuflar todos esos matices sin que lo tuvieran en cuenta, entonces… ¿Por qué lo hacía?, ¿Por qué se comportaba de ese modo?, ¿Por qué volvía a sentarse a mi lado, rodearme con el brazo y hacerme tener muy presente el calor que su cuerpo generaba al mío?

Aquella provocación estaba por corromperme y alterar todos mis sentidos hasta el punto de cometer realmente el mayor error de mi vida.

*Pedir clemencia.*




Era casi media noche cuando logramos que dejasen de hablar sobre el tema boda y preparativos argumentando mi cansancio por el viaje. No estaba tan cansada, a fin y al cabo había logrado dormir un rato en el avión y estaba habituada a la carencia de sueño desde la universidad. Aun así, necesitaba estar a solas con Andrei y encarar todo ese despliegue artístico de prometido perfecto en el que parecía haberse inmerso.

No solo aceptaba todas las propuestas de su madre y de la mía a la que trataba con especial cordialidad, sino que estaba irritada por su constante roce de su cuerpo con el mío en mil tipos de caricias, incluso cuando ni siquiera nos observaban.

¿Era consciente del efecto que tenía sobre mí?, ¿Trataba de provocarme para que terminara rogándole y me poseyera de forma salvaje?

En cuanto la puerta de su habitación —o nuestra de forma momentánea— se cerró, me crucé de brazos en medio de la estancia mientras él parecía de lo más tranquilo conforme se desnudaba.

—¿Cuatro meses?, ¿Te das cuenta de lo que eso significa? —exclamé—. ¿No podías haberte inventado algo para aplazarlo?, ¡Tendrán todo contratado y las invitaciones enviadas cuando anunciemos la ruptura!

Eso era una locura, una que se estaba yendo de las manos a un nivel dimensional infinito.

—No creía que fueras de esas que se preocupa por lo que los demás pensarán u opinarán, ¿Que te importa lo que crean? —dijo con tanta calma que me dieron ganas de propinarle un golpe en la cabeza.

—¡Esto es serio! —grité—. Nuestros padres están entusiasmados con esta supuesta boda y las cosas están llegando a un punto de difícil retorno—. Estás haciendo esto porque a ti te interesa este matrimonio, porque quieres a toda costa que se lleve a cabo, ¿Verdad?

Andrei me miró desde el lado opuesto de la cama al que me encontraba, se había quitado la camiseta de algodón para dejarla en la misma butaca donde horas antes dejó el traje y la camisa amontonados, seguramente alguien se encargaría por la mañana de lavarlo y plancharlo para después colocarlo meticulosamente en su vestidor.

—Reconozco que esta boda me traería ciertos beneficios difíciles de obviar, pero he sido sincero desde un principio. Además, yo no nos metí en esta situación, así que no puedes culparme de hallarte en estas circunstancias.

—Ya, pero bien que te quieres aprovechar de ellas para tu propio lucro.

—Te dije que los dos podríamos ganar con esto, pero mi situación no cambiará drásticamente si no se lleva a cabo, la tuya en cambio, quizá si.

—¿De qué hablas? —pregunté con interés.

—¿Crees que tu padre te va a dejar tranquila después de romper un acuerdo comercial que le aportaría demasiados beneficios? Lo primero que pensará es en culpar a tu carrera profesional de nuestras desavenencias y, por ende, tratará de hacer lo que hizo aquí, privarte de desarrollar libremente tu ambición como neuróloga.

¿Y él como leches sabía lo que había hecho mi padre aquí?

—¿Te lo ha contado Irina? —exclamé indignada.

—No culpes a mi prima, ella no me ha contado nada —mencionó dejándose caer en la pared—, tengo contactos en el hospital que me informaron de la situación.

Genial. Ahora resulta que soy el centro de habladurías de todo el ámbito médico en Moscú. Lo que me faltaba.

La indignación en mi rostro debió ser evidente porque Andrei no hurgó aún más en la herida, sino que se acercó con cierto titubeo hacia donde me encontraba.

—No te exigiré nada si decides cambiar de opinión respecto al matrimonio —mencionó usando un tono de voz más neutro y cercano.

—¿Nada? —pregunté—. Me has exigido exclusividad y que no pueda tener trato fuera del hospital con mi entorno laboral por un acuerdo sexual, ¿Quién me dice que no cambiarías de opinión? —Le enfrenté.

—Nuestro acuerdo sexual no tiene nada que ver con esto, pero si no me crees, podremos establecer todas las cláusulas por escrito ante un notario.

Hablaba en serio. Demasiado para no tenerlo en cuenta.

—¿Me estás dando a entender que serías un cornudo consentido? —exclamé tratando de no reírme porque me costaba demasiado esfuerzo el pensar que quisiera o no, los rumores llegarían a él dado el hipotético caso de que aceptara.

—No me entrometeré en tu vida, sea cual sea la índole de tus decisiones será solo asunto tuyo —contestó cruzándose de brazos frente a mi—. Aunque nadie sea capaz de otorgarte el mismo placer que obtienes conmigo, por mucho que no lo quieras reconocer. Rodé los ojos para evitar mirarle y él rápidamente me detuvo sujetando mi mentón para que no apartara la mirada de él. —Me odias. Me detestas. Me aborreces. Y desde luego sería el último hombre en la tierra a quien elegirías para pasar el resto de tu vida —afirmó con tanta convicción que hizo que mi piel se sensibilizara—, pero eres incapaz de no derretirte cuando mis manos entran en contacto con tu cuerpo al igual que el hielo cuando le acaricia la llama.

—No lo tengo tan claro… —jadeé y percibí como sus dedos se paseaban por mi garganta para rodearla enredarse en mi cabello haciendo que mi rostro se irguiera hacia él.

—Quiero follarte toda la noche hasta la extenuación y, aun así, continuaría porque nunca tengo suficiente de ti.

—Hazlo —gemí sintiendo la necesidad lacerante de sentirle, tan brutal que solo quedaba en mi ser una ínfima parte de racionalidad.

Percibí un gemido de protesta cuando mis manos tocaron su pecho y su nariz se paseó por mi mejilla hacia la oreja, haciéndome sentir su respiración. Deslicé las puntas de mis dedos por la cintura de su pantalón hasta colarse bajo la ropa interior y rozar toda su envergadura, tan erecta que hasta salivé ante el placer que esto me proporcionaba.

—Sabes lo que quiero… —susurró en mi oído dejando que le acogiera en mi mano para recorrer el falo a través de su longitud—. No voy a follarte hasta que me supliques que lo haga.

Noté como se apartaba un par de pasos y aguardaba, sin dejar de observarme, sin dejar de recorrer con sus ojos mi cuerpo con un hambre insaciable y aun así, prefería aguantar aquella necesidad sexual que a ambos nos consumía por ver mi sumisión.

—Jamás he rogado por sexo y desde luego, tu no vas a ser la excepción.

Podría estar necesitada y desesperada, pero seguía estando cuerda o al menos, una parte de mí parecía continuar estándolo.

—Veremos cuánto dura tu orgullo cuando te des cuenta de la privación a la que te estás sometiendo —alegó dándose la vuelta para alejarse.

¿Y ya está?, ¿Volvía a privarnos de sexo a ambos solo por su satisfacción personal?

No podía creerlo, pero ¿No era Andrei un ser perverso y cruel? Me echaba a mi la culpa de estar privándonos a ambos cuando era él quien lo hacía solo para vanagloriar su ego al

suplicarle que me follara sin piedad.

¡Cretino de mierda!

Esta vez volví a encerrarme en el baño con la precaución de no dar un portazo y probablemente pasé casi una hora en la que no dejaba de echarme agua fría, dar vueltas y decidir cuál era la mejor opción para salir indemne y sin daños.

Quería sexo. ¡Joder, si hasta estaba excitada con la idea de que él estuviera en esa cama medio desnudo! Y por otro lado quería estrangularle con mis propias manos por hacer que me sintiera de ese modo, tan febril y ardiente que podría derretir todo el ártico con mi cuerpo.

Cuando finalmente salí, la luz era tenue puesto que solo estaba encendida la lámpara del lado vacío de aquella enorme cama y Andrei parecía estar profundamente dormido, al menos lo aparentaba. Me puse un camisón de seda y me fui al extremo opuesto de donde se hallaba él sin pensar demasiado en que íbamos a estar en el mismo lecho. Esa sería la primera vez consciente que rompería una de las normas de nuestro acuerdo; no dormir juntos.

Apagué la luz y la oscuridad fue cegadora, sin un atisbo de luz exterior que se filtrara a través de algún resquicio. Mis sentidos estaban alerta, como si esperase por arte divino que sucediera algo o tal vez, estaba expectante porque él cambiara de opinión e hiciera realidad esa fantasía revelada poco antes, pero lo único que fui capaz de escuchar era su respiración. Tranquila. Suave. Rítmica… él dormía plácidamente cuando yo solo era capaz de pensar en esos orgasmos divinos que él era capaz de darme.

Sería una noche larga. Realmente larga sintiendo cada ápice de mi cuerpo reclamar por un placer que no había sido satisfecho.




Durante el recorrido hasta la iglesia en la que se celebraba el bautizo no hubo ni un solo intercambio de palabra. De hecho, esa misma mañana cuando desperté, Andrei ya se había marchado y me lo encontré desayunando junto a mi padre mientras comentaban el estado de la bolsa en el mercado ruso. Apenas hubo un intercambio de buenos días cuando él alegó que tenía que resolver unos asuntos antes de marcharnos y sin mirarme, indicó que tenía menos de una hora para estar lista si queríamos llegar a tiempo a la cita con su prima. Asentí antes de ver como se marchaba, en esa ocasión no trató de fingir un roce, un beso o una caricia y mi padre se percató.

—¿Habéis discutido? —preguntó en cuanto le perdió de vista.

—N…no —suavicé—. Es sólo que me parece muy precipitada una boda en sólo cuatro meses, eso es todo —dije metiéndome una fresa en la boca con cierto disimulo.

Una de las empleadas se acercó para preguntarme cómo deseaba tomar el café y quería que me preparase algo que no estuviera en la mesa, tras un par de indicaciones se marchó.

—Tendrás una boda grandiosa, no te preocupes por el tiempo. Además, con tu trabajo en ese… hospital, necesitarías tres años para organizar una boda acorde a las circunstancias, así que deja a tu madre y a Yulia que se encarguen de todo, ellas lo hacen con sumo placer por lo que la unión de ambas familias supone —dijo mi padre al creer que mis motivos para oponerme podrían ser el hecho de no tener todo lo que quisiera en esa ceremonia y no, por supuesto, en mi inseguridad para casarme con alguien como Andrei.

—Preferiría tomarlo con calma, no tenemos prisa y aún me quedan dos años más de residencia aparte de la subespecialidad.

Percibí como mi padre cambiaba el semblante y parecía emitir una señal de disgusto.

—Ese capricho tuyo de ser neurocirujana… —carraspeó—. Nunca me ha parecido mal que trabajes, aunque hubiera preferido que te encargaras del negocio familiar como tu amiga Irina, pero si es tu elección, la respetaré. Sobre todo, ahora que has sabido elegir sabiamente a la persona que estará a tu lado y los beneficios que aportará cuando mis empresas se fusionen con Komarov.

Detecté como el matiz de amargor que tenía la fresa se incrementaba con las palabras de mi padre.

—Eso es lo único que te importa, ¿no? —gemí—. Te da igual si soy feliz, si estoy o no enamorada, si Andrei es un buen hombre o por qué decidí elegir medicina en lugar de haberme quedado en tu maldita empresa para continuar el legado familiar, donde te aseguro que habría sido mucho más fácil que pasar noches sin dormir para llegar hasta donde estoy.

Durante unos segundos le vi titubear, como si no supiera a que se debía ese arranque de malestar, pero llevaba años soportando aquella indiferencia, probablemente él creía que obraba del mejor modo posible, pero nunca se había planteado que si había insistido en medicina no era una rebeldía o un capricho, sino porque realmente amaba esa vocación médica.

—¿Crees que licenciarte en medicina es un sacrificio?, ¿O atender a esos pacientes muertos de hambre que llegan a tu consulta y salvarles la vida? Has nacido en el seno de una de las familias más ricas de Moscú, deberías estar agradecida porque has tenido todo lo que has querido en lugar de pensar únicamente en ti y tus caprichos. No he objetado tus decisiones, pero tampoco vas a verme gritar de euforia por elecciones que considero desacertadas y tampoco vas a cuestionar mis motivos para pretender que mi única hija no desperdicie su vida. Mi preocupación ha sido siempre la de tu bienestar y sé, que un hombre como Andrei Komarov buscará tu protección, por lo que apruebo encarecidamente tu elección. Deberías pensar que si desea una boda apresurada y está conforme con el desarrollo de tu carrera en el hospital es porque claramente te quiere, así que deja de pensar en lo que te conviene a ti y piensa más en la conveniencia familiar o de tu futuro esposo, que en vez de agradecer que esté desesperado por casarse contigo y acortar los tiempos mientras otros se encargarán de planificarlo todo para que puedas continuar con tu vida, te enfadas porque no estaba en tus planes una boda a corto plazo.

Me quedé callada y aproveché que la sirvienta me trajo el café junto a un cuenco de yogur natural y frutas variadas con canela para no responder.

Estaba claro que él no podía saber que no existía tal compromiso entre Andrei y yo, que nos llevábamos a matar y que… bueno, nos habíamos acostado, el sexo era excesivamente bueno y precisamente tenía una carga elevada de malestar debido a no saciar ese apetito.

Me metí una cucharada en silencio. Tenía dos opciones, discutir y que todo saltara por los

aires o callar y hacer creer que todo continuaba normal en esa burbuja de realidad paralela en la que había crecido. Por suerte llegó Yulia y su despliegue de tipos de tartas y sabores hizo que mi padre volviera su vista al periódico sin indagar más en nuestra pequeña disputa.

Por un momento envidié a mi mejor amiga. Su padre estaba tan orgulloso de sus acciones que le había cedido la presidencia de la empresa, se había casado con el hombre que amaba, aunque no fuese ruso, ni perteneciera a una familia acomodada, aun así, habían visto la relación favorablemente y a diferencia de mí, ella había tenido una relación muy estrecha y sincera con sus padres. En mi caso, tal vez por el divorcio, mis padres se habían mantenido distanciados y mi madre siempre había estado a favor de las decisiones de su exmarido por conveniencia económica. A fin de cuentas, era él quien le pasaba una manutención para solventar su holgada vida o, incluso en circunstancias como estas, mantenían una relación cordial frente a otros a pesar de estar separados.

¿Quería yo ese tipo de relación en mi vida? Andrei me había propuesto constatar esa pantomima de matrimonio haciéndolo real, ¿Convertiría mi vida en un reflejo de la de mis padres? Precisamente cada una de mis elecciones había sido para alejarme de esa situación, para buscar una realidad que no fuera solo un reflejo de lo que los demás esperaban.

Volví a la realidad cuando Andrei detuvo el vehículo en el aparcamiento de la Iglesia, lo suficiente apartada de la ciudad para ser discreta, otorgando una intimidad propia de quien busca algo privado y a la vez único teniendo en cuenta como encajaba la pintoresca iglesia en la naturaleza que la rodeaba. De algún modo me recordaba a una época muy diferente a la que ahora vivíamos, donde la vida ajetreada no nos permitía hacer introspección de nuestros verdaderos deseos o sentimientos.

—Llegamos con veinte minutos de anticipación, Irina y Alejandro aún no han llegado —dijo Andrei rompiendo el silencio por primera vez en todo el tiempo que había pasado desde que salimos de su casa.

—¿La única razón por la que quieres que nos casemos de verdad es tu interés en la empresa de mi padre? —pregunté sin rodeos.

No iba a admitir en voz alta que aquella propuesta que me pareció completamente absurda y fuera de lugar, en estos momentos estuviera siendo un planteamiento factible.

¿De verdad estaba considerando una posibilidad que el cretino de Andrei y yo firmásemos un acuerdo matrimonial?, ¿Algo que nos uniera de por vida? Aunque cada uno viviera su vida de forma independiente y no nos entrometiéramos en la vida del otro, siempre estaríamos ligados por ese acuerdo.

«Y eso me daba verdadero pavor»

—¿Es que debería tener otra razón? —exclamó y se bajó del coche.

La temperatura era mucho más baja que en el clima que teníamos en Madrid, a pesar de estar acostumbrada a la primavera en Moscú. Me encogí en mí misma cruzándome de brazos al sentir la diferencia del interior del vehículo con el frío exterior y la ligereza de ropa que había elegido para esa mañana. Andrei sacó la gabardina que llevaba en el asiento de atrás y de forma completamente inesperada la colocó sobre mis hombros, haciendo que el calor de la prenda me envolviera, aunque en realidad era más probable que mi cuerpo hubiera ascendido varios grados por su cercanía.

—¿Tal vez la de hacerme la vida imposible? —exclamé mirándole fijamente a los ojos y contemplando aquel matiz azul que pocas veces me había detenido a contemplar.

Estaba acostumbrada a ver el color azul como algo casi habitual, pero él poseía un azul océano diferente, con ese matiz algo oscuro que lo hacía aún más especial.

—No necesito casarme contigo para eso. —Su voz se había agravado varios tonos—. Ya te advertí que para mi, solo es un acuerdo comercial más, sin dejar que repercuta a nuestras vidas de forma independiente.

Me mordí el labio analizando que probabilidades había de que, en caso de hacerlo, pudiéramos continuar nuestro camino por separado sin tener que rendir cuentas al otro.

—¿Y qué pasará cada vez que haya un acontecimiento familiar?, ¿O en el momento que decidamos regresar a Moscú? Porque esperarán que residamos en el mismo núcleo familiar, como también el que tengamos hijos y…

Vi que Andrei se apartaba y se daba la vuelta, quizá porque estaba meditando mis palabras o porque no le interesaba lo más mínimo mis protestas a su visión de hacer real este matrimonio teniendo presente que ni siquiera estábamos de acuerdo a la hora de ceder para tener sexo.

«Menos aún íbamos a estarlo para determinar cláusulas matrimoniales que no repercutieran en nuestras vidas»

—¿Crees que a alguien le importará el tipo de matrimonio que tengamos? No seríamos ni los primeros ni los últimos en firmar ese papel por conveniencia, la diferencia es que los dos sabemos desde un principio porqué lo hacemos sin llevarnos después ninguna sorpresa. —Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se dio la vuelta—. Tendrás solvencia económica, podrás dedicarte a lo que te gusta y desarrollar tu carrera. Ni siquiera te condicionaré a que tengamos hijos sino quieres, o en el caso de hacerlo, podremos recurrir a un vientre de alquiler para que no interfiera en tu vida.

La idea de ser madre por gestación subrogada jamás se me había pasado por la mente y casi de inmediato rechacé esa idea por inercia, como si estuviera comprando un ser humano para traerle a un mundo lleno de mentiras despiadadas. ¿Qué clase de ejemplo seríamos para alguien

que crecería en un entorno familiar desestructurado?

—¡Esto es absurdo! —exclamé con tanta incredulidad y énfasis que hasta se me deslizó la gabardina de Andrei por los hombros y tuve que sujetarla para que no se cayera al suelo—. Ni siquiera seríamos capaces de ponernos de acuerdo en algo tan simple como elegir una película en el cine, ¿Y pretendes que tengamos un hijo? —insistí—. Ni sé como he podido plantearme por un segundo la posibilidad de que esto pudiera ser medianamente factible, pero está claro que jamás podría serlo, no somos capaces de llegar a un consenso ni aunque esté pactado previamente.

Vi como él alzaba una ceja y me miraba con cierto reproche.

—¿De qué hablas? —increpó.

—Sabes perfectamente de qué hablo —dije dando un paso hacia él sin dejar de mirarle—. De que no puedes evitar ser quién eres. Un perfecto egocéntrico. Cretino y malcriado —continué sujetándome la gabardina con la punta de los dedos—. Teníamos un acuerdo explícitamente sexual. Sexo sin ataduras, sin complicaciones y sin discusiones de ningún tipo. Esas fueron tus condiciones, pero eso es solo la fachada que quieres mostrar cuando la realidad, es que solo deseas sometimiento y obediencia ¿Verdad? ¿Por qué sino te satisface tanto que me incline de rodillas y te chupe la polla rogándote que me folles sino es para engrandecer ese ego colosal que eres incapaz de ocultar?

Me importaba un cuerno que se enfadase, aquella era la pura realidad. Y la principal razón de que siempre hubiera rehuido de él.

Le vi hacer un mohín y cuando pensé que iba a responder, el sonido de las ruedas en la gravilla nos indicó que otro coche estaba a punto de llegar, así que me quité rápidamente la gabardina y se la tiré al pecho para darme media vuelta y emprender camino hacia la entrada de la Iglesia.

Irina me dio un abrazo y después saludé a Alejandro de una forma más cordial, a pesar de ser el marido de mi mejor amiga, aún teníamos ese distanciamiento que no había logrado acortar por las pocas ocasiones en las que habíamos logrado coincidir. En cambio, Andrei y él se saludaban como si fueran amigos de toda la vida y esa complicidad entre ellos me resultaba extraña a pesar de que, debido al trabajo, fuese normal que hubieran creado unos lazos mucho más estrechos que el contacto que podía tener yo con el esposo de Irina.

—Disculpad la tardanza, pero Zafiro no quería quedarse con mi madre y la niñera, hemos estado a punto de traerla, pero sabíamos que agilizaríamos todas las gestiones mucho más rápido si se quedaba en casa y también de ese modo, mi madre disfruta de su nieta. ¿Lleváis mucho tiempo esperando? —preguntó Irina mientras atravesaba el gran portón de madera y nos embargaba la poca luz que se filtraba por las vidrieras.

—En absoluto —respondí con una sonrisa y Andrei no dijo nada al respecto.

El párroco se encontraba en el interior de la capilla, así que pasamos a una sala donde tenía toda la documentación preparada para rellenar y de la que tuvimos que firmar varios documentos, además de una extensa lista de preguntas.

—¿Están casados? —preguntó de manera inocente.

—Prometidos. —Se adelantó a decir Andrei y vi como el cura sonreía y dirigía su vista hacia mi anillo de compromiso.

—Estupendo. Mi enhorabuena entonces —sonrió—. En cuanto tengan el acta matrimonial deberán traerla para que conste en los archivos del bautizo, supongo que no será un problema, ¿Cierto?

Sentí la mirada de Irina sobre la mía y esa sensación en el pecho que me ahogaba por saber que me estaba hundiendo en arenas movedizas hasta un límite sin retorno.

—No supondrá ningún inconveniente —contestó de nuevo Andrei dejando al párroco más que satisfecho.

Alejandro, Irina y yo mantuvimos un peculiar silencio respecto al tema hasta que nos despedimos del cura y salimos de la Iglesia, incluso ahí, noté como mi amiga parecía intentar buscar las palabras apropiadas para referirse a lo que había sucedido, pero al mismo tiempo, no lograba decir nada.

—Tenemos cita con la organizadora para las flores, animación, el catering y la decoración, ¿Quieres venir con nosotros, Nadia? O nos vemos para almorzar y así vemos juntos la distribución de invitados.

—En realidad Nadia y yo tenemos cita con la organizadora de nuestra boda para mostrarnos la capilla que eligió anoche para nuestra ceremonia —dijo Andrei como si acabara de decir que tenía cita en el dentista.

Irina me miró a mi y yo puse cara de circunstancia porque ni siquiera sabía que teníamos esa cita.

—¿No estáis llevando esto del matrimonio falso un poco lejos? —exclamó Alejandro como si acabara de quitárselo de los labios a Irina.

—No os preocupéis, unos días después del bautizo anunciaremos la ruptura y se cancelará todo —decreté rápidamente.

Irina no parecía muy convencida con la respuesta, pero supuse que ella prefería aquella situación al hecho de preocuparse porque pudiéramos interferir de algún modo con el ambiente calmado que deseaba de nosotros.

—No es asunto nuestro, supongo —decretó refiriéndose más a Alejandro que a nosotros.

En cuanto me subí al coche, percibí que Andrei parecía tomarse tiempo más que suficiente para doblar la gabardina y dejarla en el asiento de atrás, después hizo lo mismo con la chaqueta y pude ver desde el retrovisor que Irina y Alejandro se habían marchado. Cuando subió por fin al coche y encendió el motor, noté que no arrancaba el vehículo, sino que parecía esperar algo, poco después vimos al párroco salir y alejarse por un sendero que conduciría a su casa privada cerca del pueblo más cercano.

—¿Sabes una cosa? Tienes razón en algo… —dijo entonces girando la llave para apagar el motor y girar su rostro hacia mi—. Soy un mal criado… carezco de educación alguna y por eso a partir de ahora no pienso esperar a que me pidas que te folle, simplemente lo haré sin más —comentó agarrándome de la parte trasera del cuello para obligarme a acercarme a él y besarle con intensidad—. Aunque sepa que sólo es una artimaña para no admitir que me deseas y que tienes tanta urgencia de que me adentre entre tus piernas que ni siquiera lo puedes soportar —gimió antes de volver a besarme y yo dejar que lo hiciera.




Puedo ser terca, cabezota y obstinada al mismo tiempo, pero no pensaba refutar el hecho de que sí deseaba sentirme colmada por el placer que él podía darme, mucho más de lo que deseaba admitir y que eso, me estaba desquiciando a un nivel incomprensible. ¿Desde cuándo perdía la cordura de ese modo con un hombre? Menos aún con uno como lo era Andrei, capaz de proponer un matrimonio concertado por puro interés económico. ¿Qué demostración de egoísmo e interés mayor podía existir?

Aunque nada de eso me importaba si nos referíamos a un plano sexual. En ese sentido, tenía que reconocer que él era perfecto… y precisamente eso me molestaba aún más.

Sus labios lograron que entreabriera los míos y su lengua invadió con ferocidad la cavidad para poseer la mía propia en un movimiento salvaje, de plena dominación en el que, a pesar de luchar la contienda, no era capaz de vencer dicha posesión.

Llevaba unas medias no muy gruesas bajo el vestido de corte recto y cuadros vichy en blanco y negro, así que cuando las manos de Andrei se deslizaron por mis piernas bajo la falda, podía sentir con toda plenitud el roce de sus dedos sin que su boca dejara de besarme con la misma pasión desbordante.

Apenas fui consciente de sus intenciones hasta que sentí el sonido del tejido rasgándose y entonces descubrí que acababa de romper por completo las medias, en el momento que me aparté para verlo, echó su asiento hacia atrás y comenzó a desabrocharse los pantalones. Miré hacia todas partes, no había nadie, pero estábamos en un solar sin el amparo de algún elemento que pudiera evitar que nos vieran y aun así, a Andrei pareció no importarle. ¿Y si regresaba el párroco?, ¿O si alguien paseaba por la zona? Peor aún, ¿Si Alejandro e Irina regresaban porque

se habían olvidado algo?

En cuanto Andrei se deslizó ligeramente los pantalones dejando al descubierto la erección que tenía, me mordí el labio presa de la lascivia. Como un acto reflejo y sin pensarlo me incliné para conocer su sabor por primera vez y el gemido que profirió de sus labios me indicó que llevaba esperando demasiado tiempo esperando que le diera placer con mi boca.

—¿Era esto lo que buscabas? —gemí volviendo a introducirlo en mi boca y descender con los labios por toda su longitud mientras comencé a masajear con la mano derecha la base en movimientos ascendentes.

Alcé la vista ligeramente para ver como él me observaba con un deseo innato, propio de alguien que está inmerso en el placer sin importarle las consecuencias y supe que aquel estaba siendo su momento de gloria. En parte, no estaba practicándole sexo oral porque era lo que quería, sino porque deseaba comprobar que por algún motivo anhelaba enloquecerlo del mismo modo, que él había logrado hacerlo conmigo.

—Llevo queriendo follarte la boca desde la primera vez que te negaste a cenar conmigo —susurró con cierto resquemor en su tono de voz y obligándome a alzar la vista para verle—. Llevo deseando que fueses mía desde entonces y todavía no he logrado que sea suficiente.

Para mí tampoco había sido suficiente, pero no pensaba decírselo.

Mi mano no había dejado de masajearle y volví a llenar mi boca con su carne para evitar responder a aquello que él mismo había confesado y que tampoco había logrado sorprenderme. Sabía que Andrei quería incluirme en su larga lista de mujeres con las que había tenido sexo, con más razón aún si tenía presente que le había rechazado unas cuantas veces hasta que aquello se convirtió en una contienda sin razón en la que cualquier tipo de conversación acababa siendo una discusión.

El único sonido proveniente dentro del coche eran los gemidos de Andrei y el fruncido de la tela nuestras ropas con el movimiento. Me detuve en el momento que él estiró de mi cabello hacia arriba y vi sus ojos tan oscuros que el azul comenzaba a ser inapreciable a pesar de estar a plena luz del día.

—Ve atrás —ordenó haciendo una seña con el rostro y me deslicé fácilmente entre los asientos hacia la parte trasera del coche.

Él me siguió rápidamente, aunque le costó algo más de trabajo, pero se sentó en el centro y de un movimiento me obligó a colocarme sobre él. Instintivamente comencé un movimiento de fruición en el que podía sentir la plena erección en mi trasero. Sus manos bajaron la cremallera del vestido y me desabrochó el sujetador haciendo que éste desapareciera cuando me bajé las mangas para dejar la prenda arremolinada en mi cintura.

—¿Desde cuándo te gusta follar en sitios públicos a plena luz del día? —pregunté viendo desde el retrovisor el sendero por el que poco antes se había perdido de vista el párroco.

—Contigo tendría sexo en todas partes —jadeó obligándome a inclinarme hacia delante para apartar con los dedos mi ropa interior y sentí el roce de la punta de su pene.

No esperé, dejé caer todo mi peso con impaciencia mientras sentía como me llenaba de nuevo.

—¡Joder!, ¡Si! —grité a la par que me inclinaba de nuevo para dejarme caer otra vez.

Había necesitado tanto aquello, que solo ahora era consciente de la exigencia que mi cuerpo me había generado en los últimos días.

Andrei me apretó con una mano la cintura y con la otra comenzó a masajear uno de mis pechos, obligándome a gemir mientras me movía sobre él como un instinto propio de quien necesita liberar todo ese cúmulo de deseo contenido. Me importó un cuerno que pudiera venir alguien, que pudieran vernos, como si el maldito cura regresaba. No pensaba parar, no me importaba el quién, ni el cómo, ni el pasado o futuro, me importaba el ahora y ese ahora era el cuerpo de Andrei otorgándome un placer descomunal.

Me incliné hacia atrás mientras permitía que él comenzara a ayudarme a elevarme a la par que nuestros gemidos se acompasaban, de pronto no tenía frío, sino todo lo contrario. Quería más, necesitaba más e incliné mi rostro ligeramente hacia él que rápidamente apresó mis labios con devoción a la par que sentía como aquella vorágine acumulada en mi estómago crecía hasta hacerse gigante y el ardor que me hacía enloquecer amenazaba con extasiarme.

—Córrete para mi… —susurró—. Di mi nombre —gimió en mi oído conforme su mano rodeó mi muslo para introducirse bajo la ropa interior y rozar mi clítoris.

Sentía mi cuerpo vibrar ante la anticipación de aquel orgasmo, mi ritmo se incrementó al igual que sus dedos provocándome un placer aún mayor y la sensación de culmen era tan pletórica que ni siquiera fui capaz de mantener los ojos abiertos cuando me invadió logrando que ese ardor se esparciera a todas las partes de mi cuerpo.

Grité. Sé que grité, pero no fui consciente de que era lo que había salido de mis labios.

—No era tan difícil —susurró justo antes de apartarme el cabello y sentir como sus labios recorrían mi nuca en un gesto tan íntimo que note la piel de mi cuerpo erizarse por aquel contacto.

¿Como es posible que me provoque eso con un gesto así? Aún le podía sentir en mi interior y mi respiración era mucho más acelerada que la suya a pesar de que todo mi peso descansaba sobre él sin que esto pareciera importarle.

—Deberíamos irnos antes de que alguien pueda vernos —afirmé sin tratar de responder a

su afirmación, tal vez porque no quería saber a qué se refería en ningún sentido.

Andrei dejó que me levantase y cruzara de nuevo al asiento de copiloto, vi como las medias estaban completamente destrozadas y me las bajé rápidamente para quitármelas dejándolas en la guantera del coche echas una bola mientras él se bajaba por la puerta y entraba de nuevo en el coche.

—Coge mi gabardina cuando salgas del coche. Vamos a casa para que puedas cambiarte —afirmó con seriedad y aquella fue la primera vez que sentí un pellizco de algo nuevo en mi interior por aquella consideración hacia mí.

—Gracias —susurré mirando hacia otro lado como si necesitara mantener cierta distancia entre nosotros.

No estaba acostumbrada a mantener una conversación con Andrei amigable, sin que ninguno de los dos estuviera en tensión ante lo que el otro debía decir como si fuera un combate constante en el que ambos deseábamos salir vencedores. En ese momento no sentía esa tensión y eso, sinceramente, me aterraba.

«Porque es en esos momentos en los que bajas la guardia que comienzas a sentir cosas que no deberías, sentimientos de una posibilidad que sabes a ciencia cierta que no sucederá»

—Pero si sabes ser agradecida cuando quieres. —Se jactó y acto seguido encendió el motor.

—Y tú incapaz de ser una persona normal durante más de un minuto —le increpé alzando el tono y volviendo a sentir ese furor innato que me nacía cada vez que estaba cerca de él.

Noté como se abalanzó sobre mi pensando que iba a besarme, pero se quedó a escasa distancia, lo justo para coger el cinturón de seguridad y colocármelo debidamente.

—Pregúntate porqué —jadeó para después apartar la vista de mí y hacer la maniobra de marcha atrás para salir del aparcamiento y dirigirse hacia el sendero que conducía a la carretera principal.

Guardé silencio la mayor parte del camino, entre otras cosas porque él recibió varias llamadas de trabajo, pero eso me hizo pensar una y otra vez en qué demonios quería decir con aquello. ¿Qué me preguntase por qué?, ¿Es que tenía un motivo para ser así?

La lógica me decía que solo era un acto reflejo de mi rechazo hacia él, como si su orgullo no hubiera sido capaz de soportarlo, probablemente aún estaba resentido con que no fuera como todas esas mujeres que caen rendidas a sus pies y suplican una y otra vez por tener otra cita con él.

Yo no era así. No sería así. Y desde luego, Andrei sería el último hombre sobre la faz de la tierra por el que podría sentir algo que no fuera deseo y desprecio al mismo tiempo.

—¿Tenemos cita con la organizadora de la boda o fue una excusa para que no me marchara con Irina? —pregunté cuando colgó la última llamada.

—¿Crees que me inventaría una excusa porque quería tener sexo en el coche? —emitió una carcajada—. No, la organizadora nos espera en casa de mis padres para realizar algunas propuestas más sobre el lugar de la recepción y visitar con nosotros la capilla que te gustó anoche, si estamos conformes comenzará el proceso para la reserva de la fecha.

—¿Y por qué nadie me ha dicho nada? —exclamé pasando mis manos por las piernas desnudas y vi como acto seguido él subía la calefacción del coche al percibir que tenía frío.

¿Por qué tenía de repente ese tipo de detalles que hasta ahora jamás le había visto?

—Para que no pudieras negarte —contestó tajantemente—. No ha pasado desapercibido para ninguno tu aprensión y falta de ilusión por la boda. Por suerte, están tan ocupados en la felicidad que supone nuestro enlace que confunden tu carencia de alegría con los nervios y el hecho de que no puedes encargarte tu misma de todo por el trabajo.

—Tal vez si tú no hubieras adquirido la actitud de novio encantador que se muere de ganas por casarse, algo insólito viniendo de ti, por cierto, no estaría ocurriendo esto.

—Ah, pero yo sí quiero casarme —dijo con sorna—. Aunque mis motivos sean otros muy distintos… pero no me quejare del sexo, de hecho, ese podría ser también un buen motivo.

—Estúpido —bufé y él comenzó a reírse.

—¿Te vuelvo a recordar que no fui yo quien nos metió en esta situación? —dijo por enésima vez y eso hacía que aún me sintiera peor.

—Mejor conduce y calla.

No cogí su gabardina cuando salí del coche, sino que corrí apresuradamente dentro de casa y agradecí no encontrar a nadie a mi paso hasta que llegué a la habitación de Andrei. Esta vez decidí cambiar el atuendo por un conjunto de pantalón y chaqueta a juego, cuando entré al baño para ver si necesitaba retocar el maquillaje, me di cuenta de que tenía los labios hinchados por la brutalidad con la que él me había besado, de hecho, tenían un color subido que no me correspondía al mío natural y cuando apoyé mis manos para acercarme aún más extasiada por verlos de ese modo, vi la sombra de él entrando detrás de mi para contemplar lo mismo que estaba viendo yo.

—Si no salimos ya, llegaremos tarde a la cita con Irina… —mencionó sintiendo como sus ojos no dejaban de observar mis labios.

—¿Has venido a avisarme o a asegurarte de que no me he escapado?

—Nadie te obliga a quedarte —contestó rápidamente.

—Según tus normas, tengo que estar disponible cada vez que quieras tener sexo dónde y

cuándo quieras—me giré y contemplé su cuerpo a pesar de estar perfectamente vestido, en su traje no había señal de arrugas que indicaran que habíamos tenido sexo frenético en el asiento de atrás del coche.

—Y eso parece no molestarte en absoluto… —gimió—. Lo cual viniendo de ti significa que te gusta demasiado el sexo conmigo, hasta el punto de gritar mi nombre cuando te has corrido.

No lo recordaba. No recordaba haberlo hecho a pesar de que él me lo hubiera pedido, pero estaba tan excitada y tan ansiosa por liberar aquel cúmulo de placer que amenazaba con devorarme que no fui consciente de qué o el qué hice o dije.

—¿Sí? Podría haber mencionado cualquier nombre y no recordarlo… —aparté la mirada para darme la vuelta y él me sujetó el rostro para evitar que lo hiciera.

—No sé si me pone más el hecho de que finjas indiferencia o que trates de provocarme para enloquecerme porque estás desesperada de que vuelva a follarte.

—Diría que el que roza la desesperación de los dos no soy yo, precisamente —afirmé inclinándome hacia atrás mientras me dejaba caer sobre el lavamanos.

Aquella especie de invitación pareció obtener respuesta porque Andre se acercó y acortó la distancia de su cuerpo con el mío dejándose caer sobre mí y provocando que su cuerpo se rozase con el mío.

—Deberías haber aprendido a estas alturas —susurró cerca de mis labios sintiendo como sus dedos rodeaban mi cintura y se habrían paso a través de la cinturilla del pantalón sin molestarse en desabrocharlo—. Que no puedes negar lo evidente —gimió desviándose hacia mi mejilla para rozarme con la nariz cuando llegaba hasta mi entrepierna y comprobaba la humedad que sentía entre mis muslos, palpando suavemente mi clítoris para lograr que emitiera un leve jadeo de absoluta necesidad.

Rápidamente sacó la mano y abrí los ojos parcialmente entrecerrados para mirarle.

—Date prisa, esta tarde tengo varios compromisos y cuanto antes acabemos, mejor —dijo cambiando completamente su tono de voz para enderezarse y alejarse sin detenerse un segundo más a observarme.

Aquel cambio radical en él y en la forma de actuar no me sorprendía, era la segunda vez que lo hacía y, casi del mismo modo que la vez anterior, sentí esa frustración del rechazo que hasta ahora no había padecido. ¿Era él consciente de ello y por eso lo hacía?

No. Era imposible. Por muy ególatra que fuera para asumir que le deseaba, él mismo había reconocido que estaba excitado. ¿Por qué parar si precisamente nuestro acuerdo era puramente sexual?

Salí solo dos minutos más tarde y me dirigí hacia el porche acristalado que daba al jardín, era el lugar del que provenían las voces. Una mujer joven, con el cabello de un precioso color rojo y un vestido entallado que marcaba su silueta bien proporcionaba, había realizado todo un despliegue sobre la mesa y le precisaba a Andrei con demasiado entusiasmo algo a lo que aún no alcanzaba a escuchar.

—Por fin estás aquí, querida —dijo mi madre—. Ven, te presento a Milenka Smirnova, la mejor organizadora de bodas del momento en Moscú. —La joven emitió una sonrisa ante el halago y después sentí como su mirada no perdía un ápice de detalle sobre mi. Supe instintivamente que me estaba evaluando, aunque no supe definir si aquello formaba parte de su trabajo o aquel análisis significaba algo.

—Es un placer conocerla, señorita Ivanova.

—Futura señora Komarova —recalcó mi madre.

—Por supuesto —agregó apartando la mirada para dirigirla hacia Andrei con una expresión concisa y obvia de quien se siente claramente atraído, incluso la postura que tomó hacia él me dejó claro al instante que su motivación no era la boda, sino el supuesto novio—. Deberíamos salir enseguida si tenemos tan poco tiempo, señor Komarov. Podemos ultimar los detalles que estime oportunos sobre sus elecciones más tarde —decretó dirigiéndose solo a él.

¿Elecciones?, ¿Qué elecciones?

—Si. Por supuesto —sonrió amablemente a la tal Milenka antes de alzar la mirada finalmente hacia mí y mostrar un gesto serio—. Vayamos.

La capilla expuesta al público en horario de visita era particularmente preciosa, el día soleado hacía que resaltara su esplendor en medio de aquel parque que le ofrecía un protagonismo único con sus ornamentos góticos. La casa señorial que había tras ella no le restaba grandeza, sino todo lo contrario y estaba segura de que rodeada de nieve, sería aún más majestuosa. Un lugar poco accesible y alejado de miradas furtivas la hacían que fuera el sitio perfecto para una ceremonia íntima.

—Obviamente pediremos los permisos para que ese día las visitas queden anuladas en todo el parque y la ceremonia sea completamente privada. Además, la casa señorial puede servir de apoyo para los invitados y ofrecer un pequeño coctel a la salida, aunque si lo prefieren, podemos visitar varias catedrales que se pueden adaptar perfectamente a una boda de esta magnitud.

—¿Magnitud? —pregunté apartando la vista de la cúpula.

—Según los primeros datos que me han aportado serán unos mil doscientos invitados, ¿no?

Miré a Andrei que no pareció extrañarse de la cifra.

—Tenemos muchos compromisos —se limitó a responder y vi cómo le guiñaba un ojo a la organizadora cuyo rubor en las mejillas me hizo sentir una opresión en mi pecho real, tanto que fui incapaz de fingir.

—Discúlpenos un momento… —solté cogiendo a Andrei del brazo y llevándolo hasta una zona apartada de la capilla donde la luz apenas llegaba.

—¿Desde cuándo tenemos una lista de invitados? —exclamé en voz baja—. ¿Y esas elecciones que supuestamente has hecho en casa? Por no decir el jueguecito que te traes con la tal Milenka. ¿De qué va todo esto, Andrei? Porque llegados este punto, ni siquiera me sorprendería que hubierais enviado las invitaciones de boda.

—¿Estás celosa? —preguntó como si su único interés fuera ese y no el resto.

—Para estar celosa deberías importarme y tú no me importas en absoluto —decreté—. Así que puedes tirartela cuando todo esto acabe.

—¿Ahora necesito tu permiso para decidir con quien me acuesto? —susurró con una sonrisa de quien está disfrutando con aquel juego.

—No fui yo quien decidió que nuestro acuerdo sexual fuese de índole monógama, te recuerdo que fuiste tú quien me prohibió acostarme con otros tíos.

Andrei chasqueó la lengua y se llevó una mano al cabello para comprobar que estaba en su lugar, aunque en el fondo, solo era una señal de quien piensa aquello que va a decir y busca una reafirmación de no arrepentimiento.

—Podemos romper nuestro acuerdo explícito aquí y ahora. No más sexo entre nosotros. No más encuentros. Serías libre para ir donde quieras y con quien quieras. ¿Es eso lo que quieres?

No. No era en absoluto lo que quería.

—Si rompemos ahora el compromiso estaríamos jodiendo a Irina cuando ambos le hemos prometido que no provocaríamos ningún tipo de altercado en el bautizo —dije cruzándome de brazos—. Por no decir que mis padres están invitados y que la situación sería demasiado extraña…

—He dicho romper nuestro acuerdo sexual, no el compromiso, Nadia.

Me quedé durante unos segundos sin saber que responder y desvié la mirada hacia la pelirroja que nos observaba disimuladamente. ¿Todo esto era porque quería acostarse con ella?, ¿Era eso?, ¿Ya se había cansado lo suficiente para decidir rescindirlo?

Una furia interna se apoderó de mi mente, mi cuerpo y de cada pensamiento haciendo que quisiera explotar de rabia contenida, pero le miré fijamente y comprendí que ese era el Andrei

Komarov que yo conocía, el soberbio ególatra y petulante que obtenía lo que deseaba y después no le importaba nada.

—Perfecto —contesté cruzándome de brazos y sintiendo como mis dientes se apretaban.

—¿Perfecto? —insistió él.

—El sexo entre tú y yo ha terminado. Nunca volveremos a acostarnos.

No esperé a que contestara, sino que me encaminé de nuevo hacia Milenka, quien parecía tener ojos solo para el imbécil de Andrei. Que ella se insinuara a él me molestaba, pero que él estuviera encantado de recibir esas atenciones me irritaba aún más.

No podía soportarlo. Por primera vez en mi vida había probado lo que era tener celos, o lo que fuera aquello que sentía.

Era la primera vez que no quería dejar de tener sexo con alguien. La primera vez que deseaba más de lo que me ofrecían. La primera vez que saber que se acostaría con otras mujeres me inquietaba, porque lo quería exclusivamente para mí.

Y ser consciente de eso, hizo que mi pulso aumentara y tuve que apretar mis manos cuando el temblor comenzó a invadir cada extremidad de mi cuerpo.




Di un sorbo largo a la copa de vodka que acababan de servirnos. Alejandro se había marchado poco después de que lo hiciera Andrei, Irina había decidido quedarse un poco más para ver a las amigas que teníamos en común y con las que había quedado algo más tarde tras la presión ejercida por culpa del maldito compromiso.

—¿Estás así por todo este rollo del compromiso o por ese… quien sea con el que te has liado en el hospital? —inquirió Irina haciendo que dejara la copa sobre la mesa y buscara una posición cómoda en el sillón.

—¿Así como? —respondí tratando de producir una sonrisa.

—¡Oh, vamos! Conmigo no tienes que fingir, te conozco como a mi misma… estás ausente, como si tu cabeza estuviera en otra parte, aunque trates de seguir la conversación así que se de sobra que algo te reconcome por dentro, solo quiero saber qué, tal vez si me lo cuentas te sientas mejor.

Evidentemente que necesitaba expresar todo lo que mi en cabeza refulgía. Es más, tal vez si no lo sacaba fuera iba a sentirme cada vez peor por una especie de pesar que no entendía ni comprendía su razón.

—Tu… —comencé a decir.

—Mi primo —dijo cuando comprendió que dudaba.

—Si. Tu maldito primo —advertí cogiendo algo de fuerza en lo que iba a decir—. Ha tenido la brillante idea de proponerme un acuerdo matrimonial.

La cara de Irina fue de estupefacción inmediata, probablemente si le hubiera dicho que la

torre Komarov se había desplomado, ni siquiera habría tenido una reacción más apocalíptica.

—Que ha hecho, ¿qué? —reaccionó finalmente.

—No importa. Le envié al cuerno cuando lo hizo. Tres veces —recalqué—. La cuestión no es las absurdas ideas de tu primo por el beneficio que saca, ya que mi padre le ha servido la empresa en bandeja de plata como regalo de bodas. El problema es que esta mañana, mi padre me ha dado a entender que, si no me caso con Andrei, entorpecerá mi carrera vaya donde vaya.

—¿Y eso está haciendo que te replantees la posibilidad de aceptar lo que Andrei te propone?, ¿Un matrimonio concertado?, ¿En serio? —Su tono de voz se había alzado tanto que sentí como algunas miradas nos observaban.

—No digo que me lo esté replanteando —susurró—, pero estoy valorando mis opciones cuando todo esto acabe. Fui yo quien tuvo la nefasta idea de usar a tu primo como prometido en la maldita fiesta, desde luego no pensé que mi padre pudiera aparecer, pero ahora no tengo un reloj del tiempo para dar marcha atrás y como siempre, está el gran Gregory Ivanov para entorpecer cada una de mis decisiones. Tengo la sensación de que la idea de apresurar la boda es de él, como si por una vez encontrara útil tener una hija y de algún modo pueda fastidiar su esperanzada fusión de negocios. Ni siquiera le importa si quiero o no a mi supuesto futuro marido o cuáles son mis aspiraciones. Lo único que mi padre desea es que me case y tenga hijos.

Cogí el vodka de nuevo y me bebí todo el contenido, tal vez si atenuaba mis sentidos podría olvidarme por un segundo el estado actual de mi caótica vida. Eso y que Andrei probablemente en estos momentos estaba en su lujoso apartamento con la pelirroja que nos organizaba la boda.

¡Dios!, ¡No me podía quitar la maldita idea de la cabeza!, ¡Pero era aún peor que el hecho de pensarlo me reconcomiese las entrañas!

—Sabes que siempre has contado y contarás con mi apoyo, ya sea como amiga o como soporte económico, eso nunca ha supuesto un problema. ¿Crees que tu padre sería capaz de frustrar tu carrera de nuevo?, ¿No le bastó con hacerlo aquí?

Miré a Irina como si estuviera tomándome el pelo.

—¿Tú por qué crees que estaba en esa fiesta benéfica? Busca la forma de manipular y tener el control como ha hecho siempre. Como lleva haciendo toda mi vida y lo único que conseguirá es que me aleje aún más —advertí alzando la mano con el vaso para pedirle al camarero que me trajera otra copa de vodka.

Si. Definitivamente necesitaba anular mis sentidos para no regresar al pensamiento de Andrei y esa Milenka de las narices.

No tenía nada en contra de esa mujer, ni en mostrarse sugerente ante Andrei, al fin y al

cabo, él era atractivo, para que negarlo… que fuera ético o no mostrarse de ese modo con alguien comprometido es otro cantar, pero tampoco podía decir que había sido obscena o que demasiado sugerente. Tal vez porque yo jamás me había fijado en ese tipo de cosas o había tenido esa sensación de competición que ahora mantenía en mi interior.

Andrei no era nada mío. No éramos nada. Él podía acostarse con quien le diera la gana al igual que yo, si quisiera…

El problema es que no quería. De hecho, ni siquiera se me pasaba por la cabeza intentarlo en esos momentos, quizá, porque sabía que el resultado sería nefasto y acabaría aún más frustrada.

—Va a sonar inverosímil, pero… empiezo a ver no tan descabellada la propuesta de Andrei dada tu situación. Al menos si os llevarais bien o pudierais llegar a un consenso mutuo, reconozco el beneficio que él obtendría con las empresas de tu padre y la fusión con Komarov sería un acuerdo comercial verdaderamente jugoso. No te voy a mentir, entiendo las razones desde un punto de vista económico para proponerte algo así, aunque los dos obtengáis beneficios en vuestro campo profesional, no lo haría en el terreno sentimental.

—Lo sé. Por no decir que nos terminaríamos matando el uno al otro tarde o temprano. Ni siquiera sé cómo no lo hemos hecho hasta ahora conviviendo en casa de sus padres.

Por su expresión supe que no lo sabía hasta ahora, pero no pudo decir nada porque en ese momento llegaron nuestras amigas, entre ellas, mi prima… la misma que Irina había pillado in fraganti con su ex en la cama.

*Y la que también debía agradecer que fuera el impulso para marcharse a España y conocer a Alejandro.*




Tres horas después, el chofer de Irina me dejaba en la casa de los padres de Andrei. Por algún motivo no había pensado que toda la conversación giraría en torno al compromiso, comenzando por el lujoso anillo y terminando porque era el centro de cotilleo de todos los círculos dada la envergadura que suponía una fusión entre Komarov e Ivanov. Incluso llegaron a insinuar lo que días antes Cedrini había dejado caer, si aquel matrimonio solo sería fruto de un acuerdo comercial, puesto que de todos era conocido el rechazo existente entre Andrei y yo hasta el punto de hacerse eco en la prensa y que todos comenzaran a creer esa sospecha.

Mi cerebro martilleaba como si estuviera trabajando a marchas forzadas y ni las dos copas de vodka o los tres cosmopolitan —que no dejaba de ser una variante del vodka— lograba mitigar. Eran casi las ocho de la tarde cuando crucé el umbral de la casa de Andrei y me encontré con su madre, Yulia, que me preguntó amablemente si quería cenar con mi madre y ella.

No me apetecía en absoluto, quería darme una ducha y tumbarme en la cama, pero me pareció descortés dejar a mi progenitora sola con ella y supuse que la cena sería mucho más apacible al estar únicamente nosotras. Agradecí que no me preguntasen por el paradero de Andrei, llevaba sin saber nada de él desde el almuerzo y por más que había mirado el teléfono en distintas ocasiones, no tenía ninguna señal de vida por su parte. ¿Acaso debía tenerla?, ¿Que quería?, ¿Una cita donde indicase un encuentro? Aquello se había acabado entre nosotros y mi cuerpo sentía un escalofrío extraño al pensar en no volver a sentir sus caricias o besos en mi cuerpo, ni qué decir del placer que lograba otorgar a cada vez que teníamos sexo.

Gran parte de la cena se centró en como visualizaba el vestido de novia, que por supuesto, debía ser a medida por uno de los mejores diseñadores de la ciudad y de estilo ruso,

pero poco después acabó desviándose a temas de cotilleos de su círculo social de amigas y lo agradecí enormemente. Estaba del tema boda hasta el límite de mi paciencia y, sobre todo, tenía una sensación de presión en el pecho que quería achacar a la situación que se generaría cuando anunciáramos la ruptura de dicho compromiso.

La habitación de Andrei permanecía en una penumbra extraña, quizá también era mi estado de ánimo que no ayudaba, sentía cansancio extremo, pero sobre todo un pesar que era incapaz de eliminar por más que me decía a mí misma que nada de aquello me importaba. No estaba involucrada en nada referente a él y, por tanto, romper círculos, o nuestro acuerdo explícitamente sexual no debía importarme.

Pero mi cuerpo no parecía estar de acuerdo, era incapaz de pegar ojo y no dejaba de dar vueltas en la cama o salir a la terraza en un fino camisón a pesar del frío, solo para comprobar si él había regresado.

No volvió. No lo hizo cuando mis párpados cayeron por la pesadez y tensión acumulada, como tampoco había rastro alguno de él cuando el sol que entraba por los ventanales que daban a la terraza me despertó.

La parte de la inmensa cama donde dormía Andrei estaba sin deshacer, fiel testigo de que no había pasado por casa esa noche, y de que había decidido dormir en otro lugar.

Tuve una descorazonadora sensación de vacío. Extraña. Sobre todo, para alguien como yo habituada a no dar jamás explicaciones de mis acciones sintiendo que no eran necesarias. ¿Que me estaba pasando?, ¿Por qué me importaba donde o con quien había estado? Aquello no era simplemente deseo o atracción. No se debía a la apetencia sexual no satisfecha… me fastidiaba profundamente el hecho de que él se hubiera cansado o aburrido de mi, a pesar de saber que desde un inicio sería así y pensar que lo tenía asumido.

Miré el teléfono y solo tenía un mensaje sin leer de Irina para advertirme de la hora a la que despegaría el avión privado para regresar con ellos. Ciertamente no veía la hora de volver a Madrid, quizá aquel entumecimiento solo era fruto de todo el caos que se había montado con el supuesto compromiso, pero la rutina, los eternos horarios y el trabajo arduo me harían olvidarme fácilmente de todo aquello. Así que me di una ducha, metí todas mis pertenencias en la maleta y la dejé junto a la puerta antes de decidir bajar con una fingida sonrisa, como si no me importase en absoluto que Andrei hubiera pasado la noche fuera.

Encontré a Yulia en la mesa del comedor completamente sola y varias fuentes con fruta, pancake recién hechos, café, zumos y pastelitos variados adornaban el centro. Me sonrió al verme.

—Siéntate querida. Desafortunadamente no hemos tenido tiempo para hablar a solas —Me dijo ofreciéndome el asiento que había a su lado.

—¿Dónde están todos? —pregunté extrañada.

—Tu padre y mi marido están jugando a golf, al parecer es una mañana favorable para practicar su deporte favorito y regresarán en un par de horas. Tu madre creo que aún está dormida —respondió sin dar demasiada importancia.

Que no me preguntase por Andrei podía indicar dos cosas; sabía que no había pasado la noche allí o creía que había llegado tarde y aún dormía.

—Recuerdo que casi todos los domingos que estaba en casa solía jugar a golf si el tiempo acompañaba —comenté sirviéndome un poco de café en la taza que correspondía a mi asiento sin añadirle azúcar.

—Vaya… mi hijo y tú tenéis más cosas en común de lo que imaginaba —comentó al ver que me llevaba la taza a los labios—. Quería decirte que para mí es muy importante que Andrei haya decidido respetar tu carrera como médico y que me siento realmente orgullosa de la labor que haces. No he visto a mi hijo tan feliz como ahora, es cierto que nunca nos ha presentado formalmente a una chica, imagino que deseaba estar seguro de encontrar a la adecuada, así que a pesar de que vuestro compromiso nos sorprendió gratamente, intuimos que siendo tan discreto como lo ha sido toda su vida en relación con su privacidad, es normal. Imagino que deseaba encontrar el momento adecuado para compartirnos la noticia, pero Gregory se adelantó a los acontecimientos.

Forcé una sonrisa porque era evidente que ella creía en nuestro compromiso y que bajo ningún concepto podía tener la sospecha de que todo era una farsa de dimensiones colosales. En el fondo, la credibilidad que daba el hecho de que ambos estuviéramos viviendo en España lo confirmaba, aunque solo fuera el fruto de una casualidad extraña.

—Si… —afirmé dando otro sorbo al café amargo—. Mi padre tan impaciente como siempre estropeó la sorpresa —continué mientras mis ojos se posaban sobre la fuente de fruta y me serví unas cuantas rodajas de piña.

—¡Sobre todo porque siempre discutíais! Es evidente que algo había entre vosotros desde hace mucho tiempo sin resolver —se jactó riéndose y quitándole hierro al asunto de que mi padre se entrometiera en nuestra relación para anunciar a todos que estábamos comprometidos, así que traté de seguirle la corriente—, aunque esa dichosa fusión sea muy importante, lo que realmente cuenta es que vosotros os queréis y eso salta a la vista. Sé que tú querías una boda mucho más discreta y tomarte el tiempo necesario para cada detalle, pero confía en tu madre y en mí, será espléndida, tanto como Andrei y tú os merecéis. Además, Milenka es la mejor y conseguirá absolutamente todo lo que queráis tener.

Milenka… la dichosa pelirroja comenzaba a atragantárseme.

Unas risas que provenían desde la entrada nos hicieron prestar atención. Pude reconocer

la voz de Andrei de inmediato y poco después, la de una mujer joven. Cuando entraron en nuestro ángulo de visión, el cabello rojo de la organizadora de bodas era lo primero que pude reconocer.

En ese punto mi sangre no hervía.

*Ardía con unas llamaradas intensas.*




Andrei llevaba el mismo traje que el día anterior. ¡El puñetero mismo traje! Lo que significaba que no se había ido a dormir a su apartamento. No. Había pasado toda la noche fuera. En un hotel. En la casa de aquella mujer. ¡Maldita sea!, ¡Hasta llevaba la corbata deshecha y el cabello revuelto como clara señal de que había tenido sexo frenético!

—Buenos días, madre —dijo tratando de mantener un semblante serio —. Nadia —continúo para mirarme, pero apartó rápidamente la vista y se dirigió hacia Milenka—. Ya hemos cerrado la iglesia y el lugar de la celebración. La única fecha disponible era el 21 de septiembre.

—¿Era? —pregunté apretando las uñas contra las palmas de mis manos.

—El señor Komarov ha reservado esa fecha para el enlace —contestó Milenka con una sonrisa demasiado evidente en su rostro, clara señal de que estaba regodeándose de la situación.

No sé qué era peor, si ser una supuesta cornuda o que Andrei no dejara de cerrar más la cuerda que me constreñía para aceptar su interesada proposición.

—¡Eso es maravilloso! —gritó Yulia levantándose de la silla para abrazar a su hijo y después se volvió hacia mi, que básicamente me vi instigada a levantarme y dejar que su efusividad me embriagase.

Era como estar en un momento y circunstancias que no me pertenecían, me sentía ajena, extraña, como si nada fuera conmigo y al mismo tiempo no pudiera gritar la verdad de la situación. Era una de esas marionetas de trapo cuyas cuerdas movía el titiritero a su antojo.

—¿Te parece bien la fecha? —exclamó finalmente con una amplia sonrisa como si

estuviera más que satisfecho de sí mismo.

—Me parece estupenda —solté con una fingida sonrisa similar a la suya, fingiendo que el hecho de que hubiera estado desaparecido toda la noche y se hubiera presentado con la tal Milenka no me importara en absoluto.

—Estupendo entonces. Última los últimos detalles con Milenka y mi madre a tu gusto, esta tarde volvemos a Madrid —dijo alejándose de nosotras y haciendo que la mujer pelirroja desplegase su carpeta con un montón de muestras para elegir, desde el color de los manteles, la cubertería, cristalería, centros de mesa, cartelería, caligrafía para las invitaciones que serían emitidas esa misma semana, así como la predisposición de las mesas en según que forma. El tema de la distribución sería algo que se encargarían Yulia y mi madre, puesto que ellas serían las únicas que conocerían realmente a todos los invitados.

Andrei se había alejado de nosotras en cuanto Yulia le hizo hueco en la mesa para que Milenka se sentara frente a mi y con la misma predisposición me disculpé un momento para alejarme hacia el mismo lugar por el que se había marchado Andrei. Entré en la habitación y la cerré dando un portazo viendo como él ya se había quitado la chaqueta y casi por completo la camisa.

—¿Te parece oportuno? —exclamé cruzándome de brazos y viendo como él no parecía en absoluto inmutarse con mi presencia.

—¿Ducharme después de pasar toda la noche fuera? —gimió—. Creo que si.

—No rehuyas mi pregunta —insistí dando un par de pasos hacia él—. ¡Tienes la desfachatez de pasar la noche con la organizadora de bodas y presentarte junto a ella en casa de tus padres!, ¿En qué demonios estabas pensando?

—Dudo que mi madre piense que he pasado la noche con la organizadora —decretó tirando la camisa al suelo sin negar que había estado con ella.

—¡Tu madre no es estúpida y ha visto exactamente lo que he visto yo! —exclamé con furor.

—¿Y de qué te quejas?, ¿Buscabas una razón para romper el compromiso? Igual ya tienes una… —dijo quitando la hebilla del agujero del pantalón para deslizarlo por la cintura y dejarlo sobre el sillón—. ¿Es que te molesta que haya podido estar con ella?

Alzó su mirada hacia mí, como si estuviera estudiando cual sería mi respuesta. Y apreté los labios porque ciertamente tenía razón, aquella era una excusa muy válida para salir indemne de aquella situación.

—Me importa muy poco con quien pases la noche o donde lo hagas, pero me has obligado a pasar el fin de semana en casa de tus padres, así que lo mínimo que podías hacer es

pasar la noche aquí y hacer lo que te dé la gana cuando regreses a Madrid. Y ya que tienes tanta confianza con esa pelirroja, asegúrate de que no encargue nada, ni reserve nada, ni envíe ni una sola invitación de esta farsa de enlace, porque no se va a producir.

Andrei se desabotonó el pantalón, pero no llegó a bajárselos, sino que comenzó a caminar hacia mi muy seguro de sí mismo, como si supiera que mis ojos estaban devorando cada centímetro de piel que conformaba su cuerpo.

—¿Esa pelirroja? —inquirió con una media sonrisa como si estuviera disfrutando de aquel momento—. ¿Estás celosa pequeña Nadia? —exclamó.

—Solo tengo tres años menos que tú, no soy pequeña.

—Csshh, csshh —siseó mientras negaba con la cabeza—. No te desvíes del tema.

—No lo hago, la simple posibilidad de tener celos que hicieran referencia a tu persona es inviable.

—¿Sí? —exclamó y ladeó la cabeza para mirar hacia la pared y después se dirigió hacia mi cambiando su semblante a uno más serio—. Las bolsas de tus ojos indican que has dormido poco, apenas un par de horas. Que tengas la maleta en la puerta cuando aún faltan diez horas para que nos vayamos, me da una idea de que no tenías nada mejor que hacer en lo que ocupar tu tiempo y aun así estabas desayunando con mi madre, lo cual indica que te has levantado temprano a pesar de no necesitar hacerlo, pero estabas ávida de tener información y quizá averiguar donde me encontraba.

Observé aquellos ojos azules y la absoluta seguridad que desprendían. No me gustaba que tuviera razón, ni siquiera que se acercase mínimamente a la realidad, porque lo quisiera o no, había veracidad en sus palabras.

—Y no será porque yo también regresé tarde a noche, no bajé las persianas, el sol entró muy temprano y acostumbrada a dormir pocas horas al día cuando estoy de guardia, era imposible conciliar el sueño de nuevo, así que leí el mensaje de Irina sobre el vuelo, a diferencia de ti me gusta hacer yo misma la maleta en lugar de ser un niño caprichoso y…

Andrei se acercó de pronto tanto a mí que sus labios estaban a tan solo unos milímetros de distancia, sintiendo su respiración agitada, un ardor indescriptible, un sentimiento de deseo tan innato y doloroso que quemaba cada célula de la que estaba compuesta la materia de mi piel.

—¿Por qué te escudas en insultarme cada vez que te sientes intimidada?, ¿Crees que de ese modo lograrás evitar lo que sientes?, ¿Te resultará más fácil?, ¿Tratas de constatar que me detestas cuando la realidad es muy diferente?

Estaba jugando conmigo, conocía suficientemente sus artimañas para saber que solo se trataba de una estratagema para volver loca mi cordura una vez más. Y a pesar de haberme

resistido para no caer en esa telaraña estructurada en la que apenas había huecos por los que escapar, lo cierto es que no había podido. Estaba allí, en aquella habitación recriminando algo que ni siquiera me pertenecía solo porque no era capaz de controlarme.

—¿Y no será tu insistencia en mi supuesta atracción hacia ti la que esconde que eres tú quien me desea fervientemente?, ¿Tan poco satisfecho te ha dejado para estar a unos milímetros de mi boca sin poder evitarlo?

Creí que besaría, que fundiría sus labios con los míos en uno de esos besos cargados de pasión arrolladora tan salvaje que me hacía perder la noción del momento y el lugar en el que me encontraba para abandonarme al abismo, pero en su lugar, se quedó observando mi boca, como si hablara un lenguaje que era incapaz de comprender. Durante un segundo creí que cedería, que todo mi autocontrol se iría al traste y sería yo quien acortara esa distancia ante la necesidad impostergable de probar sus labios.

—Así que a eso se reduce todo… —gimió apartándose y dándose la vuelta, mostrando unos dorsales lo suficiente trabajados para que con su movimiento al caminar se apreciara la musculatura—. ¿Cuál ha sido tu motivo real para seguirme hasta aquí? Ambos sabemos que te importa una mierda lo que mi madre piense. ¿Querías saber si he pasado la noche con Milenka?, ¿O asegurarte de que aún te deseo a pesar de haber roto nuestro acuerdo?

—No necesito saber si has pasado la noche con Milenka, aunque es evidente que si, como tampoco me importa si aún me deseas o no, está claro que ya has obtenido lo que querías. Los dos lo hemos hecho, y, por tanto, en cuanto rompamos el compromiso la próxima vez que regresemos a Moscú, ya no quedará nada que nos una.

—No vamos a romper ningún compromiso —contestó bajándose los pantalones y lanzándolos al mismo lugar donde había dejado la camisa y la corbata—. Lo harás tú si decides no aceptar mi acuerdo, pero no cuentes conmigo para asumir las consecuencias.

—Harás todo lo posible para que acepte, ¿No es así? Solo por curiosidad, ¿Cuánto valgo? —pregunté con evidente molestia y él pareció no entender mi pregunta—. ¿Cuántos millones sacarás de beneficio si me caso contigo?

—Cuatrocientos… —dijo arrastrando la voz—… mil.

Nunca me había interesado por las empresas de mi padre, así que no podía calcular mínimamente en cuanto estaba valorado sus negocios. Jamás habría pensado que sería tanto y ahora podía entender un poco más la presión que Andrei ejercía a su conveniencia.

Podrían construirse numerosos hospitales en países de necesidad con una ínfima parte de ese dinero, era una idea que siempre había tenido en mente cuando acabara la residencia e hiciera la especialidad. Quería viajar a lugares donde realmente la medicina avanzada no llega, ayudar de primera mano e incluso fundar varios hospitales de referencia que cambiaran las vidas de

miles de personas, pero aquella cifra escalofriante también me permitía saber que los cañones de mi padre para lanzar sus proyectiles tenían un alcance mucho más elevado de lo que imaginaba y podría impedir que lograse avanzar en mi carrera por más que me empeñase en comenzar de nuevo en otro lugar.

Salí de la habitación sin decir nada más. Era como si la cifra me hubiera dejado absorta y tal vez por eso, todas las propuestas de Milenka en referencia a la boda me parecían un murmullo incesante que no comprendía y al que terminaba diciendo que sí a casi todas las preferencias que Yulia o mi madre hacían.

—Hay algo que debo preguntaros —dijo Irina en cuanto nos subimos al avión y el personal colocaba debidamente el equipaje.

Me abroché el cinturón y alcé la vista hacia ella, estaba frente a mí, al lado de Alejandro y justo en ese momento Andrei se sentó a mi lado. Habíamos pasado el resto de la mañana y almuerzo evitándonos, de hecho, solo se había acercado a mi cuando anunciamos que debíamos irnos y rodeó con su mano mi cintura ante la atenta mirada de nuestros padres.

—Por tu tono de voz cualquiera diría que vas a pedirnos que saltemos del avión en paracaídas —dije viendo su rostro de preocupación.

—Mi madre se encarga de la asignación de habitaciones y lógicamente, os ha colocado en una misma estancia, cerca de nosotros y vuestros padres… ni siquiera sé si podré lograr que haya al menos dos camas individuales. He pensado en mil alternativas posibles como que Nadia venga a mi habitación y Alejandro…

—No te preocupes por eso, seguro que Andrei no tardará en encontrar hueco en la cama de alguna invitada o animadora que trabaje en la fiesta… —solté despreocupada—. ¿La organizadora es joven? Porque parece tener predilección por ellas, anoche pasó la noche con la nuestra.

Irina pasó de mirarme a mí a hacerlo con Andrei como si fuera un partido de tenis que seguía la pelota de un campo a otro mientras Alejandro observó a Andrei y ladeó el rostro para evitar una sonrisa.

—Si anoche los amigos de Andrei se lo llevaron de fiesta para justificar que tal vez no tendrían otra ocasión para hacerle una despedida de soltero, incluso Alejandro estuvo con ellos…

—Puedo afirmar sin atisbo de duda, que los rusos tienen un aguante bebiendo muy superior que el de los españoles —añadió Alejandro en inglés y yo me quedé con cara de idiota dirigiendo mi vista hacia Andrei.

—Nadia y yo somos adultos, sabremos dormir en una misma cama por una vez. ¿No? —dijo alzando sus ojos azules hacia mí, sin hacer mención de que ya habíamos dormido juntos tan

solo dos noches atrás.

—Si —dije para no hundirme más en mi propia vergüenza.

No había pasado la noche con Milenka, ni con ninguna otra mujer. ¿Por qué no negarlo?, ¿Por qué dejar que creyera que había sido así?, ¿Quizá quería una demostración de celos por mi parte?, ¿Vanagloriarse de que no me gustaba la idea de que se acostara con otra? Eso era una idea estúpida, él mismo había propuesto romper el acuerdo, si yo aceptaba sabía que tendría sexo a diestro y siniestro con quien quisiera.

Empezaba a entender cada vez menos a Andrei. Veía el hombre que siempre había creído que era, el ególatra sin un ápice de altruismo que solo pensaba en si mismo, a la vista estaba los cuatrocientos mil millones que obtendría de beneficio si lograba que aceptara ese acuerdo matrimonial absurdo y del que estaba dispuesto a condenarse de por vida uniéndose a mí, sólo para lograrlo. Pero también había partes de él que no reconocía, que no casaban en el primo de mi mejor amiga y que me dejaban con una sensación extraña como ahora.




La calma que proporcionaba el pequeño apartamento de Irina cuando cerré la puerta, no fue el bálsamo de consuelo que pensé que obtendría para mi inquietud. De algún modo había pensado que regresar de nuevo a Madrid, a mi espacio privado y a la rutina del hospital, haría que aquel desasosiego se evaporase o al menos, se camuflase entre el ritmo frenético de mi día a día. Muy al contrario a lo que tenía imaginado, solo fue la cerciorada constatación de que todo había acabado entre Andrei y yo. Me llevé una mano a la cabeza ante el inminente martilleo que sentía y que vaticinaba un dolor agudo por la falta de quietud y me fui directamente al baño para abrir todos los grifos de agua u así acelerar la salida de temperatura elevada. Ni siquiera pensaba deshacer la maleta o molestarme en comer algo, pensaba darme una ducha para relajar mi cuerpo, colocarme el camisón y meterme en la cama esperando que todo ese malestar interior que no dejaba de bullir provocando aquel sentimiento extraño desapareciera.

Era como si no me reconociese a mí misma, como si una parte de mí no fuera consciente de en qué momento había permitido que Andrei se apoderase de mis pensamientos. Por no decir, del inequivocable y ferviente deseo que sentía hacia él hasta el punto de notar como mi piel enfebrecía ante el simple pensamiento.

Por suerte, comenzaba al día siguiente con un doble turno de tarde y noche, así que apagué el teléfono, bajé la persiana, cerré la puerta y dejé todo en la más absoluta oscuridad con la intención de hacer una cura de sueño que no solo eliminara el cansancio, sino aquel dolor de cabeza incesante.

No quería pensar, ni someterme a lo que fuera que estaba comenzando a sentir, por lo que me tomé una pastilla para dormir de las que hacía un uso bastante ínfimo teniendo en cuenta mi

descontrol de sueño, pero no deseaba acostumbrar al cuerpo para que, en ocasiones como aquella me hiciera efecto. Y me abandoné a la comodidad del mullido colchón y sábanas frescas.

El timbre de la puerta no dejaba de sonar de forma incesante cuando abrí los ojos y sentí una pesadez extrema. Escuché los golpes en la puerta como zumbidos que rebotaban en los oídos y me encogí de forma instantánea. El agudo sonido de aquel cacharro infernal que me avisaba de que alguien estaba llamando insistió de nuevo, así que arrastré mis pies como si repentinamente pesaran mucho más de lo que recordaba hasta la puerta de ingreso.

En el momento que abrí me dejé caer sobre el marco al faltarme el aliento, sentía que no era capaz de mantenerme erguida y mucho menos, de lograr regresar a la cama por mí misma.

—¡Nadia!, ¡Nadia! —Oía mi nombre y unos brazos que me sujetaron antes de que mis rodillas flaquearan, era como si hubiera perdido la fuerza—. ¡Joder!, ¡Estás ardiendo!

El perfume inconfundible de Andrei invadió repentinamente todo el apartamento, mis fosas nasales se llenaron de aquel aroma tan agradable y me apegué a él en la medida que las pocas fuerzas que aún no me habían abandonado me lo permitían.

—¿Qué haces aquí? —pregunté en un hilo de voz.

No sabía qué hora era, ni cuanto había dormido, pero tenía la sensación de que solo habían pasado escasos minutos desde que me acosté.

—Han llamado a tu padre desde el hospital porque no te has presentado en el trabajo. Han intentado contactarte al teléfono, pero permanecía apagado y luego me han llamado a mi para saber si estabas bien. He tenido que inventarme una excusa absurda porque no sabía cómo demonios explicarle que no vivíamos juntos.

Andrei me alzó en brazos y vi cómo se dirigía de nuevo hacia el dormitorio para dejarme sobre la cama.

—Hoy tenía turno de tarde… es imposible que hayan llamado y… —sentía la boca seca.

—Nadia, hace cinco horas que debías haber entrado a tu turno en el hospital.

—¿Qué?, ¡No!, ¡Tengo que ir! —dije tratando de alzarme, pero él me lo impidió. Encendió la lampara de la mesita de noche y comprobó que mi teléfono estaba apagado, después vi cómo se colocaba en cuclillas para estar a mi altura y me apartaba el cabello de la cara.

—Tienes fiebre, estás desorientada y ni siquiera puedes mantenerte en pie. No estás en condiciones para ayudar a nadie, sino para que te ayuden a ti. ¿Tienes algo para bajar la fiebre o tengo que ir a la farmacia?

—No necesito que me…

—No es momento para tu obstinación y cabezonería. Hoy no. Así que me voy a quedar aquí te guste o no.

Acto seguido se quitó la chaqueta para dejarla sobre un sillón en el que ya había algunas prendas, pero no pareció importarle.

—Debo tener algo en el botiquín, está en la cocina, en el mueble que hay a la izquierda del todo —dije perdiendo voz al final de la frase.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste algo? —preguntó remangándose la camisa.

Traté de pensar en ello y sentía un zumbido en la cabeza que me hizo cerrar los ojos con fuerza y llevarme las manos para tratar de aliviar la presión.

—Demasiado si te cuesta tanto recordar. Te prepararé algo rápido y lo comerás.

—No es necesario que…

Pero Andrei se marchó haciendo oídos sordos y desde la cama podía ver a través del marco de la puerta abierta como comenzaba a desenvolverse por la cocina como si estuviera tomando conciencia de donde estaba todo.

Traté de levantarme dos veces y noté como cada célula de mi cuerpo dolía. Toda mi musculatura había decidido hacer huelga para provocarme un letargo contra el que era incapaz de luchar y que Andrei estuviera allí —por mucho que se hubiera visto forzado a venir—, no ayudaba contra esa necesidad de alejarle de mi vida que había sentido el día anterior para olvidarme de su existencia.

Volvió unos minutos más tarde con una bandeja de la que desconocía su existencia y en la que había un plato con un sándwich, un vaso de agua y la caja de medicamentos.

—No tengo ni idea de que es lo que baja la fiebre, pero supongo que tú si. Y, por cierto, tu frigorífico da pena, necesitas una compra decente con urgencia.

Intenté incorporarme y al ver que no podía hacerlo sola, dejó la bandeja a un lado y me alzó sin esfuerzo para que me quedara sentada.

—Gracias —susurré conforme me colocaba la bandeja en las piernas.

Cogí el vaso de agua y ni siquiera pude alzarlo. Cerré los ojos dejándome caer hacia atrás por una impotencia que me pesaba y la energía que se me perdía en ese zumbido que presionaba mi cabeza.

—Bebe —oí el susurro y cuando abrí los ojos tenía el vaso de agua a tan solo unos milímetros de mis labios.

Mi mirada se dirigió a la de él, que permanecía indescifrable, sin saber exactamente porqué hacía aquello cuando no tenía por qué hacerlo.

Habría bebido todo el contenido de no ser porque él lo retiró y me acercó el sándwich de mantequilla y pavo que había preparado. Comí en un silencio extraño. En una situación inverosímil. En una intimidad que se había creado sin pretenderlo y que tal vez lo permitía

porque no tenía otro remedio, pero no pude evitar sentir una sensación de seguridad y confort que jamás habría pensado recibir de alguien como él. Tal vez solo era el aturdimiento de la fiebre que me hacía percibir las cosas de un modo distinto, pero cuando le indiqué el nombre del medicamento que contenía paracetamol para aliviar el dolor y bajar la fiebre, se aseguró de que me lo tomaba y de rebuscar por los altillos del armario una ropa de cama más pesada.

No dije nada cuando escuché la puerta de entrada. Estaba tan cansada que simplemente me volví a dormir.




Me despertó el ruido de la campana extractora de la cocina y el ruido de cosas metálicas era continuo. Salí a tientas de la habitación completamente a oscuras, salvo por la luz que se filtraba través del vano inferior de la puerta. En cuanto abrí, la luz cegó mis ojos y por un momento todo era confuso, al menos había desaparecido el martilleo de mi cabeza y no sentía tanta flacidez en mis piernas a pesar del dolor muscular que me recorría todo el cuerpo.

Andrei estaba de espaldas, vi a través de sus movimientos que tenía varios cacharros sobre la placa de inducción y un olor agradable envolvía todo el ambiente.

—¿Que haces? —pregunté—. Pensé que no regresarías —dije alcanzando uno de los taburetes y sentándome tras la pequeña isla.

—Cogí tus llaves para regresar. Una dieta a base de helado de chocolate y patatas fritas con sabores extraños no creo te beneficie demasiado en tu estado. Comencé a toser. Hasta ahora no había tenido otros síntomas que no fueran el malestar general físico y la fiebre. Andrei se acercó hasta mi y sin ninguna cohibición colocó sus labios sobre mi frente—. Aún estás caliente, aunque no tanto como antes. Te estoy preparando caldo para que tomes una sopa caliente.

—¿Sabes que venden briks de caldo preparado? —exclamé viendo todo el despliegue que tenía montado en la cocina.

—Si. Y también que están llenos de conservantes y sales innecesarias para el organismo. ¿También sabías eso?

Punto para Andrei.

—Mira. Está genial que hagas todo esto, pero no tienes porqué sentirlo como un deber solo porque mis padres te hayan llamado preocupados. Soy mayorcita. Sé cuidarme sola y no necesito… —La mirada de Andrei con un cuchillo afilado en la mano hizo que me quedara callada.

—¿No necesitas qué? —exclamó partiendo una cebolla y comenzando a cortarla a un ritmo demasiado rápido para no estar ni siquiera mirando lo que hacía. Mi pulso se aceleró y sentí que sería capaz de cortarse sus propios dedos, pero después hizo exactamente lo mismo con un trozo de apio que tenía al lado, y lo mismo con las zanahorias… —¿Qué alguien vigile que no te mueres por inanición en esa cama?, ¿O qué te resbales en la ducha porque es evidente que no eres capaz de permanecer de pie ni dos minutos?, ¿O lo que te molesta es que debas depender de mí? —Apartó la mirada y vació todo lo que había cortado en una sartén que ni siquiera sabía que tenía—. No estoy aquí por deber, sino porque soy consciente de que, si no lo hago yo, vendrá Irina y eso pondría a Zafiro en peligro con… lo que sea que tengas. Así que deja de comportarte como una niña cabezota, porque es evidente que no puedes cuidar de ti misma en tu condición.

Apreté los labios para evitar protestar, tal vez porque no me gustaba tener que darle la razón y por mucho que me pese, la tenía. Si él se iba vendría Irina y eso haría poner a Zafiro en peligro si, teniendo en cuenta mis síntomas, podría tratarse perfectamente de algún virus.

Me tomé el caldo justo antes de sentir como la fiebre volvía a entumecerme los sentidos y como si se hubiera dado cuenta, Andrei me cogió en volandas y me llevó de nuevo a la cama. Su contacto era tan agradable y reconfortante que ni siquiera aparté los brazos cuando se inclinó para dejarme caer sobre la almohada.

—¿Por qué dejaste de ir al gimnasio y a la academia? —pregunté sin tener muy claro porque lo había hecho. Tal vez era el delirio de la fiebre o que necesitaba ciertas respuestas.

—Pensé que era lo que querías. Dejar de verme y mantener la distancia que anhelabas —contestó cogiendo mis brazos de detrás de su cuello para apartar los míos.

—No —negué—. No quería… yo… yo no sé…

—Si no fueras tan obstinada, todo sería mucho más fácil —respondió tocando mi mejilla y acercando sus labios para tocar mi frente—. Descansa, estaré aquí cuando despiertes.

Desconozco cuanto tiempo estuve dormitando, pero sí sé que Andrei estaba al otro lado de la cama y que en un momento dado me abracé a él muy consciente de que mi cuerpo le buscaba. Quería su contacto, quería sus brazos rodeándome, quería sentir que no estaba sola cuando siempre había deseado estarlo. Mi lucidez se había ido al inframundo y esperaba que cuando aquella fiebre me abandonara, la cordura regresara a mi mundo y aquel agradable sentimiento de confort muriera junto al virus.

Desperté empapada en sudor, incluso sentía el camisón pegado al cuerpo y en cuanto fui

consciente, noté que tenía medio cuerpo sobre la piel cálida y desnuda de Andrei.

Entraba un poco de luz por la puerta de la habitación desde las ventanas de la cocina y salón, mis manos tocaban su pecho y tenía la cabeza ladeada hacia mí, al parecer, no parecía molesto de que hubiera dormido sobre él ni del calor que debí haber generado durante la noche. Me quedé un instante observándole detenidamente, nunca había tenido la posibilidad de verle así, relajado, inconsciente de ser observado y a pesar de que no había demasiada claridad, sus facciones perfectas eran predecibles. Tuve ganas de tocarle, de recorrer con las puntas de mis dedos el surco de sus labios, el hueso marcado de su mandíbula o su nariz alargada y puntiaguda. El hueso de la nuez que se movía cada vez que tragaba o la rasposidad de su incipiente barba.

Deseché esos pensamientos y traté de apartarme de él y fui consciente de su mano en mi cintura, rodeándome muy probablemente de forma inconsciente, así que cuando traté de separarme escuché que él emitía un pequeño gruñido de protesta.

—¿Dónde vas? —Su voz era grave, rasposa, aún somnolienta y en aquella oscuridad logró estremecerme.

—Intentaba ir al baño —dije sintiendo como apartaba el brazo y me deslicé hasta el filo de la cama, solo que al ponerme en pie sentí como me mareaba y acabé de rodillas en el suelo con la suerte de poner las manos antes de estampar mi cara en el suelo de madera.

Escuché los pasos de Andrei y la luz que iluminaba toda la habitación, unos segundos después me cogía por los brazos y me alzaba con cara de preocupación.

—¿No te vas a reír de mí? —pregunté sintiéndome pequeña, estúpida, habiendo perdido toda la seguridad y confianza que tenía en mí misma por sentirme más vulnerable que nunca.

—No soy el monstruo que crees —advirtió cogiéndome en brazos y acortando la poquísima distancia que separaba la cama de la puerta del baño.

Cuando entró dejó que me apoyara sobre el lavamanos y después salió cerrando la puerta para darme la privacidad que necesitaba.

No. No había nada del Andrei que siempre había pensado que existía bajo aquella piel curtida y perfecta de apariencia angelical. Y aquello estaba haciendo que fuera mucho más difícil aceptar su presencia.

Abrí el grifo de la ducha y tiré el camisón al suelo, en el momento que puse un pie en la placa sentí como se abría la puerta del baño y él entraba.

—¿Qué? —advertí viendo como recorría mi cuerpo desnudo y aun así no vacilaba.

—No me voy a quedar ahí fuera esperando a que te caigas y te golpees la cabeza. Además, yo también necesito esa ducha —dijo quitándose los calzoncillos para después acercarse a mi como si aquello fuera lo más natural del mundo.

—¿Haces esto con todas las chicas que te has acostado? —pregunté porque aquello era tan inverosímil y absurdo que ni siquiera sabía cómo calificarlo.

Habíamos roto nuestro acuerdo sexual. Se suponía que ya no volveríamos a acostarnos. Ni a vernos. Ni a tener ningún tipo de trato hasta acabar también con lo único que nos unía, ese compromiso falso. Y ahora estábamos desnudos dentro de la ducha de mi apartamento sin intención de tener sexo.

Bueno, lo de no tener intención… *claramente por mi parte sí que podría tenerla… y a todas horas.*

—No tengo relación con las chicas que me he acostado, salvo contigo.




Tenía muy claro que tampoco tendría algún tipo de relación conmigo de no ser porque no le había dejado otra opción y, porque entre otras cosas, permanecíamos vinculados a través de su prima. Algo me decía que ahora que íbamos a convertirnos en padrinos de Zafiro, por mucho que intentásemos alejarnos el uno del otro, evitarnos y fingir que no había ocurrido nada, lo cierto es que pasaríamos el resto de nuestra vida padeciendo encuentros incómodos.

Noté su pecho contra mi espalda, provocando que me dejase caer sobre él para ser ese sostén que necesitaba. Siempre había sido alguien que buscaba la independencia por encima de todo, tal vez por esa misma razón no había querido tener ninguna relación estable, además del hecho de estar centrada en mi carrera, sentía la necesidad de demostrar que no necesitaba a ningún hombre para lograr lo que quisiera. Pero en aquella ocasión, apreciar el confort que me daba el saber que él estaba allí, que no me dejaría caer sin importar cuales fueran los motivos, hizo que la repulsa hacia el carácter de Andrei que siempre había manifestado se evaporase, al menos momentáneamente.

Puede que fueran circunstancias del momento, la fiebre o que estaba comenzando con más síntomas de aquel cuadro viral que me afectaban al cerebro, pero me gustaba la sensación de tenerle allí, sin importarme si sus motivos podían ser ganar puntos para que aceptase su dichoso acuerdo matrimonial o porque realmente existía un hombre sensible, de carne y hueso, bajo aquella petulancia que demostraba de forma constante.

—¿Por qué dejaste que creyera que habías pasado la noche con Milenka? —pregunté mientras cogía el bote de champú y él me lo quitaba para echarse una pequeña cantidad en la palma de la mano.

—Parecías muy convencida de ello. No tenía ningún sentido que lo desmintiera cuando habíamos terminado nuestro acuerdo y cualquiera de los dos podría acostarse con quien quisiera —contestó mientras sentía sus manos sobre mi cabeza masajeando el cuero cabelludo en movimientos circulares y hasta ahora no sabía cuánto había necesitado aquello.

—Fuiste tú quien propuso acabar con ese acuerdo —advertí haciendo un inciso en que la propuesta de finalizar nuestros encuentros fue de él.

—Y tú podrías haberte negado… —jadeó deslizando sus manos por mi cuello.

—¿Cuándo era evidente que querías tirarte a esa pelirroja? Solo te di carta libre para que lo hicieras.

No obtuve una respuesta por su parte, sino que me arrastró bajo el grifo de la ducha para aclarar todo el jabón que tenía en el cabello y después repitió la operación por segunda vez en completo silencio.

Las manos de Andrei recorrieron todo mi cuerpo, pero esta vez no era para darme placer, sino para enjabonar cada centímetro de piel que conformaban mis extremidades y aquello solo incito un deseo que lejos de estar en reposo, refulgía sin precedentes. Todo mi ser estaba en alerta, consciente de la lujuria a la que él era capaz de someterme y como si tuviera tatuado bajo la piel un sendero que alertaba ante su contacto sobre lo que podría hacerme.

Ni siquiera la pérdida de fuerza en la que me tenía aquel cuadro de gripe o el dolor muscular, lograban mermar el ardor por su cercanía. Jamás, en todos mis años de conciencia sexual me había privado tanto de mis actos como llevaba haciéndolo en esos escasos doce o quince minutos.

Me envolví en el albornoz mientras él lo sujetaba a mi espalda para que deslizara cada uno de mis brazos y Andrei cogió una de las toallas que permanecían dobladas bajo el lavabo para ajustarla a su cintura.

—Donde tienes el secador —dijo tratando de abrir un par de cajones.

—Está en esa cesta —advertí señalando una estantería colgada que había tras él.

Me alzó para sentarme sobre el mármol de la encimera del lavabo y le observé desenredar el cable del secador para conectarlo y activarlo.

Pensé que lo usaría con él, pero ante mi estupefacción, comenzó a meter sus dedos entre mi cabello para comenzar a secarlo y por un momento me perdí en sus facciones mientras él parecía realmente concentrado en aquella simple tarea. El matiz de su azul era más apreciable con el foco de luz apuntando directamente hacia su iris y aquellos labios ligeramente abiertos hacían que mi boca se aguara ante la simple idea de besarle. No supe en qué momento perdí la reprensión del impulso o mi auto convencimiento para refrenarme, pero en el momento que se

acercó lo suficiente a mi rostro, ladeé la cabeza y uní mis labios a los suyos.

Era la primera vez que conscientemente le buscaba, le anhelaba, le pedía el reclamo de un placer que sabía que podía proporcionarme.

Me aferré a él con la poca energía que aún no me había abandonado y noté como la respuesta de sus labios fue inmediata. Su lengua se abría paso para enlazarse con la mía y avasallarla de aquel modo que tanto anhelaba. Sentí sus manos en mis caderas, sobre la tela del albornoz que me envolvía y rápidamente me acercó a él para que nuestros cuerpos acortaran aquella poca distancia. Sentía una urgente necesidad de que me colmase, me poseyera, me hiciera gritar de éxtasis y con aquella apremiante exigencia de mi cuerpo, dibujé un sendero con mis dedos a través de sus costados para deslizar mis manos bajo la toalla que tenía aferrada a la cintura.

En cuanto comencé a aflojar la presión que la mantenía sujeta, Andrei aminoró la fuerza de aquel beso y se separó lentamente de mi. El silencio dentro de aquel minúsculo espacio hacía que se apreciara con mayor vigor el ritmo de nuestras respiraciones agitadas, sobre todo la mía, ya que el mínimo esfuerzo me fatigaba por la falta de energía.

—No quiero que confundas esto con agradecimiento —dijo apartándose aún más—. O porque creas que es lo que pretendo obtener de ti al estar aquí —añadió abriendo la puerta para que comenzara a salir el vapor de condensación hacia la habitación.

Me quedé paralizada durante varios segundos, como si mi mente no fuera capaz de responder a aquello porque la sensación de vacío que sentía mi cuerpo me abrumaba.

—¿Y si es lo que quiero? Lo que deseo ahora en este preciso momento —afirmé sabiendo que, bajo unas circunstancias normales, jamás lo habría dicho.

Andrei se acercó de nuevo, no lo suficiente para unir nuestros labios, pero si para rozar con sus dedos mi mejilla y evidenciar una pequeña sonrisa.

—Tienes fiebre y no voy a aprovecharme de tu delirio, aunque ahora creas que es lo que quieres. Cuando vuelvas a ser tú misma, podrás decidir si quieres o no que retomemos nuestro acuerdo. No antes.

¿Acababa de proponerme retomar el acuerdo explícitamente sexual que habíamos mantenido?

—¿Quieres que volvamos a tener un acuerdo sexual exclusivo? —pregunté alzando una ceja contrariada.

—No —negó tajantemente—. He dicho que podrás decidir si quieres que retomemos nuestro acuerdo y para eso, tendrás que ser tú quien lo proponga —advirtió haciéndome bajar de la encimera del lavabo.




Andrei se marchó poco después por asuntos de trabajo que requerían su presencia en la sede central de Komarov y yo, terminé en un delirio emocional que incrementado por la fiebre o no, era incapaz de gestionar. No estaba preparada para ver una faceta humana, cercana y sin ningún tipo de interés personal en él, incluso ahora mismo me debatía una y otra vez en buscar la razón por la que se comportaba de aquel modo y parecía realmente que yo le importase dada su actitud.

¿Y si aquello solo era una estratagema oportunista para hacerme cambiar de idea respecto al matrimonio concertado? Cuatrocientos millones pueden hacer que alguien se involucre de muchas formas, incluso fingir esa actitud cercana y humana que él me había mostrado.

Quizá solo era la firmeza que mi mente necesitaba para encontrar una lógica a su comportamiento, porque la visión que tenía proyectada de alguien como Andrei, no casaba en absoluto con la dedicación que había visto en menos de veinticuatro horas.

Mi dolor muscular y óseo, al igual que la fiebre quedaba mermado gracias a los medicamentos, pero eran incapaces de controlar el calor o frío que sufría repentinamente o la sensibilidad cada vez que la ropa me rozaba la piel. No recordaba cuando había sido la última vez que tuve gripe, pero era peor el agobio por la inutilidad de mi cuerpo que los propios síntomas.

Encendí el teléfono y vi que tenía varias llamadas de mis padres, mensajes de Irina con fotografías de Zafiro y ella, sonreí instantáneamente y me quedé observando los preciosos ojos de la que sería mi ahijada dentro de poco. Nunca había desarrollado instinto maternal en todos estos años, ni siquiera cuando Irina confesó que estaba embarazada sentí envidia o la sensación

de querer compartir junto a ella algo tan precioso, quizá porque no entraba en mis planes de carrera y porque tener un hijo en mi situación era más que inadmisible a menos que renunciase a los proyectos que tenía en mente, entre ellos el voluntariado en países tercermundistas. Observé la fotografía unos segundos más y mi mente comenzó a fantasear con la posibilidad de que algún día estuviera en la misma situación que mi mejor amiga. No sabía si mis pensamientos eran fruto de mi estado o de que en aquel momento me sentía más sola que nunca por el rechazo de Andrei, pero fueran cuales fueran los motivos, lo único cierto es que no deseaba sentirme así de sola el resto de mi vida.

Llamé a mi madre, que en seguida me confesó que estaba al corriente de mi estado porque Andrei les mantenía informados, así que evité llamar posteriormente a mi padre y en cuanto corté la llamada, vi que tenía un nuevo mensaje de Irina preguntándome si estaba bien porque aún no le había respondido. Decidí llamarla.

—¿Como es posible que, dirigiendo una empresa y con una hija pequeña, tenga más tiempo para escribirte e interesarme por ti que tú? —exclamó nada más descolgar.

—Lo siento, tenía el teléfono apagado —admití arrastrando un poco la voz.

—¿Estás bien?, ¿Porque cualquiera diría que te encuentras en el inframundo?

—La verdad que no estoy en mi mejor momento —confesé—. He pescado una gripe o un enfriamiento, no lo tengo claro aún dados los síntomas.

—Voy ahora mismo a tu casa —declaró Irina con tenacidad.

—Ni se te ocurra, tienes una niña pequeña. Además, estoy bien atendida —afirmé con rotundidad y percibí la duda en su silencio al otro lado de la línea.

—Si es una estrategia para que me preocupe menos, no lo haré.

—Te aseguro que estoy bien cuidada, no debes preocuparte por mi.

—¿Ese ese compañero de trabajo?, ¿El que está casado? —exclamó con cierta duda.

No tenía ningún sentido mentirle. Ya no, menos aun cuando sentía que todo iba a saltar por los aires.

—No. Ya te dije que no era importante —afirmé llevándome una mano a la sien para lo que iba a decir—. Es tu primo, se presentó aquí anoche ante la preocupación de mis padres porque recibieron una alerta desde el hospital ante mi nula respuesta.

—Andrei esta… ¿En tu casa?

—Técnicamente es tu casa —afirmé evadiendo su respuesta.

Hubo un silencio prolongado y supuse que en su cabeza estaban refulgiendo todo tipo de preguntas.

—Esto que voy a decir no creí que lo diría jamás, pero… ¿Hay algo entre mi primo y tú

aparte de ese compromiso falso?

¿Lo había? Tal vez antes de romper el acuerdo sexual que teníamos si, pero técnicamente no había nada entre Andrei y yo en estos momentos.

—Absolutamente no —negué.

—Nadia… —dijo arrastrando mi nombre—. Me gustaría hacerme la ingenua, pero todo esto que está ocurriendo entre mi primo y tú, incluido que él te haya propuesto un acuerdo matrimonial me parece bastante grotesco si os seguís detestando como lo habéis hecho siempre. Así que vuelvo a preguntarte y espero franqueza por tu parte. ¿Ha ocurrido algo entre Andrei y tú que deba saber?

Tal vez fuera la fiebre o que podía achacarlo a ella para necesitar un confesor de todo lo que estaba sintiendo y refulgía en mi interior, pero fuese cual fuese el motivo, sentí que, si no sacaba todo lo que llevaba dentro de mí, iba a consumirme.

—Andrei y yo pactamos un acuerdo exclusivamente sexual hace varias semanas —solté sin pensar en el significado que tenían aquellas palabras—. Y antes de que digas nada. No. Esto no tiene ningún parecido entre tu historia con Alejandro.

Tuve que apartar el teléfono de la oreja hasta en tres ocasiones para verificar que Irina seguía al otro lado, pero evidentemente estaba en shock. Bien porque no esperaba que le dijera aquello o porque trataba de asimilarlo para no soltarme una ristra de comentarios fuera de lugar por ocultárselo. Fuera cual fuera la razón, la comprendía. Ella me había confesado cada uno de sus pasos con Alejandro, me había hablado de sus incertidumbres, miedos, dudas y yo… no había sido sincera con ella, aunque me justificara en que la involucraría emocionalmente por su relación con Andrei.

—Vale —afirmó casi dos minutos después—. Voy a presuponer que no me has dicho nada para que no me preocupase por ti, ¡Joder Nadia!, ¡Me dijiste que estabas liada con un tío casado del hospital cuando estabas con mi primo!

—Andrei y yo pactamos no decirte nada porque no tenemos ninguna implicación emocional. Sabes que no nos soportamos y…

—¿Y? —exigió.

—Solo iba a durar hasta el bautizo de Zafiro, después cada uno seguiría con su vida. Aunque eso no importa, decidimos romperlo este fin de semana de mutuo acuerdo. Tal vez sea lo mejor.

Más silencio.

—¿Tal vez? —exclamó—. Un tal vez por tu parte significa que te gusta, de lo contrario habrías mencionado un "*es lo mejo*r" a secas.

Irina me conocía demasiado para pasar desapercibido ciertos matices que mi propio cerebro decía para traicionarme.

—No voy a negar que fue completamente inesperado que me sintiera atraída de ese modo hacia Andrei, solo hago referencia al sexo, que conste.

—Todavía me cuesta imaginar que Andrei y tú os habéis liado… es que… a ver, está claro que sois libres de hacer lo que queráis, pero ni siquiera podíais tener una conversación de más de un minuto sin discutir.

—Bueno, ya no importa. Todo ha acabado.

—Querida amiga, sé que si me lo estás contando es porque no ha acabado, sino que acaba de comenzar…




Tuve que colgar rápidamente cuando sentí la cerradura de la puerta indicando que alguien estaba entrando, pero justo antes de interrumpir la conversación Irina, le advertí que no dijera ni una palabra a nadie, menos aún a Andrei de lo que le había confesado.

No le di tiempo a que me respondiera, pero imaginé que sería discreta, aunque tampoco podría juzgarla teniendo presente que su primo y yo le habíamos estado ocultándole todo en su propia cara. Sentía parte de esa opresión y culpabilidad evaporarse, al menos parcialmente, pero saber que ella no estaba enfadada ni se lo había tomado mal, era un alivio momentáneo ante la caótica situación en la que me encontraba.

Romper el compromiso falso no iba a ser fácil y Andrei ya me había dejado muy claro que tampoco pensaba ayudarme en ese sentido. Yo era el billete ganador hacia el destino que él se proponía y de paso, contentar a su familia, pero la simple idea de imaginar estar atados de por vida sin ningún tipo de conexión, resultaba aberrante.

«O no tanto cuando pensaba en cómo había actuado conmigo en las últimas veinticuatro horas, pendiente de cada necesidad que tuviera para cubrirla, preocupándose de mi estado y sintiendo una cercanía hacia él que jamás había experimentado previamente»

¿Era realmente así o solo actuaba para confundirme? No sabía que pensar, ni qué decir, ni qué creer.

Esa era la triste realidad.

—¿Te sientes mejor para salir de la cama? —preguntó dejando unas cuantas bolsas sobre la encimera de la cocina mientras yo salía de la habitación.

—Si. Gracias —respondí secamente.

—Te he hecho algo de compra saludable para los próximos días, te dejaré algunas cosas preparadas y otras congeladas para que no tengas que preocuparte por eso, será muy importante que te alimentes bien.

—No deberías… —me callé porque me dio un golpe de tos y me acerqué hasta la banqueta para sentarme un poco más cerca de él, que enseguida me ofreció un paquete de pañuelos—. Puedo pedir comida a casa.

—¿La palabra saludable significa algo para ti, *doctora*? —inquirió recalcando en que precisamente yo no debía quejarme—. Va a ser verdad eso de que los médicos son los peores pacientes.

Me reí inevitablemente y vi como él evidenciaba una sonrisa.

—Tengo que irme esta noche, es un asunto urgente que no puedo evadir, pero le he pedido a una enfermera privada que pase a verte mañana a primera hora para ver tu evolución.

Resoplé.

—Ya me ha pasado el pico de fiebre, está remitiendo. Te aseguro que no es necesario, es más, me alegro de que tengas que irte porque soy plenamente autosuficiente. Aunque si me dejas algunos platos preparados… no te voy a decir que no —confirmé sin mirarle.

Quisiera reconocerlo o no, Andrei cocinaba demasiado bien, tanto que hasta me sentía culpable al reconocer que tenía un talento realmente bueno que elogiar y yo, jamás he dicho algo que jugara a su beneficio o engrandeciera su ego.

—¿Algo más a lo que no vas a decir que no? —exclamó despreocupado mientras le veía sacar verdura, fruta, huevos, algunas legumbres, pasta y arroz de las bolsas. Mi cocina jamás ha estado tan llena de cosas como ahora, pero es que lo del término cocinar y yo no casamos del todo bien, a mí se me da bien comer, lo otro se lo dejo a los expertos.

Le observé atentamente para ver si percibía algo en su cuerpo que me hiciera pensar a qué se refería con sus palabras. ¿Tal vez solo era una forma de romper la tensión?, ¿Entablar un diálogo sereno y fluido en el que nunca nos habíamos visto inmersos?

—Tampoco diría que no a un buen postre —dije antes de volver a toser y vi como su mirada azul se posaba sobre mí con cierto recelo.

—Deberías sumar un antigripal a lo que sea que estés tomando —dijo muy serio.

—¿Ahora eres tú el doctor? —exclame viendo cómo se quitaba la chaqueta, la corbata y se desabotonaba los puños para remangarse la camisa con una minuciosidad propia de alguien que hace con frecuencia ese gesto.

—Lo mío son los negocios y los fuegos, la química te la dejo a ti —advirtió después de

enjabonarse las manos y aclarárselas, al mismo tiempo que sacudía el exceso de agua sobre el fregadero.

Soy yo, ¿O acaba de soltar una frase con una clara doble intención?

Me quedé callada durante varios minutos viéndole maniobrar por mi cocina por segundo día consecutivo. El despliegue de cortes de verdura, carne fileteada, medallones de pescado, estofados y arroz guisado que preparaba a la vez era una pasada.

Nos limitamos a hablar de frivolidades, el bautizo de Zafiro y no tocamos o más bien evitamos tocar el tema del compromiso falso. Que él mantuviera la propuesta de casarnos de verdad solo por el dinero que obtendría me parecía frívolo y absurdo cuando al mismo tiempo estaba cocinando en mi casa solo para dejarme comida preparada y que, cuando le ofrecí una copa de vino, la rechazo alegando que yo no podría beber, así que en deferencia a mi, él tampoco lo haría.

—¿Cuándo has aprendido a cocinar así? —le dije en cuanto se sentó a mi lado para cenar aquel arroz con bogavante del que desprendía un olor fabuloso y cuya pinta era aún más extraordinaria.

—Hice varios cursos privados con los mejores chef —dijo sirviéndome un poco de agua fresca en el vaso.

—¿De Moscú? —pregunté sin maldad llevándome el vaso a los labios.

—Del mundo —objetó sin mirarme y yo abrí sorprendida los ojos—. Tengo la mala costumbre de que cuando me gusta algo, me implico al máximo y en ese caso, busco lo mejor.

—Pensé que eras más patriótico en ese sentido, eres demasiado… ruso —contesté mientras probaba un poco de arroz y al hacerlo, mi sonrisa desapareció porque me ardía la lengua, así que exclamé un pequeño gritito antes de llevarme el vaso a la boca.

—Siempre has sido impaciente —advirtió sin reproche, sino como si me estuviera diciendo algo una persona cercana, que me conocía desde siempre. ¿Realmente él me conocía? Porque yo sentía que, a pesar de haberle tenido presente toda mi vida, era un completo desconocido para mi—. Me gusta Rusia. Adoro vivir en Moscú y me encanta nuestra cultura, pero eso no significa que sea ciego a otras y mucho menos, a su gastronomía. Mi trabajo me hace estar en constante movimiento y probar el arte culinario de cientos de países. Sería un necio poner limitaciones al enriquecimiento que puede ofrecer el aroma de todas esas especias y saber cómo usarlas adecuadamente.

Durante un rato me quedé en silencio y vi como él soplaba una cucharada antes de llevársela a la boca sin hacer aspavientos o alaridos como había hecho yo.

—¿Te has quemado la lengua y no volverás a decir nada más? —preguntó cuando iba por

su tercer bocado y yo seguía aún paralizada.

—¿Te das cuenta de que es la primera vez que no discutimos? —pregunté sintiéndome extraña.

—¿Y tú te das cuenta de que es la primera vez que no tienes ese muro impenetrable que mantienes erguido con tus prejuicios?

No supe que decir porque, quizá en cierto modo era cierto. Había creado un muro impenetrable no solo para él, sino para cualquier hombre que pudiera interferir entre mis objetivos y yo. Tal vez solo era una acción inconsciente del reflejo de la vida de mi madre, una mujer completamente dependiente de las migajas que mi padre le quisiera ofrecer.

No.

No quería ser dominada, sino ser dominante. Libre de mis elecciones, mis actos y consecuente con ellas hasta el final. Tal vez había querido elegir no creer en el amor, no dejar que me afectasen esa clase de emociones que me haría desviarme del camino que deseaba seguir, pero ahora que Andrei se había marchado, me daba cuenta de que no se estaba tan mal teniendo a alguien que se preocupa por ti, aunque esa preocupación fuera interesada, fingida o con una segunda finalidad. Ciertamente podía haberse negado, la idea de hombre que yo tenía de él lo habría hecho y, sin embargo, tenía un congelador lleno de envases con comida casera y un frigorífico con un surtido de variedad increíble además de varios envases para el día siguiente.

¿Podía encajar esa faceta de Andrei en la percepción que yo tenía de él?

No.

Ni de lejos.

Ni siquiera se acercaba una pizca.

Pero él mismo reconocía que cuando quería algo, lo daba todo de sí mismo para lograrlo y yo no dejaba de preguntarme si ese despliegue de actuación que había maniobrado formaba parte de su plan para ablandarme y aceptar su propuesta.

¿Era más cómodo pensar que era un lobo feroz en los negocios capaz de transformarse en un príncipe de brillante armadura con tal de lograr su propósito? Si. Eso era mucho más fácil que admitir el hecho de que podía estar equivocada respecto a él.

No supe nada de Andrei en los siguientes días, aunque la enfermera privada venía tres veces al día para controlarme la fiebre, presión arterial y oxigenación en sangre, apenas estaba diez minutos, observaba la propia medicación que yo misma me había dado y se marchaba. No tenía constancia de si informaba directamente o a *su jefe*, ya que era él quien la pagaba, pero sí que no tuve ni una llamada, mensaje o correo electrónico para saber cómo estaba.

Debería alegrarme porque hubiera decidido poner distancia entre nosotros. No teníamos

nada. No éramos nada. Y no seríamos jamás nada.

Pero me molestaba.

De nuevo me irritaba no tener noticias de él. Imaginarlo revolcándose con quien fuera, en realidad me daba igual y no le ponía ni rostro, pero estaba claro que él había pasado página desde el mismo momento en que me propuso acabar con ese acuerdo.

La conversación que mantuvimos en el baño tras besarle me hizo recordar que si quería volver a nuestro acuerdo debía ser yo quien se lo propusiera. No habló de sexo casual o espontáneo, o de tener una relación abierta. Dejó muy claro que el único modo de tener sexo sería volviendo a nuestro acuerdo lícito y en exclusividad.

¿Por qué?

Me iba a explotar la cabeza si seguía pensando en él y más aún, encerrada en aquellas cuatro paredes durante cuatro días sin salir, así que decidí darme el alta voluntaria y regresar al trabajo el viernes con la intención de hacer guardias todo el fin de semana. Mi mente necesitaba llenarse de cosas importantes, planes de operación y procedimientos de pacientes, no de teorías y enigmas cuya respuesta no iba a encontrar si hacían referencia a ese misterio de hombre.

Mi turno en el hospital comenzó extrañamente bien, para empezar y sin pretenderlo, había creado una alerta a todo el hospital con mi ausencia, así que todo el personal de mi unidad estaba informado de que había pasado varios días enferma en casa y a pesar de que mi castellano dejaba infinitamente que desear, traté de darles a todos las gracias. Después me enteré de que, también se había filtrado a la unidad que era la hija de un magnate ruso y estaba comprometida con un millonario, así que los cuchicheos allá donde iba, eran cuanto menos evidentes.

No podía evitar ser quien era, pero si podía decidir quien quería ser.

—Me alegra ver que estás bien —dijo Cedrini acercándose hasta mi por el pasillo.

No me desagradó verle, al fin y al cabo, iba a encontrármelo cada día, pero esperaba que no fuese hasta la semana siguiente.

—Gracias —sonreí algo forzada.

—Me sorprendió que el hospital tuviera que alertar de tu ausencia —dijo con ese tono que empleaba para sacar información de un modo natural, pero que evidentemente buscaba respuestas para ciertas preguntas que, a mi modo de verlo, no tendría que importarle.

—Tenía el teléfono apagado, no tiene mucho misterio. —Me encogí de hombros para proseguir hacia la sala de reuniones y recoger los informes de pacientes a los que debía atender para sustituir al médico de guardia.

—Supongo que no. Nos puede pasar a cualquiera. Por cierto, teníamos algo que celebrar ¿Qué te parece esta noche? —comentó yendo al grano.

—Tengo turnos dobles todo el fin de semana —puntualicé sin pretender que me alegraba tener la excusa perfecta.

—Lástima… —chasqueó la lengua—, pero ya habrá más de una ocasión en la que lo celebremos… *como se merece.* —Su forma de arrastrar las palabras de un modo excitante era tan claro, que no me hacía falta usar la imaginación para darme cuenta de a qué se refería.

Se alejó dejándome en la puerta de la sala de reuniones marchándose por el pasillo que proseguía y en cuanto puse un pie, otra residente de cuarto año me observaba fijamente.

—¿Lo hace con todas? —pregunté sabiendo que nos había escuchado perfectamente y que además, comprendía a la perfección el inglés por el gesto de su rostro.

—No —negó—. Tiene especial fijación por las rubias —comentó encogiéndose de hombros y su cabello castaño oscuro se movió un poco—. Aunque ninguna logra resistirse tanto tiempo como lo estás haciendo tú, eso debe haber herido su magnánimo orgullo y por eso se ha vuelto más insistente.

Alcé una ceja y me eché a reír.

—¿Le has estado espiando? —exclamé y volví a reírme.

—¡No!, ¡Dios me libre de perseguir a un cerdo como Cedrini por muy bueno que esté! —exclamó—. Es que llevas aquí varias semanas y aún no has caído en sus redes. Al menos deduzco que no lo has hecho por vuestra conversación.

—No estoy interesada en Cedrini, pero él parece hacer oídos sordos a mis claras advertencias.

—Bueno, he oído por ahí que eres hija de un magnate ruso y que tu prometido es…

—Sinceramente, preferiría que mi familia, contactos, amistades o relaciones personales no interfirieran en mi carrera profesional. Una de las razones por las que me marché de Moscú fue precisamente para que nadie pudiera juzgarme o pensar que no merezco mis méritos.

—Wow. Eso dice mucho de ti —mencionó en voz baja—. Aunque déjame advertirte que, si los utilizas para largar a Cedrini, más de una y uno te lo agradecerán.

Me detuve en la placa de su uniforme y logré leer A. López.

—Doctora López —advertí con un acento muy marcado—. ¿Hay algo sobre Cedrini que deba saber? Porque hasta ahora solo he comprobado que es un excepcional neurocirujano, aunque le encante ponerle los cuernos a su mujer, pero eso no le priva de salvar vidas o mejorarlas.




Vi como miraba hacia ambos lados del pasillo para asegurarse de que sería imposible que alguien pudiera escucharnos a pesar de estar hablando en otra lengua y comenzó a hablar en voz baja.

—Yo no te he dicho nada —inicia en parte insegura por su tono de voz con lo que va a revelarme—. Cedrini no está en este hospital por casualidad, le echaron de tres hospitales de Italia antes de ser trasladado aquí gracias a un tío que tiene cierta influencia en la junta del hospital, pero como es un magnífico neurocirujano, toleran su… perversión maniaca por decirlo suavemente.

—¿Perversión maniaca? —inquirí.

—Algunas chicas que acceden a ir con él, después sufren algunas lagunas sobre lo que ha ocurrido y no lo recuerdan exactamente.

Abro los ojos con terror al comprender lo que eso significa y pienso en aquella vez que me ofreció el café y tuve un fugaz pensamiento con esa idea.

—¿Y nadie le denuncia? —exclamé.

—No —negó—. Todas accedieron de forma voluntaria a ir con él y luego está el hecho de que tienen miedo. Es el jefe de la unidad y además tiene apoyo por la junta directiva a través de la influencia de su tío. Logró que despidieran a dos enfermeras que pensaban unirse para denunciarlo antes de que lo hicieran.

—Si todo el mundo sabe como es, ¿Como es posible que aún sigan cayendo en sus redes?

Mi confidente hizo una mueca y rodó los ojos hacia el techo.

—Muy sencillo; sangre fresca y ganas de ascender —zanjó—. Cedrini también puede hacerte el camino muy fácil si estás de su lado. Y como el muy cabrón tiene un aspecto bastante atrayente, la mayoría de sus víctimas acceden con satisfacción a acostarse con él o a dejar que cometa ese tipo de depravaciones. De hecho, algunas residentes han tenido cartas de recomendación por su parte y no han tenido problemas en encontrar trabajo en otros hospitales cuando se les ha finalizado el contrato. ¿A que ya te ha comentado el futuro brillante que puedes tener si estás a su lado? Pues te garantizo que se convertirá en una pesadilla si decides no entrar en su cama.

Mierda. Justo lo que quería evitar desde un principio.

Suspiré y vi cómo me miraba con cierto pesar.

—¿Si me tiño el pelo de negro me dejará en paz? —clamé en una tonalidad demasiado aguda.

No me apetecía volver a comenzar de cero, no es que hubiera creado un entorno amigable y adaptado a mi unidad, apenas conocía a la mayoría y tampoco me había dado tiempo de hacer amigos, en parte, por el idioma, pero seguir sumando hospitales sin una estabilidad era algo que prefería evitar y con Cedrini la cosa podría ponerse complicada.

*Muy complicada, de hecho.*

—Siento que la primera impresión que has tenido de mi haya sido tan… reveladora, soy Antonia López.

—Más que reveladora diría que necesaria. Un placer conocerte Antonia, soy Nadia. —Me limite a decir sin nombrar mi apellido.

Tener una nueva compañera tan cercana como Antonia dentro de la unidad me había hecho sentirme más integrada, habíamos pasado juntas el resto de su turno y cuando se marchó porque yo aún debía continuar haciendo guardia comencé a sentir por primera vez que formaba parte de aquel lugar.

No había querido pensar ni darle vueltas al asunto de Cedrini, aunque era un tema que debía afrontar y solventar en algún momento. Era un perro sabueso que no dejaría escapar fácilmente a su presa, no hasta devorarla y estaba claro que yo representaba para él uno de esos huesos muy apetecibles.

¿Qué pasaría si aceptaba ir con él a ese bar para celebrar mi éxito en quirófano? Una de las opciones estaba clara cuál era; intentaría bajo todos los medios posibles que me acostase con él y me pregunté si yo podría ser una de esas chicas a las que intentaría manipular para hacer quien sabe qué. ¿Correría el riesgo sabiendo que mi padre puede influir en la junta por ser un hombre de recursos? La cuestión es que si continuaba evitándole también corría el riesgo de que

me relevase de quirófano por tiempo indeterminado.

Resoplé.

Si antes pensaba que la idea de acostarme con Cedrini no me parecía espantosa salvo porque no quería tener ese tipo de relaciones en el trabajo, ahora el tipo me asqueaba a un nivel exagerado.

¿Habría insistido en acompañarme a casa para saber dónde vivía? La simple idea me daba pavor.

Aunque eso no tenía sentido, él debía presuponer que yo vivía con mi prometido a pesar de todas esas insistencias e información que había leído en la prensa o que trataba de justificar como incertidumbres de la junta directiva. Pamplinas, ahora no tenía duda de que era él y su maquiavélico juego enfermizo.

De pronto, eso me hizo recordar a Andrei y fue inevitable compararles, pero pronto esa comparación se disipó porque yo misma tuve que reconocer que a pesar de odiar durante años al primo de mi amiga, sería incapaz de utilizar su posición o influencia para aprovecharse de ese modo de una mujer. Aquello era un acto de cobardía y de entre todos los defectos que tenía ese rubio de ojos azules, ser cobarde no era uno de ellos.

Un par de llamadas perdidas de Irina cuando salí del hospital a primera hora de la mañana me hicieron dibujar una sonrisa en el rostro. El clima auguraba que la calidez se apresuraba y ya había comenzado a utilizar únicamente gabardinas ligeras para ese fresco que existía cuando el sol se escondía. Me hice un par de nudos para ajustar la prenda a mi cintura y me encaminé hacia una de las cafeterías cuyo aroma de café recién hecho endulzaba mis sentidos atrayéndome como una abeja hacia su colmena. Hice el pedido antes de poner el dedo sobre el nombre de mi mejor amiga para devolverle la llamada.

—No sabía que habías vuelto al trabajo tan pronto —comentó nada más descolgar.

—Buenos días para ti también —sonreí y me distraje un momento con la cantidad de gente que comenzaba a entrar y hacer sus pedidos para llevar.

—Llevo despierta desde las cuatro, mis buenos días se fueron a freír espárragos —suspiró.

—¿Qué ha pasado? —exclamé preocupada.

—Trabajo, una hija a la que le están saliendo los dientes bastante dependiente y con mamitis, y que ayer discutí con Alejandro.

Alcé una ceja porque, por norma general, Irina no solía comentarme demasiado sus altibajos emocionales de pareja, no desde que se habían casado. Me comentaba sus viajes, su activa y pasional vida sexual envidiable que no había cambiado incluso después de tener a la

niña, pero… nunca me había comentado que discutían.

—Eso es nuevo —dije mordiéndome el labio.

—Supongo que es normal. Los dos estamos estresados. Los dos estamos cansados. Y los dos querríamos hacer cosas que no podemos —afirmó con cautela—, así que ayer explotamos y él se marchó a la casa del lago a pasar la noche.

«Pues si que pinta mal la cosa»

—Imagino que no es la primera vez que discutís —admito un poco después y veo como dicen mi nombre para recoger el café y la galleta gigantesca que he pedido para llevar.

Doy el primer sorbo mientras Irina me va contando que obviamente no es la primera vez que discuten, pero si la primera que él se va de casa para poner distancia.

—¿Y qué harás? —pregunto viendo mi parada de metro y me planteo si caminar hacia la siguiente para mantenerme en línea o descender a riesgo de que la llamada se corte por falta de cobertura.

—Sé que se ha ido para no estropear las cosas, porque siempre se ha cerrado como un melón y tal vez sea su modo de protegerse, pero pienso dejarle muy claro que será la primera y la última vez que se larga. Y después… —se silenció.

—¿Después qué? —exclamé.

—Después pienso obligarle a que me dé unos cuantos orgasmos como compensación.

Me eché a reír algo aliviada de que la tensión que le había hecho discutir con su marido ya se hubiera distendido.

Irina me invitó a cenar esa noche en su casa, pero tuve que negarme porque me resultaba imposible cambiar turnos después de haber faltado tantos días, así que prácticamente me obligó a aceptar la invitación para una exposición de cuadros por parte de un amigo de Alejandro la semana siguiente en mi único día libre.

Justo cuando me preguntó por Andrei y pensaba decirle que no tenía noticias suyas desde que se marchó de casa e incluso, me gustaría haberle confesado que su compañía me resulto extrañamente agradable —o más bien demasiado agradable para ser precisos—, me colgó despidiéndose rápidamente al escuchar que Alejandro estaba entrando en casa, del mismo modo que yo hice la vez que Andrei entró en la mía.

Me quedé mirando el teléfono un segundo vislumbrando el fondo de pantalla sin notificaciones. ¿De verdad seguía esperanzada de que en algún momento él me llamara o enviase un mensaje para ver cómo estaba? Era Andrei Komarov, por más calidez que hubiese visto por parte de él fingida o no, estaba claro que no le importaba en absoluto y que, a diferencia de mí, yo no aparecía en ninguno de sus pensamientos.




El arte en general es una de esas cosas que se me da realmente mal. Desde cantar o pintar, podría decirse que bailo medianamente aceptable, pero todo lo que requiere imaginación y creatividad esta fuera de mi alcance. Tal vez por eso aprecio con gran devoción esas personas que logran captar la esencia de las cosas en una pintura o expresarlos a través de la escultura, movimientos o voz.

«También podría decir sabores, pero eso me recordaba a alguien en quien prefería no pensar»

No quería dirigir mis recuerdos al último encuentro con Andrei porque cada vez que lo hacía, sentía una llamarada tratando de consumirme y precipitarme al vacío por la falta de sus caricias. No quería ponerle nombre a ello, o quizá deseaba calmar dicha inquietud con creer que se debía a la privación de sexo, pero no tener noticias suyas o más bien, no saber nada de él, también me desquiciaba sin saber por qué.

Era como si entre nosotros se hubiera quedado una deuda pendiente que saldar y no era capaz de arrancármelo de los pensamientos.

—La amarga soledad —escuché a mi lado y di un pequeño saltito recuperando la consciencia del lugar en el que me hallaba.

Había llegado puntual a la galería de arte donde exponía el amigo de Alejandro, pero no había rastro de mi amiga, al parecer habían tenido un retraso en el último minuto y llegarían un poco más tarde, por lo que me dijo que la esperase dentro.

—¿Cómo? —exclamé al hombre que tenía a mi lado sin comprender qué era lo que había mencionado.

Tenía la sensación de haberle visto antes, pero no recordaba exactamente dónde.

—El cuadro —dijo señalando la barca de madera cuyo detalle minucioso la hacía parecer una fotografía y que estaba navegando sin rumbo sobre aguas negras—. La amarga soledad es el nombre del cuadro —dijo en un inglés casi perfecto dándose cuenta de que no entendía bien su idioma.

Ni siquiera me había detenido a leer la placa que hacía referencia porque no iba a comprender lo que había escrito, pero comprendí el significado que representaba aquella barca solitaria navegando por aguas profundas a la deriva como si estuviera abandonada.

Un chico joven pasó cerca de nosotros ofreciéndonos una copa de champán y tanto el desconocido como yo, cogimos una dándole las gracias.

—¿Cree que el autor del cuadro considera que la soledad siempre es amarga? —pregunté aún con la vista en la pintura.

—No lo sé, aunque creo que tal vez lo que deseaba transmitir es que la soledad se convierte en amargura cuando perdemos la motivación que nos impulsaba a hacer aquello que deseábamos. Se puede estar rodeado de personas y sentirse solo o estar en esa barca en medio de un océano a miles de kilómetros y sentirse acompañado.

—No creo que me sintiera muy acompañada en esa barca precisamente —alegué antes de dar un sorbo a la copa y escuché la risa del desconocido a mi lado.

—Podría acompañarte, si quieres —alegó un instante después y entonces aparté la vista del cuadro para fijarme detenidamente en sus rasgos.

Era solo un par de centímetros más alto que yo, con el cabello tan oscuro que lograba entreverse el inicio de algunas canas esparcidas entre un corte de pelo informal, a diferencia de la incipiente barba en la que aún no se apreciaba cabellos blancos. Debía tener entorno a los cuarenta años, arriba o abajo y su físico era de complexión media, no apreciaba a simple vista que se ejercitara demasiado. Vestía unos pantalones de lino claros con una camisa del mismo género en azul marino. Nada de trajes, ni corbatas, sino que prefería un aspecto relajado y vivaz.

—Eres el autor del cuadro —dije sin rodeos al comprobar que todo en él gritaba la palabra *artista*.

Volvió a reír y me ofreció su mano.

—Nicolás Arteaga, Nico para los amigos. ¿Qué me ha delatado?

Relajé un poco el semblante y le ofrecí la mano.

—Nadia Ivanova —respondí y sentí su mano cálida estrechando la mía—. No poseo ningún talento para las artes, pero al parecer sí para asociar quien dispone de el—argumenté sin entrar en detalle que había sido su aspecto el que me había hecho pensar que debía ser pintor.

—Ivanova… ¿Eres amiga de Irina? —exclamó frunciendo el ceño.

—Si. Ella fue quien insistió en que debía venir.

—¡Vaya! —exclamó con verdadero estupor—. Alejandro me dijo que una amiga de su esposa había venido a la ciudad para trabajar como médico, pero no tenía ni idea de que se trataría de una exquisita belleza a la que me encantaría retratar.

Normalmente los halagos no me ponían nerviosa, pero en aquel momento me sentía algo fuera de lugar.

—¡Nico! —exclamó alguien y vi como este apartaba la mirada para dirigirse hacia un grupo de amigos que acababa de llegar.

Volví la vista al cuadro de la barca abandonada.

«*La amarga soledad*»

Hasta hace muy poco había considerado la soledad como un refugio en el que me sentía cómoda, despreocupada e incluso la encontraba confortable. Ahora sentía que me ahogaba, que me presionaba hasta notar que faltaba oxígeno en mis pulmones y que atenazaba con hacerme perder el juicio por completo.

Saqué mi teléfono y abrí la agenda que tenía grabada. Su nombre era el primero de la lista, como si fuese algún tipo de señal divina para decidirme a llamarle y cerré los ojos consciente de que hacerlo, sería demostrar que era débil ante él, perdería toda la seguridad y tenacidad que siempre había demostrado.

Abrí los ojos decidida. Le llamaría. No tenía ni la menor idea de lo que iba a decirle, pero iba a acabar con aquello, necesitaba desquitarme esa tensión palpable que sentía de forma constante y en cuanto mi dedo pulsó su nombre para darle al botón de llamar, el destino quiso reírse en mi cara cuando le vi aparecer por la puerta del brazo de una flamante chica morena que no dejaba de sonreír.

«No me lo puedo creer»

En el momento que Andrei sacó su teléfono del bolsillo vi su expresión de confusión antes de verme en persona, pero descolgó y se llevó el teléfono al oído. Reaccioné de forma inmediata y colgué rápidamente para darme la vuelta y dirigirme hacia otra parte de la sala.

Sentía el corazón desbocado, como si se fuera a salir de mi pecho y una quemazón en la garganta de una impotencia que no comprendía.

Que estuviera allí con aquella mujer era la constatación de que a él le resultaba indiferente estar conmigo que con cualquier otra. Y lo aceptaba. Al menos lo aceptaría si para mi también hubiera sido lo mismo.

—Al fin te encuentro —La voz del tal Nico me trajo un poco de calma y estabilidad. Su

sonrisa era amable y todo en él desprendía serenidad, como una balsa de agua que no recibe ningún tipo de corriente. Alguien de quien sabía que acostarme con él no supondría un esfuerzo y que posteriormente le olvidaría—. Lo de antes iba en serio, ¿Podría retratarte? —insistió sin rodeos.

—¿Desnuda? —exclamé tratando de llevar la conversación a un punto informal en el que necesitaba distraerme para no ser consciente de que Andrei estaba allí y demasiado bien acompañado.

Nico rompió a reír de nuevo y en sus ojos oscuros se apreciaba el brillo del deseo.

—Como tú quieras… —susurró en lo que era una evidente declaración de intenciones.

Me sería muy fácil aceptar. Demasiado sencillo marcharme al final de la velada con ese simpático hombre y evadirme en el placer que tuviera que ofrecerme para que, al menos durante una noche, me olvidase de las marcas que Andrei había dejado bajo mi piel.

Alcé la vista y los ojos azules de Andrei incautaron los míos con rapidez, pero no parecía sorprenderse de encontrarme allí.

—¡Andrei!, ¡Que sorpresa! —bramó Nico.

¿Se conocían?

—Sabes que desde que te descubrí nunca me pierdo tus exposiciones —contestó con voz neutra—, ya he visto un par de posibles adquisiciones —añadió ante la mirada expectante de la mujer que le acompañaba, que no dejaba de observar atenta a ambos.

—Por supuesto, ¿Por qué no das una vuelta y le enseñas la colección a tu maravillosa amiga? Yo estoy tratando de convencer a esta beldad de que pose para mi y tengo la sensación de que, si no lo hago ahora, perderé la oportunidad para siempre —dijo refiriéndose a mi y sentí los seis pares de ojos sobre mi rostro.

—Aún no he escuchado las condiciones del acuerdo —advertí y sentí como la mirada azul de Andrei se oscurecía repentinamente.

—Me gustaría saber cuáles son esas condiciones —mencionó Andrei en un tono cargado de posesividad que hizo que Nico le mirase con cierto asombro.

—No creo que te importen en absoluto, Andrei —contesté con cierta sequedad.

—Estamos comprometidos, ¿Recuerdas? —soltó haciendo que la sorpresa y conmoción por parte de Nico y de la chica que hasta ahora había estado agarrada a su brazo fuese demencial.

—No por mucho tiempo —contesté creando aún más confusión.

—Nico. Si no te importa, tengo que hablar con mi prometida a solas —advirtió alejándose de la acompañante que había llevado con él y cogiéndome de la mano para estirar de mi y salir al exterior para alejarnos del bullicio.

Dejé la copa justo antes de salir a uno de los camareros que llevaba la bandeja vacía y me apresuré en seguir su paso para no caer con aquellos tacones de doce centímetros que aún no sabía porque me había decidido poner.

—¿Era necesario formar esa escenita y decir que estamos prometidos cuando aquí nadie nos conoce? Además, ¡Has venido acompañado!, ¿En qué demonios pensabas?

—No vas a posar para Nico —dijo sin más, como si el resto de cosas que le hubiera dicho no importaran.

—¿Y a ti que te importa lo que haga?

Ni siquiera había pensado en posar para él, pero solo por el hecho de que él no quisiera que lo hiciera provocaba que me dieran ganas de hacerlo.

—La prensa se cebará con tu imagen si decides posar para él.

—Esto es ridículo. Vuelvo dentro —solté dándome la vuelta y él me detuvo de nuevo.

—Va en serio, Nadia. Vas a decirle que no y no hay lugar a discusión.

—¿O qué? —exclamé decidida a enfrentarle, encararme a él y desobedecerle en todos los sentidos.

Repentinamente Andrei me agarró las muñecas de ambos brazos por detrás de la espalda y me acercó lo suficiente a él para que sus labios quedasen muy cerca de los míos. Podía sentir su aliento envolviendo al mío y todo a mi alrededor cesó salvo por la presencia de su cuerpo envolviéndome y aquel aroma de sensualidad que bramaba por cada poro de su piel.

—Te ataré a mi cama, te azotaré las nalgas y después te follare tan duro que no volverás a plantearte desobedecer.

Alcé una ceja sorprendida y más aún de que aquella revelación me hubiera provocado un calambre en la entrepierna.

—¿Y si eso es lo que quiero? —pregunté sorprendida de no haberle enviado al infierno.




Sentí como Andrei cogía mi cara entre su mano y la apretaba con firmeza. No era un gesto de dolor, sino de posesión, tal vez estaba controlándose o ver hasta qué punto era capaz de permitirle ese poder que deseaba ejercer sobre mí.

—Convierte esa pregunta en una afirmación y te llevaré a la extenuación ahora mismo —mencionó en un tono decidido, formal y tan directo que mis piernas flaquearon por la seriedad de aquellas palabras como si la promesa escrita en ellas fuera tan verídica que comenzaba a surtir efecto.

—¿Y tú flamante cita? —exclamé refiriéndome a la chica que le acompañaba y a la que había abandonado a su suerte con la sorpresa de saber que estaba prometido.

—¿De verdad crees que me importa algo? —clamó sin apartar un ápice sus ojos sobre los míos.

—¿Eso significa que yo te importo más? —contesté continuando aquel intercambio de preguntas sin respuesta.

—Estoy aquí, deberías encontrar por ti misma la respuesta —sentenció deslizando su mano que hasta ahora me agarraba la mandíbula por el cuello y sentí el escalofrío que recorría mi piel al frescor de aquella apacible noche.

—Quiero restablecer nuestro acuerdo —dije justo antes de que sus dedos llegasen a la clavícula y los paseara por el hueso antes de dar forma con las puntas al hueco que se conformaba sobre esta.

Lo había dicho. Lo había soltado a pesar de ser completamente consciente de lo que eso significaba.

«Me estoy rindiendo a él. Estoy admitiendo abiertamente que le deseo sólo y exclusivamente a él».

El tirón de Andrei en mi nuca impulsó que me pegase a su cuerpo y antes de protestar sus labios poseían los míos con devoción, invitándome a abrir mi boca para sentir la invasión de su lengua que me arrastraba a un abismo de torbellino emocional.

En el momento en que nuestros labios se separaron, mi cuerpo se inclinó hacia él a modo de protesta por ansiar más del placer que mi cuerpo era conocedor y el gesto de complacencia en Andrei auguraba que estaba complacido de que así fuera. Deslizó su mano desde mi nuca hasta entrelazar nuestros dedos y después giró sus piernas para emprender un camino opuesto al lugar donde se hallaba la exposición.

—¿Dónde vas? —exclamé sin comprender lo que pretendía hacer.

—Hay un hotel aquí al lado —dijo sin titubeos.

—¿Pretendes que tengamos sexo y después regresar aquí? —dije tratando de detenerme, pero él era demasiado fuerte para bloquearme el paso.

Andrei se giró hacia mí y se acercó a mi cara, con la mano que aún le quedaba libre acarició mi mejilla, pero no parecía tener la intención de besarme de nuevo.

—Te aseguro que cuando te quite la ropa que llevas, no dejaré que regreses aquí, voy a hundirme dentro de ti una y otra vez hasta que el sol salga de nuevo y, aún así, volveré a hacerlo —rugió como si fuera un acto de promesa.

—¿Entonces por qué vamos a un hotel? —exclamé en un hilo de voz ante la flaqueza que sentía en mis piernas anticipándose a lo que él acababa de confesar que me haría.

—Porque me estoy controlando para no hacerlo aquí y ahora sin importarme que hagamos un escándalo público. ¿Te sirve como respuesta?

Vi el lujoso hotel a pocos metros de distancia, las banderas que ondeaban desde la primera planta en el edificio con molduras características de la época del renacimiento le otorgaba un aspecto elegante. En cuanto entramos, el suelo de mármol comenzó a repiquetear con cada paso de los zapatos de tacón y Andrei continuaba sin soltar mi mano, preguntándome si era un gesto amable o quería asegurarse de que no iba a escaparme de él. En cuanto pidió una suite y le dio a la recepcionista sus datos y la tarjeta para hacer el cargo, recordé que Irina me esperaba en la galería.

¿Que se supone que le voy a decir cuando pregunte porque no estaba en la exposición? Tal vez ahora que sabía que entre Andrei y yo hubo una historia, podría ser sincera con ella y confesarle a alguien aquel fuego incandescente que sentía cada vez que estaba cerca de Andrei, aunque hacerlo supusiera confesar que él se había convertido en el único hombre que deseaba

momentáneamente, quizá, porque necesitaba sentirme saciada para poder desprenderme de esa sensación incompleta que me embriagaba.

Aún no podía creerme que hubiera abandonado su cita en la exposición sin darle explicaciones, como el hecho de que hubiera confesado abiertamente que quería volver a nuestro acuerdo explícito de sexo monógamo. Eso me hizo pensar en que él no había mencionado nada al respecto, solo había actuado en consecuencia, pero no tenía una aceptación formal por su parte si deseaba o no volver a los términos que habíamos decretado al principio.

En cuanto las puertas del ascensor se cerraron dejándonos a solas, Andrei se abalanzó sobre mi boca y sus manos se dirigieron directamente a mis nalgas para apretarlas contra él, haciéndome notar sin duda alguna la protuberancia de su erección y la evidente necesidad que tenía de saciar aquel instinto. Las puertas volvieron a abrirse, pero ninguno de los dos hizo ademán por salir porque era consciente de que no deseaba romper aquel beso cargado de salvajismo, pero cuando estaban a punto de volver a cerrarse, estiré de la camisa del cuello de Andrei para profundizar con mayor fervor ese beso y después rompí el contacto para salir hacia el pasillo rodeado de habitaciones a ambos lados.

La habitación quinientos siete se encontraba hacia la derecha, siendo la última puerta con los números en relieve y de color dorado metálico sobre la puerta negra para que se apreciase desde lejos. En cuanto Andrei acercó la tarjeta al sensor, el sonido de apertura fue inmediato y cuando entré las luces estaban encendidas dando paso a un suelo enmoquetado que amortiguaba mis pasos en un pequeño pasillo que desembocaba a una amplia estancia. No pude ver más porque sentí como su brazo rodeaba mi cintura acercándome hacia él y el ruido de la puerta al cerrarse nos otorgaba una privacidad inmediata.

Me dejé caer sobre su cuerpo sintiendo como sus manos recorrían mi cintura y ascendían hacia mis pechos, tocándolos sobre el vestido fluido de media manga que había decidido ponerme para la ocasión. Andrei apartó mi cabello y pude notar sus labios en mi cuello con delicadeza, nada del salvajismo que se había apoderado de nosotros escasos minutos atrás. Palpé con mis manos su cuero cabelludo mientras sentía que sus hábiles dedos comenzaban a bajar la cremallera de mi vestido hasta convertirlo en un amasijo a mis pies dejándome en ropa interior frente a él.

Percibí como se separaba y me di la vuelta para contemplar que estaba alargando el nudo de su corbata mientras deslizaba la mirada de un azul penetrante y oscurecido por mi cuerpo. Siempre había apreciado que le gustaba lo que veía, pero ahora era plenamente consciente de cuánto.

A diferencia de otras veces que tiraba la ropa al suelo, en cuanto deslizó la corbata sobre su cabeza, se acercó hasta mí y para mi asombro, me cogió las manos para anudar ambas

muñecas por el lazo y después comenzó a ajustar el nudo ejerciendo presión suficiente para que me resultara imposible deshacerme del agarre. Cuando hizo el ultimo nudo con maestría y sentí la presión en mis muñecas lo suficiente para que me ardiera la piel, dio un estirón y con el lazo restante y después hizo que girase frente a él para quedar de espaldas a él.

—Inclínate para mi —ordenó sin rodeos y sorprendentemente reaccioné obedeciendo aquella orden sin protestar, sino más bien expectante por ver cuáles eran sus pretensiones.

Su mano se deslizó por encima de la braguita estilo culotte de encaje que llevaba aún puesta hasta rozar la desnudez de la nalga y cuando pensé que sus dedos se colarían entre mis muslos abriéndose paso hacia mi interior y anticipándome a ese placer, sentí el golpe de su mano impactando en mi muslo con firmeza. El impulso me hizo moverme hacia delante por la inclinación de los tacones que me daban inestabilidad, pero él me sujetó para que no cayera, esperando alguna clase de protesta por mi parte, solo que aún estaba procesando el hecho de que Andrei me hubiera dado realmente una cachetada en el trasero como había prometido que haría para no plantearme desobedecerle.

¿Estaba exigiéndome obediencia?

Antes de poder pensar en eso, sentí de nuevo otro golpe en el mismo punto exacto y esta vez no vino solo, sino que su otra mano me pellizcó seguidamente un pezón por encima del sujetador mientras su nariz recorría mi columna vertebral y emitía un gorgoteo de auténtico placer acontecido.

Estaba disfrutando plenamente con aquello, le estaba dejando dominarme y sorprendentemente, que estuviera completamente loco y fuera de control, me excitaba mucho más de lo que había creído posible.

—Así que no te lamentas —gimió cerca de mi oreja, rozándome con la barba en el cuello y sin dejar de estimular mis pezones por encima del sujetador de encaje.

—Tal vez estoy expectante por ver que puedo descubrir de ti —gemí al sentir como agarraba por la parte central el sujetador entre mis pechos y lo empujaba hacia abajo sin bajarme primero los tirantes, provocando que mis pezones quedasen expuestos hacia arriba y la prenda se arremolinara justo debajo ejerciendo presión contra ellos.

Sentí otro golpe en mi muslo con la misma intensidad, no era demasiado suave, pero tampoco doloroso, aunque si sentía el escozor en la zona, pero al tener las manos atadas, comenzaba a percibir aquella sensación de acatamiento como algo muy distinto a lo que podría haber imaginado. Puede que fuese el hecho de ser algo diferente o de que mi cuerpo estaba en alerta por cada señal de placer que pudiera descubrir, pero jamás en ninguna otra circunstancia habría permitido que un hombre me maniatara como lo había hecho Andrei. ¿Tal vez es porque de forma inconsciente confiaba en él?

Su teléfono comenzó a sonar dentro de su chaqueta y segundos después lo silenció y volvió a dejarlo en el bolsillo interno.

—Colócate delante del espejo —dijo haciendo que me fijara que en el espejo que ocupaba toda la altura de la pared al final del pequeño pasillo a la izquierda.

Hice lo que me pidió fijándome en la imagen que me devolvía aquel enorme espejo y en como mis pechos permanecían unidos y apretujados al tener la presión del sujetador bajo ellos.

Mi teléfono comenzó a escucharse en el interior de mi bolso y Andrei no pareció inmutarse, sino que se colocó detrás de mi frente al espejo completamente vestido a excepción de la corbata y su mirada recorrió mi cuerpo con apetencia.

—Sube los brazos —dijo mientras él mismo me cogía de los antebrazos para que siguiera su orden y después me forzó a llevarlos hacia atrás para que encajaran a través de su cabeza, obligándome a dejarme caer sobre él—. Ahora vas a observar atenta tu reflejo y no vas a emitir ni un solo sonido que no sea mi nombre. Ni un gemido, jadeo o sofoco. Lo único que va a salir de tus labios es mi nombre, ¿Entendido? O te daré un azote cada vez que desobedezcas.

Abrí los ojos expectante y entonces colocó su mano en mi vientre para después deslizarse lentamente por el interior de mi ropa interior, navegando con sus dedos entre mis pliegues y provocando que cerrase los ojos ante la inmensidad del placer que eso me suponía.

—No —negó deteniéndose y provocando que volviera a abrirlos—. Observa. Quiero que veas quien es el dueño de tu placer. Quien te provoca ese deseo innato. Quien deseas que te folle cada noche una y otra vez hasta dejarte exhausta. Tú has decidido que sea tu único dueño y voy a marcar cada centímetro de tu piel con mis manos para que recuerdes a quien perteneces.

Sentí como mordía con suavidad el lóbulo de mi oreja derecha y después se abría camino con dos dedos hacia mi interior logrando que de mis labios se escapase un aullido.

—¿Que te he advertido? —exclamó dándome un azote con la mano izquierda bajo la nalga y apreté los labios fuertemente ante el placer que aquel azote unido al movimiento de sus dedos en mi interior me generaba.

Me mordí el labio con fuerza reprimiendo un nuevo gemido hasta que la fruición de su dedo pulgar sobre mi clítoris me hizo deshacerme y me vi gritando su nombre con verdadera desesperación.

Era la primera vez que contemplaba frente al espejo que alguien me diera placer, teniendo un enfoque visual y directo de como sus manos envolvían mi cuerpo y al mismo tiempo, estaba por completo a su merced. Me vi inmersa en una especie de vaivén que acompasaba el ritmo de sus dedos bombeando dentro de mi cuerpo con desesperación y percibiendo ese inaudito *in crescendo* que anticipa el cenit del placer. Podía palparlo, sentirlo, percibir como esas raíces se

extendían llenas de una luz que trepaba hacia todos los lugares de mi cuerpo y de pronto, nada.

Andrei se detuvo tan bruscamente justo antes de que aquel inmenso orgasmo me inundara que el vacío que dejaba la ausencia de su maestría con aquellos dedos hacía que mi cuerpo se estremeciera aún más por su falta.

Deslizó mis brazos por encima de su cabeza para que cayeran de nuevo por delante de mi cuerpo y rasgó el encaje de mis braguitas rompiéndolo por completo mientras pasaba la mano y recorría toda mi entrepierna.

—Buena chica —susurró—. Siempre preparada para mi —jadeó obligándome a inclinarme hacia delante—. Ahora ábrete de piernas —dijo mientras observaba como abría un poco las piernas mientras mantenía el equilibrio y él se quitaba la chaqueta lentamente degustando mi cuerpo desnudo frente a él.

Podía ver a través del reflejo del espejo como se desabotonaba el cinturón con gran minuciosidad, era como si no tuviera prisa y quisiera disfrutar plenamente del momento, quizá porque él mismo no estaba seguro de que fuese a someterme de nuevo como ahora, ni yo misma lo sabía, en aquel momento estaba tan expectante y necesitada de que me satisficiera que no era capaz de razonar con coherencia. Deslizó sus dedos por cada botón de la camisa, incluidos los puños sin apartar un ápice la vista de mi cuerpo que permanecía inmóvil, maniatada y con las piernas abiertas para él completamente expuesta.

Esto es lo que quiere. Lo que ha querido siempre. Tenerme a su merced sólo para él.

¿Por qué?, ¿Por qué era tan importante para él sentir que me dominaba?

Vi como lanzaba la camisa a un lado fuera del espejo, tal vez fue al suelo, hacia una silla o la cama, no me importaba porque no aparté los ojos ni un segundo de su pecho desnudo, de las líneas que se conformaban en su cintura perdiéndose a través de su ropa interior y como si mis plegarias hubieran sido escuchadas, vi que se quitaba la última prenda para quedar completamente desnudo.

Quería que me embistiera de un modo rápido y brutal. No quería ningún remilgo, ni preludio, mi cuerpo necesitaba que él lo llenara de nuevo, anhelaba esa inconfundible sensación de sentirse colmada como una especie de instinto primitivo.

Sentí su mano pasar sobre mis nalgas y me acerqué instintivamente a él, noté la sonrisa de satisfacción en su rostro y maldije no tener mis manos libres para cogerle yo misma la erección y tomar el control, pero cuando estaba por protestar, sentí su carne en contacto para después hundirse brutalmente manteniéndome agarrada de las caderas para evitar que cayera al no tener ningún punto de apoyo.

—Querías esto, ¿verdad? —preguntó deteniéndose unos segundos en mi interior antes de

salir lentamente para volver a hundirse de nuevo y emití un gemido de absoluta conmoción.

El palmetazo en mi nalga llegó antes de que pudiera darme cuenta de que tenía prohibido gemir, que únicamente debía pronunciar su nombre cada vez que quisiera hacerlo.

—¡Joder!, ¡Si!, ¡Andrei!, ¡Si! —exclamé cuando volvió a hundirse con un salvajismo único y las líneas que antes se habían esparcido por todo mi cuerpo con la intención de estallar volvían a llenarse, esta vez de un fuego aún más abrasador que antes.

—Eso es —jadeaba él mientras veía como salía de mi cuerpo para volver a entrar creando un ritmo frenético que hacía bombear el interior de mi cuerpo—. Mírate princesa —susurró—. Míranos a ambos —continuó—. Ahora soy el único dueño de tu cuerpo —gimió y yo gemí junto a él provocando que me diera otra palmada en la nalga que me hizo gritar aún más de placer y arrastrarme hacia un orgasmo inaudito en el que no era capaz de controlar mi cuerpo.




Aún sentía los espasmos en mi cuerpo por la intensidad de aquel orgasmo y mi respiración agitada era similar a la que tenía Andrei aun sosteniéndome de la cintura para retenerme a su lado. Me dejé caer hacia atrás consciente del poco equilibrio que lograba mantener en aquel estado al tener mis manos atadas y poco a poco, él fue deshaciendo los nudos entorno a mis brazos para liberarme de las ataduras.

Podía sentirle todavía dentro de mí, acogiéndole en mi interior, cuando finalmente tiró su corbata al suelo y la clara rojez de mi piel saltó a la vista de ambos. Llevó una de mis manos a su boca para besarla con delicadeza y me giré parcialmente para ver por mí misma y no a través del espejo aquel gesto. En cuanto lo hice buscó mi boca y sentí sus dientes raspando mi labio inferior con una seducción innata.

—No llegaste a contestarme —gemí separándome un segundo de su rostro mientras él seguía reteniéndome con su polla aún dentro de mí.

—Hiciste demasiadas preguntas, tendrás que decir exactamente a qué —contestó tocando con suavidad la rojez de mi piel para calmarla con sus dedos en un acto tan tierno que lo consideraba poco propio de él.

Nunca había necesitado que me mimaran, que me cuidaran, que ejercieran un cariño especial como si lo dispensara. Tal vez mi actitud fría y distante había provocado un nulo intento por parte de cualquiera de mis amantes, pero repentinamente encontraba aquel gesto nuevo cautivador y al mismo tiempo excitante.

Esa parte tierna de Andrei lograba emitir confusión y conmoción al mismo tiempo en la idea que tenía formada respecto a él.

—Dije que quería restablecer el acuerdo, pero no mencionaste nada de lo que tu deseabas al respecto —advertí para ser clara y para saber si aquello estaba siendo sexo aislado o si íbamos a tener alguna especie de compromiso, aunque solo fuera en términos sexuales entre nosotros.

En aquel momento fui consciente de que mis lazos con Andrei se afianzaban en muchos sentidos y a pesar de que nuestro supuesto matrimonio era falso y llegaría a su fin más pronto de tarde, no dejaba de pensar que liarnos de nuevo complicaba las cosas…

«Al menos las complicaba una vez que obtenía aquel orgasmo y me daba cuenta de que quería todavía más porque con él nunca era suficiente»

Sentí como posaba sus labios sobre mi hombro y lentamente desabotonaba el sostén liberando por completo mis pechos comprimidos ahora que no tenía las manos atadas. La prenda cayó al suelo y después él se separó de mi para hacer que girase sobre mí misma y encararle. Sus dedos se posaron sobre mi mentón obligándome a mirarle a pesar de que ya lo hacía. En su rostro había neutralidad, pero también un aura de autosuficiencia que indicaba estar demasiado satisfecho con la situación.

—Creo que dejé muy clara mi postura la última vez que nos vimos —comentó apartándose y poniendo distancia entre nosotros para fijarse por primera vez en la habitación.

Hasta ahora no había reparado en detalle del mobiliario o de cómo estaba decorada la estancia, al igual que él a ninguno nos había importado lo más mínimo si era confortable o estaba decorada con gusto. Era amplia, con una cama de tamaño extra-size en el centro y cuyos almohadones en tonos champan contrastaban con las paredes en tonos borgoña cuyo labrado era un par de tonos más oscuro. La luz cálida se reflejaba por las paredes haciendo que ese relieve tomara forma y los cuadros esparcidos parecían datar de la época victoriana con algunos retratos de damas cuyas mejillas parecían sonrojadas o calles abarrotadas de carruajes y edificios desdibujados que reflejaban vidas pasadas.

La mezcla de antigüedad y modernidad se esparcía por cada detalle, incluyendo las butacas forradas en terciopelo dorado, las lámparas de araña cuyos cristales reflejaban la luz y emitían destellos por todas las paredes y el armario de madera maciza cuyo labrado a mano indicaba que era una pieza única y valiosa.

—Aun así, creo que deberíamos aclarar este asunto desde el principio y no dar lugar a confusiones —dije una vez que mis ojos terminaron de pasear cada hueco del lugar a excepción de la puerta que conduciría al baño.

—Muy bien —aclaró Andrei colocando su ropa sobre la butaca y sin importarle un ápice su desnudez—. ¿Quieres renegociar alguna de las cláusulas que establecimos?

Le había visto desnudo en bastantes ocasiones del mismo modo que él a mí, pero aun así, aquella situación era extraña. Tal vez fuera porque siempre nos habíamos limitado a hablar de

sexo sin más, porque resultaba mucho más fácil así o quizá, porque siempre habíamos terminado discutiendo cada vez que no estábamos follando, pero habían pasado demasiadas cosas desde que pactamos aquel acuerdo y entre ellas, podía notar que mi visión hacia él ya no era del todo la misma, aunque renegara de ello.

—No —negué—. Todas me parecen bien, aunque creo que deberíamos poner una fecha límite y dejar claro que esto tendrá un final.

—¿Temes enamorarte de mí, Nadia Ivanova? —exclamó con retintín y yo simplemente resoplé al percibir esa parte ególatra de él a pesar de que sólo fuera una provocación.

—Por favor —afirmé rodando los ojos—. Enamorarse sólo es para los idiotas y desde luego si se me ocurriera hacerlo, ten por seguro que no sería de ti.

Andrei no pareció molestarse, sino más bien parecía un reto para él que le dijera aquello.

—¿Y entonces porque has querido retomar nuestro acuerdo? —exclamó con sorna.

Estaba claro que deseaba elogios, que admitiera que le deseaba con fervor y que había estado sufriendo por la falta de sexo. O, mejor dicho, del sexo que teníamos juntos.

—Reconozco que no tengo tiempo, ganas, ni interés, de buscar en otra parte lo que me puedes ofrecer. Puede que no encajemos en muchos sentidos, pero sí en este —admití sin recrearme demasiado en que era un verdadero portento en la cama y que estaba claro que encontrar a alguien similar iba a ser una búsqueda infructuosa.

Por alguna razón mi cuerpo le deseaba y le quería a él, tal vez solo eran necesarias unas cuantas semanas para darme cuenta de que la parte sexual no compensaba el resto y podría perfectamente pasar página.

—Para algunos es razón más que suficiente para casarse —increpó sacando a relucir el tema del acuerdo matrimonial.

—Creí que había dejado bastante claro ese asunto —afirmé cruzándome de brazos y dándome cuenta de que aún llevaba los zapatos de tacón puestos.

—Soy un hombre de negocios —dijo abriendo los brazos—. Y este sería demasiado rentable para dejarlo escapar.

—¿Tanto te interesa el dinero que no te importaría atarte a mi el resto de tu vida? —exclamé con franqueza—. Tener sexo es una cosa, pero los dos sabemos que esta atracción se evaporará y que cada uno continuará con su vida como quiera.

—Precisamente eres una persona pragmática que no se deja vencer por sentimentalismos —aclaró sentándose sobre una banca de madera que había a los pies de la cama estirando las piernas e inclinándose hacia atrás para tener una postura más relajada—. Puedes individualizar tu vida sexual del afecto que puedas sentir hacia esa persona. Lo mismo sucede con el matrimonio.

¿Preferirías casarte con una persona que después te traicione?, ¿Que te utilizara?, ¿Que en el momento que obtuviera lo que deseaba de ti, se marchara? Te garantizo que si no contraes matrimonio conmigo, deberás hacerlo con algún otro. Tu padre fue muy claro en cuanto a términos se refiere, que lo único que deseaba para dejarte ejercer tu carrera era que tuvieras un marido de posición elevada.

Solté una blasfemia y no porque él recalcara lo que ya sabía, sino porque hubiera tenido la desfachatez de hablarlo abiertamente con él.

—No me interesa lo que opine mi padre. Puedo vivir perfectamente sin su dinero —afirmé cruzándome de brazos.

—¿Y piensas mendigar mucho más la limosna de mi prima? —increpó logrando atraer mi atención y repasé cada músculo de sus pectorales perfectamente alineados para después recorrer con mis ojos su cintura y bajar a su entrepierna.

En el momento que lo hice, noté como las venas comenzaban a hincharse y crecer de tamaño, como si hubiera sido consciente de hacia dónde estaba dirigiendo mi mirada.

—Te recuerdo que una de las cláusulas era no hablar de nada que no fuera referente a sexo. Ni trabajo. Ni situaciones personales. Ni otras personas —aclaré queriendo dar por zanjado el asunto.

—Muy bien —contestó con una media sonrisa y me di la vuelta con la intención de dirigirme al baño—. Entonces no hablemos de que en un par de días nuestros padres vendrán con un contrato prematrimonial para que los dos lo firmemos.

Me detuve ipso facto y me di la vuelta.

—¿Es una broma? —exclamé buscando un tono de burla o una mirada jactanciosa que no encontré.

Andrei se levantó y observé como su erección ahora estaba en todo su apogeo, sin decir absolutamente nada llegó hasta mí, me alzó en un movimiento liviano y sentí como mi espalda era aplastada contra la pared mientras me empalaba de una sola estocada.

—Jamás bromeo con estas cosas —gimió conforme volvía a salir y se adentraba de nuevo haciendo que olvidase por completo lo que acababa de decir y volviendo a perderme en aquel mar embravecido que atenazaba con hundirme por completo y al que no pensaba enfrentarme, sino que únicamente deseaba que me arrastrara para encontrar de ese modo el clamor de sus aguas envolviéndome.




Me dejé caer por encima del sofá haciendo que mis piernas quedaran en vertical y mi espalda en el asiento, sentía el burbujeo de las más de catorce horas que llevaba de pie sin cesar, había cubierto un hueco a última hora debido a varias urgencia y falta de personal, pero había sido gratificante volver a estar en quirófano y esta vez, sin la presión de Cedrini sobre mi nuca todo el tiempo.

Destapé el helado de chocolate fundente y lo dejé sobre la mesita que había frente al sofá para que se descongelara un poco, los golpes en la puerta se escucharon en ese momento y me levanté enseguida para abrirla y volver a la misma posición de antes conforme los calambres me hacían dar pequeños saltos.

—Mejor no pregunto… —soltó Irina cerrando la puerta mientras caía abatida sobre el mullido sillón.

—Te diría que ha sido una sesión de sexo frenético si así fuera, pero son catorce horas intensas de quirófano —admití mientras veía como dejaba la chaqueta, su bolso y pasaba la vista alrededor reconociendo su propio apartamento.

—Para ser tú, está bastante en orden —admitió y reparó en el helado de chocolate—Solo comes helado de chocolate por dos motivos. ¿Cuál de ellos es? —preguntó sentándose a mi lado y cruzándose de piernas.

Cerré los ojos y me llevé las manos al rostro. Irina llevaba insistiendo en verme desde la noche de la exposición de cuadros de Nico cuando desaparecí con Andrei. Puede que lo sospechara o que el propio Nico le dijera que nos habíamos marchado juntos, pero estaba claro que no era una conversación que quisiera mantener por teléfono, así que había esperado a que

mis turnos nos permitieran vernos y ella misma se autoinvitó a su propio apartamento.

—Que admitas abiertamente que soy una mujer desordenada es de ser una mala amiga —afirmé colocando las piernas en forma de loto a pesar de continuar en la misma posición.

—No cambies de tema —argumentó dejándose caer sobre el sofá y colocando uno de sus codos en el respaldo para apoyar todo el peso de su cabeza—. Que Andrei y tú desaparecierais de la exposición tiene algo que ver con esto —dijo con tacto.

Sabía que Irina quería ir con pies de plomo al respecto y no presionar para que le contara como estaban las cosas, seguramente había insistido en verme precisamente para que no pudiera evadir sus preguntas con rodeos.

—No —negué en rotundo, pero no añadí nada más y el silencio por parte de mi mejor amiga me empezó a pesar, así que me giré para sentarme con las piernas cruzadas sobre el sofá y cogí el helado como si el sabor a chocolate me hiciera más fácil aquello que tenía que contarle—. Antes de nada, quiero recalcar que no deseo bajo ningún concepto que te inmiscuyas de algún modo, ¿Vale? Precisamente no te quise contar nada en su momento porque no deseaba preocuparte o que sintieras que debías formar parte o sentirte culpable si no lo hacías. Por lo tanto, quiero tu palabra de que todo lo que voy a contarte no saldrá de aquí y de que no interferirás en nada de lo que ocurra.

—Estás logrando que me preocupe de verdad. ¿Tan malo es? —exclamó atenta a mis palabras.

—Dame tu palabra —insistí metiéndome una cucharada de chocolate en la boca y deshaciéndome con el sabor fundente al mismo tiempo que el frío apaciguaba mi ansiedad.

—Está bien —confesó alzando una mano—. No me inmiscuiré, ni interferiré, únicamente te escucharé.

Aquello hizo que me relajara y volví a dejar el helado sobre la mesa para que continuara deshaciéndose un poco más.

—Andrei y yo hemos retomado el acuerdo que teníamos —admití sintiendo que mi garganta se resecaba y consciente de que mi nerviosismo era porque no sabía cómo iba a percibirlo Irina.

—El acuerdo… —insistió ella arrastrando las palabras.

—Solo sexo. Nada más —afirmé y vi como aparentaba un rostro de neutralidad.

—¿Te recuerdo como acabé yo con un acuerdo similar? —exclamó con una vaga sonrisa.

—Esto no tiene nada que ver con Alejandro y contigo —insistí—. Vosotros no os conocíais, esto es distinto, Andrei y yo llevamos toda la vida increpándonos y es imposible que alguno pudiera sentir algo por el otro.

Vi un gesto incomodo en su rostro, como si dudara de mis palabras, pero no pareció rectificar mi afirmación.

—Creo que sois adultos y lo suficientemente responsables de vuestros actos. No me voy a meter en ello cuando yo misma establecí un acuerdo similar o no tanto, con mi propio marido. Si esto logra que vuestra afinidad sea mejor y al mismo tiempo os divertís, no voy a entrometerme. Además, puede que sólo fuera una tensión sexual de mil demonios la que hiciera que estuvierais discutiendo cada segundo —afirmó levantándose del sillón y dirigiéndose a la cocina—. ¿Tienes vino? —preguntó abriendo el frigorífico y enseguida vio la parte donde había varias botellas.

Conocía donde estaba todo en aquella casa por lo que ni siquiera tuve que decirle donde estaban las copas o el abridor para descorcharla.

—¿Eso significa que no te importa que Andrei y yo nos acostemos? —exclamé en voz alta para que pudiera escucharme a pesar de que la cocina no estaba demasiado lejos y de que no había puertas entre ambas estancias ya que todo permanecía unido.

La oí resoplar.

—No es que no me importe. Claro que me importa, sobre todo porque no me gustaría que esta historia acabase mal, pero si miro en retrospectiva, dudo que acabe peor de lo que estabais. Está claro que entre vosotros hay algún asunto pendiente que resolver y quizá ni siquiera vosotros mismos sois conscientes de cuál es.

¿Tenía algún asunto pendiente que resolver con Andrei? Lo cierto es que cada vez tenía más claro que debía ser así, ¿Por qué sino había decidido acostarme de nuevo con él?, ¿O por qué le había dejado maniatarme y poseerme de aquel modo tan primitivo y dominante? Ni yo misma me comprendía y precisamente deseaba averiguarlo.

—Y ahora dime, si no estás así por Andrei, ¿Por qué es? —preguntó colocando dos copas de vino ya servidas sobre la mesa junto a la tarrina de chocolate.

—Mañana vendrán mi padre y tu tío con un acuerdo prematrimonial para que Andrei y yo lo firmemos —admití llevándome las manos a la cabeza sin saber cómo escapar de aquella situación.

—Vaya… eso si que no me lo esperaba —admitió dando un gran sorbo a su copa—. ¿Vas a firmar? —increpó con curiosidad.

Me incliné hacia delante para coger la copa que me había servido y el frescor de aquel vino blanco afrutado contrastó con el sabor dulce que aún conservaba del helado, pero el retrogusto final, se instaló en mi paladar haciendo que degustara con más fervor su sabor.

—No sé en qué momento he complicado tanto las cosas —advertí—. Tu primo insiste en

que ambos podríamos beneficiarnos de este matrimonio y aunque quiero hacer oídos sordos y pensar que es una completa estupidez, una locura de dimensiones colosales y una situación realmente frívola, lo cierto es que no puedo obviar que aceptar arreglaría por completo mi situación y podría ser libre para hacer lo que quisiera —admití volviendo a dar otro sorbo porque era la primera vez que confesaba en voz alta y para mi misma que a pesar de negarme en rotundo, sabía que Andrei tenía razón. Mi padre no me permitiría hacer jamás lo que quisiera y si ya de por sí la situación en el hospital se estaba complicando con Cedrini, que tuviera influencia en el consejo haría que mi carrera se frustrara de nuevo como ya ocurrió en mi país natal—. No estoy diciendo que vaya a aceptar, solo que… —no fui capaz de admitirlo y me dejé caer hacia atrás completamente abatida, dejando claro que estaba realmente jodida.




Irina dejó su copa y pareció pensativa, sabía que estaba buscando detenidamente las palabras y lo cierto es que su opinión sería demasiado importante para mi. No solo porque era mi mejor amiga, sino porque Andrei era su primo, estábamos hablando de unirme en matrimonio con su familia y quisiera o no, ella le conocía mucho mejor que yo.

—No creo que un matrimonio basado en intereses económicos o situaciones de desesperación sea lo más conveniente. Y no lo digo porque alguno tenga malas intenciones, os conozco a ambos lo suficiente para saber, aunque no lo creas, que sois demasiado símiles. Tal vez por eso siempre os habéis llevado tan mal, pero siendo frívola y logrando poner la distancia afectiva que siento hacia ambos, veo desde un punto de vista empresarial un acuerdo muy favorecedor para ambos. Aun así… no creo que saliera bien. Nunca sale bien —afirmó con pesar—. No a menos que ambos tengáis muy claro que no tenéis ninguna clase de sentimiento afectivo hacia el otro. ¿Que sientes por Andrei, Nadia?

Era una pregunta sencilla. Algo fácil de responder y, en realidad, no tenía del todo claro la respuesta.

—Si lo que pretendes averiguar es que de algún modo alguno de nosotros haya desarrollado algún tipo de afecto más allá del sexo; la respuesta es no —afirmé. Podría estar algo confusa en cuanto a Andrei se tratara, pero desde luego no sentía amor y estaba claro que, por parte de él, tampoco.

—No desearía estar en tu posición y lamentablemente no puedo interceder por ti para darte una respuesta sobre lo que debes o no hacer—dedujo instantes después—, pero si sé que Andrei es alguien en quien podrías confiar más allá de sus intereses y que sea cual sea el acuerdo

al que lleguéis, lo respetará en caso de que aceptes.

—¿Estás diciéndome que si acepto no considerarás que me he vuelto loca? —pregunté a la única persona que conocía la verdad de todo este asunto.

Irina pareció pensativa durante un tiempo, hasta que revolvió la poca cantidad de vino que quedaba en su copa y después la vació.

—Tal vez las cosas ocurren por alguna razón. ¿Qué probabilidad había de que tu padre acudiera al evento benéfico y que justo antes tu dijeras a todo el mundo que Andrei era tu prometido? Te conozco lo bastante para saber que siempre priorizarás tu carrera profesional por encima de tus sentimientos y que, es altamente probable que pases media vida en países del tercer mundo ayudando a los demás porque ese siempre ha sido uno de tus sueños. No me gustaría verte infeliz, en realidad, no me gustaría veros a ninguno de los dos, pero ambos habéis sido siempre almas errantes e independientes y tal vez, no sea tan raro veros juntos.

—¿Has hablado con tu primo de esto? —exclamé porque en cierto modo tenía que saber si él le había dado algún tipo de explicación al respecto.

—Es posible —advirtió apartando la mirada de mis ojos—, pero al igual que contigo, no trataré de inmiscuirme.

—Necesito que seas completamente sincera —advertí sintiendo un amago de inquietud y del que necesitaba resolver la duda.

—Siempre lo he sido.

—¿Es posible que no te parezca tan mala idea este acuerdo matrimonial por el beneficio que Komarov obtendría con la unión entre Andrei y yo?

No quería pensar que mi amiga pensara antes en los negocios que, en nuestra amistad, pero que no le pareciese una locura que estuviera planteándome vagamente la idea de aceptar casarme con su primo, hacía que me surgieran algunas dudas respecto a todo.

—Está claro que tu matrimonio con Andrei traería muchos beneficios a Komarov. He visto los acuerdos y hablamos de una fusión demasiado importante para no dejarla pasar de largo. Nos permitiría ampliar el mercado y expandirnos a países en los que aún no tenemos presencia, pero no me habría permitido hablar de ese modo si tú misma no me hubieras dado a entender que en cierto modo, no te parecía tan descabellada la propuesta —sentenció y terminó con la mirada sobre mis ojos—. Si lo que quieres saber es que Andrei me haya influenciado de algún modo para hacerte cambiar de parecer, la respuesta es no. Él tiene muy claro que solo llegará a un acuerdo si tu aceptas y respetará tu decisión si la respuesta es negativa.

Me crucé de brazos y fijé la vista en la tarrina de helado de chocolate que ahora tenía toda la capa superior derretida. Recordé la última vez que había estado con Andrei, como era capaz de

fundirme con su roce, de dejarme arrastrar por el placer de sus manos y un instinto innato por gemir al tener tan fresco el recuerdo se arremolinó en mi garganta.

—Sabes que la idea del matrimonio convencional, tener una familia y todo lo que tú tienes siempre ha sido secundario para mi —admití—. Se que aceptar esa propuesta convendría a todos, pero no quiero cometer el error de arrepentirme demasiado tarde o de dejar que mi padre consiga lo que siempre ha deseado a pesar de que con ello yo también lo haga. Puede que mi situación no cambie si acepto, que los dos llevemos caminos distintos para hacer y deshacer cuanto queramos, pero no quiero despertarme un día y haber deseado no hacerlo —afirmé cogiendo uno de los cojines para aplastarlo en mi regazo.

—Creo que tu incertidumbre también es aplicable a una situación normal. Nunca vas a saberlo, pero si decides no aceptar, te convendría romper con todo este paripé lo antes posible —dijo levantándose y colocándose el bolso, imaginaba que daba la conversación por finalizada y deseaba regresar cuanto antes a casa.

Me levanté para acompañarla en silencio hasta la puerta mientras pensaba en sus palabras.

—Siento no haberte confesado todo esto antes y gracias por no juzgarme al querer mantenerte al margen.

Irina se abrazó a mi y sentí como sus brazos rodeaban mis hombros ejerciendo presión.

—Siempre estaré de tu lado, lo sabes. Somos hermanas y… puede que hasta seamos primas de verdad —recalcó con una sonrisa a pesar del tono de burla—. Ahora en serio, no voy a juzgarte, nunca lo he hecho como tú tampoco lo has hecho conmigo y por eso mismo te lo agradezco. Sea cual sea tu elección, la entenderé. No sé qué haría en tu posición, pero sé que quiero que seas feliz y si tu felicidad está en tu carrera como médico, tal vez no sea tan desacertada la propuesta de Andrei en tus circunstancias.

En el momento que abrí la puerta vi la silueta de Andrei caminar decidido los últimos escalones y pareció sorprenderse de encontrar a Irina en mi apartamento.

—¡Vaya! —exclamo mi amiga—. ¿Por qué no me sorprende verte aquí? —dijo con cierto cinismo.

—Teniendo en cuenta que Nadia y yo estamos oficialmente prometidos, no sería tan extraño —recalcó con diversión y noté como mi amiga se reía.

—Ya… —contestó colocándose mejor el bolso sobre el hombro—. Reconozco que veros juntos sin discutir me satisface, así que sea lo que sea lo que tenéis entre vosotros —dijo señalándonos con los dedos a ambos—. Haced que dure hasta el bautizo.

Andrei me miró alzando una ceja y yo me encogí de hombros fingiendo que no sabía a lo

que se refería, pero Irina se alejó para pulsar el botón del ascensor que enseguida se puso en marcha.

—Eso dependerá de tu querida amiga… —concluyó Andrei acercándose un par de pasos a mi puerta.

—Diría que el que nunca se ha podido controlar has sido tú —refunfuñé sin apartar la vista de él.

—Oh no, te aseguro que soy muy capaz de controlarme, ¿Quieres comprobarlo? —Me retó y supe exactamente a que se refería, todas esas veces en las que me había dejado con ganas de más y había interrumpido mi orgasmo para dejarme con el deseo palpando en mi entrepierna.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no? Por qué no me sorprende.

—No es seguridad, es certeza —respondió acercándose tanto a mi rostro que me percaté entonces que no estamos solos y cuando aparté la vista ya no había rastro de Irina.

—Se ha ido… —jadeé.

En cuanto volví la vista de nuevo a Andrei, éste se lanzó sobre mis labios y su voraz beso hizo que me olvidara de absolutamente todo.

—¿Estás loco? —exclamé apartándome de él cuando regresó mi lucidez y me aseguré de que Irina no estuviera realmente por ninguna parte, como si por algún motivo pudiera haber regresado al rellano del apartamento.

—No creo que loco sea la palabra correcta —advirtió empujándome hacia dentro del apartamento y asegurándose de que la puerta quedase cerrada a su espalda—. Más bien diría que no me gusta perder el tiempo.

Acto seguido comenzó a desnudarse dejando la carpeta que llevaba a los pies del pequeño aparador que había en la entrada donde solía dejar las llaves y la cartera.

—¿Tienes planes para esta noche? —exclamé decidida mientras veía como su metódico ritual para desabotonarse cada botón de la camisa y los puños era siempre el mismo.

¿En qué momento he comenzado a fijarme en ese tipo de detalles?

—¿Debería no hacerlo? —clamó sacándose la camisa con sumo cuidado para no arrugarla demasiado—. Nuestro acuerdo es muy claro Nadia, sexo sin compromiso. Nada de dormir juntos y nada de interesarse por la vida del otro. ¿Recuerdas? —insistió desabotonándose ahora el cinturón del pantalón.

—¿Y no te parece que advertirme de que piensas venir a mi apartamento es conveniente? Podría estar con cualquier…

—No —negó y luego chasqueó la lengua tres veces—. Tú me perteneces por completo —soltó con una solemnidad que no dejaba lugar a un debate, sino que aquello era un hecho

inquebrantable—, así que nada de estar con nadie aquí que no sea yo.

Aquella actitud desafiante me hizo estar alerta y como si mi cerebro reaccionase inconscientemente me crucé de brazos y ladeé el labio.

—¿Y qué pasará si me presento por sorpresa en tu apartamento como has hecho tú? —exclamé—. Porque no sería la primera vez que interrumpo una de tus citas. De hecho, pareces muy propenso a tenerlas según parece.

—Tal vez no tenga ningún inconveniente que lo hagas, ¿Te apetece un ménage à trois? Seguro que lo disfrutarías… —Su voz estaba cargada de ironía, pero a pesar de ser un juego divertido para él, sentía como el fuego enardecía por mis venas.

—¿No acabas de decir que te pertenezco por completo? —gemí con ironía—. ¿Entonces no quieres compartirme con otro hombre, pero no te importaría compartirme con una mujer? —advertí clavando mis uñas en las palmas de las manos para controlarme.

Andrei soltó una risotada y apartó la vista para fijarse en la tarrina de helado derretida y las dos copas de vino que estaban sobre la mesa.

—Con lo único que voy a compartirte es con esa tarrina de helado, pero me agrada saber que te ha quedado bien claro a quien perteneces —advirtió acercándose con la vista fija en mis labios y después llevó una mano hasta la cintura para bajarla por la nalga y apretar con fuerza para pegarme a él, haciendo que sintiera por completo la dureza de su erección—Desnúdate y túmbate sobre la mesa —dijo apartándose de mí y dirigiéndose hacia la mesa bajita donde estaban las copas.

¿Qué?

Mi irritación aún seguía en auge y su cambio repentino de argumento no me había pacificado, por no decir que ni siquiera me había dicho que pensaba hacer o cuáles eran sus planes. ¿Se supone que yo no puedo acostarme con nadie y él sí? Porque había sido demasiado evasivo a pesar de que en nuestro primer acuerdo ese término quedó bastante claro.

—No pienso hacer nada hasta que no aclaremos este asunto —advertí.

—¿Es que hay algo que aclarar? Hasta donde sé solo follamos y nada más.

Ladeé el rostro y alcé una ceja.

—Me importa muy poco que tengas una cita esta noche o que pienses acostarte con otra tía, pero no me vas a exigir exclusividad y convertirte en don posesivo cuando tú desde luego no tienes intenciones de serlo.

Por alguna razón Andrei no parecía alterado, ni siquiera asombrado, se limitó a dejar la tarrina de chocolate sobre la encimera de la isla y después se dejó caer con el brazo.

—He dicho que te desnudes y te subas —dijo obviando por completo mi argumentación

—. Si eres una buena chica y te portas bien, quizá te dé una respuesta.

—¿Y qué pasa si no lo hago? —pregunté pensativa unos segundos después.

—Ninguno de los dos disfrutará de un buen polvo y sobre todo tú, de varios orgasmos.

Recorrí su pecho desnudo, ese que había visto infinitas veces y no me cansaba de dibujar mentalmente las líneas que se perdían en su cintura hacia el pantalón, precisamente hacia esa parte de su anatomía que literalmente me hacía gritar y contraerme una y otra vez por el estado al que era capaz de llevarme.

Para sorpresa de mí misma, porque estaba segura de que solo unas semanas atrás le habrían mandado literalmente a la mierda, me saqué la camiseta de un movimiento rápido tirándola al suelo, hice lo mismo con el pantalón fluido que llevaba puesto, el sujetador y las braguitas para después colocar los brazos en la isla y alzarme en un impulso que me hizo estar sentada. Observé como él parecía lo bastante presuntuoso para saber que, por algún motivo, sabía perfectamente que pensaba ceder y continuaba sin saber por qué.

¿Tal vez porque tenía muy presente que esto acabaría pronto?, ¿Quizá porque el sexo hacía que mereciera la pena soportar aquella vanidad? Aunque precisamente era lo que siempre había detestado de él, esa aura de soberbia, engreimiento y querer demostrar ser superior a los demás. Entonces ¿Por qué le dejaba ser así conmigo?

En cuanto sentí el chocolate derretido, pero aún frío caer por mi cuerpo exclamé un gemido de impresión y después de expectación.

¡Joder!, ¡A la mierda su petulancia! Ya le haría pagar por todo ello cuando todo acabara. Ahora necesitaba lo que él me daba, anhelaba fervientemente ese lugar pagano al que me llevaba cada vez que me tocaba.

Sentí su lengua en mi vientre y fue inevitable arquearme hacia él, pero no tardó en ascender y ser bastante preciso y meticuloso con mis pezones. En el momento que quise tocarle me lo impidió y amenazó con dejar de saborearme si volvía a hacerlo. Tuve que contenerme varias veces, como también tuve que reprimir mis ganas de meter la mano bajo su pantalón y rozar su erección cuando comenzó a friccionar mi clítoris al mismo tiempo que lamía el helado que había caído por mi cuello.

Podía sentirle por todas partes, percibir sus dedos, su lengua, sus labios, su olor en cada parte de mí y aun así sentir que no era suficiente. Cuando hundió sus dedos a la par que pasaba la lengua por mi ombligo, grité de éxtasis y sentí que no tardaría en liberar aquel cúmulo de emociones que se arremolinaban en el bajo vientre de mi estómago y eran como mariposas de fuego deseando escapar para ser libres.

—¡Ah, Dios! —grité encogiéndome de puro deleite.

—¿Quién es tu Dios? —gimió bajando lentamente con su boca hasta sentir como su nariz rozaba los pliegues de mi entrepierna y después sentí que mordía con suavidad el interior de la nalga.

—¡Joder! —exclamé abriéndome aún más para él, necesitando que continuara aquella locura y que me llevase al puñetero paraíso.

—Responde. ¿Quién es tu Dios? —exigió rozando con su pulgar mi clítoris, pero sin ejercer ningún tipo de presión para evitar que pudiera correrme.

Me mordí fuertemente el labio y cerré los ojos, sabía perfectamente lo que pretendía y como me estaba manipulando y aún así, el deseo volvía a ser más fuerte que mi pertinaz mente.

—¡Andrei! —bramé y entonces sentí su lengua recorrer por completo mi entrepierna y después succionar con maestría mi clítoris haciendo que me contrajera una y otra vez por el candor que me envolvía.

Aún sentía los espasmos del orgasmo cuando tiró de mis piernas para que me quedase en el filo de la mesa y acto seguido, sentí que se abría paso con una facilidad pasmosa para llenarme por completo. Su mano acogió mi nuca y enterró su rostro en mi cuello mientras le sentía gemir una y otra vez al compás de cada embestida. Me acoplé a su ritmo, envolví mis piernas alrededor de él y sentí como nuestros cuerpos chocaban una y otra vez en aquel frenesí salvaje que por algún motivo no nos saciaba, sino que solo aumentaba cada vez que volvíamos a encontrarnos. Era una simbiosis perfecta, una armonía de elementos que encajaban de forma exacta. Era… como si de algún modo él supiera tocar la melodía que mi cuerpo clamaba. Y como si de una pieza musical se tratara, sentí el punto álgido en todo su apogeo y después, como aquella explosión de notas me envolvía en una música celestial que me llevaba lejos, a un plano dimensional distinto donde lo único que existía era una sensación plácida de plena satisfacción.

—Necesitas una ducha. —Su voz me hizo volver al presente, a ese momento donde la magia había acabado y volvíamos a ser nosotros.

—Diría que los dos necesitamos una ducha —advertí al ver los surcos de chocolate que se le habían quedado en algunas partes de su abdomen.

—Me bastará con una toalla. Debo irme —advirtió separándose de mí y volviendo a colocarse los pantalones.

Le observé marcharse sin decir nada hacia el baño y regresar en menos de un minuto sin aquellas marcas por su cuerpo. Cogió de forma silenciosa la camisa, se abotonó en primer lugar los puños y por último se colocó la chaqueta. Por alguna razón no llevaba corbata, así que fuera cual fuera su cita, no era demasiado formal, lo que me daba a entender de que había quedado con una mujer.

—Este es el preacuerdo matrimonial —dijo cogiendo la carpeta que había traído consigo y entregándomela sin mirarme—. Léelo, si quieres hacer algún cambio o no estás de acuerdo en algo deberá ser modificado antes de la firma. Después no habrá marcha atrás.

Andrei parecía más preocupado por tener la camisa dentro del pantalón y la cremallera subida que por aquel acuerdo prematrimonial como si hiciera algo así cada día.

—¿Tenías el acuerdo prematrimonial todo el tiempo y has esperado a marcharte para decírmelo?, ¿No te parecía conveniente que hablásemos de ello al principio?

—Tú y yo no hablamos, ¿Recuerdas? Tú y yo, follamos —decretó como si este hecho le pareciera molesto.

—Estupendo —advertí cruzándome de brazos con la carpeta en la mano e importándome muy poco estar desnuda frente a él.

—Me voy. Hazme saber por correo si estás de acuerdo o quieres hacer alguna modificación —advirtió pasándose las manos por el pelo y asegurándose de que lo que sea que se echara para mantenerlo así, seguía funcionando.

—Estás asumiendo que voy a firmar esta patraña —advertí señalando la carpeta.

—Estoy asumiendo que no piensas romper el compromiso hasta el bautizo de Zafiro, así que si. Vas a firmar ese acuerdo te guste o no —decretó cuadrando los hombros para erguirse en toda su estatura.

—Lo veremos —le reté.

—Lo veremos, no. Lo harás y punto —dijo contundente y colocó su dedo índice sobre mi mentón—. Soy tu Dios, ¿Recuerdas? —afirmó jactándose de ello y le aparté de un manotazo el dedo provocando una carcajada por su parte.

—Buenas noches, Nadia —dijo colocando la mano en el pomo de la puerta para marcharse.

¿Se pensaba largar sin decirme donde iba?, ¿O es que era otro tipo de jueguecito para echarme en cara si estaba celosa?

—Te recomendaría estar pendiente del teléfono —advertí antes de que abriera la puerta —. Sexo dónde quiera, cómo quiera y cuándo quiera. ¿Recuerdas? —exclamé siendo ahora yo la que sonreía—. Así que puede que, a mitad de tu cita, tengas que venir aquí para volver a follarme.

Por alguna razón no esperé que a él le gustar aquello, sino más bien pensé que le haría arder de rabia por fastidiarle, pero cerró la puerta y se acercó hasta mi para forzarme a inclinar el rostro hacia arriba y poseer mis labios.

—Si por mi fuera, estaría cada día, cada hora, cada minuto y cada segundo dentro de ti —

susurró aplacando la fuerza de aquel beso hasta convertirlo en uno más suave.




Ni la ducha caliente. Ni la crema fría para las piernas. Ni la posición vertical en el sofá consiguieron quitarme la agitación de los músculos que sentía en las piernas, aunque realmente más que fastidiarme aquella sensación de malestar, lo que me tenía realmente agitada era el modo en que se había marchado Andrei después de soltarme aquella frase cargada de intenciones.

«Y encima no me ha dicho dónde iba, clara señal de que tenía una cita con alguien del sexo opuesto»

Lo peor de todo es que no había sido capaz de preguntarle porque no quería parecer celosa o mostrar algún tipo de interés en su vida personal. ¡Joder!, ¡Y ahora no dejaba de pensar en qué demonios estaría haciendo!

¿Habrá sido intencional?, ¿Del mismo modo que me dejó creer que se había acostado con la organizadora cuando había pasado la noche con sus amigos?

—No me importa. No me importa. No me importa —dije una y otra vez como si de ese modo fuera capaz de llenar mi cabeza de otro tipo de pensamiento que no fuera el de Andrei revolcándose con la chica que le acompañaba el día de la exposición.

Era incapaz de estar apacible o de concentrarme en cualquier red social. Traté incluso de intentar ver una película o saltar de canal en canal donde más allá del contexto todo me resultaba incomprensible, así que me puse unos pantalones y me remetí el camisón por dentro, cogí una gabardina y me calcé unos mocasines sin molestarme en ponerme calcetines. Ni vi el resultado frente al espejo, me importaba muy poco, solo pensaba ir al supermercado que había unas calles más abajo y estaba abierto veinticuatro horas para comprar helado, puesto que el único que me quedaba Andrei lo había gastado embadurnando mi cuerpo para comérselo.

Cogí las llaves y el monedero, ni me molesté en ver donde había dejado el móvil, al menos no tendría la tentación de enviar un mensaje o llamarle los veinte minutos que tardase en ir y volver a aquel negocio. No me había percatado de qué era domingo hasta que vi el ambiente animado por las calles dado que ya no hacía tanto fresco como en los meses precedentes. A pesar de estar cansada eché en falta esa vida social que había dejado en Moscú donde nunca faltaban planes con amigas, conocidas o encuentros furtivos en los que salir a cenar y después tener sexo desenfrenado se volvía en algo habitual. Y de pronto, pasé por el restaurante al que Andrei me invitó a cenar el día antes de mi cumpleaños, ese en el que me dio las entradas para el spa y donde de algún modo dio inicio a la decadencia en la que se había convertido mi vida en los últimos meses.

—¿Nadia? —Oí mi nombre y me giré sorprendida de que alguien pudiera reconocerme en esta ciudad en la que aún no tenía amigos.

La mirada expectante por parte del jefe del departamento de Neurología hizo que perdiera por un momento la noción del porqué estaba en ese momento en la calle mirando hacia el interior de un restaurante.

—Cedrini —dije como si no supiera qué decir al encontrarnos fuera del ámbito hospitalario.

—Por favor, llámame Marco, creo que hay confianza suficiente para que nos tuteemos —dijo con un semblante cercano y una amabilidad extrema de la que tuve que hacer un refuerzo por recordar todo lo que me había estado narrando Antonia.

—Por supuesto, Marco —advertí mirando hacia ambos lados de la calle como si fingiera estar esperando a alguien.

—¿Tu cita se ha retrasado? —preguntó dando por hecho que debía estar esperando a alguien.

—He llegado algo pronto —dije con una sonrisa forzada.

—En ese caso, tal vez podamos tomar esa copa que teníamos atrasada.

No. No era una buena idea en absoluto, pero ¿No se había marchado Andrei a una cita?, ¿Por qué no podía yo hacer lo mismo? No tenía ninguna intención de acostarme con Cedrini, pero eso no me eximía de poder salir con él a tomar algo y acabar con aquel asunto.

Aunque todos mis sentidos estuvieran en alerta y gritando todo el tiempo que no era una decisión correcta. Cedrini no era trigo limpio y lo sabía, pero tal vez tomándome esa copa, lograría amenizar las cosas y que él volviera a introducirme en quirófano, algo que necesitaba con urgencia dado el retraso que tenía en cuestión de experiencia.

—Claro —advertí—. Aunque tendrá que ser rápido —dije con cierta duda, pero

intentando mantenerme firme.

Caminamos en dirección contraria hacia mi apartamento, lo último que necesitaba era que él supiera donde vivía y entramos en un bar que parecía de moda cuya iluminación estaba bastante rebajada para darle un ambiente nocturno.

Por alguna razón sentía incomodidad, algo que jamás me había pasado con anterioridad y era probable que la influencia de mi compañera sobre los rumores referentes a Cedrini tuviera mucho que ver, pero precisamente gracias a esa información podía ser mucho más consecuente con lo que él pudiese hacer.

No perdí ni un momento la vista de mi copa y, de hecho, no vi que él tuviera la intención de acercarse a mi más de lo debido, es más, ni siquiera parecía intentar provocarme de algún modo o con dobles intenciones como en cambio había hecho algunas veces en el hospital.

—Lo cierto es que mi mujer está en Italia —advirtió dando un sorbo a su copa y después me observó fijamente—. ¿Tu prometido también está fuera? —preguntó dejando el vaso sobre la barra y apartando la vista de mí.

—No. En realidad, no viaja mucho —contesté escuetamente—. ¿Por qué ejercer en España en lugar de Italia? —le pregunté directamente.

Sabía por Antonia que le habían echado de allí, pero quería saber que excusa podría darme él en su lugar.

—Imagino que las mismas circunstancias que tú —advirtió con una sonrisa—. Experiencia.

En mi caso no había sido así, pero tampoco iba a hablar abiertamente de mis circunstancias.

—Entonces, ¿Planeas regresar pronto? —exclamé vaciando mi copa con la intención de acabar la conversación.

No es que Cedrini hubiera actuado de un modo que me hiciera sentir perturbada, pero había algo en ese hombre más allá de lo que Antonia me había dicho, algo que incluso había sospechado incluso antes de que ella se sincerara conmigo. Tenía que poner distancia hacia él y no dejarme embaucar por la influencia que él tenía en el hospital o que su comportamiento estuviera siendo correcto. Era evidente que buscaba algo de mi, puede que sólo fuera sexo, o puede que alguna intención oculta cuando no había dejado de investigar en los periódicos sobre mi compromiso, Andrei e incluso mi propio padre… no me fiaba de él. Percibía que, tras esa fachada de amabilidad, existía un monstruo por mucho que quisiera reprimir esa vocecita de advertencia y jugar a mi beneficio con ello.

—Supongo. ¿Quién sabe dónde estaremos mañana? Lo importante es donde estamos

ahora, ¿No crees? —preguntó con una sonrisa y alzando la mano al camarero para que sirviera otra ronda.

—Debo marcharme. Es tarde y seguro que Andrei se está preguntando donde estoy…

—No has mirado tu teléfono ni una sola vez. Está claro que tu interés está aquí, conmigo. ¿Por qué no te tomas otra copa y te dejas llevar?

Inspiré profundamente para no soltar lo primero que me viniera a la mente.

«Es tu jefe. Es tu superior»

—No deberías confundir consideración con interés. Me he tomado una copa, hemos tenido una conversación agradable y espero que nuestra relación en el hospital sea cordial. Nada más. ¿He sido clara? —advertí levantándome y asegurándome que tenía las llaves y el monedero en los bolsillos de la gabardina.

—*Peccato* —escuché claramente y di por sentado que él no creería que comprendiera su lengua.

No contesté, solo fingí una sonrisa e hice amago de marcharme, pero sentí su mano en mi brazo para retenerme.

—Haré que cambies de opinión —dijo como si fuera una advertencia, pero en lugar de mirarle, solo tenía mis ojos puestos en su mano agarrándome del antebrazo, después me soltó y yo di un tirón para recomponerme la chaqueta.

—No te lo recomiendo —advertí muy seriamente.

—Que me lo pongas más difícil solo incrementa la excitación. —Se jactó abiertamente y confirmé que todas esas sensaciones y rumores eran ciertos.

«Este tío es un despojo humano»

No me molesté en contestar, simplemente salí de allí echando humo para alejarme lo máximo posible.

¿Quién narices se cree que es para amenazarme? No sé si había sonado a amenaza o no, pero estaba claro que sus intenciones no eran las de dejarme en paz, sino más bien todo lo contrario.

¡Genial! Si no tenía suficiente con mi padre influenciando en el consejo, con el lío del supuesto compromiso, con que tuviera que firmar ese maldito preacuerdo matrimonial y con que me había vuelto a liar con Andrei sintiendo que me había fallado a mí misma por hacerlo, ahora tenía que sumar a ese demente pervertido que pensaba hacerme la vida imposible si no accedía a su macabro juego.

¡En maldita hora decidí venirme a Madrid!




Ni me molesté en comprar el helado, volví inmediatamente a mi apartamento tan agitada, que hasta decidí subir las escaleras de las cuatro plantas en lugar de utilizar el ascensor. El conserje ya no estaba a esas horas, por lo que había un silencio abismal que reinaba en todo el edificio amortiguado por mis pasos en cada escalón. En cuanto abrí la puerta y entré, me dejé caer sobre la hoja agitada por el esfuerzo, ahora mis piernas ardían y sentía que debía ponerme hielo.

Con esa decisión me incorporé para darle a la luz y vi una sombra desde el salón venir hacia mi.

Grité. Tiré el pequeño jarrón con flores de tela que había en la cómoda provocando que se hiciera mil añicos y sentí una mano apretándome la boca para acallarme hasta que a tientas logré darle a la luz y ver los inconfundibles ojos azules de Andrei.

Le di un empujón con todas mis fuerzas con el que apenas logré apartarle, pero vagamente lo hizo.

—¿Qué cojones haces aquí?, ¿Y cómo has entrado? —grité enfurecida porque me había dado un susto de muerte.

—Se suponía que estabas aquí y no respondías —dijo con semblante serio.

—¿Y eso te da derecho a entrar en mi casa? —bramé—. No tengo que darte explicaciones de dónde voy o dejo de ir, no eres nadie para mí. ¿Recuerdas?

—Técnicamente es la casa de mi prima. No tuya.

*Idiota de mierda.*

—Gracias por recordármelo, pero estoy viviendo aquí y eso, me otorga privacidad.

¿Desde cuándo tienes llaves de este apartamento? —increpé no creyendo que se hubiera extralimitado tanto.

—Desde que casi caíste en coma por la fiebre y no eras capaz de reaccionar. Hice un juego de llaves por precaución.

No me lo podía creer.

—¿Así que te crees con derecho de entrar en mi casa y predisponer a tu antojo, así como así? No sé… ¿no te surge la duda de que estás invadiendo mi privacidad?

—Aceptaste ser mía y yo cuido de lo que es mío —concluyó sin un atisbo de preocupación o duda en su tono de voz.

—¡Esto es increíble! —bramé—. Cedrini podrá ser un demente, pero desde luego tú tampoco te quedas muy lejos… —Ni siquiera sé por qué lo dije, quizá porque ya no podían pasar más cosas extrañas en una misma noche.

—Te dije que te apartaras de ese tío. —Su gesto había tornado a uno mucho más desagradable.

—Y yo haré con mi vida lo que me de la real gana —insistí y entonces él pareció respirar como si quisiera controlarse. Se dio la vuelta y por algún motivo se quedó varios segundos de espaldas a mí—. ¿No se supone que tenías una cita?, ¿Qué haces aquí? —pregunté ante su silencio.

—Solo tenía que entregar unos documentos para que estén mañana a primera hora en notaría —dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

¿Solo unos documentos?, ¿Y tanto le costaba decírmelo?

—Pensabas regresar y solo querías provocarme haciéndome creer otra vez que tenías una cita con una mujer —dije aún alejada de él.

—Tú siempre tiendes a pensar lo peor de mí —dijo dándose la vuelta y comenzando a caminar lentamente hasta donde me encontraba—. No me importa que lo hagas, nunca me ha importado, pero aléjate de ese Cedrini. No es de fiar.

Le miré asombrada y viendo las sombras que la lámpara que había sobre la isla arrojaba en su rostro. Era guapo. El muy jodido era increíblemente guapo y siempre lo había sido para mí estupor.

—¿Le has investigado? —pregunté frunciendo el ceño.

—¿Tú que crees? —advirtió relajado y se dejó caer frente a mí, estando a solo un paso de distancia.

—Sé cuidarme sola Andrei —solté—. Si me marché de Moscú es precisamente porque no quería que mi padre me controlase, así que no voy a permitir que lo hagas tú.

Podía aceptar su modalidad dominante en la cama, pero no fuera de ésta. A mí no me domina ni Dios, por mucho que él se convierta en un dios del sexo cada vez que me lleva al Edén.

Sentí toda su hombría acercándose hacia mí, decidido, posesivo y con esa aura dominante que tanto le caracterizaba.

—En el único lugar donde deseo dominarte es en la cama, pero no permitiré que ese perro marque mi territorio. No mientras tú y yo mantengamos este acuerdo. Y no cuando es obvio que no te interesa.

¿En qué momento ha determinado que Cedrini no me interesa?, ¿Marcar el territorio?

—¿Ahora eres un perro? —exclame sintiendo que la risa se apoderaba de mí al verle el rostro tan serio.

—Un lobo —decretó sin un ápice de sonrisa en su rostro.

Decididamente podría serlo. Tan autoritario, egocéntrico y con esa manifestación de soberbia todo el tiempo.

—Hablo en serio Andrei —dije volviendo al tema central ya que a él parecía gustarle desviarse demasiado.

—Tú aléjate de Cedrini y no tendré ningún problema en apartarme de tu vida. Ese hombre no es lo que tú crees.

—Lo sé perfectamente —admití sin saber del todo qué era lo que sabía él.

—¿Y aun así te montas en un coche con él o vas a verle esta noche? —reclamó como si estuviera reprendiéndome del mismo modo que haría mi padre.

—En primer lugar, es mi jefe —alegué—. En segundo lugar, sé hasta donde puedo y no puedo excederme. Y, en tercer lugar —puntualicé—, no soy ninguna niña de quince años a la que puedas reprender o manipular. Ya acabé harta de mi padre por tratar de manipularme, no sigas el mismo camino porque acabaremos muy mal.

—¿Peor que antes? Déjame dudarlo —acortó la distancia y sentí su fuerte respiración cerca de mi rostro—. No me entrometeré si me prometes que estarás alerta y que acudirás a mi si las cosas se complican.

Me sorprendió que tratara de preocuparse de ese modo, ¿Lo hacía por deber o porque realmente le preocupara lo que podría ocurrirme?

—Te preocupa lo que pueda pasarme… —jadeé a solo unos centímetros de su boca y sentí como cambiaba su semblante—. No es porque me acueste o no con Cedrini, estás preocupado de que pueda hacerme algo.

Sentí como se apartaba bruscamente y dio un manotazo que me hizo temblar sobre la

encimera de la cocina.

—Te conozco desde que tengo diez años, sería ilógico que no me preocupara —dijo sin mirarme y el silencio nos envolvió de un modo que, a diferencia de otras veces, sentí demasiado incómodo. ¿Has leído el preacuerdo? —exclamó cambiando de tema.

Un pensamiento fugaz cruzó mi mente. Fue pequeño, tan rápido que enseguida lo deseché, pero que después regresó ejerciendo una presión en mi pecho de un modo infinito.

—¿Sientes algo por mi aparte de atracción? —Podría ser una pregunta absurda viniendo de Andrei, él mismo había mencionado que no creía en el amor, que esas pamplinas no eran para él.

—¿Es que podría haber algo más? —exclamó dándose la vuelta.

—No quiero que me respondas con otra pregunta. Quiero saber si es tu único interés por mi.

Sentí un revuelo en el estómago, una inquietud indescriptible por lo que él podía responderme. Entre nosotros había una afinidad sexual brutal, no había duda, pero eso no podía ser una condición para afianzar ese acuerdo. Quería saber si por inverosímil que pareciera, Andrei podría sentir algo por mi, algo por alguien que no fuera él mismo.

—No —contestó relajadamente—. Ya te dije que no creo en ese tipo de sentimentalismos. Así que si estás buscando algún tipo de interés oculto que me motive a estar aquí, la única respuesta es que sólo deseo saciar mi apetito carnal. No hay más.

Su rotunda negación me generó una sensación de tranquilidad, aunque existía una minúscula parte de inquietud. Tal vez porque deseaba encontrar un lado oculto de Andrei que justificara su comportamiento amable en algunas ocasiones o quizá haría que me sintiera menos mortificada por desearle todo el tiempo. Ni siquiera comprendía esa razón que me llevaba a haber creído que tal vez, alguien como él podía llegar a sentir algo por alguien que no fuese a sí mismo.

Está claro que no era así, que la parte dulce que mostraba en ocasiones era una simple fachada de apariencia y lo único que se forjaba en su interior era una condición con base egoísta a la que únicamente le importaba el dinero o el estatus social que obtendría.

—Firmaré el acuerdo prematrimonial —afirmé con una seguridad poco propia de la que en realidad sentía.

De algún modo era como acercarme un paso más al hecho de estar unida a Andrei y a pesar de que había valorado la situación, lo cierto es que el noventa por ciento de mi raciocinio me decía que era una malísima idea seguir con aquella pantomima, pero ese diez por ciento restante trataba de convencerme que sería la solución a todos mis problemas actuales y futuros.

—¿No vas a leerlo? —inquirió incrédulo.

—No me hace falta puesto que no vamos a casarnos realmente, así que todo quedará en el olvido cuando rompamos el compromiso.

—Por supuesto. Tú decides —decretó algo más relajado.

—Sí —volví a afirmar con ese tono de seguridad inestable, aunque no parecía percibirlo —. Yo decido y, por tanto, dejarás de entrometerte en mi vida, comenzando por devolverme las llaves de mi apartamento.

Coloqué la palma de la mano boca arriba y descubrí que él no hacía ademán de devolvérmelas.

—Cuando rompas este compromiso y no haya nada que nos ligue el uno al otro, estaré encantado de devolverte las llaves del apartamento de mi prima. Mientras tanto… me quedaré con ellas, aunque prometo no hacer uso a menos que sea necesario.

Le increpé con la mirada.

—Estás jugando con fuego, Andrei…

—Quizás quiero quemarme —contrarrestó enseguida con una débil sonrisa—, pero si te hace sentir mejor, te daré una copia de las llaves de mi apartamento, o, mejor dicho, el de Alejandro —añadió guiñándome un ojo como si estar en igualdad de condiciones pudiera serenar el crepitar del furor que sentía.

La idea de tener las llaves del apartamento de Andrei y poder acceder en cualquier momento era tentadora, sobre todo porque indirectamente estaba constatando que no tenía planteamiento alguno de llevar a ninguna otra mujer a su casa.

Ladeé un poco la cabeza tratando de estudiar su propuesta, o más bien, un acuerdo en el que, sin pensarlo, estábamos dando una especie de paso gigantesco en una imaginaria relación inexistente, aunque plausible para mucha gente. Que tuviera final no le restaba importancia. Jamás había tenido las llaves del apartamento de ningún tío por más o menos cortas que hubieran sido mis relaciones con esa persona. Sentía que entre Andrei y yo no existía esa confianza para tenerlas, pero no sabía si actuaba su lado dominante y controlador o había un aura protectora que trataba de camuflar por alguna razón.

—Sólo hasta que nuestro acuerdo finalice —dije tras pensarlo detenidamente—, y te prohibo presentarte aquí cuando te dé la gana para darme un susto de muerte como acabas de hacer —añadí de forma tajante.

—Responde a mis llamadas y no tendré que entrar por mi cuenta —amenazó rodeando con su brazo mi cintura para atraerme a él.

Cada vez que sentía que me acercaba a su cuerpo, mi racionalidad se iba a freír

espárragos y entraba en acción un fuego abrasador que atenazaba con quemarlo todo, incluida mi sensatez, pero tenía que reconocer que la alternativa era esa ausencia a la que resultaba mucho más difícil enfrentarse porque acaparaba todos y cada uno de mis pensamientos hasta el punto de dejarme completamente impedida.

Desconocía lo que me estaba pasando. Quería creer que solo se trataba de un conjunto de factores que me habían llevado a esa situación, incluyendo el hecho de sentirme sola en la ciudad y que las cosas no fueran del todo como habría esperado, pero lo único y realmente cierto, es que cada vez que se marchaba, únicamente podía pensar en que aún no me sentía saciada y comenzaba a temer que jamás lo haría.




Habían elegido uno de los mejores restaurantes de Madrid para la reunión en la que firmaríamos el preacuerdo matrimonial. El vestido negro ajustado que decidí ponerme para la ocasión tenía un escote en forma de corazón y resaltaba el cabello rubio que caía en cascada por la espalda. El clima era cálido, así que únicamente lo acompañé con una chaquetilla fina en el mismo color sin abrocharla y unos zapatos de diez centímetros en negro mate con textura de piel, igual que la cartera de mano. Mis labios de un rojo intenso eran el broche final para el atuendo. Andrei me esperaba en el aparcamiento del hospital cuando salí, estaba sentado en el asiento del conductor distraído con el teléfono, pero en cuanto me acerqué lo suficiente al coche, noté su mirada intensa que no perdía detalle alguno de mi silueta, metí la bolsa con el cambio de ropa en el maletero fingiendo indiferencia y después abrí la puerta del copiloto para sentarme a su lado. Ni siquiera le saludé antes de comenzar a abrocharme el cinturón, pero permanecí sin respiración cuando noté su mano en mi rodilla y como comenzaba a ascender lentamente hasta llegar a la ingle.

—Llevas medias —me dijo en un tono ronco.

—Si —siseé por la cercanía de sus dedos a mi entrepierna.

Sentí como me agarraba de la pierna hasta lograr estirar de ellas y romperlas.

—No vuelvas a ponerte nunca medias —mencionó con la voz ronca y metiendo sus dedos a través del roto para tocar mi piel—, quiero tocarte en cualquier momento —dijo rozando con sus dedos el encaje de la ropa interior—. Y penetrarte cuando me provoques como ahora, así que tenlo presente.

Mi respiración era errática, como si mi cuerpo reaccionara en modo automático cuando él me tocaba de ese modo tan íntimo.

Se apartó rápidamente y pareció tratar de recomponerse frente al volante mientras yo me quedé con la vista fija en mi falda subida y las medias completamente rotas.

—Al menos podrías haber esperado a que terminase la cena, ¿no? —exclamé analizando aquel desastre.

—No —negó encendiendo el motor—. He dicho que te quiero accesible todo el tiempo, eso significa que si me apetece follarte con mis dedos mientras cenamos, lo haré.

La reacción instantánea a aquello fue un latigazo en mi entrepierna ante la idea de que él pudiera meterme mano en cualquier momento fuese un sitio público o no, pero después me serené. Me quité las medias y las metí en la guantera del mismo modo que hice la vez que también me las rompió en la puerta de la Iglesia cuando estuvimos en Moscú conforme él salía del aparcamiento para incorporarse a las calles de Madrid.

—¿Debo pensar que no puedes controlarte? —dije rompiendo el silencio que nos envolvía.

—Puedo controlarme perfectamente —habló sin mirarme, ya que estaba demasiado pendiente del tráfico para ver si venían coches al tratar de incorporarse a vía de asfalto—, otra cosa es que no desee hacerlo.

Siendo sincera, prefería al Andrei que no se controlaba. Podía soportar su estado dominante en términos de sexo, es más, reconocía que esa parte era encarecidamente atractiva y sensual porque me llevaba a un estado de lujuria aún más intenso, por lo que no rebatí su respuesta ya que la idea de que pudiera tocarme mientras hablábamos de aquel maldito preacuerdo matrimonial hacía que la situación extenuante se convirtiera en algo vigorizante manteniendo todos mis sentidos en alerta.

Llevó el coche hasta un parking subterráneo que al parecer quedaba al lado del restaurante y la penumbra nos envolvió en cuanto las luces se apagaron, comencé a quitarme el cinturón y tuve la intención de abrir la puerta cuando sentí que me detenía.

—Pensaba utilizar esto luego, pero lo cierto es que me resulta mucho más tentador ahora… —dijo llevando la mano hacia atrás y poco después un destello rojo brillante ocupó mi espacio visual. Era una caja relativamente pequeña, tenía un lazo de terciopelo en color negro anudado a su alrededor y le miré extrañada.

¿Por qué me hacía un regalo? No era mi cumpleaños, tampoco debíamos celebrar nada.

—¿Qué es? —le pregunté aún sin cogerlo.

—Ábrelo y póntelo.

Di por sentado que se trataba de una joya, ¿Tal vez quería darle a entender a nuestros padres que me hacía regalos de forma constante? A decir verdad, no llevaba nada llamativo salvo el anillo de compromiso. Lo abrí por inercia, o más bien, porque aquello me generaba una curiosidad grata, pero en cuando quité el lazo y rasgué el papel me di cuenta de que no se trataba de ninguna caja de joyería, sino más bien una caja blanca con un dibujo del diseño que se suponía que contenía en su interior y que no comprendía. Lo abrí y efectivamente aquel aparato pequeño parecía exactamente igual que el dibujo de la tapa, era de color borgoña y con una parte en la base de metal. Por la ergonomía y el diseño no tenía ni la menor idea de que leches era y, además, había una pieza pequeña al lado, como si fuese el mando de control de aquel aparato.

—¿Qué es esto? —pregunté y al tocarlo sentí un tacto aterciopelado muy suave.

—Una versión mucho más moderna de las bolas chinas —decretó y mis ojos se ampliaron enormemente—Colócatelo ahora —añadió sacándolo de la caja y entregándomelo.

Me mordí el labio con aquel chisme que ocupaba la palma de mi mano y la atenta mirada de Andrei sobre mí apremiándome a que le obedeciera. Ya fuese por la expectación o porque jamás había probado algo similar y la palpable tensión me hacía incrementar mis ganas de experimentar, me subí la falda e introduje aquella cosa en mi entrepierna con facilidad. En el momento en que me bajé de nuevo el vestido hasta una altura decente, sentí la primera descarga vibrante que me hizo tener que agarrarme al asiento.

Abrí los ojos con absoluta conmoción y sentí la mirada traviesa acompañada de una sinuosa sonrisa en su rostro.

—Será mejor que te comportes bien, princesa… o seré terriblemente travieso —dijo volviendo a apretar el botón y haciendo que se me escapase un gemido de placer justo antes de meterse el minúsculo mando en el bolsillo—. Vamos, llegamos tarde.

No hubo margen de protesta, pero con cada paso era más y más consciente de lo que llevaba metido entre las piernas y de que, en cualquier instante, Andrei podría tener el control de mi placer y hacerme jadear, gimotear e incluso rogar por su clemencia.




A pesar de que no hacía muchos días que nos habíamos visto, mi padre parecía entusiasta y efusivo, hasta el punto de pedir el mejor champán que tuvieran en la carta para comenzar la cena brindando por la fusión de sus empresas con Komarov.

—Reconozco que temía el futuro de Ivanov —aclaró con un deje nostálgico—, pero ahora creo que no podría estar en mejores manos que las de mi futuro yerno. ¡Por la sabia elección de mi hija!, ¡Y por la fusión de nuestros negocios! —bramó alzando la voz y haciendo que varias miradas se cernieran sobre nuestra mesa.

Aquella cena era una simple formalidad para cerrar varios asuntos respecto al acuerdo prematrimonial. Entre ellos figuraban las cifras reales de valoración de ambas empresas, el porcentaje de pertenencia que Andrei tenía sobre Komarov, muy inferior al de Irina y que, sumando el capital de la fusión, le otorgaba una posición mucho más elevada y holgada. A su vez, yo también tenía una participación en las empresas, algo que al parecer había sido un requisito indispensable de mi padre, por muy poco interés que me generara, aunque si me sorprendió que independiente de mi trabajo, tendría una asignación mensual para mis gastos personales extremadamente alta.

Nuestro lugar de residencia sería un lujoso apartamento en el centro de Madrid valorado en seis millones de euros que Andrei acababa de comprar a nombre de ambos. Le miré inquisitivamente, ¿Cuándo pensaba decírmelo? Puede que no lo hubiera hecho porque pensaba vivir él solo o quizá, no le interesaba mi opinión en cuanto a inmuebles se refiere, pero entonces pensé en aquel truco barato de ofrecerme las llaves de su apartamento cuando, la pura realidad, es que pensaba mudarse de inmediato.

La punzada de placer me sobrevino inesperadamente y tuve que agarrarme a la mesa para controlar el impulso de soltar un gemido delante de mi propio padre.

En el acuerdo también estaba escrito que regresaríamos a Moscú en cuanto yo finalizara mi residencia en Madrid, es decir, en tres años, los mismos en los que el propio Andrei, se comprometía a construir tres hospitales de beneficiencia avalados por Komarov; uno en Birmania, otro en Bangladesh y otro con una inversión mayor en Eritrea. Volví a buscar su mirada, pero él parecía relajado cortando su filete como si aquello fuera lo más normal del mundo.

¿Había decidido incluso los destinos? Eso solo podía significar que se había informado de ello, que se había preocupado de indagar para saber en qué países se necesitaba realmente ayuda y por más que aquel gesto lo hubiera hecho con la única finalidad de ablandarme para aceptar su acuerdo, no podía menospreciar la idea de que tuviera en cuenta algo que realmente me importaba.

—Pues si no hay nada más que objetar —mencionó Konstantin ofreciéndonos una carpeta de piel donde permanecía el documento válido del acuerdo para que lo firmáramos.

Vi mi nombre justo al lado del de Andrei y por debajo el de nuestros padres como testigos.

Me ofreció el documento para que lo firmase en primer lugar y cogí aquel bolígrafo con cierto temblor. Si aquello se convertía en algo real, si de verdad accedía a casarme con él, no solo podría llevar una vida despreocupada, sino cumplir cada uno de mis objetivos con absoluta facilidad además de recuperar una relación con mi padre de cordialidad. La idea era tentadora, pero no dejaba de sentir que hacerlo, era fallarme a mí misma, hacer de aquel fraude una realidad no lo convertía en algo factible.

No amaba a Andrei, él tampoco me amaba a mí y por mucha pasión desbordante que sintiéramos, eso no iba a cambiar, como no había cambiado desde que nos conocíamos.

Firmé rápidamente y le pasé el bolígrafo a él, que plasmó su firma de inmediato.

En cuanto lo hizo sentí de nuevo una descarga de forma intermitente que me hizo juntar las piernas y mirarle inquisidoramente pidiéndole que parase. No lo hizo. Apreté con más descaro mis muslos mientras juntaba mis piernas sintiendo que iba a morir allí mismo, creyendo que en cualquier momento perdería el control y no podría dejar de gritar de pura pleitesía.

—Necesito ir al baño —dije en un tono demasiado agudo que probablemente llamara la atención, pero como en esos momentos parecían más absortos en el documento que en mí, aproveché para escabullirme rápidamente al baño y cerré la puerta justo antes de volver a sentir otra descarga vibrante con mucha más intensidad.

¿Qué demonios?, ¿Cuantos metros de alcance tiene esa mierda?

Exclamé un gemido de placer apoyando las manos en el lavabo y alcé la vista para mirarme en el espejo. Mi pelo continuaba perfectamente ondulado, mis labios rojos permanecían intactos gracias al labial fijo y nada en mi rostro, salvo el brillo de mis ojos abducía a que estaba atravesando un momento pleno de conmoción placentera.

Grité de nuevo y los golpes en la puerta me sobresaltaron.

—Abre —oí la voz de Andrei al otro lado en cuanto dejó de golpear.

¿Qué hacía allí?

Deslicé el pestillo y él entró de forma ágil y sigilosa en un segundo, volviendo a bloquear la puerta y sin quitarse la camisa, comenzó a desanudarse el cinturón.

—Pon las manos sobre el lavabo y abre las piernas —dijo quitándose el botón del pantalón y bajándose la cremallera.

—¿Qué? —exclamé y volví a sentir aquel palpitar dentro de mí que me hizo doblarme y tener que sujetarme para hacer exactamente lo que me pedía.

En cuanto lo hice sentí como metía sus manos bajo mi vestido y deslizaba mis bragas hacia abajo, acto seguido me sacaba las bolas chinas dejándolas sobre la encimera del lavabo para reemplazarlas con su propia carne en una sola estocada.

—¡Joder!, ¡Si! —grité sin ser consciente de cuanto mi cuerpo lo necesitaba, de la absoluta desesperación que mantenía porque me llenase, me colmase y me liberara.

—¿Te gusta? —gimió en mi oreja mientras veía a través del espejo como me sujetaba para salir lentamente y volver a meterse en mi interior aún más profundo.

—Si… —gemí abriéndome aún más de piernas e inclinándome hacia arriba para que pudiera penetrarme aún más profundo.

La mano de Andrei se deslizó por mi muslo hasta encontrar mi clítoris y comenzó a estimularlo con maestría, logrando que me volviese completamente loca y percibiendo como todo el calor abrasador que había estado amenazando con consumirme, me devoraba.

No me importó estar en un baño público de un restaurante de lujo, grité dejando que aquel orgasmo contenido se liberara y que aquella estremecedora ola de calor me llevase consigo hasta el confín del universo.

Podía notar los movimientos ahora muy lentos de Andrei dentro de mi cuerpo como los espasmos que indicaban que él también se había corrido sin dejar de apretarme contra él y cuando cesó, sus ojos buscaron los míos a través del espejo siendo conscientes del momento, el lugar y de la cruel verdad; aquella arrolladora pasión que nos consumía estaba cruzando líneas peligrosas hasta el punto de hacernos perder la cabeza.

—No tardes —susurró apartándose de mi y colocándose rápidamente el pantalón para salir como un lince escurridizo sin ser visto.

«Es sexo Irina, únicamente sexo. Puede que el mejor de tu vida, pero no hay nada más»

Regresé a la mesa con esa certeza o más bien, queriendo creer a fe ciega en que debía ser solo eso a pesar de que cada vez que aquellos ojos azules me observaban de ese modo, comenzaba a sentir un hormigueo innato en mi estómago.

—Ahora que la ceremonia será un mero trámite, celebremos esta unión —dijo Konstantin con una felicidad implacable en su rostro.

—¿Un mero trámite? —pregunté cogiendo mi copa al tratar de un modo tan despectivo el matrimonio.

—Bueno… —comenzó a decir él—. Ahora que habéis firmado el acuerdo matrimonial es como si estuvierais prácticamente casados.

—Sobre todo cuando a ninguno de los dos le conviene arrepentirse —añadió mi padre en un tono bromista que no comprendí.

Miré hacia Andrei como si él pudiera darme una explicación de a qué se estaban refiriendo.

—Se refieren a la última cláusula del contrato, una en la que los dos nos comprometemos a casarnos en la fecha fijada. Te di una copia del acuerdo, princesa, ¿No lo recuerdas? —exclamó con una sonrisa y yo me quedé de piedra.

¿Acaba de ir al baño para tener sexo conmigo sabiendo que había firmado un acuerdo prematrimonial en el que me obligaba a casarme con él?, ¿Como se podía ser tan ruin y mezquino?

Es Andrei. ¿Qué podía esperar? Estaba claro que jugar limpio nunca ha sido una de sus cualidades y en esta ocasión, había sabido muy bien jugar sus cartas.




Por alguna razón que ni siquiera era capaz de comprender, no exploté en ese momento a pesar de que ganas no me faltaban. Podría haber gritado a los cuatro vientos que nada de aquello era cierto, que no estábamos realmente comprometidos, que todo se debía a una confusión por una absurda invención solo para que mi estúpido jefe me dejara tranquila cosa que muy a mi pesar, ni siquiera había sido así para cerrar aquel colofón de cosas incoherentes e irracionales de mi vida. Pero me mantuve en silencio, como si en mi cabeza algo se hubiera desconectado y repentinamente no me sintiera dueña de mi vida, ni de mis actos, ni tan siquiera de mis decisiones.

Me sentía manipulada y lo peor de todo, es que yo, únicamente yo, tenía la culpa de todo. Por inventarme aquella mentira, por no frenarla a tiempo y por seguir en aquel circulo vicioso del que no era consciente aún de la razón para continuar metida.

Podía notar como Andrei me observaba de forma silenciosa, por suerte, las malditas bolas chinas estaban a buen recaudo en mi bolso, aunque él tuviera el mando a distancia para controlarlas, pero ya no podía ejercer ningún tipo de control sobre mí. En cuanto terminó aquel puñetero brindis, me levanté del asiento para advertir que debía regresar al hospital para cubrir una urgencia. Mi padre insistió un par de veces si podía quedarme sin mucho éxito y Andrei se levantó para advertirles que me acompañaba.

No pensaba dejar que me llevase a ningún lado, pero sí que quería tener una conversación en privado con él, una charla en la que pensaba poner fin a todo esto, al menos a todo lo que concernía entre él y yo.

Le di un beso en la mejilla a mi padre y me despedí de él. Konstantin, el padre de Andrei

le recordó que nos volveríamos a ver en un par de semanas ya que éramos los padrinos de Zafiro y todos coincidiríamos en el evento. En ese momento no me apetecía pensar en la fiesta de mi ahijada, ni en el papelón que se suponía que debía interpretar cuando llegara, solo quería irme, largarme de allí y gritar de pura rabia.

No esperé a que Andrei me siguiera, ni me ofreciera el brazo o tan siquiera un gesto para decirme que caminara a su lado, es más, me di la vuelta y comencé a marcharme cuando él aún no se había despedido de su padre, pero rápidamente me siguió el paso.

—No pienso dejar que me lleves a ninguna parte —dije en cuanto vi el perfil de su perfecto rostro.

—Te dije que lo leyeras para ver si estabas de acuerdo en todo, no puedes culparme —soltó tan fresco, como si el hecho de ocultarme una cláusula que me obligaba literalmente a casarme con él no fuera importante.

—Te mencioné que no iba a leerlo porque no lo consideraba importante. Sabías que no tenía ninguna intención de llevar acabo esta pantomima. Te dejé muy claro lo que pensaba al respecto, ¿Y tú decides callarte solo porque te conviene?, ¡Eres un puto enfermo! —grité en medio de aquel enorme hall de entrada que conducía a las puertas principales.

—Si me quieres culpabilizar por eludir tus responsabilidades, adelante. Hazlo, pero eso no te exime de tener tu parte de culpa en esto. Nos vimos en esta situación porque tú lo provocaste. Continuamos en estas circunstancias porque a ti te convenía. Ahora no me recrimines que estas atada de pies y manos por ese contrato que tú has firmado sin que nadie te obligue a hacerlo.

—¿No? —exclamé—. Te recuerdo que ayer mismo tú me dijiste que no protestara y lo firmase.

—¡Podías revocar cualquier cláusula! Pero decidiste a tu conveniencia no hacer nada. Típico de ti. Reclamas libertad, reclamas que nadie se entrometa en tu vida y reclamas los derechos que te corresponden, pero a la hora de la verdad te eximes de toda responsabilidad y exiges a otros que te solucionen tus problemas.

Le increpé con la mirada como si no supiera de que estaba hablando.

—Yo no exijo a nadie que solucione mis problemas —respondí con altivez.

—¿No? —exclamó—. No te enfrentaste a tu padre en Moscú, decidiste huir porque te pareció que era la salida más fácil y ¿A quién recurriste? A mi prima. Te alojas en su casa y cubre tus gastos porque tu sueldo es insuficiente. Y si, ella te dirá que es una nimiedad porque te quiere como a una hermana, pero los dos sabemos que, de no haberte ofrecido su ayuda, no te habrías marchado porque estás acostumbrada a una vida demasiado cómoda. Les dijiste a todos

que yo era tu prometido y a la hora de la verdad, ni siquiera eres capaz de darme las gracias por tener que soportar esta pantomima en la que has involucrado a toda mi familia. No, a ti todo te es debido, como si el hecho de tener que fingir, mentir e interpretar un papel que no me corresponde fuera propio de mi. ¿Me has preguntado en algún momento como me he sentido teniendo que decirles a todos que les he ocultado esta relación en deferencia a ti?, ¿Te has parado a pensar en algún momento como me sentía yo en toda esta historia? No. Por supuesto que no. Porque a ti se te llena la boca de decir que soy un completo egoísta cuando la pura realidad es que solo te preocupas por ti misma. Y ahora, que la situación se torna favorable, en la que creo que podemos llegar a un consenso beneficioso para ambos, ¿Vuelves a culparme por no hacerte responsable de tus actos?

Tenía razón. El muy capullo tenía razón en todo y eso hacía que tuviera aún más rabia.

—Se acabó —dije sin más.

—Como no… —dijo él con una risa irónica—. Huye… vete… es lo que has hecho siempre, eludir las cosas y no enfrentarte a ellas en lugar de afrontarlas como adulta que supuestamente eres.

—Vete a la mierda, Andrei —solté sintiendo que mis ojos se empañaban y apartándome de él hacia la puerta.

No quería que me siguiera. No quería tener ninguna conversación. En realidad, no quería nada. Nada que no fuera estar sola conmigo misma, aclarar las ideas y encontrar una maldita salida para todo lo que concernía a mi vida, comenzando por ese maldito preacuerdo matrimonial que acababa de firmar y en el que, al parecer, me comprometía a casarme con Andrei en la fecha en la que estaba fijada la boda.

Ni siquiera sabía que podría ocurrirme si no lo hacía, no sabía nada. Y no lo sabía porque era culpa mía.

Puede que tuviera razón, puede que huyera cuando las cosas se complicaban, pero precisamente por eso yo no tenía relaciones, yo no quería ataduras, no quería nada… porque no quería sentirme como me sentía ahora.

Como si me hubiera roto en mil pedazos.




Dejé que aquel portón de madera se cerrase solo a mi espalda y sentí que el bullicio del ajetreado tráfico me era indiferente. Era como si un aturdimiento se hubiera apoderado de mis sentidos por completo. Había tardado cuatro días en dar con un abogado que tuviera conocimientos en leyes rusas y supiera decirme si aquel preacuerdo matrimonial que había firmado tenía algún tipo de resquicio al que aferrarme para anularlo sin consecuencias.

Aquel hombre de mediana edad con el pelo canoso y unas gafas de pasta negra me había dejado muy claro cuáles serían las consecuencias si decidía negarme a casarme. La cifra astronómica a la que ascendía la remuneración por cancelar dicho acuerdo me había sorprendido menos que el hecho de que mi padre quedaba exonerado y era yo, como persona física, quien debería hacer frente a la deuda económica si decidía rescindir el acuerdo.

«Ni en cien vidas lograría reunir todo ese dinero con mi sueldo»

—A menos que pueda demostrar que ha firmado bajo coacción con testigos e informes médicos, veo muy difícil que pueda rescindir el contrato, señorita Ivanova. —Fueron las palabras textuales del abogado.

Estaba atrapada como un ratón en una jaula y la presión en mi pecho por la ansiedad que me había generado aquel hecho hacía que me desvelase constantemente sintiendo que me faltaba el aire.

Tenía que casarme con Andrei. Eso, o desaparecer de la faz de la tierra y perderme en algún lugar tan remoto y apartado en el que jamás pudieran encontrarme.

«La idea era tentadora, pero no plausible»

Sentía que mi padre y Andrei se habían confabulado en mi contra para conspirar de tal manera que cayera en aquella trampa sin escapatoria. No podía saber quién había redactado cada cláusula, pero estaba completamente segura de que ambos estaban implicados por igual, mi padre para asegurarse de que no fastidiaba su maravilloso plan de fusión y Andrei para lograr finalmente su objetivo a pesar de saber que no estaba de acuerdo en ello. ¿Acaso a nadie le importaba mi opinión o lo que tuviera que objetar?

«Eludir las cosas y huir en lugar de enfrentarte a ellas como adulta» Aquella última frase me había perseguido durante aquellos cuatro días, quizá porque quería creer que no era cierto, que no tenía razón, que me había acusado de un modo banal para hacerme daño porque así era Andrei, un ser egoísta y autoritario que solo pensaba en sí mismo avasallando a los demás, pero… ¿Que tuviera una vocación como médico para ayudar a personas que lo necesitaban me eximía de haber condicionado mi vida solo a lo que yo quería sin pensar en los que me rodeaban? De algún modo, aquella acusación me había hecho reflexionar, pensar detenidamente si estaría fundamentada en algo real.

Siempre creí que mi estilo de vida y mis decisiones solo me afectaban a mi y no condicionarían a terceros, que no proseguir con la voluntad de mi padre no era un acto de rebeldía, sino perseguir mis sueños o que no tener relaciones sentimentales y bloquear a todo aquel que deseaba acercarse a mí solo era un modo de asegurarme que nadie se interpondría en mi objetivo. De algún modo, había decidido ser independiente y mis pasos me habían llevado a no sufrir arrepentimiento, a no pedir disculpas, a no arrepentirme de mis decisiones, pero también… a no enfrentarme a ellas porque era más fácil esquivarlas. ¿No era lo que trataba de hacer con Cedrini sin éxito?

Que tuviera que venir el cretino de Andrei a soltarme aquello me irritaba aún más, sobre todo cuando yo misma llevaba acusándole durante años de algo a lo que también se me podría acusar a mí.

Tendría que odiarle. Tendría que tenerle tanto desprecio y repulsión que la sola idea de pensar en aquel rostro de rasgos perfectos, mandíbula marcada y ojos azules propios de los Komarov, me hiciera vomitar, pero a pesar de aquella traición, de estar resentida, en lo único que podía pensar cada instante del día ya estuviera en el hospital o en la soledad del apartamento de Irina, era en la carencia de sus caricias, en la falta de sus besos, en el vacío en el que mi cuerpo se hallaba por la ausencia del calor en el que me envolvía.

«Estoy enferma. Debo estarlo si en lugar de odiarle aún más que antes y no desear volver a verlo en mi vida, en lo único que logro pensar es en sus manos volviendo a tocarme»

Tal vez hubiera fingido interés todo el tiempo, pero su cercanía en las últimas semanas me había mostrado partes de Andrei que desconocía y que, a pesar de que ahora dudaba cuáles

podrían ser reales y cuáles solo se trataba de apariencia, sí que hubo momentos dulces en los que mi corazón se aceleraba y sentía un crepitar en mi estomago incoherente.

No había recibido ninguna llamada de él durante aquellos cuatro días y solo tuve contacto con Irina mediante mensajes, ya que eran los días previos al bautizo y tenían que dejar demasiado trabajo adelantado para poder estar libres los días que duraba la fiesta, pero que mi mejor amiga no hiciera referencia al contrato, me daba a entender que Andrei tampoco había hablado de ello con su prima. Mantuve la esperanza que de algún modo el abogado me diera una salida, una solución a la que aferrarme para romper aquel compromiso falso, pero ahora, solo veía con mayor vehemencia, que mi futuro estaba atado por completo al hombre que siempre había despreciado.

Un email en mi teléfono me alertó de que alguien acababa de reservar un billete en primera clase con destino a Moscú un día antes del bautizo, así que busqué el teléfono de Irina para agradecérselo, sabía que ellos volarían mucho antes y desafortunadamente no podía cambiar mis turnos para librar tantos días, menos aún, con Cedrini atosigándome por los pasillos e impidiendo cambiar mis horarios. Había tenido que pedir demasiados favores a algunos compañeros para librar ese fin de semana, por lo que tendría que trabajar hasta el último minuto antes de ir al aeropuerto.

—A veces no sé cómo logras estar en todo, ¿Es algún super poder? Ni yo misma había tenido tiempo de mirar los vuelos, pero gracias —dije en cuanto me saludó efusivamente.

—Pues no sé si tengo algún super poder o no, pero en realidad me gustaría saber porque me das las gracias, ya que hasta donde mi memoria puede recordar, no sé de qué me hablas —contestó Irina con calma y me detuve en el escaparate de una tienda de ropa interior cuyos modelos exhibían prendas de encaje que llamaban mi atención.

—¿No me acabas de enviar un billete de avión en primera clase a Moscú un día antes del bautizo? La procedencia del email es de Komarov—pregunté extrañada.

—No —negó rápidamente—, me encantaría decir que había pensado en ello cuando me dijiste que no podías venir con nosotros, pero siendo sincera tengo tantas cosas ahora mismo en la cabeza que precisamente eso creí que sería algo que harías por tu cuenta ya que nos dijiste que no podías cambiar tus horarios y dudo que haya sido Alejandro, no tiene tus datos… espera, le pregunto.

Si no había sido Irina, ¿Quién me ha enviado ese billete?

Guardé silencio mientras oía como Irina mantenía una breve conversación con Alejandro y yo mantenía la vista perdida en aquel conjunto de color piel cuyo encaje hacía que el fondo blanco del maniquí se transparentase a lo largo de toda la prenda.

—¿Le has preguntado a Andrei? Porque tendría sentido que hubiera sido él —dijo

despreocupada—. Ayer se sorprendió cuando le dije que no vendrías con nosotros porque tenías turnos hasta la tarde anterior, pero me sorprende que te haya comprado un billete sin antes preguntarte si no lo habías reservado ya, ¿Va todo bien entre vosotros?

Si tenía alguna duda sobre si sabría o no algo, ahora no me quedaba ninguna.

—Hace varios días que no hablamos —admití secamente y sentí como mi amiga parecía esperar que le dijera algo más—, básicamente desde que firmamos el preacuerdo matrimonial y después de hacerlo, me enteré de que había una cláusula que me condicionaba a casarme con él.

El silencio continuado de Irina cuando solté aquello pareció durar minutos, aunque realmente fueran segundos.

—¿Has firmado un acuerdo en el que te comprometías a casarte sin leerlo previamente? —exclamó—. ¿La misma amiga que me dijo que leyera minuciosamente el acuerdo sexual que yo firmé con mi marido hace tres años?

«Consejos doy y para mí no tengo»

Cerré los ojos y me sentí aún más culpable porque tenía razón. Podría estar muy cabreada, pero la culpa era enteramente mía.

—Si. Lo sé. Soy una estúpida, pero creí que podría confiar en él y que, si había algo así, me lo diría.

Tras una ardua conversación con Irina donde le contaba todo lo sucedido y las razones por las que había decidido no leer aquel acuerdo, tuve que aguantar en primer lugar su chaparrón, —por otra parte, bien merecido—, y finalmente me recomendó hablar con Andrei de forma civilizada si realmente estaba segura de no seguir adelante con aquello.

¿Lo estaba? Había titubeado con la posibilidad de hacerlo real, de aceptar su propuesta y acabar con todos mis problemas, pero era simplemente eso, una suposición, algo que sabía que sería inverosímil porque, seamos francos, ¿En qué mundo Andrei y yo podríamos coexistir como un matrimonio veraz? Por mucho que él hubiera propuesto acordar todos los términos y llevar vidas separadas, no me imaginaba una vida así, no proyectaba mi futuro de ese modo, aunque realmente, no tenía ninguna idea de como sería mi futuro más allá de acabar la residencia, pero que hubiera suscrito en el acuerdo la construcción de tres hospitales, hacía que estuviera un poco más cerca de mis metas a largo plazo.

—En estos momentos hablar con tu primo es lo último que quiero —dije siendo contundente.

Quizá porque no había sido del todo sincera, porque aún quería comprender que significaba esa parte de mí misma que no dejaba de pensar continuamente en él y en lo que me generaba cuando estaba cerca o porqué quería despreciarle, odiarle, repugnarle y me resultaba

incapaz hacerlo.

Yo quería que él fuera el culpable de mis circunstancias, tal vez porque era más fácil que asumir mi responsabilidad de la situación y afrontarla.

—Vas a verle en menos de una semana, lo sabes ¿no? —inquirió cuando estaba dando por finalizada la conversación y lo único que deseaba era no hablar de su primo.

—Te prometí que actuaríamos acorde a las circunstancias y pienso cumplir mi parte —afirmé con serenidad sin saber exactamente cómo iba a enfrentarme al hecho de estar a su lado, tener que fingir frente a todos que estábamos juntos y dominar aquel sentimiento que me abrumaba y agobiaba a partes iguales.

—Está bien, pero sigo opinando que deberías hablar de esto con él. Puede que Andrei sea muchas cosas, pero dudo que haya querido engañarte o manipularte para que accedas de este modo.

Decirle que tal vez no conocía a su primo como en realidad era no serviría de nada. Era su familia y comprendía que quisiera defenderle o tener una opinión propia de él, estaba claro que su relación con él no tenía nada que ver con la que tenía yo y, por tanto, mantendríamos siempre dos versiones diferentes de la misma persona.

En aquella ocasión no le dije que no se entrometiera, simplemente me despedí de ella obviando su última advertencia y decidí entrar en la tienda de ropa interior para llevarme aquel conjunto de color piel que tenían en el escaparate.

Quizá mi vida se había convertido en un infierno, me pasaba la mayor parte del tiempo en el hospital rehuyendo de Cedrini y buscando el modo de ir por pasillos en los que no pudiera tropezar con él cuando sabía que compartíamos el mismo turno, y, aun así, me resultaba inevitable que en ocasiones apareciera en la sala de juntas o en la puerta de mi despacho y soltara algún comentario mordaz, como el hecho de que no llevase el anillo de compromiso. No era constante, quizá porque conocía muy bien cuáles eran sus límites y podría denunciarle, pero buscaba especialmente los momentos en los que podía hallarme a solas, por eso me había convertido en una sombra de mi compañera Antonia cada vez que coincidíamos y no sabía hasta cuándo podría mantener aquel ritmo de trabajo, sobre todo porque Cedrini me había relegado de las cirugías todo lo posible para encargarme de ordenar archivos por códigos o tareas que correspondían a un residente de primer año bastante tediosas.

Recordé el momento en que Andrei me dijo que acudiera a él si necesitaba ayuda, no sabía con qué intención, dudaba que pudieran echarle del hospital o que tuviera algún modo de ejercer presión para aligerar mi situación, pero aquello era un problema que debía gestionar sola y si mi último recurso era acudir a la junta directiva si la situación se volvía insostenible, lo haría por mucho que no quisiera crear discordancia en el equipo.




Ningún vehículo me esperaba cuando bajé del avión, tampoco es que hubiera esperado que Andrei fuese a recogerme a pesar de saber de primera mano a qué hora llegaba si es que fue él quien me mandó aquel billete en primera clase. No le había llamado para comprobarlo y él no hizo ningún amago de contactarme para decírmelo. Al menos el vuelo había sido apacible y pude dormir todo el tiempo para recuperarme del doble turno que me había tocado en urgencias.

Le di la dirección al taxista que me dejó en casa de mi madre y ésta pareció sorprenderse al verme.

—¿Qué haces aquí? —bramó como si no tuviera ningún derecho a aparecer por su casa.

—Hasta hace unos meses vivía aquí… no sé de qué te sorprendes —reclamé como si fuese lo más normal del mundo.

—Si, pero pensé que te quedarías en el apartamento de Andrei, sería lo normal ya que estáis comprometidos y al ser los padrinos de Zafiro creí que iríais juntos —contestó algo más serena.

—Ya… —advertí mirando mi maleta—, tenía que coger algunas cosas para el fin de semana así que me resultaba más cómodo prepararme aquí —mentí y la mirada de mi madre decía que no sabía si creer del todo mi excusa o si podría existir un trasfondo en el hecho de que estuviese allí.

—¿Y por qué no te ha acompañado él? —insistió en lo que parecía un interrogatorio como si ahora toda mi vida girase en torno a Andrei y su familia.

—¿Tu hija soy yo o Andrei? Porque desde que anunciamos el compromiso o más bien, desde que papá lo hizo público, todo gira entorno a él y yo he pasado a ser un mero objeto sin oficio ni beneficio, aunque tampoco es que antes pareciera muy importante en esta familia. Me he ido a vivir a cuatro mil ciento veinte kilómetros de distancia, ¿Y ni siquiera se te ocurre preguntarme que tal estoy?

—Andrei y tu habéis discutido —soltó cruzándose de brazos y yo solté la maleta y el bolso al mismo tiempo que prorrumpía en un sonoro bramido.

—¡No! —grité—. ¡No hemos discutido! —advertí con mayor énfasis.

—Claro que lo habéis hecho, cada vez que no quieres hablar sobre un tema, lo eludes desviando la atención hacia otro argumento. Eres mi hija. Te conozco. ¿Qué ha pasado entre vosotros para que estes tan irascible?

«¿Que todo era mentira?, ¿Que no existía ningún compromiso?, ¿Que me ocultó que existía una cláusula que me obligaba a casarme con él?, ¿Que por algún motivo le echo de menos?, ¿Que necesito sus manos en mi cuerpo?, ¿Que mi piel no parece desear olvidarle como si sus caricias estuvieran tatuadas en cada célula?

No. No iba a contarle nada de aquello.

—¿Desvío la atención cuando no quiero hablar sobre un tema? Lo que me faltaba por escuchar… —le inquirí a pesar de que solo quería perderme en mi antigua habitación y descansar las pocas horas que faltaban hasta la mañana siguiente.

—Eres demasiado decidida, tenaz y orgullosa para determinadas cosas, pero nunca te ha gustado enfrentarte a las situaciones que no son de tu agrado. Supongo que nacer en el seno de esta familia ha ayudado a que ese tipo de circunstancias escasearan y puede que tu padre y yo no lo hiciéramos demasiado bien al tratar de protegerte demasiado cuando decidimos separarnos, pero cada vez que algo no se te ha dado bien o no ha salido como esperabas, lo has abandonado. Creo que lo único por lo que te he visto tener constancia ha sido en tu decisión de estudiar medicina, por eso decidí intervenir por ti frente a tu padre antes de que él pusiera el grito en el cielo por no seguir sus pasos y obligarte a estudiar una carrera que no querías. Sabía que, si no te permitía probarte a ti misma, te perderíamos como hija. No te lo digo como algo que esté mal, al fin y al cabo, soy tu madre y siempre he aceptado que seas tan independiente y enmascares tus sentimientos como si temieras que alguien pudiera hacerte daño. Puede que tu padre y yo no seamos el mejor ejemplo de matrimonio, creciste entre discusiones diarias y reproches, por eso llegamos a un consenso en el que lo mejor para ti, sería estar separados,

Me quedé observándola durante varios instantes sin saber qué decir, haciendo una introspección de todos mis años de vida consciente para darme cuenta de que quizá tenía razón.

«Eso solo hacía aún más plausible la declaración de Andrei ante mi falta de afrontar las

situaciones que no me agradaban. ¿Y, no era precisamente esa la razón fundamental por la que buscaba el sexo ocasional y evitaba las relaciones? No quería enfrentamientos, no quería tener que afrontar el fracaso… no quería terminar siendo un reflejo de mis padres y por eso evitaba a toda costa darme la oportunidad de conocer a una persona.

Y ahora todo aquello de lo que había huido de forma inconsciente se materializaba. Quisiera o no, estaba atada a ese matrimonio concertado y que antes de empezar era un verdadero fracaso.

—¿Te casaste con papá porque le querías? —pregunté sintiendo que era la primera vez que mantenía una conversación que no fuera insustancial con mi madre.

Siempre había creído que la principal razón de su matrimonio había sido el dinero, quizá porque desde que tengo uso de razón siempre ha actuado de un modo prudente para asegurarse de que mi padre continuara pasándole una pensión que le permitiera llevar su acomodado estilo de vida.

—Imagino que, si me haces ese tipo de pregunta, será porque crees que no —dijo acercándose hasta mí y haciendo ademán de que la acompañara para sentarnos en los sillones que tenía en la entrada y que formaban parte de la decoración más que para darles uso en sí—, pero lo cierto es que tu padre y yo nos casamos realmente enamorados y nunca he querido a un hombre más de lo que quise a Gregory.

Su confesión me sorprendió bastante, quizá porque tuve que escuchar durante años el resentimiento de mi madre hacia mi padre cuando vivíamos solas. Eso, y la ristra de amantes de la que mi padre no se molestó en ocultar a mi madre tras el divorcio.

—¿No te sorprende que ninguno de los dos no haya vuelto a casarse? —exclamó de nuevo mi madre llamando mi atención.

—Supuse que habíais tenido bastante con una experiencia para cometer el mismo error dos veces —argumenté cruzándome de piernas.

—El problema entre tu padre y yo no fue la falta de amor, sino que nunca supo elegir primero a su familia por encima de sus negocios. Quise hacerle ver cuáles debían ser sus prioridades, que tú y yo debíamos estar por encima de todo, pero siempre acabábamos discutiendo y aquello comenzó a afectar a nuestra relación hasta tal punto, que la situación se volvió insostenible y todo se convirtió en un continuo reproche. Tal vez ninguno de los dos actuó bien y creo que, con el tiempo, ambos terminamos arrepintiéndonos de ello, pero conseguimos llegar a un consenso y llevarnos bien, aunque nos costara años hacerlo.

—¿Aún le quieres? —exclamé al comprobar que había ternura en sus palabras.

—En cierto modo nunca he dejado de hacerlo, de lo contrario no me habría dolido que

tuviera todas esas amantes tras el divorcio —dijo ahora con una sonrisa como si aquello formase parte del pasado—. Lo que quiero decirte con todo esto cariño, es que, si te has abierto a Andrei para aceptar casarte con él, significa que es importante para ti. Jamás he visto que te involucrases con alguien o permitieras que te conociera como has dejado que él lo haga, así que eso solo puede significar que realmente le amas y a pesar de que una relación pueda pasar por muchos altibajos, lo más importante es que confíes en él para solventar aquello que os afecte.

Sentí como mi garganta quemaba, incapaz de expresar lo que verdaderamente ocurría y el cúmulo de sentimientos encontrados que padecía y que me tenía en un estado de constante nerviosismo y ansiedad. Era como una burbuja a punto de explotar, una presión en el pecho atenazaba con asfixiarme y por más que trataba de mirar hacia todos y cada uno de los recorridos en los que hallar una salida, únicamente me encontraba con puertas selladas de las que era imposible huir o escapar.

De pronto sentí que mis ojos se empañaban, que comenzaba a ver borroso y antes de darme cuenta, terminé en el hombro de mi madre llorando de un modo silencioso. Agradecí que no me preguntase nada, que no me acribillara a preguntas como solía hacer siempre. Se limitó a acariciar mi rostro para apartarme el pelo de la cara como si sintiera realmente que aquello era lo que necesitaba.




La iglesia estaba parcialmente llena cuando llegué junto a mis padres. Reconocí el coche de Andrei de inmediato, clara señal de que él estaba dentro. Me alisé las arrugas invisibles que tenía la falda del vestido ante la incomodidad que sentía en aquellos momentos. No le veía desde hacía casi dos semanas, cuando firmamos el preacuerdo y terminamos discutiendo. No me había llamado, ni tampoco había dado muestras de algún tipo de contacto. Por mi parte había hecho lo mismo, guardar un absoluto y sepulcral silencio todos aquellos días. Seguía enfadada, mucho, pero era incapaz de resistirme a ese nerviosismo por volver a verle, como si mi cuerpo fuera consciente de todo lo que había sucedido entre nosotros.

Lo quisiera reconocer o no, una parte de mí le anhelaba pese a todo y eso, suponía que estuviera aún más cabreada conmigo misma por dejarle atravesar aquel muro impenetrable que mantenía hacia cualquier hombre.

Mi padre comenzó a saludar a varios de los presentes, entre ellos los padres de Irina que ya se encontraban allí y fueron los encargados de avisarnos que mi amiga estaba dentro de la sacristía y que debía acercarme hasta el lugar.

Caminé decidida y seguí por los pasillos escuchando las voces, cuando atravesé la puerta los ojos de Andrei fueron los primeros en verme y el calor que sentí en cada fibra de mi cuerpo fue inmediato. Permanecimos durante unos segundos mirándonos hasta que terminé por romper el contacto y acercarme por el lado contrario al que él estaba hacia mi amiga.

Zafiro acabó en mis brazos y así estuvo la mayor parte del tiempo que duró la ceremonia bautismal, por suerte, se terminó durmiendo acurrucada en mi hombro, aunque no logró disuadir la distracción que suponía tener a Andrei todo el tiempo a mi lado e incluso pasar su brazo por

mi cintura en una buena cantidad de ocasiones hacía que todo mi cuerpo estuviera en plena tensión.

Cuando finalmente le entregué la pequeña a Irina que volvió a abrir sus ojos, la iglesia comenzó a vaciarse justo cuando firmamos los últimos documentos y sentí como Andrei agarraba mi mano firmemente con la intención de alejarnos. Sus dedos apretaban los míos con firmeza, ni siquiera buscó mi aprobación, simplemente parecía decidido y vi como algunos de los invitados nos observaban, le saludaban y me sonreían con complacencia para darnos después la enhorabuena por el compromiso.

«Parientes de Irina y lógicamente también de Andrei a los que yo ni siquiera conocía»

No nos habíamos saludado, ni siquiera nos habíamos dirigido un solo monosílabo el uno al otro, así que cuando vi que caminaba hacia su coche y abría la puerta del copiloto aguardando a que me sentase para cerrarla, dudé un momento si debía o no quedarme a solas con él.

—Si no vienes conmigo, sospecharán que algo va mal entre nosotros —dijo con un tono neutro, pero sin pretender obligarme a que entrara en su coche.

«Le has prometido a Irina que todo iría bien, que no daría pie a ningún escándalo o discusión con él»

Me senté sin responder y sentí como cerraba la puerta con suavidad para rodear el coche por detrás y sentarse él mismo en el asiento del conductor.

No era capaz de romper el silencio, no sé si él se sentía del mismo modo, pero me limité a volver la vista hacia la ventanilla y sentir que aquella no era la primera vez que mostraba incomodidad frente a él estando precisamente en el interior de un coche.

—Actuaré como tu prometida frente a los demás porque se lo prometí a Irina, pero en cuanto termine esta pantomima, no quiero volver a tener ningún tipo de contacto ¿Queda claro? —mencioné con una voz menos decidida de la que pretendía.

—¿Vas a romper el compromiso cuando esto acabe? —inquirió y volví rápidamente la vista hacia él para ver que miraba al frente con un gesto serio, sin un solo matiz de expresión en su rostro.

—¿Acaso puedo? —bramé—, ¿Tengo alguna posibilidad de hacerlo sin arruinar mi vida? —exclamé enfadada y me crucé de brazos apartando la vista para mostrar clara mi imposición ante aquello.

—Siempre hay elección —contestó calmado y eso me genero cierta confusión.

—¿Ahora es cuando vas a decirme que si rompo el compromiso no harás uso de esa cláusula?, ¿Esperas que crea que no te aprovecharás de las circunstancias para obligarme a casarme contigo sabiendo lo que tú obtienes con ello? No cometeré el error de confiar en ti una

segunda vez. Puede que fuera mi culpa no leer el acuerdo, pero tú sabías perfectamente que no iba a hacerlo y obviaste mencionar que, si firmaba, me comprometía a este absurdo matrimonio a pesar de que me oponía a ello.

Percibí como sus nudillos se volvían blanquecinos por el modo en el que aferraba el volante, aun así, no dijo nada, simplemente guardó silencio y agradecí que el lugar de la celebración no estaba demasiado lejos para que aquella aura de tensión que nos envolvía se disipara al poner distancia. Ni siquiera quería pensar en que tendríamos que compartir el mismo dormitorio, el mismo baño y la misma cama.

Fue fácil evitarle el resto de mañana con la excusa de saludar a los invitados, pero pronto me di cuenta de que éramos el foco de atención de la mayoría y no dejaban de hacerme preguntas sobre el compromiso o desde cuándo ocultábamos una relación. Quizá porque era la primera vez que estábamos en público habiendo anunciado el compromiso o por la sorpresa que generó el hecho de que Andrei y yo, dos personas que hasta el momento eran incapaces de permanecer cerca el uno del otro, repentinamente hubiéramos decidido casarnos, pero en el momento que coincidimos de nuevo en el mismo círculo, volví a sentir su brazo rodeándome para acercarme a él mientras mostraba una apariencia ligera, sonriente e incluso me aparto el pelo para darme un beso en el hombro como gesto cariñoso.

Aquel simple roce provocó que me estremeciera, su simple cercanía lo hacía y de un modo que no podía controlar. Era consciente de que solo estaba actuando, de que nada de aquello era real y a pesar de saberlo, es como si mi cuerpo me traicionara, deseara realmente aquellas caricias y sus gestos no fueran voluntariamente fingidos, sino fruto de un sentimiento más profundo.

Me encontré con la absoluta y fiel certeza de que quería ser alguien para él. No el puente hacia su meta o la mujer objeto con quien lograría su propósito. Deseaba importarle. Ansiaba que me mirase de un modo cercano. Que me deseara. Que me buscara.

Que realmente me amase.

Mis ojos encontraron los suyos cuando apartó sus labios de mi hombro y le miré durante varios segundos, tal vez porque repentinamente quería creer que existía algo más que el interés en él, que habría algún resquicio de aquellas pocas muestras que me había dado más allá del sexo, pero apartó la mirada cuando uno de sus primos se acercó a nosotros y recordé todas aquellas veces en las que Andrei me había reafirmado una y otra vez que el amor no era algo en lo que creyera y menos aún, dejarse arrastrar por un sentimiento tan banal.

Yo también creía que no era más que una utopía. Que jamás caería en las redes de un hombre que pudiera dominarme o hacerme pensar de forma distinta. Pensé que era una falacia, un sentimiento fruto de la pasión tan confuso que te llevaba a hacer verdaderas estupideces.

¿Y no era una estupidez pensar que sentía algo por él aun sabiendo que me había engañado?, ¿Creer que podía haber generado algún sentimiento más allá del deseo carnal cuando pensaba que había traicionado por completo mi confianza?

—Si te preocupa tener que pasar la noche conmigo, no tendrás que hacerlo —susurró poco después muy cerca de mi oreja cuando se sentó a mi lado en la mesa.

—¿A qué te refieres? —exclamé pensando cómo había podido tardar tan poco tiempo en encontrar a alguien con quien pasar la noche.

—Sé que no me quieres cerca, así que me aseguraré de no estarlo —declaró contundentemente para después girarse hacia la mesa y sonreír ampliamente.

La mayoría de primos de Andrei eran más mayores que nosotros, estaban casados y con hijos a excepción de alguno bastante más joven, aun así la ristra de preguntas no se hizo esperar y de vez en cuando las respuestas que le concedía a sus familiares provocaban un estallido de risas que me hacían tener que sonreír forzadamente para continuar en el papel de su prometida.

La tensión se fue disipando conforme comencé a sentirme parte del grupo hasta el punto de que no me sobresaltaba cada vez que él me tocaba o incluso se acercaba para darme un beso en el cuello, en el hombro o cerca de la oreja, pero nunca en los labios.

—Es extraño verle así —dijo repentinamente Irina situándose a mi lado.

Zafiro estaba exhausta y se había quedado dormida en su sillita, divisé a la madre de mi mejor amiga en un lugar apartado donde el ruido de los invitados no interfería demasiado.

—¿A qué te refieres? —pregunté dando un sorbo a mi copa de martini y viendo al grupo que se había reunido en el césped para practicar un juego a medio camino entre el golf y el polo, pero sin parecerse realmente a ninguno.

—Atento y cariñoso. Normalmente es él quien recibe ese tipo de trato y se muestra bastante reacio en público —contestó con la vista puesta también en el grupo que se estaba organizando.

—Te sorprendería la capacidad que posee tu primo como actor. Puede interpretar muy bien el papel que considere oportuno para su beneficio —increpé con convicción.

—¿Has hablado con él sobre el tema del acuerdo como te sugerí? —preguntó cambiando de tema.

—No —negué—. No abiertamente al menos. Creo que de algún modo sabe que tanto si accedo como si me niego, él ya ha vencido en este juego. —Me terminé de beber la copa y la dejé sobre una de las mesas con la intención de tomarme otra.

Estaba acostumbrada al vodka, aquello era como beber agua para mí y necesitaba aplacar mis sentidos lo suficiente para precisamente, no sentir, porque de lo contrario, mis pensamientos

iban a dirigirse hacia caminos en los que prefería no incursionar por lo que hallaría al final de ellos.

—¿Y eso es todo?, ¿Lo dejarás estar hasta que llegue la fecha de la boda y te casarás sin siquiera hablar del tema con anterioridad? Eres más inteligente que eso, Nadia y entiendo que ahora estés enfadada como también puedo entender que mi primo no hizo las cosas bien ocultándote esa cláusula a pesar de que tú no deberías haber firmado sin antes leerlo, pero sé que Andrei no trataría de jugar sucio con esto, puede que creas que para él solo es un negocio, pero sé que, si hablaras con él y le expresaras tu decisión, lo comprendería.

—Está claro que no conoces realmente a tu primo —dije con la segunda copa en la mano.

—Y está claro que tú eres demasiado terca para tener una visión clara de las cosas.

Aquello me hizo apartar la vista del grupo y mirarla a ella. Tenía el cabello perfectamente ondulado, caía sobre sus hombros como si fuera una muñeca que acaba de salir de su estuche precintado. Era realmente preciosa, siempre había considerado a Irina una de las mujeres más bellas que conocía y con aquel vestido en un blanco roto, su belleza se realzaba mucho más.

—¿A qué te refieres? —pregunté sintiendo que ella sabía algo y que por alguna razón me lo ocultaba.

—No me corresponde a mí, Nadia. Habla con él —decretó y acto seguido se alejó dejándome de nuevo a solas.

Aquella noche Andrei no apareció por la habitación. Su maleta y todas sus pertenencias permanecían allí, pero no hubo rastro de él, como si se hubiera esfumado o se lo hubiera tragado la tierra. No sabía dónde estaba, ni en qué lugar había decidido pasar la noche, pero la voz de Irina diciéndome una y otra vez que hablase con él no dejaba de martirizarme y no lo hizo incluso a pesar de estar dormida.




Abrí los ojos desorientada, incluso tardé un buen rato en acostumbrarme a la luz que entraba por el ventanal y recorrí con la vista toda la habitación antes de recordar donde estaba. Oí el agua de la ducha que procedía del baño, la puerta estaba cerrada y de pronto me fijé en la maleta sin deshacer que había de Andrei, estaba completamente abierta como si hubiera estado sacando algunas cosas.

Había vuelto. ¿Cuándo? Miré entonces el otro lado de la cama, estaba completamente desecho, clara señal de que había pasado toda la noche fuera y la inquietante pregunta de con quién había estado, hizo que sintiera una punzada de auténtico dolor en mi pecho.

Es un mentiroso. Un egoísta. Un traidor. No debería sentir ningún tipo de remordimiento, ni celos, ni sentimiento alguno hacia él que no fuese el de desprecio.

Y eso no evitaba que idealizara la imagen de Andrei desnudo bajo el agua de la ducha al otro lado de la puerta. Recordar la última vez que nos duchamos juntos no ayudaba, menos aun cuando había sido tan tierno, atento y me había cuidado al mínimo detalle mientras deliraba por la fiebre.

Me levanté rápidamente como si el gesto de salir de la cama pudiera evadir aquellos recuerdos y me detuve frente a la ventana para admirar el paisaje soleado de aquel estupendo domingo. Esa misma noche volaría de regreso a España y no sabía a ciencia cierta en qué situación estaba.

Quisiera o no, Irina tenía razón. Debía hablar con Andrei por mucho que no me gustara o que no quisiera enfrentarme a aquello que me desagradaba cuando no tenía el pleno control.

Como si me hubiera leído la mente, sentí que la puerta del baño se abría y me di la vuelta para contemplar los abdominales perfectamente marcados del torso de Andrei. Las gotitas de agua se perdían en el borde de la toalla atada a su cintura y pareció detenerse cuando comprobó que ya no estaba en la cama, acto seguido me buscó por la habitación hasta encontrarme y sentí su mirada a lo largo de mis piernas y un brillo especial al comprobar cómo se transparentaba el camisón y debajo llevaba aquel conjunto en tono piel que había comprado recientemente, haciendo parecer que estaba completamente desnuda.

—Quiero saber cuáles son mis opciones y qué ocurrirá con cada una de ellas —dije tratando de mantener la mirada fija en su rostro y no perderme hacia esa curva de su cintura que se perdía bajo aquella toalla blanca.

Vi cómo se pasaba una mano por el cabello mojado y se lo peinaba con los dedos hacia atrás. Si con traje y corbata era sexy, con aquel aspecto era completamente irresistible, así que conscientemente me mordí el labio sabiendo que todo mi cuerpo se sentía atraído hacia él de forma inevitable.

—Tus opciones son las mismas que antes de firmar el acuerdo —decretó en un tono de voz suave que no daba lugar a dobles interpretaciones.

—¿No vas a pedirme ninguna indemnización si anulo el compromiso? —exclamé dando un paso hacia él.

—No —negó mirándome fijamente—. Puede que mi palabra te importe poco, pero estás en todo tu derecho de negarte y no tomaré represalias por ello.

No era normal que desaprovechara una oportunidad así.

—¿Por qué? —pregunté necesitando una respuesta.

—Porque no voy a obligarte a ser mi esposa —contestó sin más—. Puede que no fuese un matrimonio convencional o que el fundamento sea el beneficio que ambos obtendríamos, pero debe ser algo de mutuo acuerdo y si no tengo tu consenso, no deseo embarcarme en una batalla campal constante el resto de mi vida.

Por mucho que no quisiera creerle, nada en su movimiento corporal me hacía pensar lo contrario, sino más bien, que trataba de ser sincero y en parte, tenía cierto sentido que fuera así.

—¿Puede que tú no, pero que hay de nuestros padres? También firmaron el acuerdo —dije recordando el momento de la cena en el que ambos se congratularon de que el matrimonio solo sería una simple formalidad.

—Firmaron como testigos, pero solo tú o yo podríamos hacer uso de la cláusula si uno de los dos se negara al compromiso.

Asentí sintiendo un nudo en la garganta. Se suponía que era libre, que no estaba

realmente atada a él, sino que tenía elección, la misma que poseía antes de firmar aquel acuerdo. ¿Porqué entonces no me libraba de aquella opresión en mi pecho?

—Dijiste que hoy sería nuestra fecha límite. Eres libre para romper el compromiso esta misma noche, pero debe ser tu elección—. Andrei comenzó a caminar hacia mí paulatinamente conforme mis ojos no dejaban de perderse en cada músculo que se movía al compás de su movimiento—. Si existe un ápice de duda por tu parte, podemos establecer condiciones, hacer que a nuestro modo funcione. Los dos sabemos que tu cuerpo me reclama del mismo modo que el mío te reclama a ti.

—¿Como podría funcionar Andrei? Los dos sabemos que el sexo se acaba, ¿Que viene después? —exclamé aturdida y confusa—. Nuestros caracteres no están hechos para coexistir, puede que en un plano físico sí, pero en cuanto se evapore, no quedará más que arrepentimiento.

La fragancia que desprendía su cuerpo me hizo cerrar los ojos como si temiera no poder controlar mis propias manos y que viajaran hasta su cuerpo ante la necesidad de tocarle, de recorrer yo misma aquellos surcos de agua que dejaban las pequeñas gotitas que caían de su cabello.

Sentí el roce de su aliento, sus labios muy cerca de los míos y como parecía indeciso ante la idea de besarme. No pude evitar gemir por su cercanía y entonces su boca se fusionó con la mía en un salvajismo sin precedentes.

No podía evitarlo. No podía luchar contra aquel irrefrenable deseo. No era capaz de combatir ese sentimiento que él había despertado y todo mi ser, se había rendido de forma incondicional por más que hubiese tratado de impedirlo.

—¿Qué importa lo que haya después? —susurró volviendo a besarme—. Esto es real —dijo recorriendo con sus manos mi espalda y apretando con fuerza mis nalgas contra su entrepierna, haciéndome notar el bulto que había bajo la toalla que lo ocultaba—. El resto no importa —jadeó antes de hundir su boca en mi cuello con la intención de descender hasta la desnudez de mis pechos.

Puede que fuese así. No sé. Estaba demasiado confusa. Demasiado exhausta. Demasiado sensible. Demasiado turbada para saber si lo único que sentía por Andrei era lujuria y desenfreno o realmente me había enamorado de él sin remedio.

—Tal vez a mí sí me importa —dije tratando de apartarme de él y viendo la sorpresa en su rostro.

No me quedé a debatirlo, no cuando ni siquiera yo misma sabía a qué clase de sentimientos me enfrentaba. Aproveché que la puerta del baño estaba abierta para encerrarme y cerrar con llave sintiendo los latidos de mi corazón de forma frenética.

¿Realmente he cometido la estupidez de enamorarme de él?

Todo mi cuerpo seguía clamándole. Todo mi ser pedía a gritos salir y entregarme a él, pero no por ser presa del deseo que despertaba, sino porque él era la única persona capaz de lograr que conectara con alguien más que no fuese yo misma.

«Estoy jodida. Estoy realmente jodida»




Refugiarme en el baño para poner distancia entre nosotros no condicionó un restablecimiento de mis ideas, tampoco lo hizo el hecho de que durante el resto del día, Andrei mantuviera una distancia prudencial entre nosotros en la que prácticamente solo cruzamos un par de miradas. ¿Tal vez estaba actuando acorde a mi plan de romper el compromiso como si hubiéramos discutido? Estaba hecha un lío, quizá porque acababa de comprender que me resultaba mucho más fácil culpabilizar a otros de mis responsabilidades en lugar de afrontar la situación de frente y actuar en consecuencia.

Ni siquiera las casi siete horas que duró el vuelo de regreso me aclararon las ideas. Había tenido la oportunidad de romper el compromiso justo antes de irme, de anunciar a todos que habíamos discutido y puesto fin a nuestra relación dando aquel capítulo por cerrado para siempre. Esa había sido siempre mi idea, lo que pacté con Andrei en un inicio, lo que siempre había ideado en mi cabeza, pero que, en el momento de la verdad, me resultó imposible hacerlo.

¿Por qué?, ¿Por qué me costaba tanto romper del todo con los lazos que me unían a él? Es como si una parte de mí no quisiera desprenderse, que por algún motivo desconcertante sabía que al hacerlo todo se desvanecería como un sueño y la soledad volvería a embriagarme.

No quería estar sola. No deseaba sentirme vacía.

Toda esa independencia que siempre había anhelado y buscado a lo largo de mi vida, de pronto era como un yugo que pesaba sobre mis hombros sin comprender el motivo.

Por primera vez en mi vida no tenía el control de mis emociones, era un bullicio constante de sentimientos encontrados a los que no sabía poner orden o hacerles entrar en razón. ¿Qué se suponía que era lo correcto?, ¿Seguir adelante con aquel matrimonio absurdo cuando

estaba claro que Andrei no me quería? Su planteamiento era hacer vidas separadas, puede que no le importase acostarse conmigo hasta que durase aquella atracción, pero después pensaba mantener las distancias entre nosotros sin que ninguno se entrometiera en la vida del otro. Básicamente su propuesta era una relación abierta a distancia.

¿Me valía?, ¿Podía conformarme con aquellas migajas o deseaba todo el pastel?

La idea de imaginar a Andrei con otras mujeres no me agradaba. Era consciente de que no tenía el control de sus actos, de que él era libre y que por más que se llevara acabo aquel compromiso aquello no le condicionaba a nada, podría hacer lo que le viniera en gana con su vida al igual que yo podría hacer lo mismo con la mía.

«Él solo quiere este matrimonio por el dinero. Lo ha dejado claro desde el principio»

Sabía que la mejor opción era cancelarlo. Romper con todo y que cada uno prosiguiera su camino sin ningún tipo de atadura entre nosotros. Puede que tuviera sentimientos hacia él, que por algún motivo mi odio se hubiera convertido en algo tan profundo que la simple idea de pensarlo amenazaba con empañar mis ojos y acabar en un llanto silencioso al saber que para él no significaba nada. ¿No había confesado él mismo que no creía en algo tan absurdo como el amor?

Ilusa de mi por creer que yo misma pensaba de igual modo.

Envié un escueto mensaje a Irina para darle las gracias por todo y advertirle que ya estaba en casa. No me veía capaz de confesar a mi mejor amiga que mis sentimientos por su primo habían cambiado. No sabía si era miedo de expresarlo en voz alta o que la respuesta a esa confesión iba a dolerme casi tanto como el hecho de romper por completo el contacto con Andrei. Necesitaba interiorizar mis propios sentimientos antes de actuar en consecuencia. Sentir que no iba a derrumbarme y compadecerme de mi misma si lo hacía.

Durante los siguientes días tuve constantes llamadas de mi madre sobre decisiones de la boda. Cada día tenía más de treinta mensajes con fotos para que eligiera alguna opción sobre cosas tan absurdas como las servilletas de las mesas que podían ser en un sinfín de tejidos, color y bordados con nuestras iniciales. Aquello me parecía tan irreal en medio del caos que suponía un día frenético en el hospital o el hecho de que cada vez me resultaba más complicado rehuir de Cedrini.

Por algún motivo había modificado sus turnos para coincidir por completo con los míos y terminaba cruzándomelo en todas partes. La cafetería, el pasillo, la sala de reuniones o incluso aparecía repentinamente por mi despacho con excusas banales e invitándome siempre a acompañarle a alguna parte.

La gota que colmó el vaso fue cuando me declaró abiertamente que no iba a permitir que pisara un quirófano a menos que me acostara con él. Fue directo, sin rodeos e incluso declaró

que había redactado un informe en el que debido a mis problemas de comunicación con el lenguaje, no me veía apta para tratar con el personal de la sala de operaciones y que, por tanto, suponía un peligro para el paciente.

Estaba claro que evitarle no iba a solucionar mi situación, así que me presenté a primera hora sin cita en el despacho del director del hospital con la clara intención de zanjar aquel asunto para siempre. Me importaba un pimiento las consecuencias. Mi vida era un caos tanto en lo personal como en lo profesional y en ambos casos había permitido que las cosas se salieran del tiesto lo suficiente para condicionar por completo mi vida. No sabía si era el karma dándome golpes para reaccionar o que yo misma había creado aquella situación por no hacer las cosas en su debido momento, pero de un modo u otro, iba a cerrar por completo aquellos capítulos de mi vida para siempre.

—Doctora Ivanova, que sorpresa verla en mi despacho —mencionó aquel hombre de mediana edad con una sonrisa en los labios—. Déjeme agradecerle personalmente la aportación que su padre hizo en su nombre al hospital, no he querido importunarla, pero he seguido muy de cerca su recorrido y me consta que su incorporación a nuestra plantilla será muy beneficiosa para este hospital.

—Se lo agradezco, doctor Castilla. Nada me complacería más que terminar mi residencia en este hospital y le garantizo que trabajaré incansablemente para estar a la altura del equipo que conforma la unidad —respondí con amabilidad—. Sé que debo trabajar mucho en el lenguaje y estoy en ello —traté de decir en un castellano algo pobre, pero me había esforzado en los últimos meses por aprender mucho más el idioma.

—Estoy convencido de que lo logrará. Me consta que se ha integrado con facilidad en el equipo y que ha actuado con éxito en todas las operaciones en las que ha intervenido.

—Precisamente de eso quería hablarle —dije con prudencia—. El doctor Cedrini me ha relegado de todas las operaciones.

Su gesto fue de cierta confusión y pareció anotar algo en los documentos que tenía sobre la mesa.

—El doctor Cedrini está a cargo de la unidad, supongo que si ha tomado esa decisión debe estar fundamentada, aunque no me ha hecho constar nada al respecto.

Respiré hondo y dejé escapar el aire.

—He tratado de evitar esta situación lo máximo posible, pero no puedo permitir que condicione mi carrera profesional y, además, creo que estoy en el deber de dar voz a más de un miembro de este hospital. El doctor Cedrini hace uso indebido de su posición para acosar y perseguir tanto a médicos como enfermeras de la unidad. Desde que puse un pie en este hospital su trato fue de amabilidad, pero en cuanto comprobó que no estaba interesada en sus atenciones

se mostró hostil, comenzó a hostigarme, perseguirme e incluso amenazarme con frustrar mi carrera si no accedía a sus peticiones. Sé por otros miembros del equipo que no he sido la única y el propio Cedrini me ha advertido que sus motivos para delegarme de quirófano son la falta de comprensión del lenguaje, cuando hasta ahora, no ha sido así.

Vi que aquel hombre parecía pensativo, como si estuviera meditando mis palabras para ver cuál era el mejor modo de proceder.

—Las acusaciones que profiere hacia el doctor Cedrini son graves y afectan a toda la unidad, pero está claro que no puedo hacer oídos sordos, aunque sea su palabra contra la suya. Relegaré provisionalmente al director de unidad de su puesto mientras se abre una investigación, tendrá que continuar teniendo trato con él, pero ya no estará bajo su supervisión. Le ruego encarecidamente que, si conoce en detalle de otros testigos que puedan avalar su testimonio, procedan a una demanda colectiva contra el doctor Cedrini para que el hospital tome cartas en el asunto.

—Lo intentaré —contesté pensando en que Antonia iba a tener que darme los nombres de todas esas mujeres que habían sido acosadas previamente por Cedrini.

—Y le ruego máxima discreción, este hospital se enorgullece de mantener un colectivo de igualdad de género, por lo que le agradecería que no hiciera pública esta situación.

—Soy la primera en desear que este asunto no traspase los muros de este hospital y, como advertí antes, he intentado solventar esta situación por mi cuenta durante estos meses hasta que se ha vuelto insostenible.

—Se lo agradezco doctora Ivanova. Me reuniré con el doctor Cedrini hoy mismo para tratar la situación y darle una llamada de atención. Si por cualquier motivo vuelve a molestarla o se siente vulnerable, le ruego encarecidamente que me lo haga saber.

Cedrini era un cobarde con piel de lobo, estaba convencida de que en el momento que supiera que los ojos de la junta directiva estaban puestos sobre él, retrocedería y dejaría de ser su objetivo para poner la vista en otra parte, solo que ahora… le pesaría sobre los hombros una denuncia, si caía alguna más, tendría su carrera acabada en este hospital.

—Así será. Le agradezco enormemente su amabilidad.

Sentí la liberación en cuanto cerré la puerta al salir del despacho. Por suerte no vi a Cedrini durante el resto de mi turno y regresé a casa con una sensación menos opresiva, aunque todavía debía solventar el tema del compromiso, pero me había marcado como límite esa semana para hacerlo, solo que debía reunir el coraje suficiente para soportar la retahíla de improperios que soltaría mi padre cuando le comunicara mi decisión y más aún, la intención de interferir de nuevo en mi vida cuando volviese a creer que soy una decepción.




Dos días más tarde, la doctora Cabrera tomó el control de la unidad en sustitución de Cedrini. Podía percibir su mal humor desde los treinta metros que nos separaban. No había vuelto a acercarse a mí desde que salí del despacho del director y aquello solo hizo confirmar mis sospechas.

*Un cobarde con piel de lobo.*

Antonia me dio algunos nombres, pero ninguna de las que ella conocía que habían sido víctimas de Cedrini trabajan en el hospital. Había sospechas de otras, vagos rumores, pero en cuanto mencioné su nombre me dieron a entender que no querían problemas y que aquel capítulo estaba cerrado para ellas. Me frustraba pensar que el muy cerdo siempre había sabido elegir con acierto a sus víctimas o qué, pudiera salirse con la suya. ¿Me habría prestado la misma atención el doctor Castilla si no fuera por la generosa y cuantiosa cifra que mi padre había aportado al hospital?

No quería pensar en la respuesta, pero llegué al vestuario en cuanto acabé mi turno ofuscada y malhumorada por pura impotencia.

Al menos acababa de recibir mi nuevo cuadrante en el que la doctora Cabrera me había incorporado a seis operaciones la próxima semana, así que me llevaba a casa una pila de informes para estudiar todas las cirugías y repasar el procedimiento quirúrgico que se había elegido para cada intervención, dos de ellas bastante complejas y de nivel avanzado.

Traté de centrarme en eso, al menos es lo que pensaba cuando salí del metro y llegué a casa con todas las carpetas bajo al brazo y haciendo malabares para sacar las llaves del bolso tras comprobar que el turno del conserje había finalizado.

En el momento que giré la llave y empujé la pesada puerta, sentí como alguien me

empujaba por detrás y me sujetaba con fuerza. Intenté deshacerme de aquel agarré, los archivos cayeron cubriendo el suelo de la entrada al edificio de documentos y papeles por todas partes, cuando logré girarme parcialmente, los ojos de Cedrini me miraron con brutalidad.

—No —jadeé y sentí como él me tapaba la boca al mismo tiempo que algo punzante se clavaba en mi costado.

—Si gritas, será tu fin —declaró con una neutralidad que daba auténtico pavor—. Camina —advirtió importándole muy poco que todos los archivos del hospital estuvieran tirados por el suelo, incluso él mismo pisoteaba varios de ellos como si le diera igual que alguien los encontrara y por algún motivo diera la voz de alarma.

—No pienso ir a ningún lado contigo. ¿Quieres matarme?, ¿Quieres violarme? Tendrás que hacerlo aquí mismo —dije a pesar de tener la boca tapada e intentar morderle los dedos, pero él no dejaba de empujarme hacia el ascensor, comprobando hacia todas partes que nadie pudiera vernos.

—Cuando acabe contigo vas a retractarte de todo lo que has dicho o convertiré tu vida en un infierno —soltó sintiendo como estiraba de mi cabello para tratar de arrastrarme a la fuerza y me resistí para que no me metiera en ese ascensor o sabía que sería mi fin.

No tenía ni idea de cómo había podido descubrir donde vivía. ¿Lo había mirado en los informes del hospital?, ¿Me habría estado persiguiendo? No importaba. Estaba allí y yo tenía que escaparme de él de algún modo. Sentí como el instinto de supervivencia se apropiaba de mi cuerpo para resistirme contra su fuerza muy superior a la mía. Podía notar aquel objeto punzante clavándose en mi costado, pero ni siquiera el dolor hacía que me doblegase, sino que todo se convirtió en un amasijo de patadas, codazos y aún así, la breve distancia que había hasta el ascensor se acortaba cada vez más hasta que escuché como se abrían las puertas y supe que si lograba introducirme en aquel minúsculo espacio estaba perdida.

Mi bolso cayó al suelo, sentí como se rasgaba la camisa fluida que llevaba en un vago intento por escapar de su agarre y en el momento que logré dar un paso atrás para aferrarme a una de las columnas de mármol que había a ambos lados del ascensor, sentí como atrapaba mi pelo y tiró con tanta fuerza hacia atrás que caí de bruces en el suelo.

El golpe me dejó en shock, sentí un zumbido en mis oídos y el terror no me dio opción a ser consciente de lo que estaba pasando, pero sí que sentí como trataba de estirar de mi brazo para arrastrarme hasta el elevador y noté como cada fibra de mi cuerpo temblaba de puro terror conforme veía las luces que alumbraban el interior.

Un grito inesperado hizo que Cedrini se detuviera, ni siquiera sabía de donde procedía o a quien pertenecía, pero solo sé que aproveché aquel instante para arrastrarme y él volvió a impedírmelo, gemí de dolor al notar su puño en mi cara y después, una sombra se cernió sobre

mi atacante conforme yo me alejaba arrastrándome por el mármol.

Podía oír los gritos al contacto con lo que parecía puñetazos o patadas, era como si mi cabeza no terminase de asimilar lo que acababa de ocurrir, no procesara que el cretino de Cedrini hubiese traspasado todas las líneas posibles para atacarme de ese modo.

Noté como unos brazos me cogían para levantarme y grité de nuevo, pero al alzar la cabeza no tenía frente a mí a Cedrini, sino a Andrei, con un rostro de absoluta preocupación y antes de poder decir nada sentí como me estrechó entre sus brazos con fuerza, sintiendo repentinamente que estaba a salvo, que el horror había acabado.

No tenía ni la menor idea de qué hacía él allí, pero en ese momento no quería estar en otro lugar que no fuera precisamente entre sus brazos.

La sombra de Cedrini salió del ascensor y cuando Andrei se giró para encararle de nuevo vi que llevaba un cuchillo en la mano.

—Atrás —le dijo a Andrei y comprobé como tenía el labio partido y la mejilla ensangrentada.

No sé cuánto tiempo se había ensañado Andrei con él, pero no lo suficiente. Aquel tipo se merecía quedar lisiado en una silla y sin un solo diente.

Vi como Andrei hizo ademán de enfrentarse a él como si no le importara que llevase un arma blanca, pero le detuve, él se giró hacia mí y entonces vi como Cedrini salía corriendo y huía despavorido.

—Me aseguraré de que no vuelva a ver la luz del día —bramó con contundencia y después me miró el brazo, un hilo de sangre brotaba hasta el codo y me había manchado la blusa, parte del suelo e incluso algunas hojas que continuaban tiradas—. Y de que el resto de su vida sea un jodido infierno —añadió mirando todo el caos que había a nuestro alrededor.

—No sé qué habría pasado si no hubieses aparecido… —dije con un temblor en mi voz propio del miedo que aún me acontecía.

Y del hecho de que, si él no hubiera hecho una copia de las llaves del apartamento, no habría podido actuar con tanta rapidez. Cerré los ojos consciente de lo que podría estar viviendo ahora mismo de no ser por él.

Sentí como Andrei se acercó de nuevo a mí, acogió mi rostro entre sus manos y volvió a acercarme a él para abrazarme de nuevo.

Noté como mis ojos escocían, como se escapaban algunas lágrimas y como en pocos minutos me había sentido tan indefensa e impotente que estaba llena de rabia.

—Vayamos a tu apartamento, hay que curarte esto —dijo apartándose de nuevo y comenzando a recoger todos los informes que había desperdigados por el suelo.

El temblor que aún me acontecía mientras estaba sentada en la encimera del baño y Andrei lavaba con minuciosidad la herida para desinfectarla y colocar un apósito, no disminuyo. Tampoco lo hizo cuando me quitó la blusa que llevaba manchada de sangre y me quedé en ropa interior frente a él, me limité a ver como él mojaba la toalla para limpiarme el rostro, me pedía acompañarle a la cocina para envolver en un paño hielo y colocármelo en la mejilla y me estremecí de dolor al sentir aquel destello de frío en mi piel.

—¿Por qué no me pediste ayuda? —exclamó sentándose a mi lado en el taburete que había en la cocina.

—Creí que tenía todo bajo control. Hablé con el director del hospital, le sancionaron bajándole de categoría y abrieron una investigación, no creí jamás que pudiera atreverse a hacer algo así —dije en voz baja, tal vez porque había subestimado demasiado a Cedrini.

Pensaba que alguien como él solo era un cobarde que se aprovechaba de chicas indefensas, que en cuanto viera el peligro se apartaría, pero nunca creí que pudiera asaltarme sin importarle las consecuencias.

—Te dije que era peligroso, Nadia. Los tipos como él no se amilanan, en Italia pesan sobre él varias órdenes de alejamiento, ¿Por qué crees que está aquí?

—¿Y por qué no sabe nada de todo eso el hospital? —exclamé.

—No consta en su expediente laboral, así que no pueden tener constancia de ello. No te pedí que te alejases de él por nada… aunque tampoco pensé que se extralimitaría de este modo. —Saber que el propio Andrei no había previsto algo así, lograba mermar aquel sentimiento de culpa por subestimar a Andrei.

—¿Por qué estabas aquí? —pregunté repentinamente.

Que Andrei hubiera aparecido en el momento oportuno había sido casi un milagro.

—Vine a devolverte las llaves de tu apartamento —dijo sacándolas de su bolsillo y dejándolas sobre la mesa. Aunque en el fondo era una excusa para preguntarte porqué no has roto aún el compromiso y saber qué decisión has tomado.

Me fijé en las llaves y en el día que había descubierto que él tenía una copia. Me había enfadado, mucho. Muchísimo. En cambio, gracias a eso había supuesto mi salvación. Precisamente aquel día también discutimos por Cedrini, él se empeñó en que me alejara de él e insistió en que acudiera en su ayuda si no era capaz de gestionarlo.

Habían pasado semanas desde aquello, me parecía infinitamente lejano y sin embargo, ahora no dejaba de pensar en que si Andrei no hubiera actuado de ese modo yo estaría a merced de un monstruo.

No hice ademán de coger las llaves, me quedé observándolas y después le miré a él, aún

mantenía su mano sobre el paño con hielo apoyado en mi mejilla y comprendí que aquel tipo de delicadeza, cuidado y entrega no podía ser fingido.

Tal vez no importaba si lo hacía por deber. Por el simple hecho de que habíamos crecido juntos y me consideraba una parte cercana por ser la mejor amiga de su prima o porque yo era el puente hacia su objetivo, pero fuese cual fuese la razón, solo quería que continuara a mi lado, sentirme protegida como lo había estado en sus brazos.

—No he cancelado el compromiso porque tengo dudas —confirme dando a entender por primera vez frente a él que estaba teniendo muy en cuenta la posibilidad de continuar con aquella farsa.

—Te advertí que no tomaría represalias si decidías negarte —corroboró con suavidad—. Y mantengo mi palabra.

—No es ese tipo de dudas el que albergo, sino más bien cuáles serían las condiciones en el caso de que decidiera continuar con esto y acceder a casarme contigo.

Noté como su semblante se modificaba y vi como la nuez de su garganta se movía conforme tragaba. ¿No había esperado que cambiara de opinión? Se había pasado meses tratando de convencerme para que accediera y asegurarme que los dos podríamos obtener beneficios con aquello.

—No tenemos por qué hablar de las condiciones ahora. Creo que estas en shock después de lo que ha pasado y tal vez debería dejarte sola para que alinees tus ideas y…

—¿Sola? —exclamé con horror y él pareció confuso—. ¿Y si regresa?, ¿Y si aparece de nuevo? —Repentinamente volví a temblar ante esa posibilidad. No me había detenido a pensar que Andrei debía marcharse a su casa, que me quedaría sola, que tendría que regresar cada día al mismo lugar y Cedrini podría volver a atacarme de nuevo.

—Sería muy estúpido por su parte hacerlo, probablemente esté camino del aeropuerto pensando que le hemos interpuesto una denuncia por intento de violación —dijo siendo cauto y sentí un nudo en el estómago al escuchar esa palabra en su voz. No quería ni imaginar en la película de terror que estaría viviendo en estos momentos de no ser por la aparición de Andrei, pero no podía obligarle a quedarse, suficiente había hecho con salvarme el pellejo y le estaría eternamente agradecida—, pero puedes pasar la noche en mi casa si te sientes más segura.

Su invitación provocó que un alivio inmediato se instalase en mi cuerpo acabando por completo con aquel miedo y temblor, así que me lancé instintivamente a sus brazos sin pensar en la audacia de aquel gesto y sentí segundos después como me acariciaba la cintura.

—No quiero ser una molestia. Tal vez tenías otros planes o…

—Tú nunca serás una molestia, Nadia. —Su tono era tan dulce que percibí como mi

corazón se aceleraba y me separé de él para que no pudiera notarlo.

—Gracias —dije sintiendo un agradecimiento por demasiadas cosas. No solo que me permitiera irme con él para sentirme segura, sino el haber aparecido, el salvarme de las garras de Cedrini, el haber curado mis heridas, el estar ahora mismo con aquel paño de hielo en la mano o el asegurarse de que alguien como el cerdo de mi exjefe pagara sus fechorías.

—Haré un par de llamadas mientras te vistes y recoges algunas cosas —dijo levantándose y alejándose hacia el salón como si pretendiera darme espacio.

Sabía que alguien como Andrei tenía contactos peligrosos, él mismo fue quien se encargó de meter en la cárcel al tipo que asaltó a Irina en los baños de la empresa y ahora mismo, era capaz de comprender el terror que había pasado mi amiga en carnes propias. Así que no tenía ninguna duda de que su amenaza con asegurarse que Cedrini no volviera a ver la luz del día, la cumpliría.




El coche de Andrei se adentró en el parking de un edificio que desconocía, miré a mi alrededor y comprobé que se trataba de un lugar privado donde había más coches y casi todos de gama alta.

—¿Dónde estamos? —pregunté cuando aparcó en una de las plazas.

—En mi casa —dijo sin atisbo de duda.

—¿Te has mudado? —exclamé y recordé el flamante apartamento de varios millones de euros que había adquirido para que supuestamente viviéramos juntos.

—Hace un par de semanas que dejé el piso de Alejandro para mudarme aquí. Se supone que tú también vives aquí, la mitad te pertenece —decretó con cierto énfasis y se apeó del vehículo haciendo que yo hiciese lo mismo.

Le vi coger mi macuto del maletero y colgárselo al hombro sin tratar de ofrecérmelo. Había metido varias cosas sin pensar demasiado, pero en esos momentos solo sentía la necesidad de alejarme de aquella casa y tratar de alejar de mi mente lo que había pasado por más que no pudiera olvidarlo.

—Parece que, por esta noche, así será —comenté mientras entrábamos al ascensor y vi mi reflejo en el espejo. Tenía la mejilla hinchada, mi aspecto algo demacrado y ni siquiera me había dado una ducha en mi afán de largarme cuanto antes de allí o quizá, porque no quería perder tiempo y que Andrei se arrepintiera de su ofrecimiento.

—Tal vez cuando lo veas cambies de opinión y quieras quedarte —advirtió con un amago de sonrisa y le seguí por el pasillo en cuanto llegamos a la última planta.

Solo había dos puertas y Andrei se dirigió hacia la derecha. El vestíbulo era tan grande como todo mi apartamento, había un armario empotrado enorme lleno de puertas blancas, una vitrina, dos sillones con una mesita central y un aparador donde le vi dejar las llaves.

La doble puerta daba a un salón inmenso lleno de ventanales acristalados. Tenía una chimenea de cristal moderna, la televisión parecía casi un cine y un sofá en forma de u que podría acoger a veinte personas perfectamente. Todo estaba decorado en tonos minimalistas haciendo un gran uso de las tonalidades claras.

—Arriba hay tres habitaciones, cada una tiene su propio baño así que puedes elegir la que quieras —dijo acercándose a la cocina separada por unas puertas correderas acristaladas cuyos perfiles eran en un negro mate.

La isla estaba cubierta de un mármol grisáceo veteado del mismo color que la encimera que casaba a la perfección con los tonos de madera y negro que complementaban la decoración. Cada detalle de aquel lugar estaba perfectamente iluminado por una luz cálida que lo hacía aún más sobrecogedor.

—¿Puedo darme una ducha? —pregunté repentinamente sintiéndome demasiado cómoda en aquel lugar.

—Por supuesto —contestó desabotonándose los puños de la camisa y comenzando a remangarse las mangas—. ¿Tienes hambre? —preguntó antes de que comenzase a subir las escaleras.

—Siempre —advertí a pesar de tener un nudo en el estómago.

Me perdí en la primera habitación que sentí que no estaba ocupada por él y dejé el macuto sobre la cama sin abrir conforme me adentraba en el baño para deshacerme de toda la ropa y meterme bajo el grifo de la ducha. Bajé pocos minutos después con un camisón de verano bastante corto y sin ropa interior debajo, no había sido mi intención la de no coger ni una sola prenda interior, pero en mi rapidez por hacer aquel macuto era lo único que había olvidado, por lo menos tenía el neceser con lo básico del gimnasio.

Andrei me recibió con una copa de vino en cuanto me acerqué a él y poco después sirvió un par de filetes de carne con guarnición de puré de patata y verdura.

—¿Viviríamos juntos si accediera a casarme contigo? —pregunté sin mirarle, sino con la vista fija en mi plato y hundiendo el tenedor en el puré de patata.

Tenía pimienta por encima y eso le hacía tener un sabor mucho más potenciado. Estaba claro que Andrei sabía lo que hacía en cuanto a términos de cocina se refería.

—Podríamos hacerlo un tiempo, sobre todo al principio, depende de lo que acordemos —dijo dando un sorbo a su copa.

Durante el resto de la noche estuve haciéndole varias preguntas, sobre todo, como se había informado de los lugares para la creación de los hospitales y qué sucedería si decidiese irme varios años de voluntariado cuando terminase mi residencia.

—Quiero que seas libre de tomar tus decisiones. Así que, si tu deseo es hacer voluntariado, deberías hacerlo. No voy a convertirme en el dueño de tu vida, nuestro acuerdo sería meramente comercial.

—¿Y qué ocurrirá en un terreno más… personal? —exclamé con cierto titubeo buscando una postura más cómoda en aquel enorme sofá.

Habíamos decidido terminar la botella de vino de una forma más relajada y mientras que Andrei se había desabotonado casi por completo la camisa, yo permanecía con las rodillas dobladas hacia atrás mientras me dejaba caer en el respaldo.

—¿A qué te refieres? —dijo acercándose a la mesa baja para dejar su copa vacía.

—Al sexo —advertí sin rodeos.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo con lujuria, podía verlo en su mirada e incluso el leve gesto que hizo para cambiar de postura como si eso aliviara la tensión que debía tener entre las piernas.

—¿Entre nosotros? —preguntó con cierta sequedad en su tono de voz.

—Si —mi respuesta fue casi un jadeo.

—Podríamos llegar a un consenso —advirtió apartando la mirada e incorporándose para comprobar si aún quedaba vino en la botella.

Estaba vacía.

—Lo estamos hablando ahora, lleguemos a ese consenso en este momento. ¿Qué pasará entre nosotros si acepto?

Andrei parecía algo nervioso o quizá, solo era mi sensación confusa por todo el vino que había bebido y que había logrado rebajar aquella sensación de miedo que sentía.

—¿Qué quieres que pase, Nadia? —inquirió mirándome finalmente y no pude resistirme a aquel rostro enmarcado por los dioses.

Me levanté para caminar los tres pasos que nos separaban y vi cómo se dejaba caer hacia atrás observando con minuciosidad mi cuerpo. Hinqué una rodilla en el sillón a un lado y coloqué la otra del mismo modo para sentarme sobre él a horcajadas. Me acerqué lentamente a sus labios y él me encontró a medio camino fundiéndonos en un beso apasionado conforme sus manos se perdían por debajo del camisón y me apretaba contra él.

Si. Estaba duro, tanto como lo imaginaba.

Su lengua se entrelazó con la mía con verdadera furia y noté como sus manos recorrían

mi camisón, llegaban a mi pelo aún húmedo y después volvían de nuevo a mis nalgas. Le arranqué el único botón que aún mantenía cerrada su camisa y comencé a palpar su pecho desnudo, bajando las manos hasta aquellas curvas que bordeaban su vientre plano y se perdían en el incipiente vello de su entrepierna.

Las manos de Andrei fueron rápidas para deshacerse del cinturón, del pantalón y de su ropa interior a pesar de estar encima de él y del mismo modo me quité de un solo movimiento el camisón para lanzarlo al suelo detrás de nosotros.

La urgencia por unir nuestros cuerpos era tan brutal, que cuando sentí como él se abría paso a través de mi cuerpo, gemí en su boca sin dejar de besarle con la misma furia salvajismo que al principio. No se trataba solo del reclamo de mi cuerpo a sus caricias o de cómo me hacía sentir cada vez que me llevaba al culmen del placer. Puede que iniciara como simple lujuria e incluso que creyera que me cansaría rápidamente de aquello, pero lo único que había conseguido era volverme completamente adicta y que cada vez fuese aún más intensa que la anterior hasta el punto de volver a querer perderme en su cuerpo.

Sentí como su boca descendía por mi cuello mientras me balanceaba sobre él y la fuerza de sus brazos hacía que me impulsara cada vez con mayor vigor haciéndome gritar de éxtasis. Jadeé cuando su boca atrapó uno de mis pechos y tuve que morderme el labio para no correrme en ese mismo momento. Podía sentir el palpitar creciente, mis venas llenándose de una calidez estremecedora que amenazaban con poseerme y arrastrarme hacia una placidez extrema.

Busqué de nuevo sus labios y su respuesta fue inmediata, su lengua avasallaba con voracidad la mía y sentí como se alzaba conmigo en volandas. Noté el frío cristal de aquellos ventanales en mi espalda mientras él no dejaba de embestirme con dureza. Podía ver todas las luces que iluminaban Madrid a mi alrededor mientras sentía como aquel orgasmo se avecinaba para apresarme por completo, importándome muy poco que pudieran o no vernos, lo único que quería en ese preciso instante es que él no parase, quería congelar aquel momento de forma eterna y sentir como ambos nos pertenecíamos sin ningún acuerdo de por medio, sin ninguna regla, simplemente éramos él y yo, arrastrados por el éxtasis de la pasión.




Desperté con mi cuerpo desnudo enredado en el de Andrei entre los cojines de aquel enorme sofá que ocupaba gran parte del salón. La luz irradiaba cada minúsculo espacio de la sala y cuando alcé la vista por encima del respaldo comprobé que el panorama era aún más espectacular del que había imaginado en la oscuridad de la noche a pesar de ser una ciudad iluminada.

Era la segunda vez que le veía dormir plácidamente y de forma instantánea sonreí. ¿Como sería verle así cada mañana? La idea de vivir juntos, pasar la noche el uno al lado del otro en la misma cama ya no me parecía insólito o extraño, sino más bien algo que innatamente deseaba.

Comencé a acariciar su cuello y tal como deseé la vez anterior, di rienda suelta a mis deseos, así que mis labios se vieron repentinamente en su pecho descendiendo lentamente hasta aquella curva que conformaban sus músculos y que me llevaba al límite de la lujuria. Escuché un ligero sonido de sus labios, pero aún tenía los ojos cerrados y continué descendiendo hasta llegar a su entrepierna, estaba hinchada, febril, erecta, seguramente tenía una de esas fases del sueño donde de forma inconsciente se le ponía tan dura como una piedra, así que abrí la boca y comencé a chuparla con suavidad mientras mi mano masajeaba la base con premura.

No me detuve a mirar si se había despertado o no, pero intuí que lo había hecho cuando sentí sus manos sobre mi cabeza apremiándome para que aumentase la velocidad y lo hice, continué ciñendo mis labios entorno a su glande para generar una fricción conforme descendía hasta sentir que tocaba la campanilla de mi boca y después lamer con suavidad la parte más suave de la punta.

Habría dejado que se derramase en mi boca de no ser porque de un movimiento me alzó

de la cintura y terminé tumbada sobre el enorme sillón con su cuerpo encima del mío. Su peso era excitante, pero sentir como se abría paso de una estocada hizo que gritase de placer y sus movimientos se volvieron un vaivén lleno de salvajismo y dureza mientras me aferraba a él buscando seguir su ritmo para acoplarme en cada una de sus embestidas.

La dureza de cada movimiento hizo que fuera desplazándome hasta tener medio cuerpo casi en el suelo y aún así, solo era capaz de pedir más, rogar más y de pronto sentí como me sostenía en el aire mientras continuaba alzándome para después caer sobre él y deleitarme un poco más en aquella ambrosía maravillosa. Andrei hizo que me incorporase y me aferré a sus hombros mientras él continuaba de rodillas en el sillón sosteniendo todo el peso de mi cuerpo, no sabía como era capaz de tener aquella fuerza sobrehumana, pero me aferré a su boca con la misma devoción con la que él lograba llevarme a aquel abismo de placer inaudito.

Sentí como aquel orgasmo nos atravesaba al mismo tiempo, como nuestros gemidos se volvían acompasados y ambos gritamos al mismo tiempo conforme mis espasmos se unían a los suyos y aquel descenso repentino de movimientos que solo eran un mero reflejo llegaba a su fin para dar paso a nuestras respiraciones completamente erráticas y agitadas del esfuerzo. Tenía mi rostro hundido en su cuello, él aún me sostenía sobre él, aunque se había dejado caer parcialmente y cuando aparté el rostro para observarle, sentí una calidez que me estremeció por completo.

—He tomado una decisión —advertí muy segura de mis palabras o quizá, lo suficiente para expresarlo en voz alta.

—¿Has decidido que te gusta despertarme para tener sexo? —gimió él con cierto énfasis de humor.

Sonreí y me aparté ligeramente, aunque aún sentía como me llenaba y aquella sensación era demasiado agradable.

—Eso tampoco estaría mal, quizá podríamos ponerlo en alguna cláusula —dije provocando que su gesto se volviera ahora más serio—. He decidido no romper el compromiso —afirmé—, lo he pensado detenidamente y tienes razón en que ambos podríamos beneficiarnos de ello sin que nuestras vidas cambien, ¿no? Solo es una cuestión de establecer límites.

—¿Estás segura? —preguntó aún con semblante serio—. No quiero que te sientas de algún modo influenciada por lo que paso ayer como si tuvieras que agradecérmelo.

—¿Por qué es tan importante para ti que nada me condicione a aceptar? —pregunté mirándole fijamente y entonces noté como me alzaba para sentarme a un lado y se ponía en pie.

—Ya te dije que no quiero un matrimonio en el que todo se convierta en una contienda llena de reproches y discusiones. Si aceptas, es porque lo haces libremente y consecuente de lo que conlleva.

—¿Y qué conlleva? —pregunté como si hubiera algo más que aún no me hubiera dicho.

—Estaremos unidos de por vida, Nadia.

Él parecía decidido a hacerlo, como si no le importarse en absoluto unirse a mí el resto de su vida, ¿Por qué le importaba tanto que en mi caso no fuera así? Su planteamiento era llevar vidas separadas, cada uno sería dueño de sus actos, no comprendía que era lo que temía o alertaba, incluso podríamos pasar años sin tener noticias el uno del otro, sin vernos, sin tener ningún tipo de contacto.

—Lo sé, el preacuerdo indica que no existe la posibilidad de divorcio para que la fusión se lleve a cabo —afirmé con convicción.

Puede que estuviera cometiendo el mayor error de mi vida, pero después de darme cuenta de que me había enamorado de un modo irremediable de él, no creía encontrar eso en otra parte. Si ese era el único modo en el que estaríamos juntos de alguna forma, lo aceptaba.

Vi como Andrei se daba la vuelta y contemplé su cuerpo desnudo, podía asemejarse perfectamente a una escultura griega por cada músculo bien trabajado.

—Tengo asuntos pendientes en la oficina, te acompañaré a casa —dijo sin volver la vista hacia mí y perdiéndose escaleras arriba.

¿Es que había dicho algo que le hubiera podido sentar mal? No comprendía su reacción, menos aun cuando había aceptado algo en lo que él llevaba insistiendo que hiciera durante meses. ¿Por qué parecía repentinamente desagradarle?, ¿Es que había cambiado de opinión?, ¿Ya no quería que lleváramos acabo aquel matrimonio falso?

Me vestí con la misma ropa que llevaba la noche anterior y recogí el bolso, Andrei apareció pocos minutos después con el cabello aún mojado y la americana en el brazo.

—Es una copia de las llaves, te pertenece —dijo entregándome un llavero del que colgaban varias llaves—. Estaré unos días fuera de la ciudad, aunque puedes venir si lo deseas —continuó dirigiéndose hacia la entrada y abriendo la puerta—. No te preocupes por el tipo de anoche, hoy mismo dejará de ser un problema para ti —advirtió invitándome a que pasara frente a él y nuestra conversación se mantuvo en un silencio incómodo el resto del viaje hasta que me dejó en el portal del edificio donde residía.

—Gracias —dije mientras me bajaba del coche.

—Llámame si necesitas algo —dijo de nuevo sin mirarme.

¿Qué le pasaba?, ¿Por qué estaba ausente?, ¿Así sería nuestra relación a partir de ahora? Esa era su actitud porque ya había logrado su objetivo, ¿Y que había de todo lo anterior?, ¿De ese Andrei cuyas caricias eran tan tiernas y delicadas que me hacían creer que había mucho más que únicamente pasión?

Cerré la puerta de un manotazo y me dirigí hacia el portal con decisión.

Todo era una mentira. Una vil apariencia hasta que había caído como una idiota en todo su circo orquestado. ¿De eso se trataba?, ¿De enamorarme?, ¿De que cayera en sus redes hasta conseguir lo que deseaba? Ni siquiera había esperado a que dijera el *sí quiero*, sino que había mostrado su verdadera cara en cuanto le había confesado que pensaba aceptar su propuesta.




No tener noticias de Andrei durante semanas era algo normal, pero no tener noticias después de que le hubiera dicho que aceptaba casarme con él tras acostarnos y actuar de aquel modo despectivo era solo confirmar mis sospechas de que lo único que siempre le había movido era el interés.

Quería luchar contra la idea de que fuese egoísta, de que todas y cada una de las cosas de las que le acusaba al principio fuesen reales. Quizá era porque me negaba a creer que me hubiera enamorado de una ilusión óptica, de un mentiroso compulsivo, de alguien con un alma siniestra capaz de aprovecharse de las circunstancias para manipularme hasta acceder y fingir aquella dulzura, el modo de tocarme, la delicadeza en cada gesto, pero… ¿Que me quedaba por pensar después del modo en el que le había visto actuar?

Vi una llamada de mi padre justo en la pausa del descanso entre mis turnos, en otras circunstancias no le habría respondido con la excusa de estar en el trabajo, pero pensé que, de algún modo, todo el lío con el cretino de Cedrini habría llegado a sus oídos.

Los rumores de que que estaba asociado a la mafia italiana y habían encontrado un alijo de armas y droga en su casa corrió como la pólvora. Inicialmente me sentí culpable, después recordé lo que había tratado de hacerme y lo que les había hecho a todas esas chicas y se esfumó mi arrepentimiento.

—Hola papá —dije dejándome caer en uno de los bancos que había en el jardín interno.

—¿Cómo estás? —preguntó sorprendiéndome ya que por norma general daba por hecho que siempre estaba bien.

—Imagino que te has enterado… —dije pensando en lo de Cedrini y en si habría sido por

sus contactos o porque el propio director del hospital le habría advertido de mi denuncia, aunque todo había quedado zanjado cuando le detuvieron por esos cargos. Todo apuntaba a que pasaría una larga temporada en la cárcel, tal como había prometido Andrei que sucedería.

—Andrei me llamó personalmente esta mañana —dijo con una voz extraña—. Quería asegurarse de que no interfiriera en tu carrera al insistir en que tú no tenías la culpa de la ruptura.

¿Qué?, ¿De qué estaba hablando?

—¿Qué te ha dicho Andrei exactamente? —exclamé asombrada.

—Solo que la decisión de romper el compromiso era exclusivamente suya. No me dio los motivos, pero si fue determinante e insistió encarecidamente en que tú no tenías la culpa y no deseaba que interfiriera en tu proyección profesional. ¿Has buscado a un abogado para reclamar la cláusula del contrato? Puedo recomendarte a unos cuantos si lo deseas, se asegurarán de que cobres hasta el último…

—Tengo que dejarte, papá —dije abruptamente—, es una urgencia en el hospital. Te llamaré en cuanto pueda.

Me quedé con el teléfono en la mano mientras mi pulso temblaba.

Ha roto el compromiso. ¡Lo ha roto asumiendo toda la culpa!, ¿Por qué?

Busqué el teléfono de Andrei en la agenda y le llamé, pero enseguida saltó el buzón de voz indicándome que estaba apagado. Miré las llamadas recientes y enseguida apareció Irina, me respondió al segundo tono.

—¿Dónde está? —pregunté como si ella tuviera que saberlo.

—Nos dijo que necesitaba tomarse unos días fuera de la ciudad y que lleváramos el control de la empresa, pero no sé dónde está, Nadia. Sé que ha roto el compromiso, no me dijo los motivos, aunque me imaginé que era algo a lo que habíais llegado de mutuo acuerdo.

—¡Acepté casarme con él! —grité no comprendiendo nada de aquello.

¿Por qué actuaba así sin consultármelo?, ¿Por qué apenas me miró cuando le dije que aceptaba su propuesta y después desapareció como si le tragara la tierra?

—¿Qué? —exclamó mi amiga.

—Necesito hablar con él. ¡Necesito saber por qué ha decidido romper el compromiso después de insistirme todos estos meses para que aceptara!

—Nadia, ¿Por qué aceptaste casarte con él?

—Porque le quiero. ¡Joder!, ¡Me he enamorado de él como una idiota!, ¡Mierda!

Oí una voz lejana y después a Irina decir algo que no comprendía, estaba hablando en castellano.

—Está en la casa del lago —dijo la inconfundible voz de Alejandro—, sea lo que sea esto

que hay entre vosotros, dejad de fingir que no existe, no os beneficiará a ninguno.

Tragué saliva con dificultad sintiendo un nudo en la garganta y volví a escuchar la voz de Irina.

—Te pasaré la dirección —susurró y después hubo una especie de silencio—. Nadia, si él te importa… díselo —dijo con suavidad.

—¿Y si yo no significo nada para él? —gemí en una especie de terror confesado.

—Tal vez sea peor vivir con el arrepentimiento de lo que podría haber ocurrido que enfrentarse a la decepción y a un corazón roto. —Nunca había tenido que expresar con anterioridad mis sentimientos a nadie, pero también era cierto que nunca me había sentido del mismo modo que me hacía sentir Andrei—. Estaré aquí para lo bueno y para lo malo —dijo de nuevo Irina sacándome de aquel debate interno.

—Gracias por estar siempre a mi lado y no juzgarme nunca.

—Eres mi hermana, aunque no compartamos lazos de sangre, te voy a querer siempre incondicionalmente.

Irina y yo habíamos pasado toda la vida juntas, todos y cada uno de nuestros temores, sueños, anhelos, deseos… siempre habíamos estado la una para la otra y saber que continuaría estándolo a pesar de la implicación que pudiera tener, aliviaba aquella opresión en mi pecho.

—Te quiero, hermana —dije antes de que ella respondiera las mismas palabras y cortara la llamada.

No sabía qué me iba a encontrar en esa casa del lago, pero fuese cual fuese el resultado, Irina tenía razón. No quería vivir con el arrepentimiento, la duda, la incertidumbre de pensar que hubiera pasado si las cosas fuesen de otro modo. No estaba acostumbrada a ceder, a ser quien se arrodillara para pedir clemencia y claudicar aquel estado de endiosamiento en el que siempre me había mantenido por tener a cualquier hombre que quisiera.

Andrei me había hecho conocer el rechazo, el verdadero placer, la complacencia, ser dominada en lugar de dominante y, sobre todo, despertar unos sentimientos que creía que jamás descubriría.

Terminé aquel turno con la única certeza de que no esperaría ni un solo minuto más para ponerme en marcha. Quedaban pocas horas de sol para que se cerniera la noche y había tratado de reservar un vehículo privado que me llevase a la dirección de la casa del lago, pero no encontraba ninguno dispuesto a recorrer aquella distancia. Accedí a la única alternativa que me quedaba, alquilar un coche y rezar porque el navegador no se equivocara.




Aquella era la sexta o séptima vez que conducía en mi vida. No es que me diera miedo conducir, o que me negara a ello, simplemente había tenido la posibilidad de tener vehículo privado con chofer y acabó resultándome más cómodo usar el tiempo entre desplazamientos para estudiar, repasar apuntes o revisar casos médicos.

Traté de meter la marcha por enésima vez quedándose bloqueada y calándose de nuevo el coche, maldije dando un golpe al volante mientras veía como todo a mi alrededor estaba completamente en la oscuridad.

Se suponía que debía llegar en menos de dos horas según el navegador y ya había pasado de las tres al saltarme dos veces la salida y tener que volver hacia atrás o ir demasiado lenta por unos caminos secundarios ya que era incapaz de leer bien los carteles porque el puñetero teléfono se quedaba sin señal y por tanto el GPS no funcionaba.

—Igual es una señal del destino que me dice que no debería empeñarme en ir —balbuceé conmigo misma mientras me metía en un camino sin una sola indicación o iluminación salvo por los faros del coche—, porque, ¿En qué momento se me ocurre que podría ser una buena idea alquilar un coche y ahondarme en carreteras que no llevan a ninguna parte a media noche? Una buenísima idea, Nadia. Di que sí. ¿Qué puede haber mejor que perderse en medio de la nada sin cobertura? Ni siquiera puedo llamar a emergencias si me ataca una manada de lobos.

«Vale, igual no hay lobos o sí, pero empezaba a desesperarme el hecho de no saber hacia dónde tirar o la apabullante idea de tener que pasar la noche dentro de aquel coche sin saber siquiera donde estaba.

Salí del vehículo y me subí encima colocando el teléfono en alto como si milagrosamente

pudiera coger señal y repentinamente la voz de la mujer que daba indicaciones marcó el recorrido. Se suponía que estaba a cinco minutos desde allí, ni siquiera sé cómo había logrado acercarme lo suficiente, pero al parecer, solo debía continuar recto un par de kilómetros y habría llegado al punto exacto que marcaba el navegador con la dirección que me envió Irina.

Todo estaba a oscuras cuando apagué el motor, no había luces en el exterior, ni en las ventanas, pero los faros de mi coche iluminaron el vehículo de Andrei y de pronto mi corazón comenzó a palpitar desbocadamente. Lo había logrado. Estaba allí. Contra todo pronóstico y fatalidad, lo había conseguido. Y repentinamente todas esas dudas me asaltaron de nuevo.

«No vas a dar media vuelta actuando como una cobarde» Me dije viendo que era casi la una de la madrugada.

Apagué el motor, era una noche cálida de principios de verano, el cielo se veía de un modo espectacular tan lejos de la ciudad, completamente despejado y en cuanto salí del coche descubrí que no había un apabullante sonido de tráfico, ni luces a mi alrededor, solo se escuchaba el sonido del agua a lo lejos, convirtiendo aquel lugar en algo extremadamente único.

Irina me habló de aquella casa en numerosas ocasiones, pero por una razón u otra, no había tenido la oportunidad de visitarla con anterioridad, incluso cuando ideó celebrar su cumpleaños las dos solas en este lugar, al final determinó que le apetecía mucho más otro plan. Supuse que por el modo en el que siempre me había hablado de esa casa, formaba parte de algo muy íntimo de ella y Alejandro, como si en aquel lugar hubieran sucedido cosas que marcaron un antes y un después en su relación.

Me pregunté si sería lo mismo para mí, después de todo estaba allí y quisiera o no, era muy probable que saliera de aquel lugar con el corazón destrozado.

Inspiré con fuerza y me acerqué hasta la puerta alumbrando el camino con el teléfono en modo linterna. Apreté los nudillos y llamé con fuerza a la puerta. No vi ningún timbre por alguna parte, aunque pensándolo bien, ¿Quién decidiría ir hasta allí de visita? No estaba extremadamente lejos, pero tampoco era un breve paseo, estaba claro que si alguien decidía ir hasta allí era con la firme intención de quedarse.

Y de pronto pensé en qué ocurriría después de que Andrei y yo hablásemos. ¿Pasaría el resto de la noche en el coche?, ¿Conduciría de regreso a Madrid en aquel laberinto de carreteras cruzadas perdiendo la señal cada dos minutos?, ¿Y si resulta que no está solo? Me entró el pánico y mi cara de confusión se incrementó aún más cuando oí los pasos, pocos segundos después el portón de madera se abría.

—¿Qué demonios haces aquí?, ¿Has venido sola? —increpó y su mirada se alzó como si buscase a alguien, pero la poca luz que arrojaba la luna apenas era capaz de iluminar el porche.

—Yo también me alegro de verte —solté abriéndome camino hacia el interior antes de

darme media vuelta y arrepentirme.

La casa estaba en penumbra, solo había algunas velas encendidas repartidas por la sala y miré a mi alrededor para asegurarme de que estaba solo.

—Voy a matar a mi prima por decirte donde encontrarme… —advirtió cerrando con suavidad la puerta.

—No fue ella, sino Alejandro. No sabía que te habías vuelto tan rural y ahora usabas únicamente velas como iluminación —dije habituándome a la poca luz que aportaban las candelas.

—La luz se fue hace una hora, de hecho, pensé que sería alguien de la zona para preguntar —contestó acercándose a una de las velas y cogiéndola entre sus manos para dejarla cerca de una mesita auxiliar que había al lado del sofá.

—¿A la una de la mañana? Es más probable que hubiera sido un grupo de asaltantes —respondí escéptica.

—Desde luego había más probabilidades a que fueses tú. ¿Qué haces aquí, Nadia?

La gran pregunta. ¿Qué hacía realmente allí?

—Desapareciste —susurré buscándole con la mirada.

Era extraño ver a Andrei con ropa casual, deportiva, nada de sus inmaculados trajes hechos a medida, sino que daba la sensación de ser alguien accesible, cercano y aquello me resultaba extraño.

—Es evidente que no he desaparecido. Estoy aquí. ¿A qué has venido realmente?

—Necesitaba saber por qué has cancelado el compromiso —dije mordiéndome el labio.

—Cambié de opinión. Eso es todo.

Sabía que actuaba de forma cortante para no darme las respuestas que buscaba y no entendía por qué. ¿Siempre tenía que ser así entre nosotros? Pero yo misma había actuado de ese modo toda mi vida con él, siempre le había rehuido, insultado, le había echado en cara que era un monstruo sin sentimientos, un ser egoísta, mimado y malcriado. Alguien sin escrúpulos, el último hombre de la faz de la tierra al que me acercaría. Había pasado toda mi vida creyendo que le odiaba y le detestaba por unos principios que, ahora empezaba a ver que eran falsos.

—Has pasado meses tratando de convencerme de que aceptara, del beneficio que ambos obtendríamos. ¿Esperas que me crea que simplemente has cambiado de opinión? No. No me sirve, así que busca otra excusa —advertí dando un paso hacia él—. Me he subido a un coche cuando no conduzco desde hace años. He tardado más de tres horas en llegar hasta aquí porque el teléfono no tenía señal. Me he partido los cuernos y pasado un miedo de mil demonios creyendo que me perdería en mitad de la nada. No me pienso marchar sin una respuesta sincera.

Aprecié el cambio en su semblante y después ese nerviosismo que llevaba detectándole en situaciones concretas. Sabía que eso significaba algo, que ocultaba o trataba de esconder una parte de sí mismo como si no quisiera que yo la viera.

—Decidí cancelar el compromiso porque llegué a la determinación de que los dos nos arrepentiríamos con el paso del tiempo. Asumí la culpa de la ruptura porque entendí que mi persistencia a que aceptaras era lo que te había motivado a ceder, solo que comprendí que las bases en las que íbamos a cimentar nuestro matrimonio no eran las adecuadas, pensé que no importaría, pero me equivocaba.

¿Creía que solo había decidido aceptar porque él había persistido tanto que me llevó a hacerlo? Dudaba que creyera algo así… por alguna razón sentía que no estaba siendo del todo franco.

—¿A qué bases te refieres? —exclamé.

—A las que hacen que dos personas deseen pasar el resto de la vida juntos —dijo apartando la mirada y alejándose un par de pasos.

—Me dijiste que no creías en el amor, que era una utopía y preferías un matrimonio con intereses comerciales que te asegurase una posición en lugar de guiarte por el corazón y que éste te llevase a una mala decisión.

—Querías una respuesta sincera y ya la tienes. Te he dado lo que querías, eres libre y tu padre no interferirá en tu carrera como pensabas que haría si cancelabas el compromiso.

Se había vuelto a cerrar en banda y en cualquier otra circunstancia le habría soltado un improperio y me habría marchado sin mirar atrás, es lo que había hecho siempre, la mítica disputa del gato y el ratón al que nos habíamos pasado la vida jugando.

—Si, me has dado la libertad. Una libertad que no quiero —solté provocando que su semblante cambiara y su mirada volviera a posarse sobre mi—. Estoy harta de fingir que no siento nada. Harta de tratar de convencerme que nada ha cambiado y harta de huir —dije sintiendo un fuego en mi estómago que refulgía desde mis entrañas—. Tenías razón, siempre huyo sin mirar atrás, sin enfrentarme a las situaciones que no me agradan y he decidido no volver a hacerlo más. No volver a ocultarme en una máscara de hielo por creer que de ese modo nada podrá afectarme —continué sintiendo como su mirada retaba la mía y cerré los ojos con suavidad —. La única razón por la que decidí aceptar ese acuerdo de matrimonio era porque sería la única opción de estar cerca de ti.

Repentinamente sentí sus dedos detrás de mi cuello y cuando abrí los ojos le tenía a tan solo un palmo de distancia.

—Tú siempre has estado cerca de mí.

—No me refiero simplemente a la atracción o al sexo —dije sintiendo que mi voz se perdía y que me resultaba demasiado difícil decir aquello—. Quiero estar contigo, de un modo real. Sin acuerdos, sin fechas límite, sin cláusulas o condiciones absurdas. Te quiero a ti.

Noté como su frente se unía a la mía y emitió un sonido indescifrable, como un graznido.

—El único motivo de mi existencia has sido y siempre serás tú, Nadia —susurró haciendo que todo mi cuerpo temblara—. Eres mi debilidad, mi talón de Aquiles y lo único que he deseado toda mi vida es que me dieras una oportunidad.

Un gemido agudo se escapó de mi garganta y acto seguido sentí como sus labios se unían a los míos con dulzura.

—He pasado años renegando lo que sentía, diciéndome a mí mismo que no debía sentir lo que provocabas en mí e incluso convenciéndome de que no era más que un deseo desenfrenado sin solventar. Te he buscado en todas partes, he intentado una y mil veces sacar de mi pecho lo que sentí la primera vez que te vi, pero lo único que he conseguido es que persista con mayor vigor y mi única determinación ha sido que fueras feliz. Cometí el error de pensar que, si te casabas conmigo y te ataba a mí, lograría despertar algún tipo de sentimiento en ti, pero en cuanto aceptaste, en cuanto me dijiste que lo harías, comprendí que jamás me elegirías libremente, que te aferraría con unas convicciones erróneas y descubrí que no quería tenerte de ese modo, no a cualquier precio, porque tu repulsa sería más dolorosa que la propia muerte.

Sentí como mis ojos se empañaban repentinamente, ¿Cómo era posible que no me hubiera dado cuenta?, ¿Por qué fui incapaz de ver todas esas señales?

—Te pregunté si te importaba, si significaba algo para ti, ¡Me dijiste que no creías en el amor! —advertí colocando mis manos en su pecho.

—Te dije lo que querías escuchar —confesó con pesar—. Te conozco lo suficiente para saber que, si en algún momento te hubiera confesado una ínfima parte de lo que sentía, me habrías impedido acceder a ti. Siempre he sabido que el único modo de llegar hasta ti, era solamente cuando tú me lo permitieras.

Me abracé a él dejando que me rodease con sus brazos.

—He querido creer que solo actuabas por interés, quería convencerme de que eras un monstruo frío y calculador. Un ser arrogante y presuntuoso, ahora comprendo que lo único que intentaba era afirmar esa creencia porque me resultaba más fácil para mantenerte alejado de mí. Y aun así, a pesar de hostigarme sosteniendo que eras la última persona del mundo a quien desearía, fue inevitable enamorarme de ti.

Vi la sonrisa en sus labios y rápidamente me estrecho entre sus brazos alzándome sobre él.

—Tú y yo nacimos predestinados —susurró cerca de mis labios—. Lo sentí la primera vez que te vi y no he dejado de sentirlo cada día de mi vida —jadeó tratando de besarme, pero me aparté sutilmente.

—¿Habrías sido capaz de renunciar a lo que sientes el resto de tu vida por mí? —pregunté sin dejar de mirarle.

Sus ojos azules brillaban con mayor intensidad a la luz de las velas y aquello solo lograba hinchar aún más mi pecho de una sensación completamente nueva.

—Yo sería capaz de renunciar absolutamente a todo por ti, Nadia.




El termino sentirse en una nube había sido incomprensible para mí hasta ahora. Ni siquiera podía concebir como podía haber estado tan ciega respecto a todo lo que concernía a Andrei. ¿Podría Irina haber sospechado algo? No, imposible. Ella misma había tratado de mediar infinidad de veces entre nosotros y estaba convencida de que él le había ocultado sus sentimientos a todo el mundo, sobre todo a mí.

Sentía que no era merecedora de un sentimiento tan profundo, capaz de anularse a sí mismo y condicionarse únicamente porque sabía que sería el único modo de estar cerca de mí. ¿Cuántas veces lo había insultado? Ínfimas, casi tantas que ahora me dolía la simple idea de recordarlo.

—Merecería que me odiases por cómo me he comportado contigo y en lugar de eso has sido capaz de mover cielo y tierra para protegerme, de asegurarte que no aceptaba bajo coacción. Has actuado siempre pensando antes en mí que en tu propio beneficio —afirmé con pesadumbre.

—Daría todos y cada uno de esos mismos pasos infinidad de veces si me llevasen hasta ti —constató alzando mi mentón—. Te he amado cada día de mi vida, siempre has estado latente dentro de mí, incluso llegué a creer que solo era una obsesión, quise pensar que con aquel acuerdo sexual terminaría saciándome de ti y descubriría que solo se trataba de obcecación, pero lo único que logré es afirmar todos y cada uno de esos sentimientos que siempre habían persistido.

—Ahora me doy cuenta de tantas cosas… siempre has estado ahí —susurré—. Y una parte de mi lo sabía, lo intuía, pero no quería creer que era cierto.

Porque me había resultado más fácil creer que él solo podría moverse por interés, no por

un sentimiento tan auténtico y real que me embaucaba por completo.

—Lo único que me importa es este momento y el futuro que decidamos construir a partir de este instante.

Sus labios sellaron los míos y me dejé arrastrar por aquella apabullante exquisitez que suponía la delicadeza de sus labios. Andrei se apartó y entrelazó sus dedos con los míos en un gesto de complicidad. El frescor y la humedad de la noche hicieron que me estremeciera cuando le seguí hasta una terraza externa donde había un par de sillas e imaginé que desde allí se debía apreciar una espléndida vista. El sonido del agua era mucho más fuerte en ese punto y recordé las veces en las que Irina había mencionado que al amanecer ese lugar era mágico.

Vi cómo se sentaba en una especie de hamaca y después me forzó a que me sentara en su regazo, sintiendo como su cuerpo se adaptaba al mío y podía tocar libremente los músculos de su pecho.

—¿Pensabas esconderte de mi en este lugar? —reclamé acariciando su cuello.

—No me escondía de ti, nunca lo he hecho. Si alguna vez me he mostrado distante es porque me resultaba difícil no mostrarte mis sentimientos. Vine aquí porque necesitaba un lugar lo suficientemente apartado y sin cobertura, para convencerme a mi mismo que había actuado correctamente. Cuando le dije a Alejandro que necesitaba marcharme a algún lugar remoto, me ofreció las llaves de este sitio sin hacer preguntas.

—La próxima vez, quédate un poco más cerca… aunque este sitio es precioso —susurré rozando mi nariz en su cuello y aspirando el aroma que desprendía.

Apenas le quedaban restos de su perfume, pero aquel sutil aroma en su piel era un verdadero deleite.

—¿La próxima vez? —inquirió con cierto tono de ironía.

—Pienso acapararte día y noche hasta dejarte exhausto —jadeé—, así que corres el gran riesgo de extasiarse de mí lo suficiente como para no desear volver a verme —dije mordiendo su barbilla justo antes de que él estallara en carcajadas.

—No, princesa —afirmó poco después—. Yo de ti nunca tengo suficiente —añadió en un tono que no albergaba duda a la lujuria que desprendían sus ojos.

Ya no existía frescor alguno, ni la sensación de humedad en la piel calándose hasta dejarla insensible, ahora solo había un fuego que se avivaba. Nuestras ropas terminaron en el suelo entre jadeos, gemidos y confesiones jamas reveladas.

—Vivo obsesionada con las curvas de tus ligamentos inguinales y como se pierden hacia tu… —jadeé albergando por completo su polla entre mi mano y agarrándola con firmeza.

—No sé qué son los ligamentos inguinales, pero te aseguro que pienso hacer uso de ellos

para hacerte mía de todas las formas inimaginables.

Me alcé sobre él mientras me sujetaba de la cintura y después guié mi mano hasta el punto exacto para sentir como volvía a llenarme de nuevo con una facilidad extrema. Ser consciente de hasta qué punto encajaban nuestros cuerpos solo me hizo sentir aún más la conexión que siempre había existido entre nosotros y de la que me empeñaba en renegar constantemente.

Mi cuerpo se balanceaba sobre él mientras veía como se deleitaba observándome y paseando sus manos por mi desnudez. Agarró con firmeza mis pechos haciéndome gritar y luego devoró uno de ellos con su boca, chupando, aspirando, rasgando débilmente con sus dientes hasta enloquecerme y cuando creí que no podría resistir un solo segundo más, deslizó sus dedos hasta mi clítoris para intensificar aquella emoción intensa, logrando que explotase de nuevo en un sinfín de destellos atrapando sus labios con la necesidad de saciar aquella vibración gigantesca.

—¿Que ocurrirá ahora? —pregunté aún abrazada a él.

—¿Qué quieres que ocurra? —contestó pasando sus dedos sobre mi espalda.

Me separé brevemente para mirarle a la cara.

—No quiero más acuerdos.

—No los habrá —secundó.

—Ni juegos de poder —dije mirándole fijamente.

—Solo en la cama —agudizó—, es el único lugar donde deseo que me obedezcas —dijo forzándome a besarle de un modo voraz y salvaje, como si el hecho de que acabáramos de tener sexo solo hubiera sido un preludio para lo que estaba por llegar.

—Me gusta que seas autoritario y dominante mientras me follas —jadeé en su boca—, será el único lugar en el que te permita hacerlo.

Noté su sonrisa y después volví a apartarme de él.

—Seremos sinceros el uno con el otro —dije casi más para mi que para él—. Siempre. Sin verdades a medias.

—Te amo, princesa —advirtió volviendo a robarme otro beso al que no pude resistirme.

Noté como mi pecho se hinchaba al escuchar aquellas palabras y lo que me provocaba el hecho de sentir que él hubiera tenido ese sentimiento escondido durante tantos años, esperando pacientemente a que estuviera preparada. ¿Cómo podía haber estado tan ciega?, ¿Cómo era posible que me engañase a mi misma creyendo que aquella dulzura, ternura y gestos podían ser fingidos? Andrei se había sacrificado a sí mismo, reservado sus sentimientos y hecho acopio de todo su autocontrol únicamente con la esperanza de que en algún momento pudiera caer la

máscara que yo había creado en torno a él.

—Tendrás que decírmelo cada día para asegurarme que esto no es un sueño —gemí abrazada a él y rozando mi nariz con la suya mientras cerraba los ojos con fuerza y maldiciendo todo ese tiempo perdido.

—Te lo diré cada día del resto de mi vida —susurró con una sonrisa—. Te quiero. Te quiero. Te quiero y te quiero.

Sonreí mientras dejaba que me apretase con mayor fuerza y presioné mis labios con los suyos. En cuanto me separé de ellos continué frotando mis labios por la piel de su rostro extremadamente suave, señal de que se había afeitado no hace mucho, hasta que llegué a su oreja y rocé mi nariz justo en el hueco en el que comenzaba su cabello.

—Te quiero, Andrei —jadeé en su oído para que pudiera escucharlo con nitidez.

Su respuesta fue levantarse conmigo en brazos y se adentró de nuevo en la casa recorriendo los pasillos completamente a oscuras hasta llegar a una estancia.

Sentí el mullido colchón bajo mi espalda cuando me dejó caer y después entrelazó sus dedos con los míos en ambas manos, presionándome para que alzara los brazos sobre mi cabeza comenzando a cubrir su cuerpo con el mío. La posesión con la que volvió a tomarme me hizo gritar, jadear y estremecerme de un frenesí continuo mientras solo podía clamar porque continuara provocando que todo mi cuerpo convulsionara por aquella vibrante sensación orgásmica cuando explotaba en mi interior.

El amanecer llegó a nosotros aún despiertos, es como si ninguno de los dos quisiera dormir para no despertar de aquel sueño viviente. No quería separarme de él, mi cuerpo le clamaba del mismo modo que sentía que el mío le pertenecía por completo y acabamos de nuevo en aquella terraza, envueltos en una fina manta, mientras contemplaba el espectáculo visual que tenía frente a mí, a la par que el calor del cuerpo desnudo de Andrei me envolvía.

—No te has quitado el anillo —dijo repentinamente en aquel silencio confortable.

—No —negué y alcé mi mano frente a nosotros haciendo que los destellos de aquellos primeros rayos de sol iluminaran el diamante—. Es tal y como lo hubiera querido si fuese real —añadí y su mano acogió la mía para que entrelazase sus dedos.

—Es real si tu quieres. —Su tono no daba lugar a la ironía, sino que estaba hablando completamente en serio.

—¿Que dijimos de las verdades a medias? —exclamé girándome hacia él.

—He deseado toda mi vida que seas mía en todos los sentidos, Nadia. Quiero estar cada día a tu lado sin condiciones, sin presiones o coacciones, sino porque me elijas libremente y desees compartir tus sueños conmigo. Si me aceptas, te prometo que daré hasta el ultimo

resquicio de mi aliento tratando de hacerte feliz y animándote a cumplir tus sueños —advirtió con un destello en los ojos que lograba dejarme sin respiración—. Cásate conmigo. Acéptame solo por mí mismo, sin pensar en lo que pueda o no influir en tu futuro. Elígeme solo a mí.

Puse mis manos en sus mejillas mientras mis pulgares acariciaban sus pómulos como si aquello pudiera controlar mis ganas de brotar lagrimas por absoluta felicidad.

—Te elijo a ti, Andrei. Únicamente a ti —advertí deleitándome con su expresión—. Y no hay nada que desee más que estar siempre contigo.




Nos quedamos dos noches más en aquella casa del lago. Nos bañamos desnudos, hicimos el amor hasta quedarnos exhaustos y comimos lo indispensable solo para volver de nuevo a amarnos. Creo que hice más confesiones en aquellas cuarenta y ocho horas que en toda mi vida, pero jamás me había sentido tan llena de felicidad. Es como si un estado pletórico se hubiera apoderado de todos mis sentidos y en lo único que podía pensar era en volver a abandonarme a las caricias de Andrei una y otra vez sin descanso.

En el momento que aparcó el coche delante de la residencia familiar de Irina y Alejandro me mordí el labio. En cuanto mi teléfono y el de Andrei tuvieron señal, nos entraron cientos de mensajes y llamadas, la última de hacía escasos veinte minutos, así que decidimos poner rumbo directamente hacia su casa, entre otras cosas para darle las gracias y devolverle las llaves de la casa del lago a su legítimo dueño.

Andrei no soltó mi mano cuando bajamos del coche, de hecho, no deseaba que lo hiciera, es como si el calor que me transmitía a través de aquel ínfimo contacto me garantizara que aquello era real y que de verdad estaba pasando.

—¡Por poco me provocáis un infarto! —gritó en cuanto abrió la puerta—. ¡Casi obligo a Alejandro a que se presentara en la casa del lago para cerciorarme que no os hubierais matado!

Vi entonces como Irina se fijaba en nuestras manos entrelazadas y después cambiaba el semblante.

—Vamos a casarnos —dijo Andrei sonriendo y alzó la mano para depositar un beso en la mía—. De verdad, sin ningún tipo de acuerdo.

—Oh Dios mío… ahora si que me va a dar ese infarto… ¿Va en serio? —dijo con una voz de incredulidad y mirándome fijamente a mi.

—Si —afirmé sintiendo que mis ojos se empañaban—. Va en serio.

En ese momento sentí como mi mejor amiga se abalanzaba sobre mí y me apretaba con fuerza a la par que yo le respondía.

Escuché la voz de Alejandro y el parloteo de Zafiro como señal de que acababan de aparecer. Tenía tantas cosas que contarle a Irina, ¡Me moría de ganas por confesarle absolutamente todo!

—Me alegro infinitamente por vosotros —dijo al fin y vi las lágrimas en sus ojos—. ¡Ay por favor!, ¡Qué sentimental estoy! —confesó y después alzó los brazos para abrazar a Andrei con un poco menos de efusividad.

—Enhorabuena a los dos, creo que era algo que tarde o temprano debía pasar… —dijo Alejandro con una sonrisa escondida en sus labios.

—Alejandro siempre me ha dicho que vosotros dos no os peleabais por llevaros mal, sino que, bajo toda esa fachada de desprecio, sentíais algo el uno por el otro. Le insistí incansablemente en que eso era técnicamente imposible y que lo decía porque no os conocía como yo… creo que a partir de ahora tendré que darle la razón —sonrió provocando que él colocara un brazo sobre su hombro y la estrechara contra él.

—Está claro que supo ver algo que ni yo misma era capaz de interpretar —sonreí volviendo a mirar con complicidad a Andrei.

—No hemos venido únicamente para deciros que hemos decidido seguir adelante con el compromiso y devolveros las llaves de la casa del lago. En realidad, el motivo principal es pediros que seáis nuestros testigos el día de la boda, de algún modo habéis sido el condicionante clave para que Nadia y yo estemos juntos.

—¡Ay que me voy a poner a llorar de verdad! —exclamó Irina provocando que a mi también se me saltaran las lágrimas a pesar de no creer en ese tipo de sentimentalismos.

—Será un placer estar a vuestro lado —confirmó Alejandro mientras Irina asentía.

Irina insistió en que nos quedáramos a cenar para celebrarlo y acabamos descorchando varias botellas de champán mientras brindábamos.

—¿Volveréis a Moscú tras la boda? —preguntó mi mejor amiga y yo miré a Andrei porque en realidad era algo de lo que no habíamos hablado.

En un principio la idea era regresar cuando acabase mi residencia, pero eso era cuando todo estaba pactado y acordado. Ahora que no existía ningún tipo de condición para ambos, no sabía si el deseo de Andrei era regresar a nuestro país natal cuanto antes.

—Eso dependerá de ti —contestó Andrei observándome—. Si quieres terminar tu residencia aquí, nos quedaremos. Si prefieres acabar tu especialidad en Moscú, regresaremos. Sea cual sea tu elección, yo estaré contigo.

Y como si no le importara tener testigos, los únicos que siempre habían sabido que nuestro compromiso era una farsa, se acercó hasta mi para posar sus labios con suavidad como si le resultara inevitable hacerlo.

—Sería una lástima no disfrutar de ese precioso apartamento con vistas a la ciudad y estar cerca de nuestra ahijada —contesté ante la atenta mirada de Alejandro e Irina que siempre habían estado acostumbrados a una batalla campal de constantes insultos y reprimendas cada vez que habíamos compartido el mismo espacio junto a ellos.

—Ciertamente lo sería —contestó Andrei volviendo a coger su copa de champan—. Entonces nos quedaremos tres años más y después me tomaré un año sabático. Si os aviso con tres años de antelación es viable, ¿no?

—¿Un año sabático?, ¿Tú? —gimió Irina patidifusa.

—Nadie siempre ha querido haber voluntariado cuando acabase la residencia y no pienso alejarme de ella, así que viajaremos por los tres hospitales que Komarov construirá en beneficencia.

Mi pecho se encogió al escucharle decir aquello. Era capaz de sacrificar sus propias metas, sus propios sueños por mí. ¿Había un modo de amar más sincero que ese? Me había enamorado de él pensando que era un hombre egoísta, banal y cruel… y lo cierto es que no podía haber errado más en mis creencias, pero pensaba pasarme el resto de mi vida tratando de hacer feliz al único hombre que me había robado por completo cada pensamiento y deseo.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi primo? —exclamó provocando las carcajadas de Alejandro y ella le observó confusa.

—Preciosa, ¿Olvidas cómo te propuse matrimonio? —dijo haciendo que Irina recordase el modo en el que se había expuesto públicamente para pedirle que se casara con él en el templo de Debod frente a miles de personas—. Te aseguro que si me lo hubieran dicho antes de conocerte habría apostado mi vida porque jamás haría algo así.

Miré a Andrei de nuevo y él pareció notar que le estaba observando porque instantáneamente sus ojos envolvieron con calidez los míos.

No necesitaba grandes demostraciones de amor, ni manifestaciones multitudinarias. Me bastaba con saber que yo era lo más importante para él y mi corazón se aceleraba cada vez que pensaba en que siempre había sido su primera elección a pesar de no ser consciente de ello.

—Es cierto. Bueno, ya no tendremos que preocuparnos porque se tiren los cuchillos a la

cabeza si les dejamos a solas —comentó Irina provocando las risas de todos.

—Creo que ahora desearán que les dejemos realmente a solas —corroboró Alejandro y como si hubiera sido un reclamo, Zafiro comenzó a llorar haciendo que ambos se perdieran dejándonos completamente a solas.

Andrei se acercó hasta mí con una sonrisa e hizo ademán de besar mis labios.

—¿Cuándo pensabas decirme que te tomarías un año sabático? —pregunté sin dejar que me besara.

—Es una idea que ya tenía en mente si finalmente aceptabas casarte conmigo, aunque en mis planes estaba que, durante esos tres años, lograra de algún modo incomprensible que te enamorases de mí —confesó con sinceridad.

—Y si no lo hubiera hecho. ¿Y si no me hubiera enamorado de un modo irremediable, alocado e impetuoso de ti? —exclamé con énfasis.

—Te habría dejado marchar libremente —dijo con serenidad—. Nunca he deseado imponer tus sentimientos hacia mí, sino me amabas de una forma altruista, habría preferido verte feliz a pesar de que fuera con otra persona.

En aquel momento sentí que Andrei tenía el corazón más puro y generoso que jamás había conocido. Y me amaba a mí, ¡A mí!

—¿Sabes una cosa? —exclamé acercándome más a él—. A pesar de que quisiera odiarte, detestarte y convencerme de que eras el único hombre sobre la faz de la tierra al que elegiría, he pasado toda mi vida fantaseando contigo, soñando con el placer que podrías darme y siendo incapaz de sacarte de mis pensamientos, aunque me recriminase después por ello —confesé con su atenta mirada sobre mis labios—. Así que una parte de mí siempre ha sabido que era inevitable amarte.

—Lo sé —dijo sin sorprenderse—. Ese era el único motivo que me alentaba a no perder la esperanza y a confiar que, en algún momento, tu misma lograrías verlo.

—Te quiero tanto —confesé lanzándome de nuevo a sus labios sin importarme que en ese momento pudieran aparecer Irina o Alejandro.

—Será mejor que nos vayamos —jadeó en mis labios y entonces se separó comenzando a alzarse y ofreciéndome su mano para que le siguiera.

—¿Nos vamos?, ¿No nos despedimos? —increpé.

—Créeme, sabrán perfectamente porqué nos hemos ido —dijo cogiendo mi mano para estirar de mí y después huir como dos amantes fugitivos entre caricias, besos y confesiones de fantasías que nunca imagine que podría convertirlas en algo real.




Cuando reservé la fecha para el matrimonio de aquel veintiuno de septiembre, lo hice con una incertidumbre que pesaba sobre mis hombros. Siempre había deseado unirme a Nadia, habría estado dispuesto a sacrificar todo, incluida mi vida por hacerla feliz y sentía que todos y cada uno de los años que habían pasado desde que la conocía, no habían mermado aquel sentimiento, sino que lo habían intensificado hasta un punto de no retorno. Me recriminé demasiadas veces que solo podía ser una obsesión, que ella me importaba solo porque su rechazo me volvía obstinado y aumentaba mi deseo, pero en el fondo, siempre he sentido la debilidad cuando ella estaba cerca, un sentimiento abrumador que me envolvía y me hacía sentir la desesperación de mis dedos por tocarla, por perderme en su cuerpo, por hacerla mía.

Durante años he sentido esa llama creciente, anhelándola con una fiereza absoluta y siendo consciente de que aquel amor adolescente se volvía en algo mucho más profundo. Con ella había aprendido a ser paciente, a ajustarme a la demanda de lo que necesitaba en cada momento y a ser su saco de boxeo si era lo que necesitaba con tal de permanecer cerca de ella, eligiendo su rechazo antes que su indiferencia, privándome de mis propios sentimientos para no alejarla, tratando de ser paciente y esperando a que, de algún modo, ella redujera sus defensas y se diera cuenta de que aquello que tanto se empeñaba en ocultar, existía.

Sabía que no le resultaba indiferente. Sabía que aquel modo de hostigar hacia mí solo podía ocultar un deseo innato y me había aferrado a ello con la certeza de que tarde o temprano se daría cuenta.

Apenas tres meses atrás había reservado esa fecha creyendo que sería mi oportunidad, deseando que, a pesar de las circunstancias, casarse conmigo me daría la oportunidad de que ella

me conociera de verdad y finalmente se diese cuenta de que no era el hombre que imaginaba, pero ahora que había llegado el día, todas esas incertidumbres que tenía en el momento que fije la fecha de nuestro matrimonio se habían evaporado. Estaba a escasos minutos de unir mi vida a la de la mujer que siempre he amado y podía sentir como mi corazón latía con un frenesí apresurado consciente de que aquello era real, de que estaba pasando y de que todos y cada uno de los pasos que me habían llevado hasta ese momento incluyendo cada acopio de control hacia mí mismo para no relevar mis sentimientos, había funcionado.

Nunca quise que ella dependiera de mi, o me amase porque las condiciones la forzaran a hacerlo. Yo la quería libremente y deseaba que ella me correspondiera del mismo modo. Siempre había sido mi prioridad su felicidad e incluso estaba más que dispuesto a renunciar a mis sentimientos para verla feliz, pero que lo fuese a mi lado, que me hubiera elegido como su primera opción por voluntad propia hacía que me sintiera el ser más afortunado.

Aparqué el coche en la puerta de la casa en la que Nadia siempre había vivido junto a su madre, era un vehículo antiguo clásico procedente de la colección del propio Nicolás II, el último emperador de Rusia, de color negro y descapotable. Un préstamo que nos había ofrecido un amigo de la familia y cuyo privilegio de conducir era único, aunque nada de aquello tenía significado salvo el hecho de que la mujer con la que contraería nupcias me esperaba al otro lado de la puerta.

Sentí que repentinamente volvía a ser adolescente y estaba en mi primera cita, unos nervios se apoderaron de todo mi cuerpo haciendo que mis piernas tuviesen un ligero temblor cuando llamé al timbre de la puerta. En apenas unos segundos la propia madre de Nadia era quien abría. Sonreí por inercia, como si no tuviera control alguno de mis gestos y no recordaba sentirme tan vulnerable en años.

«Solo es una formalidad, nada más» Me dije justo antes de que ella llenara por completo mi visión y sentí como el sonido a mi alrededor se evaporaba para percibir únicamente el bombeo de mis latidos con precisión. Constatar que estaba allí, que aquello era real, que de verdad íbamos a casarnos porque lo deseábamos, era el culmen de todos esos años aguardando en la sombra, esperando una señal, una oportunidad, una grieta por la que deslizarme para asegurarme de que existía una posibilidad por pequeña que fuera.

—Eres la mujer más bella que he conocido en mi vida y vas a ser mía —dije caminando hacia ella y contemplando aquel vestido en un blanco ligeramente grisáceo cuyo corpiño se ajustaba perfectamente a su cintura y a su pecho, una falda voluminosa partía por encima de sus caderas dando forma a su cuerpo y destacando el labrado que se apreciaba en la tela bordado a mano en hilo de plata. Estaba reluciente, si de por sí era hermosa, con aquel vestido parecía realmente una princesa.

Mi princesa, como me gustaba llamarla porque era lo que significaba para mi. Quería adorarla, consentirla, verla feliz… ella significada todo. Era mi debilidad, mi motor de vida y la fuerza que me impulsaba cada día solo por el afán de estar a su lado. Había tratado de volcarme en el trabajo para llenar ese vacío que su ausencia dejaba, pero la única verdad es que, en cada pensamiento o acto, siempre había estado presente. Incluso cuando trataba de fijarme en otras mujeres, cuando aceptaba tener otras citas, cuando me había llevado a la cama a otras chicas… la ausencia continuaba porque ninguna de ellas lograba satisfacerme.

—Y tú vas a ser mío —dijo acercándose con un ramo de tulipanes azules cuyo color contrastaba con el vestido y casaba a la perfección.

—¿Estás preparada futura esposa? —pregunté ofreciéndole el brazo.

—Jamás pensé que diría esto, pero… mi único deseo es sellar mi destino a tu lado —contestó provocando que quisiera besarla con pasión y tomarla allí mismo sin siquiera quitarle ese magnífico vestido.

Nadia provocaba eso en mi, un salvaje instinto de pasión sin control al que era incapaz de poner freno. Podía notar como pasaba de cero a cien en segundos, simplemente bastaba una mirada suya para encenderme por completo. Con ella nunca era suficiente, ni siquiera el cansancio o la falta de sueño lograba mitigar aquel innato deseo capaz de hacernos pasar la noche despiertos sumergidos por la lujuria a pesar de saber que debíamos atender responsabilidades al día siguiente. No. Dormir estaba sobrevalorado si se trataba de amar su cuerpo, de perderme en sus curvas y de abandonarme a ese candor con el que se estremecía cada vez que la poseía, que sentía como los espasmos de su orgasmo la hacían abandonarse y entregarse a mi, al igual que había permitido dejarse dominar y entregarme por completo su cuerpo a mi entera voluntad.

Aquello era infinitamente mucho más de lo que había soñado y ahora tenía la certeza de que seguiría siendo así el resto de nuestras vidas.

—Soy el hombre más afortunado por tenerte —dije mientras ella entrelazaba su brazo con el mío sin dejar de mirarme con aquellos ojos azules cuyo matiz grisáceo era absolutamente perfecto.

Si. Nadia era la mujer más increíblemente bella que había conocido. Era perfecta en todos y cada uno de los sentidos.

—Me alegra que pienses así después de todo lo que te hice esperar, es más, temí que pudieras cambiar de opinión en el ultimo momento —comentó mientras caminábamos hacia el coche.

—Llevo deseando que ocurra esto tantos años, que he perdido la cuenta. ¿De verdad crees que podría huir? Mis piernas tiemblan al pensar que finalmente hoy, te convertirás en mi

esposa y no por ese absurdo contrato matrimonial, sino porque es tu deseo.

Sentí como sus ojos brillaban.

—Aún no me acostumbro a que me hables de ese modo, ni soy capaz de creer que te he tenido toda la vida a mi lado sin verte realmente. Desearía dar marcha atrás y cambiar tantas cosas… —dijo con evidente clamor en sus palabras.

—No —contesté rozándole la mejilla y sintiendo que sus ojos brillaban—. Habríamos sido demasiado jóvenes, habríamos discutido por banalidades como hemos hecho durante años. Tú y yo estamos en el momento, lugar e instante adecuado de nuestras vidas para decidir elegirnos sin importar nada que nos seamos nosotros mismos.

—¿Y me eliges a mí?, ¿Por encima de todo y de todos a pesar de la presión que nos acecha y de que nuestra vida no será fácil teniendo en cuenta nuestras ambiciones? Estás a tiempo de retractarte, aún no es tarde para dar marcha atrás y lo entendería. Comprendería perfectamente que…

—Csshh —siseé silenciando su discurso y acercándola a mi cuerpo a pesar de que muy probablemente nos estuvieran observando, pero solo me importaba ella y calmar todas esas dudas que tenía en su cabeza—. ¿Aún no has comprendido que no me importa nada más en este mundo que tú?, ¿Qué daría mi propia vida y todo lo que poseo por ti?, ¿Qué renunciaría a cada uno de mis deseos, ambiciones o aspiraciones por hacerte feliz? Nada. Absolutamente nada significa más para mi que el hecho de tenerte a mi lado. Así que te elegiría una y miles de millones de veces en cada una de mis vidas. Te buscaría incansablemente y esperaría… lo haría eternamente si fuera necesario solo para ver de nuevo tu sonrisa —vi como no dejaba de observarme y como sus ojos brillaban con mayor intensidad volviéndose más grises que azules. Era tan preciosa… tan increíblemente hermosa que no podía dejar de sentir una sensación de candor en mi pecho llenando cada fibra de mi ser—. Haremos que funcione —dije con decisión —. Porque si estás a mi lado sé que no hay nada que no podamos lograr juntos.

Nadia se abalanzó colocando sus manos alrededor de mi cuello para abrazarme a mi y la acogí de la cintura alzándola con facilidad. Cada vez que la sentía entre mis brazos y percibía su aroma enloquecía por completo, era incapaz de resistirme y percibir como todo mi cuerpo la reclamaba sintiendo que ella me complementaba de algún modo.

—Te quiero tanto —susurró.

—Te quiero, princesa —contesté con una sonrisa—, pero ahora deberías subirte al coche o el sacerdote se hartará de esperarnos y tengo muy claro que no pasaré otro día más sin que seas la señora Komarova.

Vi como ella se apartaba y me observaba.

—¿Voy a ser la señora Komarova? —exclamó sorprendida—. ¿Voy a compartir el mismo apellido que Irina? —insistió.

—Siempre habéis dicho que erais hermanas, ¿no? Ahora podrás llevar el mismo apellido.

Había mujeres que decidían no cambiárselo y mantener su apellido se solteras, la propia Irina no había pensado hacerlo porque en España no existía esa tradición y respetaría que Nadia no quisiera hacerlo, pero que tuviera mi apellido era algo que me haría sentir que ella realmente me pertenecía.

—Estoy deseando ser la señora Komarova —decretó con una amplia sonrisa subiendo al coche—. De hecho, esta noche la doctora Komarova va a examinar muy atentamente a su paciente.

Rompí en carcajadas mientras rodeaba el vehículo y me sentaba en el asiento del conductor. Aquella reliquia no era difícil de conducir, pero tenía un mecanismo tan antiguo que resultaba complejo ponerlo en marcha.

—Voy a dejar que me examine todo lo que quiera, doctora —advertí arrancando el motor y me acerqué hasta ella lo suficiente para que pudiera escucharme—, pero antes te follare hasta la extenuación con ese vestido puesto —jadeé mientras atrapaba sus labios en un fugaz beso y ponía finalmente rumbo a la iglesia.

El destino era volátil, inestable, tornadizo, tal vez porque no existe, sino que lo forjamos nosotros mismos. Yo había sellado mi destino al de Nadia desde el primer momento en que la vi y a pesar de mis dudas, flaquezas e incertidumbres, siempre sentí que al final del camino todo habría merecido la pena. Ahora que podía visualizar su silueta a mi lado, que nos hallábamos a tan solo un paso de convertirnos en marido y mujer, solo sentía una cosa.

Había dejado de soñar despierto para vivir mi propia realidad.




*Cuatro años después*

Hacía exactamente dos meses que se me habían acabado las pastillas anticonceptivas que llevaba conmigo para los doce meses que estaríamos alejados del mundo civilizado y acomodado que conocíamos. Aquella había sido sin duda la experiencia más cercana, real y humanamente gratificante de mi vida, pero que Andrei me hubiera acompañado en cada paso, arrimando el hombro en lo que fuera necesario y viendo cómo se dejaba la piel con cada persona que lo necesitaba sin importarle nada más, me había hecho comprender que nada me haría más feliz que formar una familia a su lado.

Su devoción hacia los niños, ver como trataba de hacerles felices en aquel mundo hostil hasta lograr sacarles una sonrisa, me reafirmó el hecho de que mi felicidad sería aún más completa cuando le transmitiera ese tipo de valores a nuestros propios hijos, así que cuando tiré la última caja, determiné que era una clara señal de que estaba preparada.

No sabía si llamarlo instinto o si era un pensamiento que me reconfortaba, Andrei había manifestado en varias ocasiones que deseaba formar una familia, pero que sería capaz de renunciar a ese deseo si yo no estaba conforme. Me había planteado tantas veces a lo largo de mi vida la idea de que nunca sería madre porque priorizaba mi carrera, que ahora sentía un vacío profundo al pensar en ello. Puede que ese pensamiento solo existiera porque nunca pensé en sentirme amada del modo en que él me correspondía, pero ahora, estaba más segura que nunca de que deseaba una familia y a pesar de que era médico, tenía la incertidumbre de no saber si todos mis síntomas solo eran fruto de la sugestión o si realmente estaba embarazada, pero

acabábamos de coger nuestro tercer vuelo para regresar a casa y al día siguiente sería nuestro aniversario, así que decidí que esperaría un día más para hacerme la prueba por si la decepción me abrumaba.

—Siento que no hayamos podido quedarnos más tiempo —dijo Andrei a mi lado mientras el avión comenzaba el descenso hacia nuestra tierra natal.

La idea era estar doce meses fuera y lo habíamos alargado dos meses más. La experiencia fue intensa, enriquecedora y había aprendido tanto en tan poco tiempo que solo podía estar agradecida por la oportunidad.

—Ha sido mucho más de lo que esperaba y entiendo que tengas que regresar para ocuparte de tus responsabilidades. Mi padre ha sido demasiado paciente, quizá porque ahora que tiene el futuro de sus empresas en buenas manos, ha decidido ser benevolente.

En cuanto pusiéramos un pie en Moscú, sabía que Andrei se sumergiría en una carga de trabajo constante y eso nos dejaría con muy poco tiempo para nosotros. Quizá por eso habíamos alargado esos dos meses, conscientes de que mis turnos en el nuevo hospital y su trabajo nos harían la vida un poco más distante.

—Tú siempre serás mi primera elección. Lo sabes, ¿verdad? —dijo apretándome la mano.

—Lo sé —sonreí—. Y tú siempre serás la mía.

Irina y Alejandro habían llegado expresamente a Moscú con la idea de encontrarnos. Después de catorce meses sin vernos, estaba deseando estrechar entre mis brazos a mi mejor amiga y a mi ahijada, que, a pesar de las fotos y esporádicas videollamadas, había sentido enormemente su ausencia.

Los tres años que habíamos vivido en Madrid para acabar mi residencia como neuróloga, habían permitido que pudiéramos vernos casi todas las semanas, eso y el grupo que había conformado en la unidad de neurología era lo que más había echado en falta desde mi partida y me seguiría faltando ahora que nuestra vida se desarrollaría en Moscú.

Andrei había tenido esos tres años para encontrar un director general que pudiera llevar con precisión la sede Komarov en Madrid y ahora, él se haría cargo de la dirección central en Moscú tomando el relevo de su padre mientras que Irina y Alejandro se hacían cargo de la presidencia y expansión. No es que entendiera mucho de negocios, pero cada vez que nos habíamos reunido la conversación terminaba centrándose en la empresa y ahora que Ivanov se había fusionado, sentía que una parte de mi pertenecía por completo a esa familia, no solamente por mi unión en matrimonio con Andrei lo que me hacía ser una Komarova desde que cambié mi apellido por el de casada.

—Ve a ducharte, yo prepararé la cena —mencionó Andrei en cuanto llegamos a su apartamento y dejamos las cuatro enormes maletas en la entrada con la intención de deshacerlas en otro momento.

Era extraño regresar de nuevo a un mundo donde eran otros quienes hacían la compra y colocaban todo de forma ordenada en los estantes y frigorífico, mantenían la casa limpia, se encargaban del mantenimiento de desperfectos, organizaban la colada, los armarios e incluso te hacían la cama cada mañana. Aquella había sido siempre nuestra realidad y contrastaba soberanamente con la pobreza, el hambre y el abandono total del que veníamos.

Cerré los ojos dejando que el agua embadurnase mi cuerpo y paseé mis manos por la cintura colocándolas en el vientre. No notaba que estuviera hinchado, no más de lo normal y me aferré fervientemente a la idea de que mi intuición no me podía fallar. Sentí unas manos cubriendo las mías desde atrás. En otro momento de mi vida habría dado un grito y me habría girado para enfrentarme, ahora sabía quien era siempre el dueño de aquellas caricias y la infinidad de veces que no se resistía a hacerme compañía en la ducha.

Me dejé caer en su cuerpo conforme él subía sus manos para acoger mis pechos, solo tuve que girar levemente mi rostro para sentir como su boca se abalanzaba sobre la mía y el fuego volvía a consumirnos por completo.

—He pensado que tenía más hambre de ti —jadeó adentrándose en mi interior y haciendo que gimiese en sus labios.

Cuatro años desde que nos casamos aquel veintiuno de septiembre tal como habíamos planificado en aquella supuesta boda falsa y que se convirtió en uno de los días más bonitos de mi vida. Cuarenta y ocho meses después aún sentía la misma pasión, desenfreno y lujuria cada vez que sus manos me tocaban para llevarme al firmamento.

Me aparté de él y me di la vuelta colocando las palmas de mis manos en los azulejos de la ducha e inclinándome para él.

—Pues devórame y no dejes nada —le recriminé notando sus manos en mis caderas y después se zambulló de nuevo en una embestida que me hizo gritar de placer.

Mi cuerpo acompasaba el suyo y la presión del agua cayendo sobre nosotros provocaba que la sensibilidad de mi piel fuese aún más receptiva, así que podía notar como todo mi cuerpo se estremecía en un estado febril de complacencia. La fruición de nuestros cuerpos acompasaba el candor de sus besos en mi espalda, en el hombro, en la nuca, sintiendo su aliento cerca de mi oído mientras no dejaba de embestirme con una celeridad plena, aquello hizo que gimiese una vez tras otra mientras sentía que todo mi cuerpo dejaba de pertenecerme y perdía el control pleno de mi conciencia, abandonándome al deleite que él me ofrecía.

Alcé una pierna permitiendo que se ahondara con mayor profundidad y en el momento

que su mano tocó sutilmente mi clítoris conforme se hundía de nuevo con brutalidad, noté aquel orgasmo recorriendo mi cuerpo y provocando que una neblina de calidez me envolviera por completo para abandonarme enteramente a su merced.

Aún sentía los resquicios de aquel exquisito placer cuando comprobé como me sostenía entre sus brazos y no se quejaba por ello. Él nunca lo había hecho. Ni una sola vez había actuado egoístamente o poniendo en primer lugar su propio deseo, esa era otra de las cosas que durante esos años había logrado hacer que me enamorase aún más si cabe de él.

—Te quiero —susurré sintiendo como sus brazos rodeaban mi cuerpo.

—Te amo, princesa. No tardes —susurró para dejarme de nuevo mientras él se marchaba, esta vez sí, a preparar la cena.

Alejandro e Irina llegaron dos horas más tarde. Habían insistido en vernos otro día, dejarnos descansar del viaje o en todo caso cenar en un restaurante, pero tras insistir que nos hacían un favor al mantenernos despiertos para controlar cuanto antes el jet lag del viaje, no pusieron ningún otro impedimento para estar allí de forma puntual.

Cuando abrí la puerta sentí el aluvión en forma de abrazo de mi rubia favorita, no sabía cuánto la había echado de menos hasta ese preciso instante y vi como la pequeña Zafiro convertida en una pequeña mujercita no esperaba, sino que se abría paso por el apartamento corriendo en absoluta confianza mientras veía como Alejandro trataba de interceptarla.

—Espero que catorce meses sean suficientes para irte al culo del mundo amiga, porque no vuelvo a dejar que me abandones de ese modo —me recriminó en cuanto nos separamos.

—¿Eso significa que vendrás más a menudo a Moscú? —exclamé ya que ella sabía que a partir de ahora viviríamos siempre separadas.

—Eso significa… —dijo adentrándose y caminando hacia la cocina donde Andrei tenía a Zafiro en sus brazos—. ¡Que nos mudamos a Moscú! —gritó con una sonrisa en los labios y se lanzó para abrazar a su primo.

Yo miré a Alejandro con complicidad y este asintió.

—En el último año hemos pasado más tiempo aquí que en Madrid, así que pensando en la escolarización de Zafiro que comienza la escuela obligatoria tiene más sentido que vivamos aquí.

—¡Eso es fantástico! —grité.

Es cierto que allí tenía amigos, familia, todas mis compañeras de universidad e incluso la barrera del idioma me facilitaba abrirme a nuevas amistades o celeridad en el trabajo, pero una parte de mi se quedaba en España siempre que Irina viviera allí.

—Si. Además, quiero que Zafiro conozca nuestras raíces y costumbres, aunque sigamos viajando con frecuencia a España y tal vez Alejandro por fin logre aprender de verdad ruso —

soltó haciendo que éste sonriera en complicidad.

Andrei comenzó a servir el vino y sentí como Irina me cogía la mano y les indicaba que iba a hacerle un tour por el apartamento ya que hacía tanto tiempo que no estaba allí, que se le había olvidado por completo.

—Tú nunca te vas cuando hay vino —dije observándola.

No es que nos gustase beber, pero ciertamente nunca rechazábamos un buen vino cuando estábamos en compañía si había tanto que celebrar como ahora.

—Si no se lo digo a alguien creo que voy a explotar —susurró y vi como me guiaba hacia el baño de invitados—. Tengo un retraso de cuatro días —jadeó y noté el nerviosismo en su voz. Durante unos segundos no reaccioné hasta que ella cerró la puerta y comenzó a rebuscar en su bolso—. Mira, hasta he comprado dos pruebas por cerciorarme si la primera falla porque… ¡Dios mio!, ¿Y si estoy embarazada? Con Zafiro me enteré sin más, ni siquiera fue buscada o planificada… ¡No me he sentido tan nerviosa en toda mi vida! Sé que no me entenderás, pero…

—Yo tengo un retraso de dos semanas —dije logrando que sus ojos se abriesen como dos órbitas y aquella complicidad extraña nos embriagase a ambas—. No he podido hacerme una prueba antes o quizá es que no quería hacérmela por si salía negativa… —admití con cierto temblor.

—Esto debe ser algún tipo de señal —dijo entregándome una de las dos pruebas que tenía en la mano—. Hagámoslo al mismo tiempo —decretó y me vi con aquella prueba de embarazo en la mano y un miedo extraño al resultado.

Sabía cuáles eran las probabilidades y también que no ocurriría nada si no lo estaba porque apenas lo había intentado, pero… una parte de mi se había aferrado a esa idea y ahora, el hecho de que mi mejor amiga y a la que considera mi hermana lo estuviera al mismo tiempo que yo sería realmente maravilloso.

*Demasiado maravilloso para ser verdad.*

Cinco minutos después Irina y yo manteníamos las manos entrelazadas con fuerza sin importarnos lo que sucedía fuera de aquel baño, ambas habíamos dejado el test sobre la encimera del baño boca abajo, ella me acababa de confesar que no estaban buscándolo, pero que no les importaba si llegaba y yo, le había dado a entender que Andrei lo quería pero que estaba esperando a que estuviera preparada.

—Lo haremos a la vez —dije sin soltar su mano y alargando el brazo para coger el test—. Y nos lo enseñaremos mutuamente a la otra —dije sintiendo que era incapaz de interpretar el resultado con los nervios.

—Está bien. A la de tres. Uno. Dos. ¡Tres! —Ambas nos enfrentamos con la parte

reveladora del test hacia la otra y sentí como Irina me soltaba la mano para llevarse la mano a la boca y así poder evitar gritar mientras yo no dejaba de asentir una y otra vez con la cabeza en señal afirmativa.

¡Embarazadas al mismo tiempo y casi del mismo tiempo!, ¡Aquello no podía ser casualidad!

Acabamos fundidas en un abrazo silencioso en el que las dos llorábamos de auténtica felicidad. Esa noche, ninguna de las dos probó el vino para sorpresa de nuestros maridos, pero a ninguno se le ocurrió pensar cuál era el verdadero motivo, tal vez porque parecían demasiado ocupados hablando de todas las reformas para la empresa que proponían hacer ahora que ambos estarían en Moscú.

Sentía un cansancio extremo cuando comencé a desvestirme y me quité todo el maquillaje que llevaba encima, iba con la firme intención de colocarme el camisón y meterme en la cama mientras ideaba una maravillosa forma de revelarle a Andrei que íbamos a convertirnos en padres. Junto a la almohada, vi un estuche azul de terciopelo abombado, miré a Andrei que permanecía sentado sobre la cama al lado como si mi expresión le preguntara que era aquello.

—Quise dártelo antes de que nos marchásemos, pero su fabricación llevó mucho más tiempo del que imaginaba y después, pensé que no tendrías ocasión de ponértelo, así que creo que este es el momento justo para entregártelo. Feliz aniversario, princesa.

No sabía que decir, ni siquiera me había esperado algún regalo, para mí, él lo era todo y no necesitaba nada con lo que tener que demostrármelo.

Vi como se colocaba de rodillas y recogía el estuche para entregármelo. Lo abrí mientras él lo sostenía en sus manos y emití un sonido agudo cuando comprobé lo precioso que era. Una gargantilla labrada en diamantes y en cuya parte central colgaba un diamante azul envuelto en más diamantes.

—Esto… esto es… —comencé a decir.

—Único, como lo eres tú —dijo mientras lo sacaba del estuche con la intención de ponérmelo—. Quería regalarte una joya que significara lo que tú significas para mí. La más valiosa. Brillante. Estimable. Preciosa y única que existe en el mundo. Puede haber infinitas piedras preciosas, pero ninguna puede compararse con el diamante. Tú eres mi diamante, Nadia.

Me sentí abrumada y cuando noté el peso de aquella joya en mi cuello, lo percibí aún más.

—Que ironía del destino pensar que podrías ser el último hombre sobre la tierra con quien quería estar. Y que ironía del destino saber que, si no es a tu lado, no existe ningún otro hombre con quien desearía compartir mi vida. Lo eres todo para mí y siento que, a tu lado, soy

capaz de enfrentarme a todo, incluidos mis miedos, mis incertidumbres… y convertir tus sueños en los míos como has hecho tú.

Le cogí una mano y me la llevé a los labios para depositar un beso, después le guié hasta colocarla sobre mi vientre desnudo y dejarle el tiempo suficiente para que se diera cuenta de lo que trataba de decir.

Su semblante pareció extrañarse y después pareció sorprenderse al mismo tiempo que sus ojos se agrandaban y trataban hacerme una pregunta en silencio.

—Muy pronto dejaremos de ser dos —sonreí haciendo que él se abalanzara sobre mí para besarme.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Bastante segura —afirmé con una sonrisa y sentí como mi cuerpo caía a la cama junto a él—. Irina y yo nos hicimos la prueba de embarazo juntas antes de cenar. Estamos embarazadas a la vez —confesé mientras él recorría de nuevo su mano por mi cintura y la dejaba ahí, como si fuese capaz de sentir algo con el simple tacto.

—Porqué será que no me sorprende —admitió volviendo a besarme—, ¡Voy a ser padre! —gritó como si alguien pudiera oírle.

—Gracias por respetar mis tiempos —dije colocando una pierna sobre él para acurrucarme a su lado.

—Tus deseos, son mis deseos y tu felicidad es la mía. Yo renunciaría a todo por ti, Nadia. Incluso a mi mismo si con ello sé que tú no dejarías de ser tú misma.

—Y precisamente por eso sé, que serás el mejor padre que nuestros hijos puedan tener.

—¿Hijos?, ¿Habrá más de uno? —gimió con diversión.

—Empecemos por uno… —advertí—, después quizá te deje tener todo un equipo de fútbol.

El brillo en sus ojos hizo que se activara y me hiciera rodar hasta colocarse sobre mí mientras presionaba mis manos para forzarme a estarme quieta.

—Quizá debamos practicar para no perder el ritmo… —jadeó haciéndose hueco entre mis piernas y frotándose contra mí en un vaivén sensual que me incitaba al pecado.

—Y no hay nada mejor que comenzar en este momento —advertí arqueándome para él en una clara señal de advertencia de que quedaba completamente a su merced.

—¿Vas a obedecerme y ser completamente mía? —inquirió en su tono dominante.

—Soy completamente tuya. Haz de tus fantasías mi realidad.

# Si te ha gustado, no puedes perderte…

## PARADIGMA. EL ARTE DE SEDUCIR




Romance, intriga, seducción... ¡Déjate atrapar por la novela que tanto ansían descubrir miles de lectores!

Alexa ha agotado todos sus ahorros y el sueño de viajar al extranjero para hacer experiencia en su carrera se ha esfumado al igual que cada céntimo que había en su cuenta bancaria. Admitiendo su derrota, sabe que tendrá que regresar a casa de sus padres con el rabo entre las piernas y un cartel en la frente de fracasada. Es entonces cuando una oportunidad única, surgida de la más pura casualidad aparece ante ella.

Ser la asistenta personal de un excéntrico artista no parecía complicado, pero cuando se trata de Chevalier Le Noir,

alias **el caballero negro**, nada será como lo había imaginado... comenzando por dormir en la habitación de al lado.

Una casa que parece un mausoleo.

Un sótano al que le está prohibido el acceso.

Y personas encapuchadas que entran y salen a altas horas de la madrugada.

*«Chicas... creo que mi jefe es un capo de la mafia o tiene montada una secta del copón, hablo en serio,*

*esto me huele a chamusquina de la mala»*

Un mes Alexa, solo debes aguantar treinta míseros días con el gay buenorro que está como una chota para ver cumplido tu sueño.